VIVA JESÚS Y SU TERESA. — MUERA EL PECADO

EJERCICIOS ESPIRITUALES

SEGÚN EL MÉTODO DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

PARA LAS

Hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús

OBRA PÓSTUMA

DE

D. Enrique de Ossó, Pbro.

Con licencia eclesiástica

BARCELONA

TIPOGRAFÍA Y LIBRERÍA TERESIANAS

Calle de los Ángeles, n.os 22 y 24

1901

VIVA JESÚS Y SU TERESA. –MUERA EL PECADO

EJERCICIOS ESPIRITUALES

SEGÚN EL MÉTODO DE

SAN IGNACIO DE LOYOLA

PARA LAS

HERMANAS DE LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS

OBRA PÓSTUMA
DE

D. ENRIQUE DE OSSÓ, PBRO.

Con licencia eclesiástica

BARCELONA

TIPOGRAFÍA Y LIBRERÍA TERESIANAS

Calle de los Ángeles, nº 22 y 24

1901

EJERCICIOS ESPIRITUALES

PARA LAS HERMANAS DE LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS

He aquí, amadas hijas en el Señor Jesús y su Teresa, unos días aceptables, unos días de salud, días en que el buen Jesús derrama a torrentes sus gracias sobre sus esposas, sábado espiritual, refección del espíritu, pascuas del alma, días en que se reparan las quiebras y se carena la navecilla pobre de nuestra alma para volver otra vez a engolfarse en alta mar, donde tantas tempestades y peligros la esperan. Días de descanso del alma, de reparación de fuerzas.

Para las hijas de la Compañía, días absolutamente necesarios, porque todas las cosas se conservan con lo mismo que nacen; y habiendo nacido la Compañía de Santa Teresa de Jesús de unos ejercicios (23 de junio de 1876), necesita absolutamente para su conservación y su vida, y vida lozana, de los auxilios de los santos ejercicios una o dos veces al año, como mandan las Constituciones.

Estos ejercicios (fruto de 20 años de darlos) los escribimos principalmente para las hermanas que los hayan de hacer privadamente, pues a las que puedan reunirse en la Casa o Colegios primarios y centrales, ya les servirá la viva voz del sacerdote para hacerlos con provecho. Mas no se desconsuelen por eso, si por alguna razón no pudieren algunas hermanas hacerlos con las otras en dichos Colegios, porque, como enseña san Ligorio, también en aquel retiro absoluto habla Dios con palabras muy tiernas y eficaces a sus almas queridas. Es imposible que la hermana que los practique no se encuentre cada vez muy otra al terminarlos, que cuando los empezó. Los santos, para gozar más de Dios (que en la soledad se comunica más familiarmente con quien le busca), se retiraban a las grutas y a los desiertos. San Bernardo afirmaba que se había impuesto más en las cosas de Dios entre las hayas y encinas del desierto, que con los libros y con los maestros.

Además que Dios no necesita de intermediarios para comunicarse al alma, y favorecerla con sus luces y su amor. Basta buena voluntad, basta buscarle con sencillez y dolor del corazón, porque escrito está que Dios no desechará jamás un corazón contrito y humillado.

Hazlos bien, hija mía. Ninguna cosa ahora te importa tanto. Tal vez serán los últimos... Tal vez de ellos depende tu salvación o condenación... Tal vez depende de los mismos el ser santa, grande santa y salvar innumerables almas. Hazlos, pues, con todo fervor, con todo esmero, *con todo ahínco,* como si fuesen los últimos de tu vida... como si fuesen para prepararte a morir enseguida y rendir cuentas a tu Dios.

Manos a la labor... Para ti trabajas... con todo ahínco, con todo ahínco, con todo ahínco.

ENRIQUE DE OSSÓ, Pro.

Advertencias o anotaciones para sacar mucho fruto de los Santos ejercicios

La primera y principal, sin la cual nada aprovecharán todas las demás, es la que dice san Ignacio (5ª annot.): Mucho aprovecha entrar en los ejercicios con grande ánimo y liberalidad con su criador y Señor, ofreciéndole todo su querer y libertad, para que su Divina Majestad, así de su persona, como de todo lo que tiene, se sirva conforme a su santísima voluntad. Esto viene a ser lo mismo que os prescriben vuestras Reglas cuando os dicen: «Debéis esforzaros por tener con Dios una generosidad sin límites, pues a quien todo se le ha dado, nada puede rehusársele, y la salud, comodidad y vida es lo menos que puede ofrecerse a aquel Señor que, por salvar las almas, derramó, siendo inocente, hasta la última gota de su sangre por nosotros pecadores en el suplicio de la cruz. Cuanto más generosas seáis con Jesús, más generoso será Jesús con vosotras. El talento, pues, salud, hermosura, prestigio, riquezas todas, vuestras fuerzas y vuestra vida toda; en una palabra, todos vuestros bienes naturales y sobrenaturales consagradlos sin reserva a los tres apostolados más fecundos, a saber, de la oración, enseñanza y sacrificio, para fomentar en el mayor grado posible los intereses de Jesús y su Teresa, con quienes habéis hecho especial compañía».

Para ayudar mejor a este fin, canten o recen en su interior el ofrecimiento admirable de su santa Madre:

Vuestra soy, para Vos nací,
¿qué queréis, Señor, de mí?

Digan muchas veces asimismo: «Señor y criador mío, yo entro con grande ánimo y liberalidad con Vos en estos santos ejercicios, y os ofrezco todo mi querer y libertad, para que vuestra Divina Majestad se sirva de mi persona, como de todo lo que tengo, conforme a vuestra santísima voluntad. Amén».

Notad bien, hermanas mías, que los ejercicios espirituales «son para vencer a sí mismo y ordenar su vida, sin determinarse por afección alguna que desordenada sea». Esto dice san Ignacio, y esto os dicen y os mandan vuestras Reglas. «Las superioras sobre todo aprieten en la abnegación y vencimiento de sí mismas, porque tanto aprovecharéis cuanto os hagáis violencia. Venceos a vosotras mismas, hijas de la gran Teresa, venceos siempre a vosotras mismas en todas las cosas, porque en este vencimiento está toda la perfección religiosa, la verdadera y sólida virtud. La que no se haga fuerza a sí misma, no será santa jamás. Con todos seas mansa y contigo rigurosa, os manda vuestra santa Madre».

Acerca del orden os previenen: «Haya en todo lo de la Compañía de Santa Teresa de Jesús orden y buen método... Todo lo que a ella pertenezca, debe llevar como su más precioso distintivo el sello del orden, aseo y buen gusto cristianos, porque esto sirve sobremanera, así para la salud del cuerpo y del alma, como para la edificación propia y del prójimo; y una de las tres señales infalibles para conocer si la Compañía anda con buen espíritu, es si reina el buen orden y aseo en todas las cosas de la Compañía. Y

para lograr esto os mandan que en las cosas no mandadas ni prohibidas, no deseéis nada, no pidáis nada, no rehuséis nada, si no es exclusivamente conformar vuestra voluntad a la divina, manifestada por el medio infalible, que es la obediencia, en cuya conformidad siempre y en todas las cosas está la suma perfección a que debéis aspirar».

Mas habéis de saber cómo en el reino y morada de Dios, que es el alma del justo, ha de reinar Cristo Jesús, Rey inmortal y de todos los siglos, sin rival (y entonces está en su gracia y amistad), o el príncipe de este mundo, príncipe de tinieblas, que es el demonio, y este caso es cuando el alma no está en gracia de Dios, que es la mayor desgracia que le puede acontecer, no amar a su Dios.

Pero en medio de esto sucede varias veces, y es lo común en almas religiosas, que en este reino de Dios (nuestra alma) se levantan muchos tiranuelos (pecados veniales) que la infestan, la inquietan, la perturban, alteran en algunas cosas o puntos el reino hermoso y ordenado de la paz; y cuando esto no sucede, se levantan partidas de bandoleros (faltas) merodeadores, ratoneros, timadores y gente de este jaez, que desordenan o tienden a desordenar la hermosa alma, quitándole la hermosura de la paz. Estas son aquellas pequeñas raposas y raposillas de que nos habla la esposa de los Cantares, que se han de coger y matar, so pena de inutilizar o perder los mejores frutos de la viña del alma, huerto cerrado, fuente sellada, que solo debe abrirse a la voluntad de su rey y dueño, que es Dios.

Pues esto también nos muestran los santos ejercicios, y hacen al alma este fruto precioso, tal vez el más precioso y apetecible y menos reparado por muchos que solo quieren matar al príncipe enemigo de Dios (pecado mortal), y poco o nada se cuidan de destruir esos tiranuelos, de matar esas raposillas que perturban la paz, le quitan la hermosura con el desorden de sus operaciones.

Dos frutos principales, para vuestro estado presente (porque son los dos fines), debéis pretender y sacar de los santos ejercicios: *1º venceros a vosotras mismas siempre y en todas las cosas que se opongan al servicio de Dios*: esto es, sacar nuevas fuerzas, nuevos bríos, nuevos alientos para adelantar en la perfección, y vencer los obstáculos que se oponen a esta perfección.

2º fruto. *Ordenar vuestra vida.* Es verdad que la religiosa está ya ordenada, porque vive *regulada,* esto es, vive sujeta a unas Reglas que le ordenan todo lo que debe hacer, y por medio de las superioras a cada momento aplica estas Reglas; pero como la humana flaqueza es tan grande y el orgullo y sensualidad siempre forcejean, como animales cerriles, para romper el freno y el santo yugo de las Reglas, se ha de presuponer que en algunas cosillas nos habremos desordenado, aunque sea ligeramente, y por lo mismo vienen muy bien estos días de retiro espiritual, que podríamos llamar sábado espiritual del ánima, en que como advierte san Ignacio, tanto más se aprovechará, cuanto más se aparte de todos, amigos y conocidos, y de toda voluntad terrena. Pues de este apartamiento se siguen tres provechos principales: primero, que con este apartamiento voluntario, por servir y alabar al Señor, no poco se merece para con su Divina Majestad; segundo, que así retirado el hombre y con la

mente no derramada, sino recogida y ocupada en una sola cosa, que es en el servicio de su criador y bien de su alma, usa más libremente de las potencias naturales en buscar con mayor intención y conato lo que *desea;* tercero, que cuanto más abstraída y sola se encuentra el alma, más apta se hace para acercarse y unirse a su Dios y Señor, y cuanto más inmediata y unida, mejor dispuesta para recibir gracias y dones de su divina mano. ¡Oh soledad feliz!, ¡oh paraíso del alma!, ¡oh jardín de delicias, donde hallamos a Dios! Repitamos, pues, aquellas tres palabras: *huye, calla, reposa.* ¡Dichosa tú, si aciertas en estos días a estar sola con Dios!

El fruto 3º se dirige para el porvenir, y es lo que dice el Santo, que al tratar de ordenar nuestra vida, no entre la pasión, esto es, «sin determinarse por afección alguna que desordenada sea». Y estas determinaciones, que en la vida religiosa pueden ofrecerse muchas, vienen muy bien los días de ejercicios, porque el alma, corno acabamos de oír al Santo, en estos días «se hace más apta para se acercar y allegar a su criador y Señor, y cuanto más así se allega, más se dispone para recibir gracias y dones de su divina y suma bondad», y por consiguiente, mejor y con seguridad puede determinarse, sin temor de ser movida por ninguna afección desordenada en esta ocasión.

Concluyamos, pues, que el alma religiosa, en todas las meditaciones y en estos santos ejercicios, no ha de pretender otra cosa que conocer el desorden de las operaciones, aborrecer sobremanera este desorden, y enmendarse ordenándose, y no tomar ninguna determinación por afecto desordenado, sino buscando y eligiendo aquello que fuere más del servicio del Señor y conforme a su voluntad divina. Con esto serán de grandísimo provecho los ejercicios espirituales y se sacará el provecho que san Ignacio, en su celo por la salvación de las almas y de la mayor gloria de Dios, pretendió al coordinarlos, movido por la Virgen Santísima en la Santa Cueva de Manresa.

Medios para hacer bien los Santos Ejercicios

1º. Medio absolutamente necesario es el *querer* hacerlos bien. El que quiere hacerlos bien, los hace bien. Esta es la condición única y esencial. Tener un corazón generoso con Dios, decirle de corazón muchas veces con nuestra santa Madre:

Vuestra soy, para Vos nací;
¿Qué queréis, Señor, de mí?
Decid, dulce Amor, decid,
Que a todo diré que sí.
¿Qué mandáis hacer de mí?

2º. Emprender los santos ejercicios únicamente para conocer y hacer lo que Dios quiere de ti. Si lo haces, A. H., con este puro fin, aun cuando no experimentes en ellos más que tedio y sequedad, no dejará Dios de iluminarte e inflamarte en su santo amor, dice san Ligorio, y cuanto mayor sea tu fidelidad en la desolación, mayores serán las gracias que tu alma alcanzará con los ejercicios.

3º. Renuncia, amada hija en Jesús y su Teresa, durante estos días a toda visita, conversación y trato; a todos los negocios y pensamientos terrenos; guarda continuo silencio y observa con exactitud la distribución de tiempo y recogimiento de los sentidos.

4º. Si siempre os lo mandan vuestras santas Reglas, principalmente en estos días haced cuenta que solo Dios y vuestra alma están en este mundo. *Dios y mi alma: Dios y mi alma.* Dios, para conocerle, amarle, adorarle, servirle y recobrar las paces: mi alma, para enmendarme purificarla, adelantar y adornarla de virtudes; asegurarle la eterna salvación, y la perfección de mi estado entre tanto, haciendo en todas las cosas la voluntad de Dios. Escoge un *vicio* para extirpar, y una *virtud* para adquirir. Desconfía de ti y confía en Dios.

5º. Toma santos protectores que te ayuden a hacer bien los ejercicios.

María, José, Teresa de Jesús, tu ángel de la guarda... Ellos te ayudarán.

Del fin de los Ejercicios Espirituales y de todos los otros ejercicios espirituales

El fin de todos los ejercicios espirituales se reduce, en su más sencilla expresión, a una de estas dos cosas, que al fin es una sola: Que Viva Jesús, y muera el pecado. Que reine Jesús o se destruya el pecado; que se extienda el reinado de Jesús o se destruya o amengüe el reinado del pecado. En todo lo que el hombre, como hombre, esto es, con advertencia y libertad, piense, diga o haga, una de estas dos cosas hace: O vive Jesús o vive el pecado. No hay medio. Si vive Jesús por amor en las almas, el príncipe de este mundo es arrojado fuera. Si vive Satanás o el pecado, el Rey de las almas, de los corazones, es arrojado fuera, porque son dos rivales, dos enemigos que no pueden reinar en un solo corazón. Nadie puede servir a dos señores. Quien no está conmigo, contra mí está, dice la eterna Sabiduría.

Todo, pues, lo que pasa en el mundo de las inteligencias, de los corazones, de las almas, no es más que un *Viva Jesús o muera Jesús;* nada hay indiferente para sus intereses. En esto deben fijarse grandemente todas las hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús (y todos los soldados de Cristo), pues hacen profesión especial de extender el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por todo el mundo, por medio de los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio. Y es evidente, que el reinado de Cristo avanza o prospera en las almas, a medida de lo que se destruye el reino del pecado. De suerte que destruir o amenguar los límites del reino del pecado es, ensanchar las fronteras del reino de Cristo. Son como los dos platillos de una balanza, que no puede subir el uno, sin que baje el otro, y cuanto más sube el uno, más baja el otro.

Por esto se comprenderá, por qué damos tan por extenso (siguiendo empero en esto las indicaciones de san Ignacio), las meditaciones del pecado, porque destruido este en las almas, naturalmente cristianas, brota espontáneamente y fuerte *Viva Jesús.*

Fruto general

1º. Dolor, arrepentirse de veras de todos los pecados cometidos, y confesarse bien de todos ellos.

2º. Propósito firme de no volver a cometerlos.

Fin general

Ordenar la vida de modo que nada haga, ni desee, ni piense, sino conforme a la voluntad de Dios, *bona, beneplacens et perfecta.*

Fin de la primera semana

Conocer el desorden de mis operaciones y cobrar un horror grande y aborrecimiento de él. Raíz de este desorden es el no procurar conocer la voluntad de Dios en todas las cosas, o conociéndola, no cumplirla.

Fin de la segunda semana

Sacado principalmente de las dos meditaciones de las dos banderas y tres binarios.

Convencernos y penetramos bien de que el amor propio y el demonio lograrán en muchos casos y cosas de las operaciones de nuestra vida que nos desordenemos, atendida nuestra inconstancia y flaqueza: y así usar con temor y temblor de las criaturas, no buscando ni deseando su uso o no uso, más que conocer la voluntad de Dios y cumplirla con fidelidad.

De las otras meditaciones hacer resaltar el orden, la paz, la felicidad y bienestar de la Sagrada Familia, y que para gozar esta paz, y llenar el corazón de felicidad, solo Dios basta, y no son necesarias riquezas, honores, deleites, como piensa el mundo. Hacer que el alma se enamore de este orden y paz y felicidad, con lo cual cobrará de rechazo más aborrecimiento al desorden.

Arte de san Ignacio en sus Ejercicios

Después de hacer ver al hombre lo que es, lo que debe ser, por su fin, le presenta delante lo que ha sido, lo que es en verdad, por sus pecados.

Para esta segunda meditación le presenta el pecado de los ángeles y le dice: Mira los ángeles: por un solo pecado al infierno, y tú, ¿tantos y en vida? El de Adán y Eva: por un pecado solo, tantos y tan terribles castigos para sí y para toda su posteridad; y tú, ¿tantos y tan graves pecados, sin ser castigado?

El de una alma condenada con un solo pecado: y tú, ¿tantos y en vida? ¿Qué misterio es ese, que a los ángeles y a los hombres así Dios castiga con un solo pecado, y a ti no te castiga, siendo más graves y tantos más?

En el coloquio lo aclara. Presenta a Cristo clavado en cruz ante la vista del ejercitante y dícele: A Cristo has de agradecer esa fineza de no hallarte como tantos otros ángeles y hombres, en el infierno, que han merecido tantas veces tus pecados. Él ha muerto por tus pecados; y por los méritos de su pasión y muerte, el Padre eterno te ha esperado; no te ha castigado, como merecías, lanzándote al infierno.

¿Qué es justo hagas, pues, por Cristo, tu principal bienhechor, que te ha librado del infierno? ¿Qué has hecho por Cristo? ¿Qué haces por Cristo? ¿Qué has de hacer por Cristo? Si ha muerto por ti, por librarte de caer en el infierno, esa vida que tú ahora tienes, no es tuya, es de Cristo, a Él se la debes. ¿Qué no haría un sentenciado a muerte por aquella persona que le ha dado la vida? Lo que menos podría hacer era emplearla, gastarla toda en su servicio y amor. Da la vida por Cristo, saca la cara por Cristo, pues no es tuya esa vida temporal, sino suya, que te la dio o conservó muriendo en cruz.

Ofrécete a morir por Cristo únicamente.

Ofrécete a padecer por Cristo únicamente.

Ofrécete a vivir por Cristo únicamente.

Noverim me, noverim te, ut diligam te plusquam me, coetera autem in te.

Dos cosas se oponen a padecer y vivir y morir por Cristo, o a dar la vida por Cristo: El orgullo y la sensualidad.

Meditación del proceso de los pecados propios.

El orgullo se derroca con el proceso de los pecados. La sensualidad por el infierno... Mirar quién soy yo, disminuyéndome por ejemplos.

1º. ¿Cuánto soy yo en comparación de todos los hombres?... Como una gota, un grano de polvo, de arena...

2º. ¿Qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso? –Un átomo... Mira qué es todo lo criado en comparación de Dios. Nada; pues yo solo, ¿qué puedo ser? Polvo, ceniza, menos que nada. ¿Qué dirías de una hormiga que se desafiase con un elefante? ¿Qué dirías de una rana que desafiase y plantase cara a un león? ¿Qué sentirías si vieses un granito de arena que se hombrease con los montes más elevados de la creación?... Pues mira, menos eres tú comparado con Dios; como si no fuesen, son todas las gentes ante Él, según el Profeta. ¿Qué serás tú, criaturilla vil, ciega y miserable?

3º. Mirar toda mi corrupción y fealdad corpórea... gusanos, polvo, ceniza, podredumbre, nada.

4º. Mirarme como una llaga y postema, de donde han salido tantos pecados, y tantas maldades y ponzoña tan torpísima... Esto es, en el alma soy peor que en el cuerpo, por mis pecados, que es la cosa más fea, más asquerosa, más vil que hay y puede haber e imaginarse. Pues eso soy yo delante de Dios, verdadero hijo pródigo, cubierto con los harapos mugrientos, lacerados y toscos que yo mismo me labré y me puse, al rasgar las vestiduras de boda cándidas y esplendentes que Dios me dio. Pobre de mí, hombrecillo vil y despreciable, ¿de qué te enorgulleces? Polvo, podredumbre y ceniza, ¿de qué te ensoberbeces? Pecador inconsiderado e impenitente, ¿de qué te glorías? ¿Qué tienes de bueno que no lo hayas recibido? ¿Qué hay de malo que tú no hayas hecho o no tengas merecido? Si la humildad es la verdad, da a Dios todo lo bueno y glorioso, y a ti todo lo malo, ignominioso, feo y abominable... desprecios, humillaciones, cruz. Eso eres de ti misma, alma mía; humíllate. Lo bueno es de Dios. ¿Te parece bien que un jumento cargado de reliquias se enorgullezca, porque la gente le venera y se arrodilla a su paso? Pues no lo hace por él, sino por los santos. Aunque la mona *se vista de seda /* mona se queda. Señor jumento, no se engría tanto, / que si besan la peana, es por el santo.

5º. Considerar quién es Dios contra quien he pecado, según sus atributos, comparándolos a sus contrarios en mí: Su sabiduría infinita a mi ignorancia, su omnipotencia a mi flaqueza, su justicia a mi iniquidad, su bondad inmensa a mi malicia... ¡Qué motivos de confusión!

6º. Dios mío, ¿cómo han dejado en vida a este monstruo de iniquidad los ángeles, cuchillo de la justicia divina, cómo me han sufrido, guardado y rogado por mí? Los santos, ¿cómo han venido a interceder y rogar por mí? ¿Y los cielos y los elementos y los animales y la tierra, cómo no se han conjurado contra mí? ¿Cómo esta no se ha abierto, para sorberme, criando nuevos infiernos para siempre penar yo en ellos?

Acabar con un coloquio *de misericordia,* razonando y dando gracias a Dios Nuestro Señor, porque me ha dado vida hasta ahora, proponiendo con su gracia enmienda para adelante. *Pater noster. Misericordias Domini quia non sumus consupti*... *Miserere mei Deus secundum magnam misericordiam tuam*...

Derrocadas o cortadas las dos ramas de las que sale toda la ponzoña del pecado, la soberbia y la sensualidad, san Ignacio quiere cortar la raíz del mal, que es el amor a las riquezas, honores, placeres. Con la meditación del reino de Cristo, y para que el hombre vea que aun en ese seguimiento de Cristo pobre, humilde y mortificado, hay cierto bienestar temporal, verdadero bienestar, le propone la vida de Cristo, su nacimiento, vida oculta, y con esto no se espante de ofrecerse a seguir a Cristo.

Y para mejor confirmarle en este santo propósito, le propone luego las dos banderas, para conocer mejor los engaños y redes y cadenas con que quiere aherrojarle Satanás

y hacerle infeliz en el tiempo y en la eternidad; y la vida verdadera que muestra el sumo capitán y verdadero, Cristo Jesús.

En los tres binarios hay encerrado el *culmen* o secreto de los ejercicios, porque hace al hombre *querer, pedir, suplicar,* solo aquello que sea servicio y alabanza de la divina bondad; al que no está indiferente a riqueza o pobreza, para extinguir el tal afecto desordenado (aunque sea contra la carne), querer, pedir, suplicar al Señor que le elija en pobreza actual. Esto viene bien a las que repugnen oficios, lugares humildes, etc., etc. Si esto no se hace, no se saca fruto de los ejercicios. —Resuelta el ánima a seguir a Cristo, le hace ver con ejemplos de la vida del mismo Cristo, cómo el Señor provee y remunera esta donación, dando aun acá el ciento por uno por lo que se deja por Él. Y porque la comida es lo que más nos llama, hace ver cómo a los apóstoles nada les faltó, y a Cristo, así que pasó trabajos, siempre le exaltó. Va a bautizarse con los pecadores, y se abre el cielo y se oye la voz de su Padre: «Este es mi Hijo muy amado», y desciende el Espíritu Santo.

Ayuna 40 días, y le sustenta sin alimento; y después que tiene hambre, los ángeles le ministran; y ¡qué *menestra!*

Va a Caná de Galilea y lleva al convite a sus discípulos. ¡Cómo comerían y beberían, pobrecitos! Bien se vio en el vino que faltó. ¡Cómo se gozaría Cristo viendo a sus apóstoles rudos comer bien! Les envía a predicar sin alforja, sin nada, y como hacen milagros, les va bien, todos les convidan. ¿Os faltó algo, les dice Cristo? *Nihil:* No, Maestro, nada.

Nota cómo a menudo les convida, porque a gente poco espiritual les gusta esto: bien comidos, se hace de ellos lo que se quiere. Lo que más temen es si les ha de faltar la comida; asegurada esta, ya nada más piensan. Por eso Cristo les pone el ejemplo de los lirios y aves, para que descansen totalmente, ciegamente en su providencia.

Esta es la virtud principal de toda superiora: la confianza omnímoda, ciega en la providencia, que jamás falta, ni ha faltado a quien le sirve.

Práctica de los Santos ejercicios

El primer acto de cada día se empieza de este modo: puesta de rodillas se dice:

Por la señal ┼ de la santa cruz, de nuestros ┼ enemigos líbranos ┼ Señor Dios nuestro. En el nombre del Padre, y del Hijo, ┼ y del Espíritu Santo. Amén.

Luego se reza o canta:

Veni, Creator Spiritus,
Mentes tuorum visita,
Imple superna gratia,
Quae tu creasti, pectora.
Qui diceris Paraclitus,

Altissimi donum Dei
Fons vivus, ignis, charitas
Et spiritalis unctio.
Tu septiformis munere,
Digitus paternae dexterae,
Tu rite promissum Patris,
Sermone ditans guttura,
Accende lumen sensibus,
Infunde amorem cordibus,
Infirma nostri corporis
Virtute firmans perpeti.
Hostem repellas longius,
Pacemque dones protinus:
Ductore sic te praevio
Vitemus omne noxium.
Per te sciamus da Patrem,
Noscamus atque Filium;
Teque utriusque Spiritum
Credamus omni tempore.
Deo Patri sit gloria,
Ejusque soli Filio,
Cum Spiritu Paraclito
In saeculorum saecula. Amen.

En tiempo pascual se dice:

Deo Patri sit gloria,
Et Filio qui a mortuis
Surrexit, ac Paraclito
In saeculorum saecula. Amen

En tiempo de Navidad:

Jesu, tibi sit gloria,
Qui natus es de Virgine,
Cum Patre, et almo Spiritu,
In sempiterna saecula. Amen.

V. Emitte Spiritum tuum et creabuntur.
R. Et renovabis faciem terrae.

Oremus. Deus, qui corda fidelium Sancti Spiritus ilustratione docuisti, da nobis in eodem Spiritu recta sapere, et de ejus semper consolatione gaudere. Per Dominum nostrum Jesum Christum Filium tuum, qui tecum vivit et regnat in unitate ejusdem Spiritus Sancti Deus. Per omnia saecula saeculorum. Amen.

A la Virgen Santísima se rezarán tres *Avemarías*.

Sub tuum presidium confugimus, Sancta Dei Genitrix, nostras deprecationes ne despicias in necessitatibus, sed a periculis cunctis libera nos semper, Virgo gloriosa et benedicta.

V. Ora pro nobis, Sancta Dei Genitrix.
R. Ut digni efficiamur promissionibus Christi.

Oremus. Gratiam tuam quaesumus, Domine, mentibus nostris infunde, ut qui Angelo nunciante, Christi Filii tui incarnationem cognovimus, per passionem ejus et crucem ad resurrectionis gloriam perducamur. Per eundem Cristum Dominum nostrum. *R.* Amen.

Récese luego un *Padrenuestro, Avemaría y Gloria* a los santos patronos de los ejercicios.

Así se hará cada día en el primer acto por la mañana. En los demás actos, excepto en el primero de la tarde, solo se dirá:

Veni, Sancte Spiritus, reple tuorum corda fidelium, et tui amoris in eis ignem accende.

V. Emitte Spiritum tuum et creabuntur.
R. Et renovabis faciem terrae.

Oremus. Deus qui corda fidelium, etc.

Tres *Avemarías* a la pureza de María Santísima.

En el primer acto de la tarde se rezará o cantará el

Veni, Sancte Spiritus, et emitte coelitus lucis tuae radium,
Veni, Pater pauperum; Veni, dator munerum; Veni, lumen cordium.
Consolator optime, dulcis hospes animae, dulce refrigerium.
In labore requies, in aestu temperies, in flectu solatium.
O lux beatissima, reple cordis intima tuorum fidelium. Sine tuo numine, nihil est in homine, nihil est in noxium.
Lava quod est sordidum, riga quod est aridum, sana quod est saucium.
Flecte quod est rigidum, fove quod est frigidum, rege quod est devium.
Da tuis fidelibus, in te confidentibus, sacrum septenarium.
Da virtutis meritum, da salutis exitum, da perenne gaudium. Amen.

V. Emitte Spiritum tuum et creabuntur.
R. Et renovabis faciem terrae.

Oremus. Deus qui corda fidelium, etc.

Antes de la meditación

Oración preparatoria para todos los días de ejercicios

Padre, Padre mío amorosísimo, yo creo que por razón de vuestra inmensidad estáis presente en todo lugar; que estáis aquí, delante de mí, dentro de mí, en medio de mi corazón, viendo todos los pensamientos y afectos de mi alma, sin poder esconderme de vuestros divinos ojos...

Yo os adoro, majestad y grandeza infinita...; yo os adoro con la más profunda humildad y reverencia desde el abismo de mi miseria y mi nada; os doy gracias por los beneficios que me habéis concedido, y os pido perdón de todos mis pecados, que detesto con toda mi alma, y gracia eficaz para hacer con provecho esta oración, que ofrezco a vuestra mayor honra y gloria... ¡Oh Padre eterno, enseñadme oración! Por Jesús, por María, por José y Teresa de Jesús, enseñadme a orar para conocerme y conoceros, para amaros siempre y haceros conocer y amar, cumpliendo en todas las cosas vuestra santísima voluntad. Amén.

Luego se leen con pausa y devoción los puntos de la meditación propia de cada día, y al final se concluye con el *Padrenuestro, Avemaría y Gloria* y la

Oración para después de la meditación

Os doy gracias, Padre mío misericordiosísimo, por todos los buenos pensamientos, afectos y propósitos que me habéis inspirado en esta oración: os los ofrezco a vuestra mayor honra y gloria y os pido gracia eficaz para ponerlos por obra. ¡Oh Padre eterno! Por Jesús, por María, por José y Teresa de Jesús, dadme gracias ahora y siempre para hacer en todas las cosas vuestra santísima voluntad. Amén.

VIVA JESÚS Y SU TERESA. –MUERA EL PECADO

Ecce nunc tempus acceptabile ecce nunc dies salutis. (II Cor., 6)

Particula diei boni non te praetereat. (Eccles.)

Haz cuenta que solo Dios y tu alma están en este mundo en estos días, o sábado espiritual del alma.

El que hace ejercicios, todo lo debe dirigir a conocer la malicia del pecado, a conocer la abyección y vileza propia y sentirla íntimamente ex animo. (Directorio, c. 11, núm. 3)

PRIMERA SEMANA

Primer día

Principio y fundamento

Ejercicios espirituales son una cierta serie y método de meditaciones e instrucciones espirituales con que el alma se purifica de sus culpas, se hace robusta en las virtudes y llega, por la caridad, a unirse con Dios, que es su último fin; al modo que nuestro cuerpo con el ejercicio se purga de los malos humores, se fortalece en los miembros y llega a su desarrollo.

Divide san Ignacio estos ejercicios en cuatro semanas o en treinta días. La excelencia y eficacia de estos santos ejercicios es incalculable. Dícelo el Santo en su carta al padre Miona, su antiguo confesor. «Dos y tres, y cuantas veces puedo, os pido por servicio de Dios nuestro Señor lo que hasta aquí os tengo dicho: porque a la postre no nos diga su divina Majestad por qué no os lo pido con todas mis fuerzas; siendo todo lo mejor que yo en esta vida puedo pensar y sentir y entender, así para el hombre poderse aprovechar a sí mismo, como para poder fortificar, ayudar y aprovechar a otros muchos». La eficacia de los ejercicios depende en gran parte de la virtud, prudencia y aplicación con que el padre los da. Recójase este, pida, lea, medite lo que enseña.

Meditación 1ª*. Del fin para que hemos sido criados*

Composición de lugar. Considera que Dios sentado en su trono eterno de gloria te dice: Yo soy el principio y el fin; o que se representa como un océano de bondad infinita, del cual sales tú y todas las criaturas y vuelven a Él.

Petición o fruto. Dios mío, dadme a conocer mi fin y gracia para alcanzarlo.

Punto primero. Yo he sido criado por Dios para conocerle, adorarle, reverenciarle, amarle, alabarle, glorificarle y servirle en esta vida.

¿Quién me crio? —Dios me crio. Dios crio al hombre. —Tú eres, alma mía, obra de Dios, no de dioses extraños; no eres obra del acaso, no de los ángeles, sino de Dios; tus manos, Señor, me hicieron y formaron. —¡Qué pensamiento tan consolador! Soy de Dios, soy obra de Dios, la obra predilecta de Dios, la más perfecta de la creación, la más amada. Me crió de la nada, empleando su poder infinito; me crió de la nada, dejando miles de criaturas para crear, y me crió a su imagen y semejanza, un poco inferior a los ángeles, rey de la creación; —me crió, no piedra, no bruto, no planta, no fatuo, sino dotado de cinco sentidos, que son milagros de la creación... Con memoria, que recuerda infinitas cosas... Con entendimiento, capaz de conocer infinitas verdades... Con un corazón, capaz de amar a la infinita bondad, que es Dios, y que solo puede hallar paz, descanso y felicidad amando a la bondad infinita de Dios sobre todas las cosas... Criome con libertad para merecer el cielo y ver y gozar de Dios en la bienaventuranza eterna de la gloria. Dios me crió con amor eterno e infinito, sin ningún mérito, sino con muchísimos deméritos y pecados, solo porque resplandeciese más en mí su misericordia infinita. ¡Oh qué buen Dios! ¡Qué pensamiento tan consolador! ¡Yo soy de Dios! Soy obra predilecta de Dios, toda, toda de Dios. Luego debes, alma mía, servir únicamente a Dios. Yo, cuarenta, cien años atrás no existía. Ahora vivo y me hallo con un cuerpo admirable, dotado de cinco sentidos, maravillas de la creación, dotado de tres potencias del alma portentos de la creación. ¿Quién me

lo dio? ¿Para qué? Los sentidos de tu cuerpo, las facultades de tu alma, las fuerzas de tus miembros, todo te lo dio graciosamente el cielo para negociar con ellos y servir a Dios. Hubieras podido no nacer, o nacer coja, sorda, muda, ciega, fatua, tullida... Luego si no tienes estos males y gozas, por beneficio de Dios, de todos estos bienes, debes con ellos servir a Dios únicamente, adorar y servir a tu Señor y tu Dios. ¿Lo has hecho así hasta ahora? ¿Qué haces? ¿Qué piensas hacer? Es tu Señor. La casa, la viña, ¿de quién son sino del que fabricó aquella y plantó esta?

Punto segundo. Dios te crio para sí, —«para mi gloria te crié», —para que le adores, reverencies, ames y glorifiques: y en una palabra, para que le sirvas en este mundo y lo goces en el cielo.

Debes servir a Dios, este es tu fin principal, tu fin último, tu fin único, esencial. No te crio para servir a reyes, ni ángeles, sino para servir a Él solo. ¡Qué nobleza! ¡Servir a Dios, gozar de Dios, alabar y adorar a Dios! ¡Ay!, no puedo aspirar a más. Soy de Dios, soy toda de Dios; luego todo debo emplearlo en el servicio de Dios. Si algo tuvieres, alma mía, que no lo hayas recibido de Dios, ya te doy permiso para que con aquello no sirvas a Dios. Dios te crio a su imagen y semejanza. ¡Oh cuánto debes honrar y conservar tal dignidad! Luego debo adorarle por su infinita excelencia, darle gracias por ser mi criador, y servirle y ofrecerme a Él con todo el ser que me ha dado, por ser mi bienhechor.

Venid, alma mía y cuerpo mío, y adoremos al Señor que nos ha hecho de la nada, por su infinito amor y para su gloria.

Dios te crió para sí, para su gloria, esto es, para que le sirvas en este mundo y le goces en el otro.

Servir a Dios es reinar. Servir a Dios es el fin y negocio único de tu alma. Servir a Dios es el fin último de tu alma... Servir a Dios es el negocio y fin principal, esencial de tu alma. Dios te crió para que le sirvas adorándole, amándole y temiéndole: debes adorarle por su infinita excelencia, majestad y grandeza; debes amarle por su infinita bondad, en sí mismo y para ti.

Debes temerle, si no le sirves como debes, porque arrojará tu cuerpo y alma al infierno por toda la eternidad.

Debes servirle, no solo en *todo* lo que Él quiere, sino en el *modo que* Él quiere.

Debes servir a Dios, alma mía, porque te es necesario absolutamente alcanzar tu fin, y solo sirviendo a Dios puedes alcanzarlo, y debes, pues, servir a Dios como Él quiere. Debes servir a Dios del modo que Él quiere. Todo amo y señor lo exige de sus criados; y Dios, que es Señor de los señores, ¿no lo ha de exigir de ti? Haz lo que quieras, por arduo y costoso que sea; de nada te aprovechará para la eternidad, si no es del agrado de Dios, si no lo haces conforme a su voluntad. *Nada aprovecha para la eternidad, si no es conforme a la divina voluntad... Solo aprovecha para la eternidad lo que es conforme a la divina voluntad.*

Esta es verdad fundamental, que debes grabar en tu alma con indelebles letras de oro. He de servir a Dios como a Él agradare, no como a mí me guste. Luego, Dios mío, no he de buscar en todos mis deseos y palabras y obras más que conocer vuestra santísima voluntad y cumplirla fielmente, porque esto es serviros a vuestro gusto. ¡Oh, Dios mío, si supiese hacer esto tan sencillo, cuán feliz sería, cuánta paz gozaría! Ayudadme con vuestro favor. Mi único deseo, oh mi Dios, y mi única pretensión en todas las cosas, de hoy en adelante será el pediros que me enseñéis a hacer vuestra santísima voluntad. Señor, enseñadme a hacer vuestra santísima voluntad. Amén.

Punto tercero. Tú has sido, alma mía, criada para gozar de Dios eternamente en el cielo.

En el cielo gozará tu alma. Será feliz con la misma felicidad de Dios. Yo seré tu recompensa, grande en demasía, dice el Señor.

En el cielo gozará tu cuerpo una bienaventuranza sin medida.

Dios emplea su omnipotencia para hacerle bienaventurado.

Esta bienaventuranza será eterna. Todo se pasa menos el premio que da Dios a sus escogidos por sus buenas obras.

La visión de la Trinidad beatísima, amor y gozo deliciosísimos, serán eternos.

Los dulcísimos abrazos con Cristo Jesús serán eternos. Las caricias regaladísimas de nuestra santísima Madre María y Teresa de Jesús, serán eternas. La compañía amabilísima y agradabilísima de todos los ángeles y santos será eterna.

La hermosura, claridad y muchedumbre de bienes del paraíso, serán eternos.

La gloria y sobreabundante medida de gozos purísimos y perfectísimos del alma serán eternos.

La avenida inmensa de placeres que inundará y satisfará plenamente a todos los sentidos del cuerpo, será eterna.

La hartura con deseo, y el deseo con hartura de nuestra alma y cuerpo, todos los bienes en una palabra, sin mezcla alguna de mal serán también sin fin, sin intermisión, sin alteración, sin disminución, esto es, eternos, eternos, eternos.

Tu último fin, alma mía, es ver a Dios, amar a Dios, gozar de Dios, alabar a Dios por toda la eternidad. ¡Oh qué dicha la tuya! Como eres obra de Dios, más aún, como tu alma es un hondo y amorosísimo suspiro del corazón de Dios, no ha querido señalarte otro fin, otra felicidad más que la suya propia.

«Yo mismo seré tu recompensa, grande en demasía». ¡Oh! los trabajos de esta vida y sacrificios sufridos por Dios; ¡cuán cortos, cuán breves, cuán nada son, comparados con el premio de la gloria! Todo se pasa menos el premio de nuestros trabajos; pasa la brevedad de la vida, mas no el mérito de sus obras.

Veré a Dios cara a cara, hermosura infinita; amaré a Dios sin medida y sin reserva, infinita bondad y caridad; alabaré a Dios sin cesar, gozaré de sus abrazos en el seno de su inmensa gloria, para siempre, siempre, siempre... Oh alma mía, anímate a trabajar por tan magnífico Rey y dale gracias por sus bondades. Oh alma mía, medita seriamente por fin estas verdades; Dios logrará su fin infaliblemente, indefectiblemente, irremisiblemente, haz tú lo que quieras; Dios es bondad y justicia infinita, es omnipotencia infinita.

Por su bondad crió el cielo para premiar a los buenos, y por su justicia creó el infierno para castigar a los malos: tú, alma mía, o glorificarás eternamente a Dios, cantando sus misericordias en el cielo o le glorificarás, confesando su justicia en el infierno... ¡Qué pensamiento tan aterrador!

Yo he de glorificar necesariamente a Dios por toda una eternidad en el cielo amándole, o en el infierno aborreciéndole... Esta mi lengua, la misma, alabará o blasfemará de Dios eternamente.

Estas mis manos, las mismas, abrazarán a Jesús, o aherrojadas se consumirán con cadenas en el infierno.

Estos mis ojos, los mismos, contemplarán el rostro festivo y mansísimo de Jesús, María, José, Teresa de Jesús y todos los santos en el cielo, o los espectros horribles del infierno: mí misma carne y todo mi cuerpo nadarán en un océano de delicias celestiales, o serán abrasados con el fuego del infierno. ¿Puede haber, alma mía, más terrible alternativa ni más cierta? No es posible. ¿Qué haces, pues? Ante ti está la vida y la muerte: lo que escojas, eso se te dará. Dios mío, ¿iré yo al cielo o al infierno? ¿Me salvaré o condenaré? ¿Lograré mi último fin o lo perderé? Oh Señor, yo resuelvo trabajar con todo ahínco en mi propia salvación y perfección; yo resuelvo hacer todo lo que en estos ejercicios me mostréis ser necesario para alcanzarlo... Yo os pido vuestra gracia para que sea constante en mis propósitos: ¡tantas veces lo he prometido y he vuelto a caer! Padre eterno, que con vuestro poder me habéis criado, salvadme. Eterno Hijo, que con vuestra sangre me habéis redimido, salvadme. Espíritu Santo, que con vuestra gracia me habéis santificado, salvadme. Jesús, José, Teresa y María, venid en ayuda del que en vosotros confía: salvadme en vida y en mi última agonía.

Coloquio. Oh alma mía, has visto cómo el fin de esta vida es la santidad, hacerte santa; el fin de la otra vida es la eterna felicidad, y de ambas el honor y gloria de Dios.

Tus deberes para con Dios: 1º. Adorarle, porque es infinita excelencia, majestad y grandeza; 2º. Amarle y alabarle, porque es bondad infinita; 3º. Servirle, porque es tu Señor, tu creador y dueño. Tu felicidad temporal y eterna depende de tu servicio a Dios.

Vengo, pues, de Dios, que es mi primer principio y de la nada me crió.

Soy de Dios, que es mi Señor, mi dueño, mi soberano, mi Rey con dominio absoluto, esencial, supremo, universal, eterno, irresistible sobre mí y todas mis cosas.

Voy a Dios, soy para Dios, que es mi último fin, y en esto está cifrada toda mi grandeza, todos mis deberes, toda mi felicidad temporal y eterna.

En todos los momentos de tu vida debiste adorar, amar, servir, glorificar a Dios. ¿Lo hiciste?

En todos los momentos de la vida que te resta debes adorar, amar, servir y glorificar a Dios. ¿Lo harás?... Esto es tu ser, todo el hombre.

Así lo exige la suma bondad de Dios, así lo exige el supremo dominio de Dios. Así lo exige tu propio interés. Servir a Dios: he aquí la única cosa necesaria en este mundo.

Servir a Dios: he ahí lo único que me importa. Oh Dios mío, cueste lo que cueste, quiero salvar mi alma, lograr mi último fin. Amén Jesús.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 2ª. *Del fin de la Compañía de Santa Teresa de Jesús*

Preludio primero. Represéntate, alma mía, a tu Madre santa Teresa de Jesús, que mostrándote el libro de tus Constituciones, te dice: Sed imitadoras mías, como yo lo soy de Cristo.

Preludio segundo. Jesús mío, dadme a conocer mi fin religioso, y gracia eficaz para alcanzarlo.

Punto primero. El fin de la Compañía de Santa Teresa de Jesús es primeramente procurar la mayor gloria de Dios, atendiendo con todo ahínco cada hermana a su propia salvación y perfección, con el favor de Dios. Medita, alma mía, la excelencia, la necesidad, la utilidad, la felicidad de este fin.

No hay ni puede haber cosa más divina, más excelente y provechosa y necesaria que trabajar en salvar el alma, pues es la única cosa necesaria; ni más excelsa que el perfeccionarla, porque con esto nos asemejamos a Dios Padre, que quiere seamos perfectos como Él lo es. Pondera, alma mía, como tus Reglas te mandan en este punto y en cosa tan necesaria, que no debes procurarla con algún empeño, con mediano esfuerzo, con mucho ahínco, sino con todo ahínco, esto es, con el mayor esfuerzo, empeño, ahínco que se puede desear y pedir. Porque así como no hay cosa más excelente y divina y que más te importe que el salvar y perfeccionar tu alma, así tampoco debe haber otra en que pongas más cuidado y trabajo. Así es que no cumples

tus Reglas santas, las Reglas que has profesado, aquellos días, aquellos momentos en que solo trabajas para tu salvación y perfección con algún ahínco, con mediano ahínco, con mucho ahínco, porque ha de ser con *todo ahínco.* Quien dice *todo,* nada excluye, nada deja por desear y pedir y exigir. Admira, de aquí, la alteza suma de tu vocación, y la perfección que te exige la Compañía, y da gracias a Jesús y su Teresa por ello, y corresponde a tanta dignación.

Para ti trabajas, para ti te esfuerzas, para ti vives, sufres y mueres. Si para ti no tienes interés, si para tu alma no tienes empeño, ¿para quién y para qué cosa lo tendrás? Ama a tu alma, a tu vocación sobre todas las otras cosas. Dale honor según su mérito, y empieza otra vez a trabajar con todo ahínco en lo único y en lo que más te importa. Manos a la labor. Pasa, hija mía, la brevedad de la vida, y después ya no podrás merecer, ni trabajar, ni ganar.

No estás sola en esta sublime empresa, hija mía; no desmayes. Jesús y su Teresa, que te han llamado a tan alta vocación, te darán fuerzas en tu debilidad para que puedas cumplirla bien. Su nombre y su honra están en ello empeñados. Solo te piden y exigen que quieras, que quieras de veras, que quieras de todas veras, y está logrado el negocio con toda felicidad. Ánimo, pues, y que nada te turbe, nada te espante, que Dios no se muda, y quien a Dios tiene, nada le falta.

Hallarás, por fin, toda felicidad en obrar por este fin; porque solo los que se entregan a la perfección, viven en quietud, mueren con alegría, se salvan con grandes ventajas. ¡Oh Dios mío! Miles de gracias os doy porque me habéis llamado a la Compañía de vuestra esposa e Hijo Jesucristo nuestro Señor, porque tenemos en ella un fin tan excelente, tan divino. Ojalá sepa aprovecharme de vocación tan altísima y perfectísima.

Punto segundo. El fin de las hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús es, no solo atender, con la gracia de Dios, con todo ahínco a la propia salvación y perfección, sino celar con sumo interés la mayor honra de Cristo Jesús y extender el reinado del conocimiento y amor de Jesucristo por todo el mundo, por medio de los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio: restaurar en Cristo Jesús todas las cosas, educando a la mujer según el espíritu y doctrina de santa Teresa de Jesús. Así es que el fin de la Compañía es la salvación y perfección, tanto propia como ajena. Orar, enseñar, sacrificarte, para que todos conozcan y amen a Jesús. Orar, enseñar y sacrificarte, para restaurar en Cristo Jesús todas las cosas; orar, enseñar y sacrificarte, para educar la niñez y juventud femenil, según las enseñanzas de la más sabia de las santas, y de la más santa de las sabias, Teresa de Jesús.

¿Puede haber, alma mía, cosa más excelente, ocupación más provechosa, empresa más feliz? ¿Puede haber fin más alto?

¡Oh, no es posible! Porque este fue el fin de la creación, redención, vida, pasión y muerte de Jesucristo: y la venida del Espíritu Santo; porque con estas obras, lo que principalmente se pretendía, era la gloria de Dios y la salvación y perfección de las almas; porque no hay cosa más divina que cooperar a la salud de las almas,

comoquiera que con este celo, alma mía, eres superior a todo lo terreno, mayor que los ángeles, mediadora entre Dios y los hombres, compañera de Jesús y su Teresa, y como otro Jesucristo.

No hay, por otro lado, cosa más provechosa, porque se sacan méritos inestimables, se obtienen innumerables gracias y premio inmenso de gloria... ¡Oh alma mía! Con ninguna cosa aplacarás mejor la justicia de Dios que llevando almas a su misericordia con tus trabajos. Pondera los medios que te da y lo que te exige la Compañía, tu madre espiritual, para lograr este doble fin altísimo y perfectísimo.

La práctica de las sólidas virtudes, en especial las que vuestra Madre os ha dejado en herencia, ser verdaderas, francas, varoniles, afables, la pobreza evangélica, la castidad angelical, la obediencia extremada, la intención recta y pura, oración continua, mortificación y abnegación perfecta, y el vencimiento propio en todas las cosas. El apostolado de la oración, enseñanza y sacrificio... Los exámenes de previsión, particular y general, la acusación de las faltas, el día de retiro, estos días de ejercicios espirituales cada año, el segundo y tercero noviciado, el mes de ejercicios, la invocación de los santos ángeles y todas tus santas Reglas, en especial este espíritu magnánimo, esforzado e invencible de la Santa, medios son para lograr vuestro fin.

Unos buscan su salvación como todos los cristianos; otros su perfección, como todos los religiosos; mas las hijas de la Compañía deben buscar su propia y ajena salvación y perfección, y esto con sumo interés. Unos se contentan con alabar y servir a Dios ellos solos; vosotras por los otros también. Unos buscan la gloria de Dios, vosotras la mayor honra y gloria, sin ninguna limitación.

¡Oh Dios mío! Aunque mi fin es la salvación y perfección propia y la de mis prójimos, no quiero pretenderla sino conforme a vuestro agrado. No quiero ser más perfecta que lo que Vos queréis, ni salvaros más almas que las que Vos queréis, porque no quiero en todas las cosas más que buscar vuestra santísima voluntad y conformarme con ella: no me busco a mí sino a Vos; ni quiero contentarme a mí en todos mis pensamientos, palabras, obras y deseos, sino a Vos. Vuestra voluntad viva y reine siempre en medio de mi corazón. Porque mi suma felicidad está en hacer vuestra voluntad manifestada por el medio infalible, que es la obediencia a mis superioras y a mis santas Reglas. Amén.

Punto tercero. Alma mía, ¿a qué has venido a la Compañía? ¿De qué me servirá haber dejado el mundo, si he de vivir como vivo? ¿Qué debo hacer en adelante? ¿He dejado mi casa, mis parientes, todo lo que el mundo me ofrecía, para vivir en la Compañía de santa Teresa de Jesús, y después de esto querré ponerme en peligro de condenarme? ¡Jesús mío! bastante os he ofendido ya. La vida que me queda quiero emplearla en agradaros, en llorar los disgustos que os he dado, en vivir santamente, porque quiero salvar mi alma, cueste lo que cueste. Quiero honrar a mi madre la Compañía y llevar con honra el dictado tan glorioso de hija suya fiel. Alma mía, lo que puedas hacer hoy, no lo dejes para mañana. El día de hoy pasa y no vuelve; la muerte está cerca. El día de mañana es incierto. En la hora de la muerte todos quisieran haber sido santos. ¿Por qué no trabajamos, ahora que tenemos tiempo, con todo ahínco para serlo?

En la hora de la muerte dirás: ¿Qué me costaba huir de aquella ocasión, sobrellevar aquella persona, sufrir aquel genio, cortar aquella correspondencia o trato, ceder de aquel puntillo? Pero si no lo haces ahora que tienes tiempo, ¿de qué te servirán entonces estas exclamaciones tardías, sino para aumentar los remordimientos? Ahora que tienes tiempo, alma mía, debes obrar con todo ahínco tu salvación: no te duermas en una falsa seguridad, porque no hay demasiada seguridad cuando peligra la eternidad, no hay seguridad que baste para evitar el infierno. Haz bien tu examen de previsión, general y particular. Ora de continuo, calla, sufre, trabaja, véncete, obedece por Jesús y su Teresa; vive y muere por su amor. Porque nada valen para salvarnos ciertas veleidades; nada vale decir: lo haré *después.* El infierno está lleno de almas que decían: *después, después, más adelante,* porque entretanto les sorprendió la muerte y se condenaron. Si algún día, alma mía, has de trabajar seriamente para salvarte, ¿por qué no lo haces ahora? Para salvarse es menester orar sin cesar, huir de las ocasiones de pecar. Es menester violentarse. El cielo no se da a los poltrones.

¡Dios mío! ¡Dios mío! Os he hecho muchas promesas. Os he engañado muchas veces. Ayudadme: no quiero engañaros más. Haced que muera antes que os ofenda, porque yo quiero salvar mi alma, cueste lo que cueste. Aquí quema Señor, aquí corta, aquí nada me perdones, con tal que eternamente me perdones, porque quiero de todas veras salvar mi alma eternamente.

Coloquio con Cristo, con su Madre, con su esposa Teresa de Jesús para que me den el espíritu de Compañía.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 3ª. *Del fin de las criaturas*

Preludio primero. Ver a todas las criaturas cómo obedecen a Dios.

Preludio segundo. Dios mío, dadme gracia para usar y no abusar de las criaturas.

Esta meditación es la más práctica; bien hecha nos hace santos, mal hecha, demonios.

Punto primero. El fin de las criaturas. Todas las criaturas son criadas para mí.

Dice san Ignacio: las otras cosas sobre la haz de la tierra son criadas para el hombre, para que le ayuden a conseguir el fin para que fue criado. «Todas las cosas son vuestras, dice san Pablo; vosotros de Cristo y Cristo de Dios». Mira cuán generoso ha sido tu Dios en criar tantas y tan varias criaturas para tu necesidad, utilidad y regalo: plantas, flores y frutos, peces, aves, animales... todo es para ti, ioh alma mía! Reina eres de la creación y todas estas cosas son limosnitas de amor de Dios a tu necesidad, utilidad o regalo. Mira cuán bondadoso es tu Dios, que ha querido además que estas criaturas visibles fuesen como un libro donde todos puedan leer las excelencias y perfecciones del criador, y de aquí se moviesen a conocerle, reverenciarle, alabarle, amarle y servirle. Oh Señor, exclamaba san Agustín, al ver el orden de la creación:

todas las cosas me dicen que te ame y no cesan de repetirlo a todos con mudo y elocuente lenguaje. Con sus perfecciones te revelan la perfección de Dios; su orden te revela su sabiduría; el firmamento su poder; su bondad el amor; su prontitud y obediencia la acción de Dios. Pondera con cuánta fidelidad y exactitud cumplen las criaturas el fin para que Dios las crió, pues ellas no se cansan de servir a las necesidades y regalo del hombre, porque se lo manda Dios. El sol nos alumbra y da calor; el aire nos da huelgo y salud, los alimentos nos nutren, nos curan las medicinas y todos los animales le están sujetos para servirle... Y tú solo has abusado, haciéndolas servir para ofender a Dios, sujetándolas a violenta servidumbre al aprovecharte de ellas contra su inclinación. Discurre por tus sentidos y verás con dolor cuán poco te has servido de las criaturas conforme a la voluntad y gloria del criador. Enmiéndate. ¡Oh mi Dios! dadme gracia para usar de todas las cosas por Vos. Todo por Vos. Todo por vuestra mayor honra y gloria.

Punto segundo. Las criaturas son criadas para que te ayuden a conseguir tu último fin. Esto es, son medios, escalera para hacerte subir hasta Dios, para unirte a Dios. Porque no pueden satisfacer tu corazón, porque tienen un ser limitado, y no pueden llenar el vacío de tu corazón, que tiene una capacidad infinita. Están llenas de imperfecciones, y por lo mismo no puedes hallar en ellas verdadera satisfacción y paz; son frágiles, mudables, deleznables, miserables, y no pueden dar lo que no tienen de felicidad, la cual solo está en Dios, que no se muda. Luego solo debes desear y elegir de las criaturas lo que más te conduzca para alcanzar el fin porque has sido criado.

Propio es de los medios usarlos tan solo para lograr el fin. Así, tomas de la medicina lo que te conviene para la salud: de la triaca lo que te conviene para contrarrestar el veneno. Por esto, si sabes usar bien de ellas te harás santa: las que te son necesarias para sostener tu existencia, como la comida, el vestido, el descanso, etc., te darán ocasión de practicar la templanza y desasimiento: las que te son molestas, y no obstante no puedes evitarlas, como la pobreza, la enfermedad, las humillaciones, los contratiempos, reveses y vaivenes de la vida, te darán ocasión de ejercitar tu paciencia, tu humildad, tu constancia y fortaleza, tu caridad. Las que son buenas en sí, y conducen por su naturaleza a Dios, como la oración, confesión, comunión, te darán ocasión de ejercitar tu fe, tu piedad, tu devoción, tu amor. ¿Amas a alguna persona o criatura con desordenado amor? ¿Te amas a ti misma o a alguna de tus cosas con desordenado amor?

Mas, ¡ay de ti alma mía, si pones en ellas tu corazón, como en tu último fin! ¡Si te apegas a ellas! Entonces lo trastornas todo, de los medios haces fin, de las criaturas criador, y pones un ídolo en el altar de tu corazón, esto es, a la criatura a quien amas, con mengua del criador, y te pierdes y te condenas. Entonces serán para ti las criaturas, no escalones para subir al cielo, sino peldaños para bajar al infierno: no medios para unirte a Dios, sino tropiezos para apartarte más y más de Él. Enmiéndate. ¡Oh mi Dios! Dadme gracia de no vivir sino para Vos; no quiero gozar de lo que solo se me ha dado para usar, y por eso no quiero yo, ni vida larga ni vida corta, ni salud ni enfermedad, ni pobreza ni riqueza, ni honor ni deshonor, sino tan solo hacer vuestra santísima voluntad en todas las cosas y unirme a Vos. Amén.

Punto tercero. Pondera por fin, alma mía, con qué espíritu debes usar de las criaturas. Las criaturas son de Dios. Luego debo usar de ellas según el beneplácito de Dios, pues yo no soy su dueño, sino como su administrador; pues yo no las crié ni les señalé su destino, sino Dios, y así nunca puedo ni debo violentarlas, ni desviarlas de su fin.

Debo usar de las criaturas con espíritu de gratitud, pues si son presentes de la divina largueza, bondad y liberalidad de Dios, hechos a mi indigencia y regalo; si son limosnitas del amor divino a mi pobreza, como pobre agradecido debo usar de ellas según la voluntad de Dios. ¡Oh Dios mío! Al oler una flor, al ver un campo, al gustar una fruta levantaré mi corazón a Vos y exclamaré: ¡Cuánto me amáis, Señor! Desde la eternidad ya pensasteis en mí al criar y hacerme esta limosnita de amor. ¡Cuán bueno sois! Si tan bueno sois en vuestros dones, ¡cuánto lo seréis Vos en Vos mismo! Yo os amo con todo mi corazón y os doy infinitas gracias, Señor, por tantos favores. Tú me alumbras con la luz del sol, tú me alimentas con los frutos de la tierra, tú vistes mi desnudez con las ropas que me sirves por medio de las criaturas con tanta bondad y exactitud. ¡Cuánto debo amarte! Debo usar de las criaturas con espíritu de temor, porque Dios castigará severamente todo abuso que trastorne su ordenación santa y sapientísima, y porque mi inclinación al mal y al pecado me mueve a abusar de todo: mi egoísmo, mi sensualidad me arrastran a trastornar el orden de la creación casi sin sentirlo, pues siempre me busco a mí y poco a Dios. *¿Quid hoc ad eternitatem?* Por esto, Dios mío, tanto he de usar de las criaturas cuanto me ayuden a conseguir mi último fin, y tanto debo quitarme de ellas cuanto me lo impiden. ¡Oh Dios mío y Dios de todo lo criado! ¡Cuántas veces he usurpado vuestro soberano dominio, y contra vuestra voluntad he forzado a las criaturas para que sirviesen a la satisfacción de mis desordenadas pasiones! ¡He puesto mi fin en las criaturas cuantas veces he pecado, y he cometido una especie de idolatría, volviéndoos las espaldas! Perdonadme, Dios mío, que no quiero ser esclavo de las criaturas, de las que debo ser rey. Vos solo habéis de mandar en mi alma; vuestra voluntad, Dios mío, en medio de mi corazón. Solo usaré de las criaturas en cuanto me ayuden a serviros mejor y amaros con todo mi corazón. Dadme vuestra gracia, pues sin ella nada puedo. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4ª. *Importancia de la salvación de mi alma*

Composición de lugar. Represéntate a Jesús, que mostrándote el infierno te dice: ¿de qué te aprovechará ganar todo el mundo si pierdes tu alma?

Petición. Dios mío, quiero a toda costa salvar mi alma.

Punto primero. Has visto tú, alma mía, cómo has sido creada por Dios para conocerle, adorarle, alabarle, hacerle reverencia, o por decirlo en una palabra, has sido criada *para servir a Dios* con todo lo que tienes, con tu alma y con tu cuerpo, y mediante este servicio, salvar tu alma. Una sola cosa, pues, te es necesaria, alma mía, y esta es salvarte, porque de aquí depende tu felicidad eterna, o tu desdicha eterna. En este mundo solo hay un bien, que es salvarme; y un solo mal, que es condenarme. Alma

salvada, todo salvado: alma perdida, todo perdido, y esto eternamente... Poco va en que yo sea rica o pobre, alabada o despreciada; enferma o sana; que viva poco o mucho; con trabajos y penas o con gloria en este mundo; porque lo único que me importa, es salvarme eternamente.

Alma mía, puede ser que te salves; puede ser que te condenes. ¿Por qué no te resuelves, pues, a vivir más unida con Dios, más observante de tus Reglas, más conforme a la divina voluntad? ¡Oh Jesús mío!, que habéis muerto en la cruz para salvarme, ¡tened piedad de mí! No quiero condenarme. ¿Mas qué has hecho, alma mía, para salvarte? ¿Estás segura de que no te condenarás? Si te pierdes, alma mía, ¿con qué otro bien podrás compensar pérdida tan inmensa? ¿Qué no han hecho los santos para salvarse? ¿Cuántos reyes y reinas han dejado sus reinos? ¿Cuántas jóvenes, cuántas vírgenes han rehusado reinos, y príncipes han dado su vida por Cristo, para asegurar su salvación? Y tú, alma mía, ¿qué has hecho? ¿Qué haces? ¿Qué resuelves hacer para asegurar tu salvación, para salvarte?

Dios quiere que todos los hombres se salven. ¿Quieres tú salvarte, alma mía? ¿Quieres, pero quieres de veras? ¿Quieres de todas veras? Pues si es así ten confianza, te salvarás, porque Dios lo quiere y tú lo quieres; ya está hecho el negocio, asegurada está ya tu salvación. ¡Oh Dios mío! Si me condeno, si no me salvo, mía será toda la culpa, y esta sería mi mayor pena en el infierno: haber perdido voluntariamente mi alma, mi paraíso, mi Dios. No lo permitáis Vos, Jesús mío, porque sois bueno y piadoso y me amáis con infinito amor. Quiero salvar mi alma. Lo demás, todas las cosas de este mundo, son juego de niños, son fruslerías, bagatelas, niñerías, naderías. Todo es nada y menos que nada lo que se acaba y no contenta a Dios, salvando el alma.

Ahora debes seriamente meditar qué es salvarte. ¿Qué es salvar tu alma? Es ver a Dios, amar a Dios, alabar a Dios, gozar de Dios en el cielo, cara a cara, por toda la eternidad.

Salvar tu alma es gozar de la misma felicidad que goza Dios en los resplandores de su eterna gloria. Salvar tu alma es la vida eterna, la felicidad eterna. Salvar tu alma, es poseer a Dios y con Él todos los bienes, sin mezcla alguna de mal, para siempre, siempre, siempre.

Salvar tu alma es tener satisfechos todos los deseos de tu corazón, sin temor de perderlos jamás. Es gozar de Jesús bueno, en compañía de la Inmaculada Virgen María, de san José, de todos los ángeles y santos del cielo. ¿Puedes desear más gloria y felicidad? ¡Oh Dios mío! ¿Cuánto me gozo solo con la esperanza de que un día seré saciado, cuando apareciera para mí tu gloria? ¿Qué será esta hartura para mi alma? ¡Oh cielo! ¡Oh hermoso cielo! ¿Cuándo te poseeré? Muerte do el vivir se alcanza, —no te tardes que te espero.

Punto segundo. ¿Qué ha hecho Dios para salvarte? Considera cuántas gracias, alma mía, te ha concedido Dios para salvarte... Te ha hecho nacer en el seno de la Iglesia católica; te ha dado unos padres cristianos y honrados; te ha sacado del mundo, y te ha colocado en su casa, en su Compañía, te ha hecho esposa suya, te ha confiado sus más preciados intereses.

¡Cuántas luces e inspiraciones y buenos ejemplos! ¡Cuántas voces de amor en los ejercicios, sermones, lecturas, conferencias, correcciones, confesiones, oraciones, comuniones! Estos mismos ejercicios santos, ¿no son una prueba la más fehaciente de que quiere salvar tu alma? ¿No lo son su vida, su muerte de cruz? ¡Cuánta longanimidad en esperarte, cuando te apartaste de Dios por el pecado! ¡Cuánta paciencia en sufrirte! ¡Cuánta misericordia en perdonarte! ¿A cuántas almas no ha concedido tales gracias? ¡Y a ti, más ingrata, te las ha concedido! ¡Cuánto te ama Dios nuestro Señor! ¡Cuán de veras desea salvarte! ¿Qué debía hacer, que no haya hecho yo por tu alma, dice el Señor, para obtener buenos frutos? Y al cabo de tantos años, ¿qué fruto me has dado? ¡Dios mío, Dios mío! ¡Cuánto me amáis! ¡Jesús mío, Jesús mío! ¡Cuánto me regaláis! ¡Mas, ay de mí, Señor! que si no me aprovecho de tantas gracias, ellas servirán tan solo para hacer más infeliz mi suerte eterna. ¡Tantos años que estoy en vuestra compañía, Jesús mío! y hasta ahora, ¿en qué me he aprovechado? ¡Oh Jesús mío! vuestra sangre, vuestra muerte es mi única esperanza: habed piedad de mí, salvadme.

Si muriese esta noche, ¿moriría contenta de mi vida? No; pues entonces, ¿qué espero? ¿Que venga la muerte y me haga exclamar: Erré el camino de la verdad, después de haber andado por caminos difíciles? Si a un moribundo le dieran un año de vida, ¡por qué favor lo tendría! ¿Pues qué haces tú, alma mía, en este tiempo que el Señor te concede de vida para asegurar tu salvación? Me confesaré con dolor de todos mis pecados, enmendaré mi vida, ordenaré mis operaciones, haré penitencia, cumpliré con fidelidad mis Reglas y así, me salvaré infaliblemente. Jesús mío, basta de pecar, basta de desagradaros, basta de ofenderos. Quiero amaros con todo mi corazón. Quiero hacer en todas las cosas vuestra santísima voluntad. Primero morir que ofenderos. Viva Jesús mí amor, muera el pecado. No quiero resistir más a vuestra voz. ¡Quién sabe, Dios mío, si estas palabras que estoy leyendo, son el último aviso amoroso que Vos me dais! Jesús mío, misericordia y enmienda para esta pobre pecadora.

Punto tercero. ¿Qué has hecho tú para salvarte? ¿Qué haces? ¿Qué piensas hacer? Nunca creas, alma mía, haber hecho demasiado para asegurar tu salvación eterna. Ninguna seguridad es demasiada, cuando peligra la eternidad.

Trabajad con temor y temblor en la obra de vuestra salvación, dice el Apóstol (Phi., II., 12.) Es necesario que nos salvemos, temiendo y temblando; porque el que tiembla de condenarse, se encomienda siempre a Dios, huye de las ocasiones de pecar, y de este modo se salva. Tú, alma mía, eres la cosa más preciosa de este mundo, pues el Hijo de Dios dio su vida, su sangre preciosa para comprarla. Una cosa, pues, te es necesaria: salvar tu alma, porque no tienes más que una. No hay en este mundo más que un solo bien: la salvación, y un solo mal: el infierno. Dios logrará infaliblemente su fin. Tú le glorificarás alabando su misericordia en el cielo, o le glorificarás ensalzando su justicia en el infierno. Sí, alma mía. ¡Qué pensamiento tan cierto y desgarrador!: tú, alma mía, tú misma alabarás o blasfemarás, amarás o aborrecerás eternamente a Dios. Tus ojos verán el rostro de Cristo amoroso y festivo o airado para siempre: tus mismas manos abrazarán a Cristo o a las furias infernales: tu misma carne nadará en un océano de

delicias celestiales o será salada en el infierno con tormentos eternos. ¿Cuál suerte me tocará? La que yo escogiere.

¿Qué has hecho para salvarte? Nada, o casi nada. Mira tu vida: cuando joven, la pasaste en la vanidad y desvaríos del mundo, tu vida en tu mayor edad, la pasaste en la esterilidad, en la pereza o en el vicio... tu vida en tu más avanzada edad, en deseos cuando más. ¿Dónde están tus obras buenas? ¡Ay mi Dios!, ¡cuántas veces habéis venido a buscar frutos de santidad en mi alma, y no los habéis hallado! Solo hojas o algunas flores de buenos propósitos, y nada más. ¿Por qué no me habéis quitado la vida y echado al fuego del infierno, como la higuera estéril?... Señor, solo a vuestra misericordia lo debo. Y aun algunas buenas obras que haya hecho ¡cuán imperfectamente! ,¡cuán flojamente! ,¡cuán negligentemente! ¡Señor, tened piedad de mí según vuestra gran misericordia!

¿Qué haces ahora? Hago estos santos ejercicios. A lo menos, Señor, salga mudada y me salve. ¿Qué haces para salvarte? El reino de los cielos padece violencia, y solo los que se la hacen lo arrebatan. El reino de los cielos no se da a los haraganes y poltrones y perezosos, sino a los que legítimamente hubiesen trabajado y peleado en el servicio del Rey de los cielos. Sorpresa causa que el demonio y el mundo trabajen tanto para perdernos, y nosotros a quienes más interesa, nos afanemos tan poco para salvarnos. Si te condenas, alma mía, perdida estarás para siempre: es negocio este que no se puede reparar; una sola vez se muere, y una sola vez se salva o se condena.

La mayor pena de los que se pierden es considerar que se han perdido por su culpa. El mayor gozo de los que se salvan es considerar que ha sido por sus méritos, por sus buenas obras, porque *han querido, con la gracia de Jesucristo,* salvarse.

Mira, pues, cuál es tu voluntad, y no te engañes con vanas ilusiones. Irá cada uno a la casa de su eternidad, esto es, a la casa que con sus obras se ha dado eternamente. No lo olvides. Si te condenas, no des la culpa a nadie más que a ti, porque habrás querido. Si te salvas, que es la única cosa necesaria que te importa, a la gracia de Dios lo habrás de atribuir, con tu cooperación a ella. Salva tu alma, salva tu alma, salva tu alma ante todo y sobre todo, hija mía. ¿Qué piensas hacer? Oh Dios mío y Señor mío, pienso hacerlo todo bien. Haz lo que haces: quiero serviros como Vos queréis, con sencillez y corazón de hijo y de hijo sumiso. Dadme vuestra gracia, Señor, porque sin ella nada puedo hacer; mas con ella todo; salvadme.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación supernumeraria. *Del recto uso de las criaturas*

Composición de lugar. Ver cómo todas las criaturas obedecen la voluntad de su criador.

Petición. Dadme gracia, Dios mío, para usar tanto de las criaturas cuanto me ayuden a alcanzar mi fin, y tanto quitarme de ellas cuanto para ello me impidan.

Punto primero. El hombre no tiene en esta vida otro fin que el de servir a Dios... Las cosas criadas no tienen otro fin que ayudar al hombre a prestar este servicio a Dios... Luego de aquí se sigue que el hombre, tanto ha de usar de las criaturas cuanto le ayuden a servir a Dios, pues son medios para servir a Dios y salvarse. Mas como no podemos servir a Dios sino cumpliendo su voluntad santísima en todas las cosas, y por lo mismo en el uso de las criaturas; es evidente que solo yo he de usar de las criaturas cuando Dios quiere que use de ellas, y en el modo que Dios quiere; y no he de usar de las criaturas cuando Dios no lo quiere. Cuando Dios lo quiere *siempre* he de usar de las criaturas; cuando Dios no lo quiere, *jamás* he de usar de las criaturas. Luego lo primero que he de averiguar antes de usar o no usar de las criaturas, es la voluntad de Dios. Dios lo quiere, usaré de las criaturas; Dios no lo quiere, pues no usaré de ellas... La razón de esto es muy clara. Dios es el único Señor y criador de todas las criaturas, y el hombre un mero siervo, que no puede apartarse jamás de la voluntad de su Señor y Dios. Son de Dios todas las criaturas. Dios tiene sobre ellas el mismo dominio universal, absoluto que tiene sobre mí. Luego debo usar de las criaturas según el orden de la voluntad de Dios, con dependencia de Dios; no como dueño que dispone a su gusto, sino como un administrador que ha de dar cuenta estrecha al Señor legítimo.

Son limosnas de amor a mi indigencia: luego he de usar de ellas con gratitud.

Punto segundo. Dios al criar las cosas las ordenó a su gloria, y por lo mismo al criar las criaturas no pudo darles otro destino que el que le glorificasen sirviéndole... Todas las cosas criadas están, pues, destinadas esencialmente al servicio de Dios por el mismo criador... Luego se profanan las criaturas al destinarlas o hacerlas servir para otro fin que el de servir a Dios... Si un cáliz consagrado al servicio de Dios se destinase a un uso profano, quedará profanado; si se dedicase a un uso indecente, sería un sacrilegio... Luego, oh alma mía, si empleas una criatura consagrada al servicio de Dios, para tu satisfacción o regalo contra la voluntad de su criador, cometes esta profanación, este sacrilegio a su manera, tanto más grave cuanto más la apartas del fin santo que le señaló Dios.

Consecuencia. Como yo estoy inclinada al mal, he de usar con temor de las criaturas, porque mi concupiscencia me inclina a abusar de ellas, y Dios no puede menos de castigar este abuso, que trastorna toda la economía de la creación.

Punto tercero. Este recto uso de las criaturas universal y perpetuo es por una parte el bello ideal del servicio más puro de Dios, y es el fundamento más sólido, más práctico y más necesario de la más elevada perfección, porque de esta suerte el alma que llega a este estado hace en todas las cosas con perfección la voluntad de Dios, y está unida a Dios.

Mas ¡ay! que, atendida nuestra naturaleza corrompida, es la empresa más difícil que el hombre puede acometer y llevar a cabo... Mi regla de conducta es moverme a usar o no usar de las criaturas, según el placer o dolor que su uso me proporciona. Me gusta, lo hago; no me gusta, no lo hago; esta es la regla que sigo ordinariamente al obrar. No miro si Dios lo quiere o no lo quiere, si me ayudan o no a servir a Dios, sino si me

gustan o no me gustan; desciendo con esto al nivel de las bestias, que al usar de las criaturas se guían por el instinto, mas no por la razón, que no tienen.

¡Qué de peligros innumerables ponen en riesgo tu salvación y perfección, alma mía, a cada paso! Mas todos estos peligros se reducen a uno solo a usar mal de las criaturas, esto es, a usar de ellas contra lo que Dios quiere, o contra el modo que Él quiere.

Aprende de los ángeles, que lo mismo cantan *el Santo* en el cielo, que acompañan a un mísero mortal en este destierro.

Aprende de Cristo, que no tenía otro alimento ni otra vida que hacer la voluntad de su Padre (J. 4,34).

«Solamente deseando y eligiendo lo que más nos conduce al fin para que somos criados», dice san Ignacio.

El único obstáculo que hallarás en el servicio de Dios, es el desordenado amor de ti misma, que te arrastra a usar de las criaturas para satisfacer tan solo tus desordenadas aficiones. Por lo cual, ordenadas estas aficiones, ya no te quedará sino un *deseo* general de cumplir la voluntad de Dios, para prestar al Señor el servicio debido, en todas tus operaciones.

Este deseo producirá en tu alma el cuidado de averiguar en cada acto libre particular, cuál sea la voluntad divina: la cual hallada y conocida, será la única razón suficiente de hacerte salir de la indiferencia en todas las cosas, que no están ya prohibidas o mandadas, o sea *elegir* entre dos extremos. ¿Mas cuál debes abrazar de estos dos extremos? Debes abrazar siempre aquel en que hallares mayor servicio de Dios, porque más nos conduce al fin para que somos criados.

San Ignacio, casi en todas sus cartas termina así: «Ruego a Dios a todos nos dé su gracia para conocer siempre su voluntad santísima, y cumplirla perfectamente». Lo mismo pedía al Señor san Francisco Javier. Haced, oh Dios de mi amor, que mí única ansia y cuidado sea conocer vuestra voluntad en todas las cosas y cumplirla. Enséñame a hacer tu voluntad. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Día segundo

Meditación 1ª. *De la indiferencia respecto de las criaturas*

Composición de lugar. Como en la meditación del fin. *Petición.* Dios mío, dadme una perfecta indiferencia respecto de las cosas sensibles, y dadme que solo desee y elija las que más me conduzcan para mi último fin.

Punto primero. Qué es la indiferencia, 1º. Motivos; 2º. Frutos preciosos; 3º. Impedimentos.

El fruto principal de la meditación del fin debe ser la indiferencia. —Es la indiferencia un justo equilibrio del afecto del alma, de manera que esté siempre pronta y dispuesta a deshacerse aun de las cosas más amadas, siempre que sean impedimento para conseguir su fin, y a abrazarse aun con las más desagradables y difíciles, siempre que le sean ayuda para conseguirlo, de modo que solamente desee y elija las cosas que más me conduzcan para alcanzar mi fin. Por aquí ya comprenderás, alma mía, que es menester hacerte indiferente a todas las cosas criadas en todo lo que es concedido a la libertad de nuestro libre albedrío y no le está prohibido, en tal manera, que no queramos de nuestra parte más salud que enfermedad, riqueza que pobreza, honor que deshonor, vida larga que corta, y así en todo lo demás, solamente deseando y eligiendo lo que más te conduzca a conseguir el fin a que somos criados. Pondera esta verdad importantísima la más práctica de todas, pues en cada instante de la vida tiene aplicación: *es menester hacerte indiferente a todas las cosas criadas,* porque es menester salvar tu alma, y esta santa indiferencia te es necesaria para asegurar tu salvación. Por el pecado original está viciada, desarreglada, degradada nuestra naturaleza, y por este motivo las criaturas son tentación para los hombres y un lazo para los pies de los necios *(Sap.,* XIV., 11) porque tienen por regla de obrar y apetecer o aborrecer las cosas, solo *su gusto:* si me gusta lo hago; si no me gusta, no lo hago. Pues con esta meditación, alma mía, has de reformar este desorden de tus aficiones o gustos, y de tus aversiones o disgustos, porque no has de amar ni aborrecer cosa criada porque te guste o disguste, sino porque Dios lo quiere, porque agrada o desagrada a Dios.

Todo el mundo está lleno de peligros, como dice san Pablo; está lleno de lazos, como vio san Antonio; o de armas para herir a la pobre alma, como vio mi Madre santa Teresa. Peligros y lazos en el mundo, peligros y lazos en mí misma, por parte de mi imaginación, de mi memoria, de mis recuerdos, de mi entendimiento, de mi corazón, de mis sentidos; peligros y lazos fuera de mí misma: las amistades, negocios, deleites, oficios, soledad, sociedad; peligros y lazos hasta en las falsas hermanas... Todos estos peligros se reducen a uno solo: al abuso de las criaturas. Si tienes esta santa indiferencia, ya no hay para ti peligros que temer, alma mía, y tu salvación está asegurada. Has quitado las armas a todos tus enemigos, y ya no te podrán dañar. ¡Mas ay de ti, si no tienes esta santa indiferencia! Caerás necesariamente en muchas y graves tentaciones, serás cogida por muchos de estos lazos, herida por muchas de estas armas. La cólera, la indignación, la tristeza y la pusilanimidad, la soberbia y el temor, el capricho, la perturbación; en una palabra, el amor desordenado a las comodidades, honras y deleites, y el horror a los trabajos, desprecios y dolores te empujarán y te despeñarán al pecado, a la perdición eterna. Porque para superar estos peligros te es necesaria una gracia y asistencia especial de Dios, y Dios no concede esta gracia o asistencia especial al alma que no quiere sujetarse a sus disposiciones, que arroja de sí con ira los medios que su providencia soberana tenía ordenados, que no quiere servirle sino a su modo y a su gusto, que no quiere reconocerle por su dueño y Señor, y que descaradamente resiste a sus órdenes. ¡Oh alma mía! reconoce: 1º. Que no solo es tu obligación primera y principal el servir a Dios, sino además servirle y amarle como Él quiere, y no como tú quieres; servirle a su gusto, y no a tu gusto. 2º. Reconoce que no puedes servir a Dios *como* Él quiere, si no estás del todo indiferente y

no te sirves de los medios que Él te ofrece, y que sin esta santa indiferencia no puedes servir, ni amar a Dios, ni santificarle, ni salvarte.

¡Oh Dios mío! ¡Dios de mi corazón! Quiero desapegar mi corazón de todas las criaturas, y solo amarlas en Vos y por Vos. Quiero serviros y amaros a vuestro gusto y no al mío, como Vos queréis, y no como yo quiero.

Dios lo quiere, y por esto yo lo quiero. Aunque el mundo y la carne y el demonio lo contradigan, Dios lo quiere, y esto me basta, porque su voluntad está en medio de mi corazón. ¡Oh Dios mío! haced de mí y de todas mis cosas como Vos queréis, y esto me basta, porque ya sé yo que Vos me amáis, y todo lo ordenáis para mi bien. Padre mío, Señor mío y redentor y criador mío, sírvate yo siempre, y haz de mí lo que quisieres.

Punto segundo. Pondera, alma mía, los motivos que te persuaden esta santa indiferencia. Dios lo quiere, Dios te lo exige, Dios te lo manda, y esto hasta. Dios quiere esta santa indiferencia, porque quiere salvarte, y queriendo el fin, quiere los medios, y uno de estos, y el más principal, es esta santa indiferencia. Tú no sabes lo que más te conviene, porque nuestros pensamientos son tímidos e incierta nuestra providencia. Dime, alma mía, ¿no está mejor tu suerte, tu salvación en manos de Dios que en tus propias manos? Déjate, pues, en manos de Dios y bendícele por todas las cosas. ¡Oh Dios mío y Señor mío! *Revolvedme* aquí o allí, que a todo diré que sí.

Dios te lo exige. Dios te manda servirle del modo y manera que a Él más le plazca. Él es el amo ¡y qué amo tan bueno!, tú el siervo; Él es el Padre ¡y qué padre tan excelente! y tú el hijo. Él es el alfarero, y tú el barro, ¡y qué barro tan sucio puesto en sus manos! ¿Por ventura el criado dará leyes a su amo? ¿Por ventura el hijo ordenará las cosas a su padre? Más aún. ¿Por ventura el barro dirá al alfarero: por qué me haces vaso de honor o de ignominia? Luego el amar y servir a Dios con perfección, es servirle como Él quiere; todo lo demás es trabajo perdido. ¡Ay del siervo voluntarioso! Oh Dios mío: Vos sois mi Señor, reconozco y adoro vuestro soberano dominio. No quiero trocar los papeles y obligaros a ser siervo de mis caprichos, porque yo sé que al fin y al cabo vuestro consejo quedará siempre firme y vuestra voluntad será hecha. Hágase, pues, Señor, tu voluntad en todas mis cosas.

La providencia de Dios exige esta santa indiferencia. Dios es infinitamente sabio, y por lo mismo Él sabe y puede y quiere lo que nos conviene sufrir para alcanzar nuestro último fin, mejor que nosotros. Tal vez pobre, despreciada, enferma, perseguida, humillada, te salvarás; y siendo rica, honrada, robusta, ensalzada, te condenarás. ¿Quieres tú poner leyes a Dios y saber más que Él lo que te conviene? ¡Necia! Lo más acertado es dejarte en sus manos.

Dios es infinitamente poderoso, y ni todos los ángeles, ni todos los hombres, ni todo el infierno pueden impedir que se cumplan los designios amorosos que tiene sobre mí. Tú sola, alma mía, puedes poner obstáculo, abusando de tu libertad y de las criaturas, abandonando esta indiferencia santa. Mas si perseveras en ella, nada ni nadie podrá dañarte e impedirte la consecución de tu último fin.

Dios es infinitamente bueno y te ama con inmenso amor, y por lo mismo ordena siempre los medios más conducentes a tu fin. Si un Padre no dará veneno a sus hijos queridos, si una madre no dejará de favorecer a los hijos de sus entrañas, y esto siendo malos, ¿cuánto menos lo hará nuestro Padre celestial? Los padres de la tierra muchas veces no saben o no pueden, aunque quieran, ayudarnos; mas nuestro Padre celestial no es así. Dios es tu Padre de infinita sabiduría, Dios es tu Padre de infinito poder, Dios es tu Padre de infinito amor, ¿qué puedes temer? Él es mi salud, mi luz, mi protector, ¿de quién temeré? ¡Oh!, el Señor de cielos y tierra es el que gobierna mis pasos, tú mismo eres mi amantísimo Padre; nada pues me faltará. Me dejo como tierna niña en brazos de tu amorosa providencia, me entrego toda a tu servicio y amor. No me desampares, bien mío, y haz de mí lo que quisieras. Fuera de mí, desconfianzas, ni presunciones. Ayúdame contra mí misma, y mi inconstancia y flaqueza.

Dios es infinitamente justo, y si no sigues sus disposiciones amorosas, habrás de sufrir sus rigores justicieros. De todos modos has de padecer, y sufrir, y sobrellevar, y aguantar, y tragar muchas cosas que tú no quieres. Porque ¿quién hay, ni ha habido, ni habrá en este mundo que no sufra muchas cosas contra su gusto? Pues haz de la necesidad virtud. No hay remedio. Por lo que uno peca, por aquello es atormentado.

Si tú no haces lo que Dios quiere, padecerás lo que tú no quieres y sin provecho. Si haces la voluntad de Dios, Dios hará la tuya y oirá propicio siempre tus clamores.

Si estás indiferente, y lo sufres todo con paciencia, darás gusto a Dios, y Él te dará su gracia, te fortalecerá con la abundancia de su paz, y te hará fácil y suave el camino real de la cruz. Si te falta esta santa indiferencia, y llevas con impaciencia los trabajos, desagradarás a Dios, y no por esto dejarás de sufrirlos, y sin el auxilio de Dios desfallecerás bajo el peso de la tribulación, y lo que había de labrarte una corona inmensa de gloria, será para ti una corona de eterna ignominia,

¡Oh Dios mío! Cuando salgo de esta santa indiferencia hago una cosa horrenda, que poco o nada he meditado, porque yo misma me hago árbitra y dueña absoluta e independiente de mí misma, me hago propietaria de mis afectos y de mi libre albedrío, y desconozco y atento a vuestro derecho, ¡oh mi Dios! Imito a aquellos necios que en su delirio y orgullo exclamaban: Nuestros labios, nosotros mismos nos los hemos dado. ¿Quién es nuestro Señor? Por eso he sido infeliz, y la paz ha huido de mi corazón. Mas ya estoy desengañada y no deseo otra cosa más que agradaros, mi Señor; ni elijo otra cosa que el serviros, mi Dios, como Vos queréis y en todo lo que queréis. Dadme solo vuestro amor y gracia, que esto me basta, porque solo Dios basta.

Punto tercero. Pondera por fin, alma mía, los frutos preciosos, las ventajas inmensas que te proporcionará la práctica de la santa indiferencia y los obstáculos que tienes que vencer.

En primer lugar gozarás de una providencia paternal de Dios, morarás bajo su especial protección. El soberano dominio de Dios, sus soberanas perfecciones, que te exigen esta virtud, morarán en ti y te harán hijo muy amado de Dios, porque con estos conversa, con estos mora, en estos resplandece y vive corno en su centro.

En segundo lugar, esta santa indiferencia (que no es otra cosa que la abnegación constante de ti misma, el sacrificio continuo de tu amor propio y de tu propia sensualidad), te hará adquirir las virtudes sólidas, el espíritu de sacrificio, la unión con Jesús, y sobreabundarás de gozo en medio de todas las tribulaciones. Afianzarás la paz en tu corazón, porque no se te acercará a ti el azote de Dios, no tendrás temores, ni disgustos, ni remordimientos, y morarás en una dulce seguridad, en la muchedumbre de la paz, que como un río se derramará en tu corazón, y nada ni nadie te la podrá arrebatar.

Finalmente, vivirás y morirás en una seguridad grandísima de salvarte. Dios justo pondrá su mano si caes, para que no te dañes, te alargará la mano para que no desmayes, y de todo saldrás victoriosa de ti misma, de tu inconstancia y flaqueza, del demonio y de todo el mundo. Por último, el alma por completo indiferente goza ya en el suelo de un anticipado cielo, porque ella tiene el fundamento de toda santidad, la esencia de la misma, porque tiene la caridad perfecta; porque ella tiene el camino derecho que la conduce a Dios y no puede errar; ella mora elevada sobre todas las ruindades y contratiempos de este mundo, porque es superior; ella, en fin, goza en el suelo de un anticipado cielo. ¿No lo desearás, alma mía? ¿No trabajarás con todo ahínco para alcanzar tanta dicha? Anímate, porque a quien se anima Dios le esfuerza.

Mas ¡ay! que graves obstáculos se oponen al logro de tanta dicha. ¿Quieres saberlos? Pues registra tu corazón y en él los hallarás. Oh Dios mío, siendo criada por Vos y para Vos, reconozco claramente que debo serviros del modo que agradare a vuestra Majestad; reconozco la felicidad que gozan los que os sirven como Vos queréis; mas aceptar los medios amargos y dulces con igual disposición de ánimo, esto es lo que yo no puedo por mí misma, lo que repugna a la carne rebelde, a la naturaleza corrompida, al amor propio desordenado, porque siento en mis miembros una ley que contradice a la ley de mi conciencia *(Rom.* 7). Pero yo quiero, Dios mío, serviros y agradaros en todo, quiero serviros y amaros como Vos queréis. Esto quiero de veras, quiero de todas las veras de mi corazón. Yo sé, Dios mío, que todas las cosas cooperan al bien de los que os aman, y que ni la vida, ni la muerte, ni lo presente, ni lo futuro, ni ninguna cosa criada podrá separarlos de vuestro amor. Quiero, Dios mío, los trabajos, desprecios, molestias y enfermedades que debo padecer en mi oficio, en aquel lugar, de aquella persona, en aquella ocasión, porque Vos lo queréis. No quiero tener deseo de alcanzar, ni quiero tener deseo de perder cosa alguna. Mi regla práctica será no desear nada, no pedir nada, ni rehusar nada. Solo quiero *lo que* Vos queréis, y solo lo quiero *como* Vos lo queréis, y solo lo quiero *porque* Vos lo queréis. Solo quiero, Dios mío, como me mandan mis Reglas, conformara mi voluntad a la vuestra, manifestada por el medio infalible, que es la obediencia a mis superioras. Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis, Señor, de mí? Como fruto especial de este día y para que me ayude a conseguir tan santa, tan feliz y tan necesaria indiferencia, os prometo, Dios mío, no pasar día de mi vida sin cantar o repetir el ofrecimiento que de sí misma hacia mi Madre santa Teresa de Jesús a Dios: Vuestra soy, para Vos nací, ¿qué mandáis, Señor, de mí?

Padrenuestro, Avemaría, etc.

De lo que nos aparta de conseguir el último fin, o sea, de los pecados

Advertencia. Los que no han aprovechado tanto en espíritu, deben detenerse más en la primera semana. Puesto el fundamento de la vida espiritual, que es servir a Dios y servirle del modo que Él quiere y en el estado de vida que Él nos señalare o en el lugar, oficio o grado de salud y perfección, en el estado que hemos elegido ya por medio de la santa indiferencia, debemos remover los impedimentos o apartar los obstáculos que son estorbo a esta santa indiferencia, y por lo mismo, a la consecución de nuestro último fin. Amor de las honras y comodidades, temor de los desprecios y trabajos y dolores; he ahí las dos fuentes de todos los pecados. Esto es, soberbia, sensualidad y concupiscencia. –El fruto que hemos de pretender en este día, ha de ser: dolor intenso de mis pecados, y odio y horror a los futuros, que arranque sus raíces: buscar contrición, dolor y lágrimas por nuestros pecados, y un dolor tan grande e intenso, que sienta el desorden de mis operaciones, para que aborreciendo, me enmiende y me ordene; aborreciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas, que son origen y fuente de todos nuestros pecados. El fruto de este día es purgar el alma por medio del odio verdadero del pecado y de sus raíces. Por esto, desecha en este día, no solo las risas y palabras que la provocan, sino los pensamientos alegres, aunque piadosos, y da lugar tan solo a una tristeza santa, procurándola además con la oscuridad del aposento y las mortificaciones del cuerpo: estos son medios para hallar mejor íntima contrición y dolor por tus pecados, y abundancia de lágrimas por el sentimiento de haberlos cometido.

Meditación 2ª. ***De los pecados. Castigo de los pecados. –Ángeles. –Adán y Eva. –Fin de estas meditaciones. –Frutos***

Este segundo día está destinado: 1º. A demandar, alcanzar vergüenza y confusión de mí misma, viendo cuántos han sido condenados por *un solo pecado mortal, y cuántas veces* merecía yo ser condenada para siempre por *tantos pecados* míos. 2º. Traer a la memoria la gravedad y malicia del pecado contra su criador y Señor. 3º. Pedir crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados, mirando la fealdad y la malicia que cada pecado mortal cometido tiene en sí. 4º. Pedir a la Virgen María nuestra Señora me alcance gracia de su Hijo y Señor para tres cosas: la 1ª, para que sienta interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento de ellos; 2ª, para que sienta el desorden de mis operaciones; para que aborreciendo, me enmiende y me ordene; 3ª, pedir conocimiento del mundo, para que aborreciendo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas.

Tres cosas demuestran la gravedad y perversidad del pecado: 1ª. La fealdad y multitud de las ofensas; 2ª. La vileza e ingratitud del ofensor; 3ª. La majestad, bondad y clemencia del ofendido.

Dios mío, yo os pido me deis: 1º. Conocimiento interno de mis pecados; su gravedad y malicia y fealdad; 2º. Vergüenza y confusión de mí misma, pecadora; 3º. Crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados; 4º. Aborrecimiento de mis pecados; 5º.

Sentimiento del desorden de mis operaciones, y aborrecimiento; y enmienda y orden de vida; 6º. Conocimiento y aborrecimiento del mundo, que aparte de mí las cosas mundanas y vanas.

Oración preparatoria

Dios y Señor mío, yo os pido gracia para que todas mis intenciones, acciones y operaciones sean puramente ordenadas en servicio y alabanza de vuestra divina Majestad.

Primer preámbulo

Composición de lugar. Aquí será ver y considerar a mi ánima encarcelada en este cuerpo corruptible, y cuerpo y alma en este valle como desterrados entre brutos animales.

Segundo preámbulo

Es demandar a Dios nuestro Señor lo que quiero y deseo. Dios y Señor mío, os pido vergüenza y confusión de mí misma, viendo cuántos han sido dañados por un solo pecado mortal y cuántas veces yo merecía ser condenada para siempre por mis *tantos pecados.*

Punto primero. «Será traer la memoria sobre el primer pecado, que fue de los ángeles; y luego sobre el mismo el entendimiento discurriendo; luego la voluntad, queriendo todo esto recordar y entender por más me avergonzar y confundir, trayendo en comparación de un pecado de los ángeles, tantos pecados míos: y donde ellos por un pecado fueron al infierno, cuántas veces yo lo he merecido por tantos. Digo traer en memoria el pecado de los ángeles, cómo siendo ellos criados en gracia, no se queriendo ayudar con su libertad para hacer obediencia y reverencia a su criador y Señor, viniendo en soberbia, fueron convertidos de gracia en malicia, y lanzados del cielo al infierno: y así discurrir más en particular con el entendimiento, y moviendo más los afectos con la voluntad». *Domine audivi auditum tuum et timui, consideravi opera tua, et expavi.*

¿Quiénes son los ángeles? Son puros espíritus, imágenes las más perfectas de Dios, las primicias, la obra maestra de la creación. El principio de los caminos del Señor, llenos de sabiduría, perfectos en belleza, moradores del paraíso, destinados a la gloria eterna. Tienen conocimiento de Dios perfectísimo, caridad infusa la más ardiente, amistad y unión con Dios la más estrecha, con promesa cierta de entrar dentro breves momentos a gozar de su vista en la gloria. ¡Mas ay! pecaron, no quisieron servir a Dios como su Majestad quería, y por esto incurrieron en desgracia y pena eterna; abusaron de su libertad, que Dios les había dado para merecer y ellos la emplearon para perderse. O porque se dejaron deslumbrar por sus perfecciones, y cayeron en una culpable complacencia y como idolatría de sí mismos, o porque se resistieron a adorar al hombre Dios, Jesucristo, lo cierto es que Lucifer se declaró rival de Dios, se rebeló contra Dios y arrastró con su mal ejemplo a la tercera parte de los ángeles. «Subiré, dijo el malvado, y seré semejante al Altísimo» *(Isai.,* 14), y pecó; «quebraste mi yugo,

rompiste mis lazos y dijiste: no serviré» *(Jer.,* II., 20). «Por esto, dice el Señor, como un rayo caíste del cielo, y os he precipitado sobre la tierra; habéis violado la santidad de vuestra morada, por lo cual haré yo salir de en medio de vosotros un fuego que os devorará; todos los que os consideren entre los pueblos, se llenarán de admiración; reducidos sois a la nada y nunca más seréis» *(Ezech.,* 28). ¡Cómo caíste del cielo, Lucifer! Y con esta caída tan espantosa, no piensas más que en el crimen, no amas sino lo malo. ¡Cómo caíste del cielo Lucifer! Y con esta caída ya no te ocupas sino en tentar y atormentar a los hombres, en blasfemar y odiar a Dios, su fin, la desgracia suprema. Oh alma mía, tiembla por ti misma. ¡Como caíste del cielo, Lucifer, y con esta espantosa caída de ángeles felicísimos, de espíritus bellísimos sois transformados en demonios horribilísimos y en seres infelicísimos, condenados al fuego eterno del infierno, pena que es el cúmulo de todos los males posibles e imaginables: y pena que es la privación de todo bien, del sumo bien, pena sin remedio, eterna, eterna, eterna! ¡Cómo caíste del cielo, Lucifer! ¡Oh Señor, grandes son vuestros juicios! ¿Quién no os temerá? Oí, Señor, tu palabra, y temí; consideré tus obras, y quedé lleno de pavor y espanto.

¿Quién les castiga? Dios infinitamente justo, sabio, santo, misericordioso, que no puede moverse por pasión.

¿A quién castiga? A los príncipes del cielo, prodigios de su omnipotencia y de su gracia, innumerables que, perdonados, le hubieran amado y alabado eternamente. ¿Por qué les castiga? Por un solo pecado grave, de pensamiento, el primero y único cometido en un instante. ¿Cómo les castiga? Con el mayor castigo: con un castigo que es la privación de todos los bienes y el cúmulo de todos los males posibles; sin remedio, eterno: no pueden amar a Dios, no pueden ver a Dios, no pueden gozar de Dios.

¿Cuándo les castiga? Cuando todavía nadie había sido castigado. Cuando no había sido castigado Adán, ni muerto el Hijo de Dios en la cruz. ¡Oh, alma mía! Reflexiona seriamente y di: pecaron los ángeles, nobilísimas criaturas, y pequé yo, hombrecillo vil y miserable. Ellos, espíritus puros y yo con este cuerpo corruptible. –Ellos en el cielo, yo encarcelado en este valle de miserias. –Ellos entre ángeles buenos, y yo entre brutos animales desterrado. –Ellos con un solo pecado de pensamiento, y yo con tantísimos de pensamiento, palabra, obra y omisión. –Ellos condenados al instante, con tanto rigor y justicia, y yo esperado y convidado a perdón por tanto tiempo, con tanta benignidad y misericordia. ¡Oh Dios eterno! ¡Grandes y profundos son vuestros juicios! Yo los adoro, y confieso que solo a vuestra misericordia debo el no hallarme en el infierno, con más justicia y severidad que los ángeles. Ten compasión de mí, según tu gran misericordia, y perdóname.

¡Oh pecado, pecado! Tú eres el sumo mal, el verdadero mal, el único mal. ¿Quién no te temerá? Si Dios no perdonó a los ángeles que pecaron, sino que atándolos con cadenas de infierno, los arrojó al abismo para ser atormentados *(San Pedro,* II, 2º), ¿qué no hará conmigo, hombrecillo vil y miserable, reo de tantos y de tan enormes delitos, si no aborrezco el pecado?

Por esto, mi Dios, aborrezco el pecado con sumo odio, con sumo horror; huiré del pecado como de la presencia de la serpiente. Por esto, Dios mío, lloraré con intensísimo dolor mis pecados. Sí, he pecado y he merecido el infierno. Si en el momento en que cometí el primer pecado grave hubiese muerto, habitaría en el fuego devorador, y allí moraría con más justicia que los demonios, eternamente. Pero, ¡oh mi Dios! alabada sea vuestra misericordia: me perdonaste una, dos y cien veces. ¡Oh infinita misericordia de mi Dios! ¡Oh infinita malicia e ingratitud mía! ¡Oh amor de mi Dios, que así me prefieres a otros! ¡Yo detesto todos mis pecados pasados! El llanto y la confusión cubren mi rostro, y no quiero volver a pecar más. Ayudadme con vuestra gracia, y sostenedme siempre con vuestra misericordia. Amén.

Malicia del pecado. Pondera cómo castiga Dios justo y misericordioso el pecado. –El estrago y cambio que hace en el que peca... Que Dios no es aceptador de personas, pues así castigó irremisiblemente a los grandes de su corte, a los príncipes y sus más allegados... ¿Y tú, qué esperas, siendo tus pecados tan graves y tantos? Y si así irritó al Señor un pecado de los tales, ¿cuánto más le habrán irritado los míos, vil gusanillo, siendo tan grandes y tantos? Si por una gota de ponzoña arrojó Dios al muladar del infierno a sus vasos de oro, ¿qué no hará con los vasos ponzoñosos de barro? ¡Oh, qué ira tengo atesorada en el pecho de Dios! ¿Y qué haces, pues, por borrar tus pecados, siendo tan graves y tantos?

¡Cuánto he de aborrecer el pecado, pues así le aborrece Dios!

¡Cuánto debo dolerme de haberlo cometido! ¡Qué firme propósito de no cometerlo jamás y de huir de sus ocasiones!

¿Qué haría el demonio si le diesen lugar de penitencia? ¿Qué haces, qué debes hacer tú, siendo tus pecados tan graves y tantos?

Medítalo, resuelve y propón.

Punto segundo. Pondera el pecado y castigo de los primeros hombres. Mira cómo les castigó más terriblemente que al ángel. Dios creó a Adán y Eva a su imagen y semejanza, por su propia mano, y púsoles en el Paraíso de deleites; adornoles de dones naturales y sobrenaturales liberalísimamente; dioles la justicia original, con la cual eran hijos y amigos suyos muy amados: el apetito estaba sujeto en todo a la razón y esta a Dios, reinaba la verdad en su entendimiento, la justicia y la rectitud en su voluntad. Eximioles de la muerte, de la enfermedad y de toda penalidad: abríales las puertas del cielo, adonde se habían de trasladar sin pasar por la muerte: y todos estos dones no solo eran para ellos, sino también para todos sus descendientes. Reyes de la creación, con la inocencia y la paz en su alma, los había hecho un poco menores que los ángeles, les había coronado de gloria y de honor, y todo lo había sujetado a su dominio. Mas ¡ay!, pecaron por un pecado de desobediencia, pecaron por dejarse llevar de la sensualidad, de la cobardía, del desprecio de Dios, de la imprudencia y ceguedad, pues para tomar señorío sobre ellos, y para muestra y ejercicio de sujeción y obediencia, vedoles que comiesen de un solo árbol, del árbol de la ciencia. Adán, incitado de Eva, y esta engañada de la serpiente, quebrantaron el justo mandato de

Dios su creador, comieron de la fruta prohibida por Dios, y al momento, en castigo de su pecado, los lanzó del paraíso vestidos de túnicas pelíceas, perdieron la gracia original y los demás dones anejos a ella, vivieron toda su vida en muchos trabajos y penitencia, condenoles a muerte, a las enfermedades y todas las miserias que experimentamos, espirituales y corporales; cerró las puertas del cielo, abrió de par en par las del infierno, y esto no solo para ellos, sino para todos sus descendientes.

Considera cuánta corrupción por el pecado de Adán y Eva vino al género humano, las muertes, hambres, guerras, pestes, enfermedades, dolores, crímenes, pecados y miserias sin cuento que se han desencadenado sobre el linaje humano; pues todos tienen su origen en este pecado único. Mírate a ti misma: en la memoria olvido, en el entendimiento ignorancia, en la voluntad flaqueza para el bien, y en el apetito perversa inclinación, y todo tiene su origen de este pecado. Mira la hija de Eva, que se deleita y busca y se inclina a todo lo malo, y huye y aborrece todo lo bueno, lo justo y santo; esa yesca del pecado, esa concupiscencia desenfrenada, esa dificultad para la virtud, y facilidad para el vicio que hallas en ti, y verás que todo esto es consecuencia del pecado de Adán.

Mira el cambio que se ha obrado en la naturaleza: lo desapacible de las estaciones, la rebelión de todos los animales, la esterilidad de la tierra, que solo produce espinas y abrojos.

Pondera sobre todo *tantas gentes andando* para el infierno, mira las innumerables almas que se han condenado; pues toda su condenación tiene principio en este pecado. Pondera asimismo cómo este castigo fue mayor que el de los ángeles, porque alcanzó a personas que no pecaron actualmente por sí mismas... Adán y Eva hicieron novecientos años penitencia por este solo pecado, y tú, ¿qué has hecho por los tuyos, siendo tan graves y tantos? Aprende cómo no hay lugar seguro para no caer, pues los ángeles en el cielo y los hombres en el paraíso cayeron en pecado.

No te fíes tampoco, que no basta buen natural; pues ninguno mejor que el de los ángeles, espíritus puros, y el de nuestros primeros padres, formados por la mano del mismo Dios; ni basta gracia recibida, pues con ella, y tan abundante, pecaron y se perdieron. ¿Quién no temerá, alma mía? ¿Quién no procurará asegurar su salvación lo más que pudiere, huyendo no solo de los pecados más que de la vista de la serpiente, sino aún de las ocasiones de pecar? Clama siempre, alma mía de día y de noche a las puertas de la misericordia del Corazón de Dios tu Padre: Padre, Padre mío, no nos dejes caer en la tentación, mas líbranos de mal. Amén.

Adán un solo pecado, ¿y tú tantos?

Adán no vio la experiencia y el castigo, ¿y tú después de tantos castigos?

Adán no había visto morir en cruz al Hijo de Dios, ¿y tú después de la muerte de Dios?

Adán que se arrepiente al instante, ¿y tú tantos años que te convida a penitencia?

Adán novecientos años de penitencia, ¿y tú sin ninguna penitencia?

Adán sin ver la cruz ni la muerte ni el infierno, ¡y yo pequé después de ver esto!

¡Oh Dios mío! ¡La confusión cubre mi rostro y el llanto anega mis ojos! Pues con tantos pecados no me habéis castigado eternamente, con tanta malicia mía me habéis esperado, y con tanta audacia me habéis sufrido. El rubor y la vergüenza cubren mi frente. ¿Cómo me atreveré a presentarme delante de Vos, Padre mío, al oír vuestra voz bondadosa que me clama: hijo mío, dónde estás? Yo no te crié en la iniquidad, ¿por qué manchaste la estola de tu inocencia? ¿Dónde estás, hija mía? Tú, criada en el seno de la Iglesia, ¿cómo estás en la inmundicia del pecado? ¡Oh Dios mío!, tened piedad de mí, según vuestra gran misericordia, porque a vista de vuestra ira no hay salud en mi carne, y no hay paz en mis huesos a vista de mis pecados. ¡Perdón y piedad!

Punto tercero. Considera asimismo cómo muchos, por un solo pecado mortal, están en el infierno, y otros muchos, sin cuento, por menos pecados que yo he hecho. Pondera la gravedad y malicia del pecado contra su creador y Señor, cómo en el pecar y hacer contra la infinita bondad de Dios, justamente han sido condenados para siempre.

¿Y tú, con tus pecados, siendo tan graves y tantos, aún vives, huelgas, y no estás condenado? Considera un alma condenada por un solo pecado. ¿Qué era esta alma condenada con un solo pecado? Antes de cometerlo, ¡un alma inocente, amiga de Dios!... heredera de su gloria... con grandes virtudes... que había vencido grandes tentaciones... con muchos méritos, sacrificios y buenas obras... un lugar de delicias de Dios, su paraíso. –¿Qué es esta alma después del pecado? La cosa más fea y abominable a los ojos de Dios. –¿Qué es y será siempre esta alma que ha pasado a la eternidad con un solo pecado mortal? ¡Ay!, la criatura más infeliz y desdichada. Pecadora impenitente, todo concluyó para ella después del primer pecado: no más gracia, ni perdón, ni arrepentimiento: privada de la vista de Dios, de la posesión de Dios, formando coro con aquel infeliz que está sin poder amar a Dios. Desgarrada por los remordimientos, desesperada, sin poder amar a Dios, blasfemando de Dios, maldiciendo a Dios, aborreciendo a Dios, y esto eternamente. Y si hubiese muerto un instante antes de pecar, amaría a Dios, alabaría a Dios, sería amada de Dios y feliz en su compañía por toda la eternidad. ¡Oh, cuán incomprensibles son los juicios de Dios e insondables sus caminos! (*Rom*. XI, 33.) ¿Quién obró esta catástrofe? Un solo pecado mortal.

¡Oh! Si Dios le hubiese dado tiempo de conversión, como a Pablo, a Magdalena, a Agustín y tantos otros, tal vez hubiese sido una grande santa... y hoy brillaría en los cielos y se veneraría en nuestros altares. No obstante, no se lo dio el Señor, y es un tizón del infierno. ¡Oh profundidad de los juicios de Dios!

A vista de este tremendo castigo, reflexiona, alma mía, sobre ti misma y di: ¡Cuántas almas hay condenadas en el infierno con menos pecados que yo! ¿Cuánto tiempo que cometiste el primer pecado mortal? ¿Un año, veinte, cuarenta, sesenta o más? Pues mereciste en aquel instante el infierno. Y, ¿por qué Dios te ha conservado la vida hasta

hoy, previendo lo poco o nada que te habías de enmendar y que le habías de servir, y lo mucho que le habías de ofender? ¿Por qué tuvo tanta misericordia de ti, alma mía, no previendo en ti sino actos de ingratitud, de perversidad, de desprecio? No podía tu vida pasada mover la misericordia de Dios, porque no veía sino una infancia y juventud infame y pecadora; ni tu estado presente, que es de flojedad, de tibieza, de ingratitud, de resistencia a sus gracias; ni el porvenir, que multiplicaba los pecados y las infidelidades a sus inspiraciones de un modo espantoso. ¿Pues, por qué Dios no te ha echado al infierno, como a tantos otros, con menos pecados que tú? Y no obstante, Dios mío, me habéis dejado con vida, y me dais gracia para arrepentirme, para desagraviaros y para ganar el cielo... ¡Qué misericordia tan grande la vuestra, Dios mío! ¡Qué ingratitud y perversidad y malicia tan espantosa es la mía! ¡Porque Vos, Padre mío, sois tan bueno, yo me he empeñado en ser tan mala! ¡Qué vergüenza!, ¡qué confusión! ¡Oh Señor!, acábese aquí mi mala vida. ¡Yo soy una alma que he merecido muchos infiernos!, ¡escapada del infierno!, ¡sacada del infierno!... Sí, porque si me hubieseis quitado la vida al cometer mi primer pecado grave, es de fe que yo penaría ya justamente en el infierno, pero sin provecho, sin esperanza. Mas ahora tengo tiempo de enmienda; yo quiero, pues, ahora arrepentirme de veras, hacer penitencia provechosa y salvar mi alma. ¡Padre, Padre mío, he pecado contra Vos! Habed piedad y misericordia de mí. En el infierno ya no os podría amar. ¡Oh Dios mío, yo quiero amaros siempre y por toda la eternidad! ¡Yo siempre os amaré! ¡Vos siempre me amaréis! Confesaré todos mis pecados con verdadero dolor y propósito, haré penitencia, enmendaré mi vida, con la ayuda de vuestra gracia, desapegaré de todas las criaturas mi corazón, y os bendeciré eternamente, y os daré gracias con todo mi corazón al cantar vuestras misericordias por toda la eternidad. Amén.

Pues, ¿por qué yo no estoy en el infierno, que tengo más merecido que muchos otros? ¿A quién lo debo?... i Ay, alma mía pecadora! Alza tus ojos, y mira a Cristo delante de ti y puesto en cruz. ¿Le conoces a este varón de dolores? Pues a Él debes, y no a otro, el que no estés ya en el infierno. Sus oraciones, sus méritos, sus dolores, su sangre derramada por tu amor es lo que ha cerrado hasta hoy las puertas del infierno para ti. Porque Cristo Jesús, de creador ha venido a hacerse hombre por amor, y de vida eterna ha pasado a muerte temporal, y así a morir por mis pecados. ¡Oh Jesús mío! ¡Oh Señor mío Jesucristo! Me amaste y te entregaste a la muerte por mí, por mis pecados, como si no hubiese otra alma en el mundo que salvar y amar. ¡Qué fineza de amor! ¡Oh amor mío! ¡Siendo enemigo vuestro y huyendo de Vos, persiguiéndoos a Vos, me amasteis y morasteis por mí! ¿Qué no he de esperar ahora que os busco arrepentido?.... ¿Qué me arrojó a vuestros brazos de misericordia, abiertos por mí en esa cruz?... No desecharás un corazón contrito y humillado. Jesús mío, misericordia y enmienda para esta mi alma pecadora.

Mírate a ti misma, alma mía, y considera lo que has hecho por Cristo, tu más insigne bienhechor; lo que haces por Cristo, que te ha librado del infierno, lo que debes hacer por Cristo, para probarle tu gratitud y tu amor... Y así, viéndole tal, y así colgado de la cruz, discurre por lo que se ofreciera... Habla con Cristo corno un amigo habla a otro amigo, o un siervo a su señor, o un condenado a quien le hubiese sacado del infierno, cuándo pidiendo alguna gracia, cuándo culpándote por un mal cometido, cuándo comunicando tus cosas y queriendo consejo en ellas, y di por fin un

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 3ª. *Gravedad del pecado mortal respecto de Dios. –Jesús y nosotros*

Composición de lugar. Como en la anterior.

Petición. También la misma.

Punto primero. De la malicia del pecado mortal por sus efectos desastrosos en el alma. ¿Qué es el pecado? Pecado es pensar, decir, hacer u omitir alguna cosa contra la ley de Dios. Si es cosa grave, es pecado mortal; si leve, pecado venial. Considera la gravedad del pecado mortal respecto a ti misma; de Dios y de Jesucristo. El pecado mortal es para ti, alma mía, tu verdadero mal, tu sumo mal, tu único mal. Por lo mismo debes aborrecer y detestar el pecado verdaderamente, sumamente, únicamente. ¿Has sentido y sientes este odio al pecado? Es tu verdadero mal el pecado, alma mía. Porque si el pecado es una aberración de lo que prescribe la recta razón y un abuso de la libertad, como la razón y la libertad son los verdaderos bienes del hombre y por ellos se asemeja a los ángeles, se desprende de aquí que el pecado es mal del hombre en cuanto hombre. El pecado te priva de todos los bienes verdaderos y macizos, cuales son la rectitud natural, todo el mérito de tus buenas obras, la gracia de Dios, el derecho a la gloria y felicidad eterna. El pecado te acarrea verdaderos males, esto es, te sujeta a la ira, odio y castigo de todo un Dios, te sujeta a terribles remordimientos, te hace reo de condenación eterna, y deudor y sujeto a suma miseria; caes en un estado el más vil y despreciable; te hace esclavo del demonio, así como te hace esclavo de las más viles pasiones; te transforma de bellísima imagen de Dios en un horribilísimo monstruo; y todos estos bienes y todos estos males pertenecen al alma, que es la parte más excelente del hombre. El pecado inficiona con su veneno, y hace malo, pésimo al hombre, lo cual no puede hacerlo más que el pecado. Es, además, *sumo mal* el pecado, porque le priva del sumo bien, que es Dios, y le sujeta al sumo mal que es el demonio, y a los sumos castigos y males y penas eternas, que es el infierno. Por eso dice el Señor: no temáis a los que matan el cuerpo (*Lucas* XII).

Es, por fin, el pecado mal único. Porque solo el pecado hace por sí miserable y pésimo al hombre, porque todos los demás males pueden hallarse en los santos y en el Santo de los santos (*Heb*. XXIV).Porque Dios, que nunca puede ser autor del pecado, se llama autor de los otros males, porque no podrá dañarnos ninguna cosa adversa, si no nos domina ninguna iniquidad, toda vez que todas las cosas, ya prósperas ya adversas, cooperan al bien de los que aman Dios.

El pecado mortal hace perder la amistad de Dios. Es el alma en gracia, paraíso de Dios, lugar de sus delicias; su esposa, su hija, su amiga, consorte de la naturaleza divina, templo de Dios, habitáculo del Espíritu Santo. Mas el pecado al momento que lo comete, la hace objeto de odio y de maldición, enemiga de Dios, hija del diablo, heredera del infierno.

El pecado mortal la priva de la gracia de Dios. Un alma en gracia es la cosa más bella que Dios crió, roba su corazón, arrebata su admiración. "Cuán bella sois, amiga mía, amada mía, paloma mía, hermosa mía, ¡cuán bella sois!" Aparta de mí tus ojos, porque me haces salir de mí. Santa Teresa de Jesús, nuestra Madre, la vio y quedó asombrada. Mas ¡ay!, un alma en pecado es la cosa más fea y abominable. Todo cuanto tenía de hermoso la hija de Sión, le ha sido arrebatado, y cubre de tinieblas, de lepra, de fealdad horrible a los ojos de Dios y de sus ángeles. Es un monstruo el más horrible, que con su vista nos causaría la muerte de terror.

El pecado mortal roba al alma todos sus méritos actuales. Aunque tuviese todos los méritos de todos los justos y santos, sus penitencias, sus buenas obras, sus sacrificios, al momento que se desvía el alma de la justicia y comete el pecado, lo pierde todo: «No me acordaré más de toda su justicia». (*Ezech*. XVIII, 24).

El pecado mortal roba al alma hasta la posibilidad de merecer. Aunque convirtáis a todo el mundo, aunque distribuyereis vuestros tesoros entre los pobres, y entregareis vuestro cuerpo a las llamas, de nada os sirve para el cielo, de nada os aprovecha para salvaros. Si no tengo caridad, nada soy (San Pablo, 1 Cor. XIII, 2), nada me aprovecha. Soy como el sarmiento cortado de la vid, como rama desgajada del árbol de la vida, solo apta para el fuego eterno

El pecado mortal roba al alma la inapreciable libertad de los hijos de Dios. El que está en gracia es libre, porque donde está el espíritu de Dios, está la verdadera libertad, que ennoblece, deifica (*2 Cor*. III, 17). Cristo le libertó con su sangre de la servidumbre y degradación del pecado, del mundo y del demonio (*Gálat*. IV, 31).

Solo siente el yugo suave del Señor, a quien servir es reinar.

Mas al pecar, sois esclava del pecado, os habéis vendido al pecado.

El demonio reina, como dueño despótico, en vuestra alma, y os aprisiona cada día con más violencia, y no os deja hacer lo que queréis; esto es, no os deja romper vuestras cadenas del pecado remachadas con los malos hábitos. ¡Cuántas veces, como Agustino o como otro hijo pródigo, habéis sentido crujir sobre vuestras espaldas el látigo de vuestro tirano, y recordando vuestra santa libertad perdida habéis suspirado por romper sus cadenas, que vos mismo os habéis labrado y habéis hecho más fuertes e inquebrantables! ¡Oh, la reina de la creación, esclava del demonio! ¡Oh, la hija de Dios, forzada a vivir bajo la tiránica potestad del más vil y cruel de los déspotas!

El pecado mortal nos roba la paz de la conciencia. La conciencia del justo es un festín eterno, descanso lleno de seguridad, y si cae, el Señor pone su mano para que no se dañe, y manda a sus ángeles que le guarden y le lleven en sus manos, y aun en medio de las más grandes tribulaciones sobreabunda de gozo inefable. Mas así que peca, todo es pavor, tribulación, angustia y tristeza: el remordimiento es saeta, es espina que traspasa, es gusano que le corroe. Su corazón es semejante al mar embravecido. Su conciencia es testigo, es fiscal, es juez que le atormenta. No hay paz para los malvados. Hasta su sueño es turbado por gritos de venganza, con visiones aterradoras.

Y si no siente estas cosas, más miserable es, porque señal es que ya ha frenado la cólera de Dios.

El pecado mortal da la muerte sobrenatural a nuestra alma. Así como el alma es la vida del cuerpo, Dios es la vida del alma, y el pecado da la muerte al alma, porque la separa del amor de Dios. El alma del pecador ya no se mueve por la gracia, ni ve los castigos de Dios y las verdades eternas, ni oye las reconvenciones de sus crímenes, ni le afectan los beneficios ni las amenazas: es como un cadáver insensible a todo. Corrompe todo lo que toca con el hedor de sus vicios, contagia con sus escándalos y da la muerte a muchas almas, y es un objeto de horror y de odio a los ángeles y a Dios. ¡Infeliz!, ¡y no llora su desventura! El pecado, por fin, cierra las puertas del cielo, y abre de par en par las del infierno, esperando tan solo se corte el hilo delgado de la vida para tragárselo, ¡y duerme, y come, y se divierte! ¡Infeliz!, bien se cumple en ti el dicho del profeta: El pecador, cuando llegare al profundo de la maldad, todo lo desprecia.

¡Oh pecado, pecado! ¿Quién no te aborrecerá, si tú solo eres el que nos robas todos los bienes y nos acarreas todos los males? ¡Oh Dios mío!, ¿por qué he pecado? ¡Cuán necia fui, cuán loca, cuán insensata! Propongo no pecar más. Húndase el mundo antes que ofender a mi Dios, porque debo más a Él que a nadie. Amén.

Punto segundo. Malicia del pecado mortal por los efectos que causa en Dios. El pecado respecto de Dios es una ofensa, una injuria verdadera y gravísima de Su Majestad suprema, y por lo mismo, de una malicia en cierto modo infinita, superior a todos los males de las criaturas. Porque irrita el pecado a Dios, provoca su ira y enojo, oponiéndose a su voluntad santísima, y quebrantando su ley justísima. –La gravedad de la ofensa aumenta con la dignidad de la persona ofendida y la vileza del ofensor; por lo que, siendo infinita la dignidad de Dios e infinita tu bajeza, es en cierto modo, alma mía, infinita la ofensa que con el pecado le has hecho a tu Dios. Es por lo mismo, respecto de Dios, el pecado, el objeto más odioso y detestable. Además, el pecado es una suma ingratitud contra el supremo bienhechor, que es Dios. Porque de Él todos los bienes recibes y los posees y esperas, y por el pecado abusas hasta de sus mismos beneficios para ofenderle más y más. El pecado es un intolerable desprecio de la suprema Majestad, porque es una libre transgresión de su ley divina, y por consiguiente es desprecio del legislador, porque es un vilipendio de la amistad y posesión de Dios, que se pierde por el pecado; porque es desordenado amor de la criatura sobre el amor que debemos al criador, que incluye un desprecio horrendo del criador.

Oh alma mía, porque Dios es infinitamente bueno para ti, ¿tú has de intentar el ser infinitamente mala para Él? Porque Dios es infinita Majestad y grandeza, y tú incomprensible pequeñez y vileza, ¿te has de atrever a afrentar a aquella? ¡Oh, qué locura, qué malicia tan inmensa!

Finalmente, el pecado no solo es desprecio, sino contumelia atroz del criador, porque se comete en su presencia, a su vista, en su regazo amoroso de Padre, y con tal alevosía, que si pudiese el pecador, destruiría al mismo Dios; por cuanto perturba las leyes de su sabiduría, rechaza su bondad, irrita y provoca su justicia, viola su santidad,

abusa de su poder, de suerte que, si Dios pudiese morir o dejar de existir, esto no podría acontecer sino por el pecado. ¡Oh buen Dios! ¡Cómo te he podido ofender tantas veces, con tanto descaro y villanía! ¡Cómo pude cometer tan torpe ingratitud, tan injurioso desprecio, tan atroz injuria! ¡Oh, si hubiese meditado y penetrado estas verdades!, ¿cómo hubiese podido pecar? Perdón, Dios mío, y misericordia. Detesto, abomino, aborrezco el pecado sobre todo mal. No, no más pecar mi Dios, me arrepiento de todas veras de haberos ofendido, solo por quien sois Vos.

El pecado mortal es un deicidio, aniquila a Dios, o destruye la vida de Dios en vuestra alma. Dios vive en las almas por la gracia, por la caridad, por el amor. No mata ni puede matar o destruir a Dios, es claro, en el efecto; pero sí que lo hacéis en el afecto. Porque consintiendo en el pecado, destruís la vida de la gracia, que es la vida de Dios en vuestra alma, le hacéis morir en vuestra alma (por eso se llama mortal); porque si por la gracia somos Dios por participación, consortes de su divina naturaleza, hijos de Dios; por el pecado nos hacemos verdaderos demonios por semejanza, hijos voluntarios del demonio, enemigos declarados de Dios.

Con el pecado hacéis morir a Dios en vuestra alma; porque le despreciáis, le aborrecéis, debiéndole reverenciar, adorar y amar; y este desprecio de sus soberanas perfecciones causa en Dios un dolor tan profundo e inexplicable, que bastaría para quitarle la vida, sí no fuese inmortal.

Pecando hacéis morir a Dios en vuestra alma, porque preferís la criatura al criador, y renegáis la amabilidad y bondad soberana e infinita que posee y le hace infinitamente merecedor de ser amado sobre todas las cosas.

Pecando hacéis morir a Dios en vuestra alma, porque negáis su existencia y os forjáis tantos dioses falsos cuantas son vuestras pasiones de ignominia, las cuales satisfacéis y con ello le adoráis, volviendo las espaldas al verdadero, negando a Dios el culto que solo Él se merece.

¡Oh!, un corazón en pecado es el sepulcro de Dios. ¡Aquí yace muerto y sepultado el mismo Dios! ¡Horrible epitafio! ¿Se lee acaso en tu corazón? ¿Está grabado en tu alma pecadora? No sé si puede concebirse más horrenda expresión. ¡Oh!, si es así, levántate muerto y te iluminará Cristo, y vivirás otra vez la vida de la gracia, la vida de Dios.

Punto tercero. Malicia del pecado mortal, por sus efectos en el Hijo de Dios. Donde se ve más la malicia del pecado es en los efectos que causó en el Hijo de Dios. Fue necesaria la Encarnación del Verbo para su condigna satisfacción; que el impasible padeciese y que se sujetase a la muerte el inmortal. Era una deuda infinita, y solo una persona divina podía dar cumplida satisfacción. ¡Oh, deuda infinita la del pecado, que solo pudo pagarse con los tesoros de Dios! ¡Oh injuria y agravio infinito, que solo Dios, humillándose en la cruz, pudo satisfacer al Padre eterno! Sin esto, ni el mundo quedará redimido, ni Dios aplacado. Mira, alma mía, al Hijo Unigénito de Dios, imagen de su sustancia, resplandor de su gloria, igual al Padre y amado con infinito amor, mírale pendiente de tres clavos en la cruz, padeciendo los más atroces tormentos y padeciendo la muerte más ignominiosa y cruel; no porque pecase, pues no podía

pecar, sino porque salió fiador por nuestros pecados. Solo porque vio en Él la sombra del pecado, solo porque apareció a sus ojos cubierto con el manto de nuestros pecados, descargó toda su ira y enojo contra Él, sin dejarle parte sana en su cuerpo, y sin tormento en su alma. ¡Oh!, si en el leño verde esto se hace, ¿qué se hará en mí, leño seco y consumido por los pecados? ¡Oh Dios mío! Dios muere en una cruz por el pecado, ¿y yo podré pecar? La mancha del pecado no pudo ser lavada sino con la sangre de Dios, ¿y yo querré derramar esta sangre para limpiarme de mis nuevos pecados? Todos los males del mundo y la muerte son pena del pecado. Luego el pecado es mayor mal, porque mayor razón de mal hay en la culpa que en la pena. *(Santo Tomás, 1, p. q. 18, a. 6).* Luego antes morir que pecar. Húndase todo antes que ofender a Dios. –Dios muere en la cruz por el pecado, ¿y tú continuarás pecando?

¿Qué es el pecado, respecto de Cristo Jesús? El pecado, respecto de Jesucristo, es la verdadera causa de su pasión y muerte, es la renovación de las mismas: es injusta preferencia del diablo a Cristo. El pecado es la verdadera, primaria y principal causa de las ignominias y dolores de Cristo Jesús, y de su acerbísima muerte. Fue herido por nuestros pecados, dice el profeta Isaías, v, 3. No la traición de Judas, ni la sentencia de Pilatos, ni la malicia de los judíos, ni la acerbidad de los tormentos quitaron la vida a Cristo, sino nuestros pecados; porque si el hombre no hubiese pecado, Cristo no hubiese padecido. Me amó y se entregó a sí mismo por mí, debemos decir con el Apóstol *(Galat. II),* imputándonos cada uno a sí la pasión de Cristo. El pecado es una renovación y repetición de la pasión y crucifixión de Cristo Jesús, según el Apóstol *(Heb.* VI), con mayor maldad y malicia que los judíos, porque estos mataron a un hombre mortal, yo inmortal; estos crucificaron a Jesús, que quería morir y se ofrecía a la muerte; yo le he crucificado, no queriéndolo y rehusándolo: los judíos crucificaron a Jesús, desconociéndole; yo conociéndole y adorándole como a Dios, le he forzado a morir en mí. Con razón, alma mía, eres llamada tierra réproba, próxima a ser maldecida y consumida por el fuego *(Heb.* VIII).

Cuando has reincidido en la culpa, alma mía, has preferido injustamente el diablo a Cristo. Porque después de haber elegido a Cristo otra vez por la penitencia, has sacudido su yugo suave por el pecado, juzgando que era mejor el yugo tiránico de Satanás que el de Jesucristo, toda vez que pecando te has puesto otra vez bajo el servicio del diablo. ¿Puede darse conducta más indigna? Pues esto hiciste volviendo al vómito del pecado, alma mía. ¡Oh Espíritu Santo! Luz de las almas, dame el don de inteligencia para comprender estas verdades, y el don de sabiduría para gustarlas, y gracia eficaz para no pecar más. Primero morir que pecar. Amén.

Coloquio a la Virgen Santísima, Madre de misericordia

A vos acudo, Virgen María, Madre de Dios y Madre de los pecadores, Madre de bondad, Madre de misericordia, vida, dulzura y esperanza nuestra, para que me alcancéis de vuestro Hijo y Señor mío Jesucristo interno conocimiento de mis pecados y aborrecimiento de todos ellos. Son los pecados, Señora y Madre mía, mi único mal, mi sumo mal, mi verdadero mal; por ello los detesto más que a todos los males, los odio, los aborrezco con todo mi corazón, con toda mi alma, los abomino con todas mis fuerzas. Primero morir que pecar. Viva Jesús, muera el pecado. Alcanzadme que sienta

el desorden de mis operaciones, para que lo aborrezca, y aborreciéndolo me enmiende y ordene mi vida, vida tan desastrada, tan perdida hasta aquí. Alcanzadme conocimiento del mundo, para que aborreciéndolo, aparte de mí las cosas mundanas y vanas, y viva mi corazón libre de todo afecto desordenado, de todo apego a las cosas criadas. Yo no me atrevo a ir sola a vuestro Hijo, Madre mía, porque le ofendí. Por ello os ruego me acompañéis a su presencia y pidáis perdón y misericordia y enmienda por mi pobrecita alma pecadora... Oh Jesús mío, redentor de mi alma, oíd las súplicas de vuestra Madre Santísima y por ella perdonadme todos mis pecados. Oh María, Madre de pecadores, rogad siempre a Jesús por mí. Amén.

Anima Christi

Padre eterno, injuriado tantas veces por mis pecados, mirad el rostro de vuestro Hijo Jesucristo y de vuestra hija María Inmaculada, y por sus méritos perdonadme todos mis pecados, y dadme gracia eficaz para no ofenderos más. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4ª. *Proceso de los pecados propios*

Composición de lugar. Será ver y considerar a mi ánima encarcelada en este cuerpo corruptible, y cuerpo y alma en este valle como desterrados entre brutos animales.

Petición. Dios mío, dadme crecido e intenso dolor y lágrimas de mis pecados.

Punto primero. Proceso de los pecados. Trae a la memoria, alma mía, todos los pecados de la vida en general, mirando de año en año, o de tiempo en tiempo. Dime, alma mía, ¿así que llegaste al uso de razón, te convertiste a Dios amándole sobre todas las cosas como debías? ¿O bien empezaste a pecar, y no has parado hasta el día de hoy? Pequeñita, ¿no hacías ya grandes obras pecaminosas, de las cuales ahora solo el recuerdo te avergüenza, te ruboriza y te espanta? *Pusillus sed magnus peccator.* ¿Cuándo perdiste la inocencia, o más bien, cuánto tiempo la conservaste, después de reconocer este precioso don? Mayorcita, ¿dónde no hallarás recuerdo o huellas de tu paso de iniquidad? En tu casa, en la escuela, en el campo, a solas, con compañeras, ¡ay! hasta en el templo y en las cosas santas pecaste y de todo abusaste... En mi mayor edad, ¡a cuántas tentaciones he sucumbido! ¡A cuántas ocasiones de pecar me he expuesto con lecturas, amistades, tratos, conversaciones, compañías, negocios, modas, teatros, bailes, galanteos, diversiones! ¡Cuántas caídas! ¡Cuán graves! Mis pecados, oh Dios mío, se han multiplicado más que los cabellos de mi cabeza, más que las arenas de los mares... Misericordia y perdón, Señor, para esta alma pecadora.

Pecaste con las tres potencias, pecaste con los cinco sentidos, pecaste de pensamiento, palabra, obra, deseo y omisión; pecaste contra los mandamientos, sacramentos... ¿Qué mandamiento de la ley de Dios y de la Iglesia hay que no hayas quebrantado? ¿Qué sacramento que no hayas profanado?

Pondera la fealdad que todo pecado mortal cometido tiene en sí, y te llenarás de intenso dolor, y de lágrimas, y vergüenza y confusión... Su fealdad es tanta, que la hermosura divina la aborrece con odio sumo, eterno, necesario... La fealdad del pecado mortal es tanta, que no bastarían para lavarla, todas las aguas del diluvio, todas las lágrimas de los penitentes, toda la sangre de los mártires... Fue precisa la sangre de todo un Dios... Es tanta, que borraría en un instante toda la hermosura inefable de los santos y de los ángeles, y hasta de la santa humanidad de Cristo y de su Madre purísima, si por imposible cupiera en ellos el pecado. Es *suma* fealdad, porque es aversión de la suma hermosura; es en cierto modo fealdad infinita, de modo que no hay entendimiento humano que la pueda comprender, ni lengua humana que la pueda explicar. ¡Ay miserable de mí, que afeé con tan horrible mancha la hermosa imagen que de sí, el criador imprimió en mi alma! y esto tantas veces cuantas pequé. Si un pensamiento de rebeldía volvió tan deformes y abominables a aquellos portentos de hermosura, Lucifer y sus secuaces, ¿qué tal apareceré yo a los ojos divinos, después de tantos miles de pecados de pensamiento, palabra, obra y omisión? ¡Oh hermosura infinita! ¡Cómo me atreveré a parecer delante de Vos yo, fealdad infinita! Lava, Señor, mis manchas más y más, y quedaré más blanco que la nieve por el dolor y contrición de mis pecados... Misericordia y perdón, Señor, para esta alma pecadora.

Punto segundo. Pondera la gravedad y malicia del pecado por la vileza y nada de la persona que peca, y para ello mira, alma mía, quién eres tú, disminuyéndote por ejemplos. Pregúntate: 1º. ¿Cuánto soy yo en comparación de todos los hombres?... Menos que hoja en un inmenso bosque, un átomo en la inmensidad del universo. 2º. ¿Qué cosa son los hombres en comparación de todos los ángeles y santos del paraíso?... Un grano de arena en las playas de los mares... un poco menos que nada... 3º. ¿Qué cosa es todo lo criado en comparación de Dios? ¡Ah! delante de Dios todas las cosas criadas son como si no fuesen, todas las naciones, no son sino como una gota de agua; el universo entero como un granito de arena; todo el género humano como menudo polvo; todas las criaturas delante de la infinita grandeza de Dios son como si no fuesen, como nada. *Tamquam nihillum ante te.* Ahora, pues, medita, pondera, ahonda con la consideración esta pregunta, y anonádate, aniquílate ante la inmensidad de Dios: pues yo solo, ¿qué puedo ser delante de Dios? Yo solo, ¿qué puedo ser comparado con Dios? ¡Oh cielos!, ¡pasmaos sobre esto! Este gusanillo, esta suma vileza, esta nada se ha atrevido a levantar su mirada contra Dios, Majestad infinita, y ha tenido la osadía de decirle al pecar: *Non serviam,* no quiero serviros. ¿Qué dirías si vieses a un hombrecillo enano y estropeado y cobarde alzarse en armas contra todos los ejércitos del mundo puestos en orden de batalla? ¿Qué, si vieses a una hormiguilla encararse con un elefante y provocarle a desafío de muerte? ¿Qué si un granito de arena se hombrease con los más encumbrados montes? ¿Qué, si una gotita de agua quisiera tragarse el océano? Pues mayor insolencia y locura mostraste tú cuando pecaste contra Dios omnipotente y Majestad infinita. Sí, este granito de polvo, menos que nada, este es el que alzó su mano contra Dios, y se creyó bastante fuerte contra el todopoderoso, corrió contra Él, erguido el cuello, y dijo: ¿Quién es este Señor para que oiga su voz? No le conozco para nada. No me da la gana de obedecerle; no quiero servirle. ¡Oh Dios mío omnipotente! ¡Oh infinita Majestad y grandeza imponderable! ¿Cómo me he atrevido a luchar contra Vos? He sido loca, más que loca, pues no se comprende este furor en despreciaros y ofenderos, oh Rey de los siglos.

Perdonadme, Dios mío, según vuestra infinita misericordia. Padre eterno y omnipotente, Señor, Dios de los ejércitos, tened compasión de mí, de mi ceguera y locura y frenesí incalculable. Perdonadme y dadme gracia para no provocar más vuestra ira con mis desacatos y pecados.

Punto tercero. Considera, alma mía, la gravedad y malicia de tu pecado, considerando quién es Dios, contra quién pecaste, según sus atributos, comparándolos a sus contrarios en mí.

Dios es infinita sabiduría ofendida por mí, suma ignorancia. Dios es infinita grandeza y omnipotencia, que todo lo ha criado con una sola palabra, con su voluntad lo conserva, con una sola mirada hace temblar la tierra, toca a las montañas, y humean y se deshacen como la cera en su presencia; y yo, indecible flaqueza, que nada puedo, nada soy sin su ayuda. Dios es infinita justicia, a cuyos ojos hasta los ángeles, y santos aparecen manchados, y yo concebido en iniquidad, cubierto de oprobio por mi maldad. Dios es bondad infinita, dulce para todos, y sus misericordias son sobre todas sus obras, y yo piélago de malicia y de pecados, cruel con todos. Dios, cuyo nombre es el que es, cuya duración es la eternidad, cuya morada es el cielo y la tierra escabel de sus pies; Dios cuyo palacio es la luz, y sus vestidos la hermosura y la gloria; cuya carroza son las nubes y las alas de los vientos; cuyos ministros son los ángeles, ha sido ofendido por mí, que soy carne inmunda *(Ezequiel* IV*,* 14), cuya debilidad es como el heno que hoy es y mañana se echa al horno, cuya inconstancia es como la hoja del árbol, juguete de los vientos; cuya vida es como el vapor que apenas aparece ya se disipa, y cuyo origen y fin sobre la tierra es polvo, ceniza, nada: pues esta ignorancia y flaqueza y malicia, pecando, se rebela contra su Dios y su criador y Señor, y se rebela contra su soberano dominio, violando sus leyes y mandatos; no queriendo servirle, desprecia su gracia, provoca su odio, sacude su suave y paternal yugo, y le arroja de su corazón, que es su trono; levanta otro Dios en su corazón, que son sus pasiones de ignominia, sus pensamientos, sus afectos, y a ellas sacrifica su alma y su eternidad. ¿Qué has hecho pecando? Has ofendido a Dios tu Padre, has ofendido a Dios tu más insigne bienhechor, has ofendido a tu Señor.

Admirativa: ¡Oh locura y frenesí inexplicables! ¿Cómo todas las criaturas han dejado en vida y conservado en ella a este monstruo horrendo de iniquidad? Los ángeles, que son cuchillos de la justicia divina, ¿cómo me han sufrido y guardado y rogado por mí? Los santos, ¿cómo han sido en interceder y rogar por mí? Y los cielos, sol, luna, estrellas y elementos, frutos, aves, peces y animales, ¿cómo no se han conjurado todos contra mí? ¿Cómo la tierra no se ha abierto para sorberme, criando Dios nuevos infiernos para siempre penar en ellos? Sí, Dios mío, nuevos infiernos se habían de criar para castigar debidamente tan nueva y nunca vista maldad e ingratitud como la mía... ¡Oh Padre de las misericordias y Dios de toda consolación! acabaré con un coloquio de misericordia, porque esta sola puedo invocar en mis grandes desvaríos. Perdonadme, Dios mío, según vuestra gran misericordia, y como a otra Magdalena penitente, recibidme en vuestra gracia. Yo os doy gracias infinitas, Dios y Señor mío, porque me habéis dado la vida hasta ahora, y no me habéis echado al infierno... Propongo con vuestra gracia la enmienda para adelante. Primero morir que pecar. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Día tercero

Meditación 1ª. ***Malicia especial de los pecados de las personas consagradas a Dios***

Composición de lugar. Oye a Cristo, que dice: Si mi enemigo me hubiese maldecido, pase; pero tú, amiga y esposa mía... ¡oh! no lo puedo sufrir.

Petición. Dios mío, dadme a conocer la especial malicia y gravedad de los pecados de las personas consagradas a Vos.

Punto primero. Los pecados de las personas consagradas a Dios, o de las hermanas, son más graves, revisten especial malicia sobre los de las otras personas, por razón de la persona que los comete; porque estas personas están consagradas, ofrecidas, dedicadas especialmente a Dios, a su servicio y a fomentar su gloria y a procurar el aumento de sus divinos intereses; y por lo mismo revisten la malicia de cierta especie de sacrilegio. Así como los pecados de un cristiano son más graves en iguales circunstancias que los de los infieles... tus pecados, hermana de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, son una especie de sacrilegio. Pondéralo bien, y no peques más. Considera además que las personas consagradas a Dios estáis llamadas y obligadas a ser más santas que el común de los fieles, porque hacéis profesión de especial virtud y perfección, y por consiguiente ofrece mayor desorden tu pecado. Además, las personas consagradas a Dios tenéis leyes o reglas especiales añadidas a las comunes, y por esto crece o se duplica la malicia. Una doncella que desobedezca a sus mayores, comete un pecado; mas una hermana que desobedezca a su superiora, comete dos pecados, uno contra la virtud de la obediencia, y otro, por razón de sus votos, contra la religión. Así en la pobreza y en la castidad. Por eso el sagrado Concilio de Trento recuerda a los sacerdotes, que huyan hasta de las faltas leves, porque en ellos, por razón de su estado, serían graves. Pondera además por cuantos títulos estás obligada a servir a Dios, y estás consagrada a su servicio y amor, y verás cuán estrechos son los vínculos sagrados que te unen a Él; esto es por el bautismo, confirmación y tu profesión religiosa. Pondera a qué perfección tan sublime has sido llamada, con qué reglas te has obligado a trabajar con todo ahínco para alcanzarla, y cuánto crece con esto tu malicia cuando pecas, y te pasmarás cómo Dios ha podido sufrir a este monstruo asquerosísimo de iniquidad en su presencia, y por tantos años. ¡Oh Jesús mío!, ¡misericordia y perdón! ¡Cuántas almas, con menos pecados que yo, están ya condenadas! No, no más pecar, mi Dios, me arrepiento ya de veras solo por ser quien sois Vos.

Punto segundo. Considera, alma mía, que tus pecados son más graves o revisten malicia especial, considerándolos, no solo por las circunstancias, sino en sí mismos. Porque, según el doctor Angélico, los pecados crecen en malicia, aun dentro de su especie, por tres causas: 1º. Por mayor desprecio. 2º. Por mayor ingratitud. 3º. Por mayor escándalo. Y estas tres causas concurren en todos los pecados de las personas consagradas a Dios porque pecan con mayor desprecio o descaro, por cuanto tienen

más conocimiento del mal y del bien, y la ignorancia no puede excusarles, ya que ellos han de enseñar con la palabra y sobre todo, con el ejemplo, la práctica de la ley de Dios.

Pecan con mayor ingratitud, porque han recibido de Dios más beneficios y mayores gracias, y eso no obstante, ofenden a su insigne bienhechor con sus mismos dones. Pecan, finalmente, con mayor escándalo. Porque, ¿qué harán los seglares si ven a los religiosos quebrantar la ley de Dios? ¿Qué harán los mundanos, los débiles e imperfectos, si ven a los que tienen hecha profesión de perfección y a pesar de sus votos, manchar sus hábitos con el pecado? ¡Oh alma mía! nadie causa más perjuicios y pérdidas más irreparables a los intereses de Cristo Jesús que los malos religiosos. Lleva con honra el dictado glorioso de hija de la gran santa Teresa de Jesús y esparce por todas partes el buen olor de Jesucristo, y no el hedor y corrupción insoportable del pecado. No deshonres un nombre tan glorioso. Tiembla por fin, alma mía, si te entregas al pecado, porque además de su gravedad especial, es difícil su curación, porque pocas veces va solo el pecado mortal; es más rara la enmienda y verdadera penitencia, porque ya no les mueven a los religiosos las cosas santas, y de aquí se sigue la dureza de corazón y la impenitencia final. Dios mío, yo aborrezco el pecado, lo detesto, lo abomino y amo vuestra ley y a Vos sobre todas las cosas. Perdonadme, que no quiero pecar más.

Punto tercero. Considera cómo revisten especial malicia y gravedad todos los pecados de las personas consagradas a Dios, por razón del estado o cuerpo o congregación a que pertenecen como miembros. Porque con sus pecados faltan a su palabra de fidelidad y la dañan de muchas maneras. Pues, primeramente, perjudican a las otras hermanas y a los de fuera de casa que las conocen, porque violan las Reglas y con su mal ejemplo quebrantan la observancia, dan escándalo, y mueven a los demás a pecar y a la relajación; segundo, porque infaman la Compañía con los de fuera, que acostumbran a imputar el mismo pecado a todos los miembros de la Compañía, y la desprecian diciendo: ¡Bah! todas son iguales: De una se saca lo que son todas; tercero, dañan con sus pecados a la Compañía delante de Dios, porque Dios muchas veces aparta de ella las gracias especiales, su providencia favorable y protección especial, y a menudo atrae castigos comunes o generales, no solo sobre las preladas, sino sobre las súbditas, como se ve en el ejemplo de Achan (*Josué,* VII), hombre malvado que atrajo el castigo de Dios sobre todo el ejército. Por esto los santos acostumbran en su humildad a imputar a sus pecados todos los castigos públicos o generales que Dios envía al mundo. Saca de aquí, alma mía, si tienes alguna centellica de amor a la Compañía, el empeño con que has de evitar toda clase de pecados, y si no es por amor a tu alma, hazla a lo menos por amor a tu madre, que te ha dado el ser religioso, y tu felicidad temporal y aun eterna te la prepara si oyes su voz, si sigues sus consejos, si practicas sus santas Reglas. ¿Qué mal te ha hecho para que así la deshonres? ¡Oh! No la maltrates, ni la debilites, ni la infames a tan buena y cariñosa madre, pues no lo merece. Llora más bien tus pecados, y enmiéndate. Clama de continuo a las puertas de la divina misericordia para que te perdone, por fin, tus pecados. Jesús mío, misericordia y enmienda: misericordia y enmienda para esta pobre alma pecadora. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 2ª. ***De la gravedad y malicia del pecado mortal en sí mismo***

¿Qué es pecado? Pecado es pensar, decir, hacer u omitir alguna cosa contra la ley de Dios. Si es cosa grave es pecado mortal; si leve venial. —Pecado es la libre transgresión de la ley de Dios. —Pecado es la aversión del criador, bien inconmutable, y la conversión a la criatura, bien conmutable *(Santo Tomás, 1,* 2 q. 87, a 4). —Pecado es volver las espaldas al criador y el rostro a las criaturas. —Pecado es poner en dos balanzas a Dios y a las criaturas, y pesar más en el aprecio de mi voluntad a la criatura que el criador. —Pecado es menosprecio formal de Dios infinito, de sus promesas y amenazas eternas y sumo mal de Dios. —Pecado es una rebelión contra Dios, guerra campal contra Dios. —Pecado es preferir el infierno al cielo. —Pecado es enemistad con Dios, resistencia y oposición manifiesta a su voluntad santísima. —Pecado es renunciar a ser hijo de Dios y a la herencia de su reino y de todos los bienes, para hacerse hijo del demonio y heredero con él de todos los males. —Pecado es ofensa e injuria de Dios. —Pecado es crucificar otra vez a Cristo dando causa bastante de ello. —Pecado es el sumo mal, el único mal, el verdadero mal del hombre. —Pecado es lo que ha criado el infierno, para castigarlo eternamente con todos los males. —Pecado es la cosa que más ha de temer y aborrecer el cristiano. —Pecado es la muerte de la vida de Dios en el alma.

Composición de lugar. Mírate como un reo cargado de cadenas ante su juez.

Petición. Dadme, Dios mío, la gracia de conocer y detestar la malicia y gravedad del pecado.

Punto primero. Considera la gravedad y malicia del pecado, por la vileza de la persona que peca. ¿Quién peca? El hombre, criatura sacada de la nada. Todo cuanto tiene lo tiene recibido de Dios; lo crió, lo conserva; y nada puede pensar, ni obrar, ni existir, sin Dios. Su cuerpo formado de la tierra es un vaso de estiércol, sentina de inmundicia, que se ha de convertir en gusanos, en polvo, ceniza, nada; un montón de fiemo cubierto de nieve. Su alma, creada de la nada, al instante manchada por el pecado, sujeta a la ignorancia y concupiscencia y pasiones; inclinada al mal, nada tiene de sí más que la mentira y el pecado. ¿Puede pensarse cosa más vil...? Pondera, pues, y siente tu corrupción, la perversidad de tu alma, la hediondez de tu cuerpo, y considérate como una llaga y apostema que solo mana podredumbre de pecados, sentina de vicios. Pecaste contra Dios, tú que de ti misma no tienes ningún bien. Pecaste contra Dios, que se ha mostrado infinitamente generoso contigo. Pecaste contra Dios a quien todo lo debes. Pecaste contra Dios, tú a quien ha sacado del infierno por su infinita misericordia. ¿Mas qué eres comparado con las criaturas, con Dios? Nada, o menos que nada, y no obstante te has atrevido a insultar a Dios, infinita Majestad. ¡Oh cielos pasmaos sobre esto! (*Jer*. II).

¡Dios infinito, inmenso! Tú, criatura vilísima, polvo, ceniza, nada. ¿Tú le ofendes colmada de tantos dones, tú enriquecida con su gracia, prevenida con tantas gracias,

amada con tanta predilección, perdonada tantas veces con inefable misericordia? ¿Tú, su hija, su esposa, su amada, tú le ofendes a Dios que tanto te ama?

Perdón, oh Padre mío, y misericordia para esta alma prevaricadora. Tú solo sabes, Dios mío, el dolor y pesar de mi corazón; perdóname por tu infinita misericordia, que yo te prometo no pecar más, con la ayuda de vuestra gracia. Amén.

Punto segundo. Considera la excelencia, grandeza y bondad de Dios contra quien pecaste. Pecaste, alma mía, contra Dios omnipotente, que te puede sepultar en el mismo instante en el infierno, y le hiciste servir por tus pecados, y que te libra de infinitos males y te da todos los bienes. Pecaste contra un Dios infinitamente bueno, sabio y santo y de infinitas perfecciones a quien debías amar y servir con todo tu corazón, con todas tus fuerzas. Pecaste contra Dios, Rey de cielos y tierra y majestad y grandeza infinita, a quien debías adoración y respeto y veneración suma, tú vil gusanillo de la tierra. Pecaste contra tu Dios y redentor que te ha comprado con su sangre, y te ha abierto las puertas del cielo, y te ha merecido una felicidad eterna muriendo con infinitos dolores en la cruz. Pecaste contra tu Dios y amorosísimo Padre que tan tiernamente te ama y te ha perdonado y esperado con infinito amor, con predilección singularísima. Pecaste contra tu Dios y bienhechor, que te sufre y favorece en el mismo instante en que le ofendes, le insultas, le persigues. ¡Oh maldad, oh ingratitud espantosa! Pasmaos cielos al ver ultrajado y despreciado a este Dios infinitamente grande, poderoso, bueno, y misericordioso, por este vil e ingratísimo gusanillo, que ha dicho con descaro: No quiero serviros.

Que se ha burlado de vuestros preceptos diciendo: no quiero obedeceros. Que le ha quitado la vida y pisoteado la sangre, y vuelto a crucificar al Hijo de Dios, haciendo coro con sus perseguidores y clamando. «Crucifícale, crucifícale». ¡Dios mío! ¡Padre mío! ¡Padre mío! La confusión cubre mi rostro y el llanto mis ojos al considerar mi maldad, mi ingratitud, mi frenesí, mi locura. Perdonadme por vuestra infinita misericordia y bondad, porque si de hijos es el errar, de padres es el perdonar. Misericordia y perdón, misericordia y enmienda para esta alma pecadora. No quiero pecar más.

Punto tercero. Considera por qué, cómo pecaste, y verás mejor la malicia y la gravedad de tus pecados. Dime, ¿por qué pecaste?, ¿por qué ofendiste a tan gran Dios y Señor? Por una nadería, por cosa levísima y vanísima, por un vil interés, por un gusto sucio y momentáneo, por un puntillo de honor, por un antojo, por un capricho, por una fruslería y bagatela te has fabricado un Dios falso..., has pospuesto Cristo a Barrabás... Dios al demonio..., el criador a las criaturas.

Y esto lo has hecho, no una vez, sino muchas, y esto después de arrepentirte y reconciliarte con tu Dios; y después de haberle prometido enmienda, has vuelto como la gorrina al albañal y como el perro a su vómito.

¿Cómo pecaste? Abusando de los dones de Dios. Has pecado además espontáneamente, sin que nadie te obligase, con toda deliberación y malicia; con todo descaro te has insolentado contra tu Dios y Señor desafiando su misericordia y su

bondad; como se bebe el agua, así has bebido la iniquidad. Si pecaras por agradar a otro dios o por ser señor de cielos y tierra...; mas no es así... Pecas por salir con tu gusto de cosas abominables y feas, de las cuales solo el recuerdo, hoy te estremece, te avergüenza, te confunde, te espanta. A veces, sin interés, sin provecho, por pura malicia. ¿Por qué pecaste? Por un puñado de cebada, por un mendrugo de pan. Por un respeto humano, por agradar a los hombres, por no disgustar a las criaturas, por avergonzarte de ser y parecer religiosa, cristiana. Pecaste haciendo oficio de demonio, agente del demonio, escandalizando, perdiendo a innumerables almas.

¿Por qué pecaste? Unas veces pecaste por ligereza, otras por flaqueza, por ignorancia otras, y tal vez las más, por malicia.

¿Por qué pecaste? Porque quisiste; tuya es la culpa; por tu culpa, por tu culpa, por tu grandísima culpa. No te excuses, ni culpes a nadie, porque donde no hay voluntad, no hay pecado, y nadie puede forzar tu voluntad, si tú no quieres. Sí, Dios mío, pequé porque quise, mía es la culpa. ¡Oh Dios, Dios mío! ¿Qué he hecho? ¿Cómo me habéis sufrido y me han sufrido las criaturas? ¡Cuán grande es vuestra misericordia! Usadla toda en mi perdón, que ya no quiero pecar más. Me pesa de haberos ofendido, oh bondad infinita perdonadme, salvadme.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 3ª. *Del Infierno*

Composición de lugar. Mira, alma mía, la longura, anchura y profundidad del infierno abierto debajo de mis pies.

Petición. Dios mío, os pido interno sentimiento de la pena que padecen los condenados, para que si del amor de Vos, mi Señor eterno, me olvidare por mis faltas, a lo menos el temor de las penas me ayude para no venir en pecado.

Fruto. Ver el amor de predilección de mi Señor Jesucristo, que no me ha dejado caer en el infierno, como a tantos otros, inmensa multitud, y sacar más incendios de amor por mi bienhechor más insigne.

Punto primero. ¿Qué es el infierno? Es el lugar de todos los tormentos para el cuerpo y para el alma, y estos continuos, los mayores, invariables, eternos. Considera los tormentos del cuerpo: 1º. Será ver con la vista de la imaginación los grandes fuegos, y las ánimas como en cuerpos ígneos. Mira, alma mía, si pecas con tus ojos, el castigo que te espera: refrénalos, no quieras mirar lo que no es lícito desear. Son los ojos las puertas por donde entra la muerte en el alma. Guarda las puertas, si no, irás al infierno; una mirada inmodesta ¡a cuántas almas ha perdido, a cuántas personas ha echado al infierno! Esta es la pena de los ojos libres, lascivos y deshonestos. 2º. Oír con las orejas llantos, alaridos, voces, blasfemias contra Cristo nuestro Señor y contra todos sus santos... Cierra tus oídos a la murmuración y conversaciones malas, que lanzan tantas almas cada día al infierno. Estas son las músicas del infierno, por

cantares y conversaciones lascivas. 3º. Oler con el olfato humo, piedra azufre, sentina y cosas pútridas... Tú que no puedes sufrir un mal olor, ¿qué será sufrirlos todos para siempre, siempre, siempre?... Tiembla y mortifica tu olfato. 4º. Gustar con el gusto cosas amargas, así como lágrimas, tristezas y el gusano de la conciencia. ¡A cuántas almas ha condenado la gula, los excesos en la comida y bebida! ¿Serás tú una de tantas? Mortifica tu gusto, y no quieras más que usar, no gozar, de los deleites de los sentidos. 5º. Tocar con el tacto, es a saber, cómo los fuegos tocan y abrasan las ánimas. Serán salvados con fuego encendido, avivado por el soplo de la ira de Dios. ¿Quién podrá habitar en un fuego devorador?

¿Quiénes van al infierno? Van todos los que quieren, y solamente los que quieren. Porque para ir al infierno es absolutamente necesario que se haya hecho un pecado mortal por lo menos, y nadie peca mortalmente, si no quiere, y no de cualquier modo, sino que es menester que quiera con todo conocimiento, con toda libertad, con toda deliberación, con toda voluntad, con toda malicia. Si no hay este querer, no hay pecado mortal; por consiguiente, no hay infierno.

¿Cuál es la *puerta* para ir al infierno? Solo el pecado mortal. ¿Quién abre esa puerta? La voluntad. ¿Quién empuja para abrirla? Cualquiera pasión desordenada, o no mortificada; toda ocasión de pecar. ¡Oh alma mía! no quieras ir al infierno, donde no se puede amar a Dios. Mortifica tus pasiones, véncete a ti misma, huye, no solo del pecado, sino de la ocasión de pecar.

¿Irás al infierno, alma mía? ¿Qué dices? O mejor, ¿quieres ir al infierno? Si no quieres ir al infierno, no irás... No quieras cometer jamás pecado mortal, y ten por cierto que no irás al infierno... Si tú no te quieres abrir la puerta del infierno, nadie podrá abrírtela: y cerrada esta, no podrás entrar, aunque por otra parte quisieras.

¡Oh Jesús mío, redentor mío y Amor mío! i Qué consuelo da a mi alma esta jaculatoria, que repetiré sin cesar, mirando al infierno: Yo siempre os amaré; Vos siempre me amaréis... Espero, Dios mío de mi alma, amaros siempre y por toda la eternidad. Amén.

¡Qué verdades tan consoladoras, alma mía! Nadie puede arrojarte en aquella región, la más infeliz, donde no se puede amar a Dios, si tú no quieres. No quieras ir al infierno, porque no podrías amar a Dios, alma mía. ¡Oh Cristo mío! ¡Oh Jesús mío! ¡no quiero yo ir al infierno, del cual con vuestra pasión y muerte me habéis librado!, ¡quiero ir al cielo que me habéis abierto y comprado con vuestra preciosa sangre, para amaros, bendeciros y agradeceros vuestro amor de predilección a mi alma por toda la eternidad! Amén.

Propósito. No quiero yo ir al infierno; quiero salvar almas, para que no vayan al infierno. Yo he de cooperar para que no vayan al infierno.

Punto segundo. Pondera las cualidades de estas penas corporales:

1º. Son inexplicables, las mayores que se pueden sufrir, y todas juntas, porque caerá sobre el réprobo todo el dolor *(Job. XX,* 22). Pon todos los tormentos de los mártires,

los más horrendos y exquisitos, inauditos e imaginables; pues aún serán muchísimo mayores las penas de los condenados.

2º. Son intensísimas. El menor de los dolores del infierno es mayor que todos los tormentos de los mártires, que todos los dolores de las enfermedades, que todos los suplicios de los malhechores, hasta que los dolores del mismo Jesucristo.

3º. Son continuos, sin interrupción, sin alivio, ni consuelo, ni cambio el más mínimo, invariables. Son penas puras, no como las de acá, que sufren variación. Quedarán inmobles como la piedra; no podrá volverse, no podrá menearse el réprobo en aquellas apreturas y angustias y agonías. Este castigo de la inmovilidad, será por el abuso de la libertad de sus pasos contra la ley de Dios.

4º. Infinitas, por la ofensa, por la justicia que la castiga, por el poder que la aplica, por el odio que la eterniza.

5º. Universales, esto es, todas las penas están allí, porque es su lugar: no falta ninguna. Universales, porque atormentan todas las partes del cuerpo, no hay ninguna que no tenga su propio suplicio: las que más pecaron, mayor.

6º. Eternas, sin fin, sin esperanza de verse libre de ellas; de modo que en cada momento el réprobo experimenta todo el peso de la eternidad. Imagina una bola de plomo más grande que todo el universo, que gravita sobre la cabeza del condenado con todo su peso, por un solo punto de contacto. ¿Quién puede comprender esta pena? Esto es lo más terrible de todo lo terrible; penas eternas. ¡Oh eternidad, eternidad, duración interminable de pena! ¿Quién no te temerá? Si una música suave, o un placer escogido, el más gustoso, si siempre durase, sería un grandísimo suplicio, ¿cuánto más, ardores sempiternos, el llanto y crujir de dientes, los remordimientos, la muerte que no mata jamás, eterna?

Compara todas las penas de la vida religiosa con estas penas, ¿no es verdad que son nada? Sufre, pues, tu Regla y tu martirio religioso, que al fin es momentáneo y provechoso, tú que mereciste las penas eternas del infierno. ¿Qué haría un condenado si se le diese el tiempo que tú tienes, y el redimir sus penas eternas con estas penas temporales? Anda, pues, y haz tú lo mismo ahora, hoy que tienes tiempo, y evitarás caer en el infierno.

Punto tercero. Pondera las penas del alma. El alma, como es la que más pecó, es la más atormentada en el infierno. Porque aunque tanto espantan todos estos tormentos exquisitos, no imaginables, imponderables, eternos, no obstante no constituyen el infierno, pues los santos, y en especial nuestra santa Madre, lo pedía al Señor cuando cantaba, en un exceso de santa y sublimísima indiferencia: Dadme infierno, dadme cielo... Pues del todo me rendí.

Lo que constituye el infierno es ser el lugar único donde no se puede amar a Dios; estar en desgracia de Dios y no poderla jamás recuperar, ni poderle jamás ver ni gozarle: esto es lo que constituye el infierno. Todas las penas y tormentos del infierno (excepto

este) sufridos con la gracia y amistad de Dios, amando a Dios, por amor de Dios, todos los santos del cielo dejarían su gloria, y se arrojarían a este divino infierno, si conocieran un tantico ser esta la voluntad de Dios. Y en este sentido, y no en otro, cantaba la santa Madre y podía cantar: Dadme infierno, dadme cielo, que a todo diré que sí. ¡Oh, no solo no amar, sino no poder amar a Dios, la suma bondad, la infinita hermosura, la única y perfecta felicidad! Esto sí que es el único y verdadero infierno. Dios nos libre de él...

Toda la terribilidad, pues, de las penas del infierno una sola palabra las resume de un modo admirable y pasmoso: *En el infierno el alma no puede amar a Dios jamás. En* el infierno el alma odia, aborrece, blasfema y maldice a Dios siempre. Esta es la pena del alma, la pena de las penas, la pena de daño, pena infinita, porque importa la pérdida de un bien infinito, que es Dios. La razón es obvia y se comprende fácilmente porque todas las cosas nada sienten tanto como verse privadas de su fin, porque en su consecución hallan y tienen cifrada toda su felicidad; y como Dios, visto y amado, es nuestro último fin, nuestro centro y felicidad, y como alma de nuestra alma, de ahí resulta que el reconocer el alma, separada del cuerpo, que ya jamás podrá amar a Dios, es el más atroz de los suplicios. Porque el infierno, amando a Dios, es suave paraíso. ¡Oh qué llantos y aullidos, qué desesperación y rabia y furor causará a los réprobos el oír de la boca de Cristo Dios aquella voz espantosa*: Discedite a me!* Apartaos de Mí, vuestro sumo bien, que soy vuestro Padre, vuestro Dios, vuestra felicidad única. Apartaos de mí, malditos: id al fuego eterno. No he de ser ya vuestro Padre. No veréis jamás mi rostro festivo. Ya nunca seréis mi pueblo, seréis, sí, malditos, y seréis atormentados con suplicios y fuego eterno, con el diablo y sus ángeles. Con este apartamiento eterno de Dios, todas las potencias del alma quedarán fuera de su centro y andarán divagando y perdidas y en tormento inaudito. La memoria dará origen a la mayor pena, con el gusano roedor que nace de ella, con el recuerdo de haberse querido condenar de balde, arrepintiéndose ahora sin provecho de su perdición eterna.

El entendimiento, lleno de errores, jamás tendrá un buen pensamiento: solo conocerá cosas tristes, llantos, desdichas, horrores y pasmos, demonios, furias infernales.

La voluntad ciega, queriendo y deseando siempre el bien, que no podrá conseguir, y huyendo siempre del mal, que no podrá evitar: por toda una eternidad no podrá hacer su gusto, ya que ella no quiso hacer el gusto de Dios, y de los superiores que le mandaban en lugar de Dios, y lo peor de todo es, que estará obstinada en el mal, y jamás podrá amar al sumo bien que la crió, entregada a una desesperación sin fin.

Dios mío, sumo Bien mío: ¿es posible que yo vaya al infierno y allí, no solo no os ame, sino que no os pueda amar jamás? ¡Es posible! ¡Oh qué pensamiento tan horroroso! ¡Mi voluntad, criada expresamente para amaros, y sabiendo que en este amor está toda y mi única felicidad, y esto no obstante, que no pueda amaros, y esto no por unos años o siglos (que ya sería inmensa desgracia) sino por toda la eternidad! ¿Es posible no amaros, suma bondad mía? ¿Es posible? ¿Pues cómo vivo tan tranquila y tan descuidada? ¿Quién puede acarrearse esta desgracia suma, este mal mayor? ¡Ah! solo una cosa, el pecado mortal. Sí, solo el pecado mortal puede llevarme al infierno. ¡Dios

mío! luego debo aborrecer y temer más al pecado que al infierno, pues él es el que me causa tanto mal. Quitadme la vida, Dios mío, antes que ofenderos. Yo quiero amaros siempre, bien mío, amado mío, esposo mío. Yo siempre os amaré, y Vos siempre me amaréis. Espero, oh Dios mío de mi alma, amaros siempre y por toda la eternidad. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4ª. *Remordimientos de una religiosa en el infierno*

Composición de lugar. Ver y oír a una religiosa que, envuelta en las llamas del infierno, clama desesperada: justo eres, Señor, y recto en tus juicios.

Petición. Jesús mío, yo no quiero ir al infierno: no me dejes caer en el infierno.

Punto primero. Considera, alma mía, la entrada de una religiosa en el infierno: De la celda a un calabozo, del jardín del amado al fuego devorador, de las castas delicias de la religión a los tormentos eternos... ¡Qué horror experimentará esta alma!, ¡qué rabia!, ¡qué furor!, ¡qué despecho!, ¡qué desesperación!

¡Mas qué algazara los demonios!, ¡qué contento!,¡qué cruel satisfacción! Ven, le dirán, esposa de Jesucristo a recibir la corona de ignominia que tú misma te has fabricado, al arrojar, desatentada, al lodo del pecado tu corona de gloria, que te ciñó Jesucristo en el día de tus bodas. No quisiste ser de Jesús, sacudiste su suave yugo, rompiste tus votos... quebrantaste y despreciaste tus santas Reglas... Ven, pues, a la mansión eterna del llanto, del dolor, de los tormentos, bajo mi yugo tiránico, despótico, brutal... Ven a recibir un hábito de fuego y de condenada, tú que manchaste tu hábito santo con tus desórdenes... Ven a ceñir tu cuerpo deshonesto y corrompido con correa de hierro y de esclavitud eterna... Ven a cambiar tu toca sagrada, tu velo santo, por el velo de fuego y de cieno, por la toca de ignominia de los degradados... Ven a habitar en estos ardores sempiternos, en este fuego devorador, tú que renunciaste a las delicias de la gloria.

Y diciendo esto, se le arrojarán miles de demonios encima y clamarán: Esta es nuestra hora y el poder de las tinieblas; venid, devoremos esta presa santificada, y arrojémosla a los más profundos abismos. Y entre befas, escarnios, golpes y tormentos inauditos, bajará la infeliz religiosa a lo más profundo del infierno, para ser pisada, befada y escarnecida por todos los condenados, para siempre, siempre, siempre.

—¡Ay de mí! exclamará, ¡estoy perdida!, ¡ ya me he condenado!, ¡oh paraíso perdido!, ¡oh mi Dios perdido!, ¡desdichada de mí!, ¡oh Dios de verdad! Yo creo que hay infierno, que un solo pecado mortal merece ya el infierno. Yo confieso haber merecido el infierno mucho más que muchas almas condenadas. Y confieso que solo a vuestra infinita bondad y misericordia debo, Jesús mío, no arder ya en el infierno: mas ya me pesa de haberos ofendido y propongo nunca más pecar, apartarme de las ocasiones

peligrosas. Prefiero, Dios mío, entrar pura en el infierno, que manchada en el cielo. Ayudadme, perdonadme, salvadme.

Punto segundo. Ya está en el infierno la mala religiosa, ya ocupa el lugar peor y de más ignominia, la que fue exaltada en la tierra y en la religión a la dignidad más augusta... ¿En qué pasará toda la eternidad? ¡Pobrecilla! Oigamos la meditación que allí hace, que ha de sernos de gran provecho para nuestras almas. Escarmentemos en cabeza ajena; esto nos servirá para no caer en el infierno. Bajemos en vida, para no bajar en la muerte.

El remordimiento es el mayor tormento del condenado en el infierno. El gusano que le roe nunca muere, dice el Hijo de Dios (*Mar. IX,* 45). Me condené porque quise, exclamará; mía es la culpa... Quise con toda voluntad, con perfecta deliberación pecar, y sin esta voluntad no hubiera habido pecado, no me hubiera condenado... Mis compañeras, mis hermanas, no quisieron condenarse, y por eso ellas reinan con Cristo y con los santos en el cielo, y yo soy esclava atormentada en estas llamas con los demonios y los réprobos... porque quise; me condené... mía es la culpa, toda la culpa es mía.

¿Mas por qué me he condenado? ¡Ay!, ¡me he condenado por una nadería! ¡Cuán poco debía hacer para salvarme! ¡Por un puñado de cebada, por un mendrugo de pan, por un puntillo de honra, por un airecillo de vanidad, por un vil interés, por un apego desordenado a las criaturas, por otras cosas de aire... por un momentáneo y pequeño y vil y sucio deleite me he condenado eternamente a padecer los más atroces tormentos!... ¡Sí! porque quise, por mi culpa, por una *nonada* estoy verdaderamente condenada.

¿Y cómo me he condenado? ¿Cómo he venido a parar en este lugar de tormentos...? Andando por caminos difíciles, devorando más tedio y trabajos al andar por la senda de la iniquidad y de la perdición, que practicando la virtud. ¡Infeliz de mí! Más caro me ha costado el infierno, que a los justos el cielo... más molestias, disgustos, bajezas y penas he tenido que devorar para arder eternamente, que los justos para gozar para siempre.

La pena mayor del alma condenada será el considerar que se ha perdido voluntariamente, por su propia culpa, después que Jesucristo murió para salvarla. Me he condenado locamente; Dios murió en una cruz para salvarme, y yo me empeñé en condenarme. Cristo, Hijo de Dios, derramó toda su sangre para salvarme, y yo pisoteé esta sangre divina, por el placer de condenarme. El Espíritu Santo Dios derramó en mí innumerables gracias para salvarme, y yo las resistí, las desprecié porque quise, preferí condenarme.

Yo cristiana, yo religiosa, yo hija de la gran santa Teresa de Jesús... educada en el seno de la Iglesia Católica, sacada de las tempestades del mundo al puerto de la religión... sustentada tantas veces con el pan de vida, yo... criada para el cielo... que medité tantas veces en el infierno, prevenida con tantas gracias y muestras de cariño y amor de predilección de Dios... yo esposa de Jesucristo, yo que enseñé a muchos el camino

de la salvación: yo me he condenado, porque quise locamente, porque quise vanamente, neciamente condenarme... Mía es la culpa, toda la culpa. ¿Qué me costaba evitar aquella ocasión, huir de aquel pecado, dejar aquella conversación, quitar aquella amistad, romper con aquel apego, privarme de aquel placer, desistir de aquel puntillo? Y aunque me hubiese costado, debía haberlo hecho todo eso y mucho más para salvarme; pero no lo hice, y ahora ya no hay remedio de evitar mi condenación eterna. Si hubiese frecuentado bien los Sacramentos, si hubiese confesado aquel pecado, si no hubiese descuidado los exámenes, sobre todo el particular y de previsión, si hubiese hecho bien mi oración, si me hubiese encomendado a Dios, no hubiera vuelto a recaer. Si me hubiese aprovechado de los santos ejercicios, me hubiera enmendado. Muchas veces me propuse hacerlo, mas no lo hice; alguna vez empecé a ponerlo por obra, mas no fui constante en mi propósito y por esto me he condenado.

¡Oh qué espinas tan penetrantes serán para esta religiosa condenada, las luces, avisos y gracias que Dios le concedió para salvarse! ¡Ay, yo podía hacerme santa y para siempre ser feliz, y ahora he de ser infeliz por toda la eternidad! Y, como agitada por inmensas olas de desesperación, exclamará despechada: Adiós cielo, adiós ángeles y santos, adiós Reina de todos los santos, adiós Cristo Jesús Salvador del mundo, adiós paraíso, adiós eternidad feliz; para mí solo me restan estas llamas, este remordimiento, este penar eterno.

Maldito el instante en que yo nací... maldito el instante en que fui hecha cristiana... maldita la hora que me hice religiosa... maldito el día en que viví y morí en pecado...

Maldito sea Dios, maldita su Madre, malditos sus ángeles y santos, maldita mi alma, malditos mis votos, maldita mi suerte, mi condenación... ¡Oh paraíso perdido! ¡Oh Dios perdido!, ¡desventurada de mí! Así gime en el infierno la religiosa réproba que ha pecado gravemente y ha muerto en su iniquidad. Tales serán los pensamientos que, revolviéndolos eternamente en su entendimiento, atormentarán para siempre su voluntad.

¡Oh Jesús mío! así me lamentaría yo en el infierno, si me hubieseis hecho morir cuando yo estaba en pecado mortal. Os doy gracias por las misericordias que conmigo habéis usado. Si estuviese en el infierno, ya no podría amaros más. ¡Qué pensamiento tan horrible! ¡En el infierno no se ama, no se puede amar a Dios infinitamente amable! Es el único lugar donde no se puede amar a Dios. Pues ya que puedo ahora amaros, quiero amaros con todo mi corazón. Os amo, Jesús mío, amor mío, vida mía, tesoro mío y todas las cosas; os amo con todo mi corazón. Este es el verdadero infierno: el no poder amar a Dios, que es el sumo bien. Libradme de este sumo mal. Amén.

Punto tercero. En esta meditación y en estos puntos pasará el alma religiosa condenada eternamente; y mientras el gusano roa sin cesar su conciencia, el péndulo del reloj de la eternidad fijará o marcará siempre una misma hora y repetirá estas oscilaciones: *siempre, jamás; siempre, jamás; siempre, jamás.* Pasarán millones de millones de siglos, y el condenado inmóvil y fijo en su tormento como una piedra, repetirá: para siempre, para siempre; siempre estoy condenado, porque quise, por mi

culpa, por mi culpa, por mi grandísima culpa... Vendrá el día del juicio, se desquiciará la máquina del universo, pasarán millones de millones de siglos, y no habrá pasado ni un momento de la eternidad. Correrán más millones de siglos que arenas hay en el mar, hojas en los árboles, átomos en el aire, estrellas en el cielo, y después de todo empezará de nuevo la eternidad. Ni bastará esta infinidad de siglos: terminados ellos, volverán a transcurrir tantos millones de siglos cuantas gotas tiene el mar, granos de polvo la tierra, cuantos números pueden escribirse en la bóveda del cielo, y pasado todo este tiempo, todavía no habrá pasado el principio de la eternidad, porque allí habrá una muerte sin muerte, un fin sin fin, un desfallecimiento interminable; porque allí vive la muerte, siempre comienza el fin, y la agonía no tiene término (*Ezech,* XXI*,* 5). Cuando piensas que vas a encontrar el fin, allí empieza la eternidad. Siempre es digno de castigo lo que nunca puede expiarse; porque la podredumbre que lo engendra, que es la culpa, siempre durará. ¡Oh eternidad, oh eternidad! ¿Quién no te temerá?

¡Oh Dios justísimo! ¿Creemos en el infierno, y todavía pecamos? ¡Oh Dios misericordiosísimo! ¿Creemos en el infierno, y despreciamos vuestra misericordia? ¡Ah! no perdamos tiempo. Dejémoslo todo y unámonos a Jesucristo. Todo lo que hagamos es poco para evitar el infierno; temblemos: el que no tiemble, no se salvará.

¡Jesús mío! Vuestra sangre y vuestra muerte son mi esperanza. Poco me importa que todos me abandonen y desprecien con tal que Vos no me abandonéis. Ya veo que no me habéis abandonado, pues *cuántas almas* hay *en el infierno* con menos *pecados que yo.* Pues me amáis con especial amor de predilección y me brindáis el perdón, si me arrepiento de mis pecados, y me ofrecéis otra vez vuestra gracia y amistad, si me resuelvo a amaros; os digo con toda mi alma que me pesa de todo corazón de haberos ofendido, por ser bondad infinita, y propongo firmemente nunca más ofenderos, oh Jesús mío, vida mía, tesoro mío, amor mío. Quiero llorar siempre las ofensas que os he hecho, y quiero amaros con todo mi corazón. Sí, Jesús mío, ámete yo siempre y sobre todas las cosas, y haz de mí lo que quisieres.

Si estuviese en el infierno, no podría amaros más, oh Jesús mío, y tendría que aborreceros eternamente. ¿Y qué mal me habéis hecho para que debiese aborreceros? ¿No me habéis criado? ¿No me habéis redimido? ¿No habéis muerto en una cruz por mi amor? ¿No me habéis colmado de gracia? ¿Por ventura no me habéis amado con singular predilección? He aquí, Jesús mío, el único mal que me habéis hecho. Ah, castigadme como queráis, pero no me neguéis vuestro amor, ni me impidáis que os ame. Os amo, Jesús mío, y quiero amaros siempre. Sí, yo siempre os amaré, Jesús mío de mi alma, y Vos siempre me amaréis. Espero, oh Dios mío de mi alma, amaros siempre y por toda la eternidad. Amén. Ámete, oh bien mío, siempre sobre todas las cosas, y haz de mí lo que quisieres. Amén, Jesús.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación supernumeraria. *Del Infierno*

Punto primero. Quiero darte, hija mía, una meditación provechosísima del infierno, para que descendiendo a él a menudo con la consideración en vida, evites la suma desgracia de caer en él, después de la muerte. Como quiso el Señor, en su infinita misericordia, hija mía, que verdaderamente yo sintiese en una visión aquellos tormentos y aflicción en el espíritu, como si el cuerpo lo estuviera padeciendo, puedo darte mejor esta meditación.

Yo no sé, hija mía, cómo ello fue, mas bien entendí ser gran merced, una de las mayores mercedes que el Señor me ha hecho, y que quiso el Señor yo viese por vista de ojos, de dónde me había librado su misericordia, metiéndome en espíritu en el infierno, en el lugar que los demonios me tenían aparejado, si no hubiese huido de las ocasiones peligrosas de pecar. Ven, pues conmigo, hija mía, y entremos por unos momentos, con la consideración, en aquel lugar de tinieblas, de tormentos y de muerte eterna. No retrocedas aunque a mí, tu Madre, me veas padecer...

Parecíame, pues, la entrada del infierno a manera de un callejón muy largo y estrecho a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto... El suelo me parecía de un agua como lodo, muy sucio y de pestilencial olor, y muchas sabandijas malas en él... Al cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de una alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho... Todo esto era deleitoso a la vista, en comparación de lo que allí sentí; esto que he dicho va mal encarecido. Mas estotro que voy a decir, hija mía, me parece que aún principio de encarecerse como es, no le puede haber. Figúrate, hija mía, que sentí un fuego en el alma, que yo no puedo entender cómo poder decir de la manera que es: los dolores corporales tan incomportables, que con haberlos pasado en esa vida gravísimos y, según los médicos, los mayores que se pueden pasar, porque fue encogérseme todos los nervios cuando me tullí, sin otros muchos de muchas maneras, causados del demonio, no es todo nada en comparación de lo que en el infierno sentí... Y ver que habían de ser sin fin, y sin jamás cesar estos tormentos... ¡Oh hija mía! ¿Cómo podéis vivir sin gran temor y sobresalto los que andáis en medio del mundo, cayendo a cada paso en pecado mortal? ¿Cómo puede vivir y holgar la gente regalada, que son los que más han de ir allá, viendo que solo un soplo de vida las separa de este lugar de todos los tormentos sin fin? ¡Oh! Por amor de Dios, hija mía, quitaos de las ocasiones: arrepiéntete y confiésate bien, que el Señor te ayudará, como hizo a mí, y no irás al infierno.

Punto segundo. Pondera, hija mía, cómo todos estos y otros tormentos corporales imaginables, como el atenazar de los demonios, el fuego devorador, hambre, sed... por espantosos que sean, son nada en comparación del *agonizar del alma*. Un apretamiento, un ahogamiento, una aflicción tan sensible, y con tan desesperado y afligido descontento sentí, hija mía, al ser metida en espíritu en el infierno, que yo no sé cómo lo encarecer; porque decir que es un estarse siempre arrancando el alma es poco, porque aún parece que otro os acaba la vida; mas aquí es el alma misma que se despedaza... El caso es, hija mía, que yo no sé cómo encarezca aquel fuego interior, y aquel desesperamiento, sobre tan gravísimos tormentos y dolores... No veía yo, hija mía, quién me los daba; mas sentíame quemar y desmenuzar, a lo que me parecía: y digo y certifico que aquel fuego del alma, aquel agonizar el alma, aquel arrancarse el alma, aquel despedazarse, desmenuzarse el alma, desesperarse el alma es lo peor del

infierno... Estando, pues, hija mía, en tan pestilencial lugar, tan sin poder esperar consuelo, no hay sentarse ni echarse, ni hay lugar, aunque me pusieron en este como agujero de la pared, porque estas paredes, que son espantosas a la vista, aprietan ellas mismas, y todo ahoga...

No hay luz, sino todo tinieblas oscurísimas... Yo no entendí cómo puede ser esto, hija mía, que con no haber luz, lo que a la vista ha de dar pena todo se ve... En fin, hija mía, como de dibujo a la verdad, el quemarse acá en este mundo es muy poco en comparación de este fuego de allá, que Dios ha preparado expresamente para castigo de los demonios y de los réprobos. Pudiendo ir al infierno, ¿cómo no temes estas penas? ¿En dónde estás, hija mía? ¿En qué piensas? ¿Cómo puedes tener descanso en lo que puede acarrearte el ir al infierno? ¡Oh hija mía! ¡Cuánto más te quiere el Señor que tú le quieres! ¡Qué de veces tu buen Padre te ha librado de cárcel tan tenebrosa! No quieras ir al infierno, hija mía. ¿Aún te tornarás tú por tus pecados a meterte en él contra la voluntad de tu buen Dios? Teme la ira y castigo de Dios, si no te arrepientes, porque si es misericordioso, también es justo, y el momento que tornes a pecar gravemente, puede privarte de la vida y sepultarte en el infierno. Arrepiéntete y haz una buena confesión, hija mía; enmiéndate de tu mala vida pasada y no vuelvas a pecar. No quieras ir al infierno.

Punto tercero. ¿Qué es, pues, el infierno, finalmente, hija mía? El infierno es el lugar de todos los tormentos imaginables para el cuerpo y para el alma, y estos continuos, invariables, eternos.

El infierno es el sumo trabajo de los trabajos del alma para sin fin. El infierno es, hija mía (y esto es lo que lo hace infierno), el lugar único donde no se puede amar a Dios, suma bondad, jamás... El infierno es el lugar donde se odia, aborrece, maldice y blasfema a Dios, sumo bien, siempre... ¿Has merecido tú, hija mía, el infierno? Si hiciste un solo pecado mortal, es de fe que mereciste el infierno... Pues, ¿por qué no estás tú ya en el infierno, como tantas jóvenes que están en el infierno con menos pecados que tú?... Por la misericordia de Dios nuestro Señor Jesucristo... Mira a Jesús clavado en cruz por tus pecados... Mira a Jesús derramando toda su sangre por ti... Oye a Jesús rogando al eterno Padre por ti... ¡A la sangre de Jesús, a los clamores de Jesús, a la pasión y muerte de Jesús debes sí, hija mía, no estar tú ya en el infierno! ¡Oh, cuánto debes amar a Jesús tu más insigne bienhechor! ¿Y qué has hecho por Cristo Jesús?... ¿Qué haces por Cristo Jesús? ¿Qué piensas hacer?...

¿Puedes ir al infierno? ¿Irás al infierno, hija mía?... Sí que puedes ir al infierno, pues mientras dure esa vida temporal, corre peligro la vida eterna... Mas, ¿irás al infierno, hija mía? Si quieres tú, irás al infierno; si no quieres, no irás. Ante ti está la vida y la muerte; lo que te agradare y eligieres, eso se te dará, y eternamente... No quieras, pues, ir al infierno, hija mía, y no irás; porque para ir se necesita cometer pecado mortal con toda deliberada voluntad; pues donde no hay esa deliberada, plena voluntad, perfecto consentimiento, no hay pecado mortal. No quieras ir al infierno, porque allí no se puede amar a Dios, ni a Jesús, María, José, ni a mí, ni a los ángeles y santos; antes al contrario, se les aborrece y maldice y blasfema eternamente...

Pero si no quieres ir al infierno, hija mía, no abras su puerta. La puerta del infierno es una sola, y esta es el pecado mortal; y nadie puede abrir esa puerta, sin tu voluntad propia... No quieras tú, y no pecarás jamás... El portero del infierno es, pues, la propia voluntad, y quien empuja fuertemente, poderosamente y casi victoriosamente a la voluntad, son las pasiones, y a las pasiones las ocasiones de pecar... Si, pues, tú no quieres abrirte la puerta del infierno, nadie puede abrírtela; y cerrada esta, no podrás entrar en él. Huye, pues, no solo de los pecados, sino también con todo ahínco de las ocasiones de pecar. ¡Qué verdad es esta tan consoladora, hija mía! Nadie puede arrojarte en aquella región, la más infeliz, donde no se puede amar a Dios, si tú no quieres. No quieras, pues, ir al infierno, y no temas, no irás.

Mas debes evitar, hija mía, que vayan otras almas allá. ¡Oh Madre mía, santa Teresa de Jesús! Yo soy un alma sacada del infierno por un amor de predilección de mi Dios, por un privilegio singular de la bondad y misericordia de Dios. Mayor gracia es no haberme dejado caer en el infierno merecido por mis pecados, que sacarme de él después de estar en él.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Día cuarto

Meditación 1ª. ***Puertas del Infierno. –Peligros y ocasiones de pecar.***

Esta es una de las meditaciones, hija mía, que con más frecuencia debes hacer, porque las almas se pierden, como enjambres, por no evitar las ocasiones peligrosas. El que ama el peligro perece en él, porque Dios nos abandona en este caso, dice santo Tomás.

El más importante de todos los consejos dados por Jesucristo, es el de evitar las ocasiones peligrosas de pecar: este consejo es el fundamento de la religión. –No des audiencia al enemigo cuando te tienta. No entres en parlamentaciones con el enemigo cuando te tienta, porque le aseguras la victoria sobre tu alma. –La ocasión peligrosa es la puerta expedita por donde entra el demonio a apoderar se del alma. La ocasión que no se evita, es una venda puesta a los ojos, la cual nos hace olvidarnos de las verdades eternas, de las luces recibidas, de las promesas y propósitos más bellos hechos a Dios. –Cuando hay negligencia en huir de las ocasiones, casi siempre se cae en el pecado. –El huir las ocasiones le causa más pena al demonio que nuestros propósitos y promesas de no ofender a Dios. El que no tiembla ante las ocasiones peligrosas y no se aleja de ellas, especialmente de las impuras, difícilmente se salvará. Las ocasiones peligrosas son tantas y las mujeres tan poco listas en huirlas, que de aquí resulta una gran ruina para las almas.

Preludio primero o composición de lugar. –Verte en el mundo todo lleno de lazos con que se te quiere estrangular; o de ladrones que te quieren robar tu gracia y virtud; o rodeada en campo raso de espadas desenvainadas para herirte.

Petición. –Señor mío Jesucristo, dame alas como de paloma para volar hacia ti y descansar segura en tus llagas.

Punto primero. –De nada te servirán, alma mía, tus propósitos, tus lágrimas, tu dolor y arrepentimiento, tus confesiones y tus deseos santos, si no huyes de las ocasiones de pecar. Ocasión de pecar es toda persona, cosa o circunstancia, en la cual, si te pones, por lo común pecas. Si no quitas la causa, no quitarás el efecto; si no apagas el fuego, no quitarás el calor; si no secas la fuente, no cesará de correr el arroyo; si no matas la araña, siempre tendrás la araña. Si no arrancas la raíz mala, retoñará la hierba venenosa; si no quitas la raíz de la enfermedad, vanas serán todas las medicinas. La mosca muere en la miel: la mariposa en la llama. Por esto dice el Espíritu Santo: «El que ama el peligro perecerá en él: el que toca la pez, quedará manchado con ella». –Además de que en la guerra espiritual contra los vicios, especialmente contra la impureza, solo vence aquel que huye con diligencia. Por otra parte, alma mía, bien sabes por dolorosa experiencia, cuán grande es la fragilidad en tu sexo, que por eso la Iglesia lo llama *sexo frágil*; y el adagio, además de la propia experiencia, lo corrobora diciendo: La mujer y el vidrio siempre están en peligro. Por esto al ponerte en ocasión próxima de pecar voluntariamente, ya pecas, y queda manchada y afeada tu alma, porque ama el peligro, y por lo mismo en él perece. La ocasión hace al ladrón, dice otro proverbio; porque, puestos en la ocasión, está en la mano el peligro y la caída, porque no supieron, o mejor, no quisieron huir, como huyó el casto José, ni gritaron como la casta Susana.

¡Ay, alma mía! Reconoce que tu perdición se debe a no haber huido de la ocasión y del peligro, y, por tu temeridad, caíste como Sansón, David, Salomón, Judas y tantos otros. Oh, Dios mío, propongo no pecar más, y para esto huir de todas las ocasiones de pecar, pues sé, por lamentable experiencia, que todo mi mal me viene de no poner en práctica aquella sentencia admirable de vuestros siervos: «En la guerra del sentido, solo vencen los cobardes y los que huyen». Huiré, pues, con todo cuidado, no solo del pecado, sino de toda ocasión de pecar, y seré salva eternamente. Amén.

Punto segundo. Pondera, alma mía, que los peligros y ocasiones de pecar te los puede presentar el mundo con sus encantos y seducciones; el demonio con sus mentiras y engaños, y tú misma, que eres el mismo peligro, por tu inclinación al mal, por ser hija de Eva.

El mundo, sí, secundado por el demonio te ofrece peligros en todas partes, peligros en el mar y en la tierra, en el campo y en la soledad, en la ciudad y en el claustro; peligros hasta en los falsos hermanos o hermanas: pues todo está lleno de peligros. Mas estos peligros se aumentan con la yesca del pecado que hay en ti, ya que la ocasión es como el pedernal o la pólvora que con el choque se inflama. Al principio usa de palabras santas, luego melosas, después mueve las voluntades, por fin ciega la pasión, y lo que empezó por espíritu, acabó por la carne: ciertas amistades particulares con niñas o con otros, empezadas primero con el santo fin de hacer bien a su alma, pero que después se corrompieron por profano amor. Alabanzas oídas con gusto, cierta complacencia vana de ti misma, apego a alguna criatura, a alguna cosa, flojedad en los exámenes y oración, derramamiento al exterior... son lazos para perderte. Pasa a estas almas lo

que a la mariposa: van revoloteando alrededor de la llama, que creen inofensiva, pero luego se le chamuscan las alas, y cae perdida para siempre. Pasa a estas almas lo que al agua, que mientras no se arrima al fuego la vasija que la contiene, se mantiene fresca; mas luego que a él se arrima, va tomando calor, hierve y rebosa. Con aquella mirada, con aquel afecto, con aquella amistad, con aquel trato, con aquella sonrisa, con aquella caricia, regalo o donecillo, poquito a poco, casi sin sentirlo ni saber cómo, te hallas cogida de la pasión, hierves y rebosas y traspasas, rebasas lo justo. ¿Quieres poner remedio eficaz a tan gravísimo peligro? ¡Oh alma mía! apártate del fuego, quita la ocasión y no hervirán tus pasiones, no te impulsarán al pecado. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Cómo no me hallo en el infierno? Mi insensatez y temeridad me han hecho dormir segura al borde del abismo. En mi seno fomenté la vida de la víbora que podía darme la muerte. ¡Oh! no quiero ser necia. Quiero ser virgen prudente y esperar segura al Esposo de mi alma cuando me llame, a la hora menos pensada, a entrar en su reino, huyendo del pecado y ocasión de pecar. Amén.

Punto tercero. Pondera las cautelas de que te has de valer para huir las ocasiones de pecar. La primera es que tu corazón esté siempre dispuesto a cortar todas las ocasiones de pecar; quítalas, arráncalas, no te entretengas en deshacer el nudo, córtalo. Este es mandato del Redentor: aunque una cosa o persona te sea tan amada y necesaria como tus pies y manos, como tus ojos, arráncala; porque más cuenta te saca el salvarte sin esta cosa o persona, que te es ocasión de pecar, que con ellas condenarte eternamente. Segunda, devoción al ángel de la guarda. Ten devoción a tu ángel de guarda, que te ama y es tu fiel amigo y constante defensor: él conoce todos los peligros que te cercan, las intenciones de tus enemigos, y tiene poder para desbaratar sus planes de dañarte: nadie podrá dañarte si él te defiende, porque conoce el camino del cielo. Oye sus inspiraciones, sé dócil a su voz, no resistas a su gracia, y no caerás en los peligros y ocasiones de pecar. Tercera, temor de Dios. Mas sobre todo, teme a Dios, que todo lo ve, todo lo oye, todo lo ha de premiar y castigar. Teme a Dios, que puede echar cuerpo y alma en un instante a los infiernos. Teme, pues, a Dios, y después de Dios no temas más que al pecado y a la ocasión o peligro de pecar. Teme a Dios, que es el principio de la sabiduría este santo temor; y esta sabiduría celestial te enseñará a apartarte del pecado, y no fiarte en tu virtud, ni a tentar a Dios, poniéndote en peligro de ofenderle. Este temor de Dios te enseñará que en ti misma está la raíz de la perdición, que tu mismo cuerpo cría la polilla del pecado y le castigarás para que no se desmande. Llevamos un tesoro precioso en frágiles vasos de barro, y ninguna precaución será excesiva para evitar el que se rompan.

Obediencia pronta, ciega a tus superiores, a tu confesor. Así que te advierten el peligro huye de él, por más que no te lo parezca; el demonio se transforma en ángel de luz.

Señor y Dios mío, que me conozca a mí, para desconfiar de mis fuerzas, y os conozca a Vos para amaros con todo mi corazón y apoyarme en solo Vos, que no os mudáis. Me aparto de todas las personas, lugares y cosas que me puedan ser ocasión de pecar. Por eso mi continuo clamor será: Padre mío, que estás en los cielos, no me dejes caer en la tentación, mas líbrame de mal. Amén. Jesús mío, sálvanos que perecemos. Virgen María, mírame con compasión, no me dejes, Madre mía. Ángel mío, guárdame, de

todo pecado líbrame. Jesús, José, Teresa y María, venid en ayuda del que en vosotros confía. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 2ª. *Del pecado venial*

Preludio primero. Contempla un alma en el purgatorio.

Preludio segundo. Dios mío, dadme conocimiento del pecado venial y odio al mismo.

Punto primero. Malicia del pecado venial. –Considera, alma mía, que el pecado venial es una verdadera ofensa de Dios, y se dice venial, comparado con el mortal; pero en sí, no es mal leve, porque, después del pecado mortal, es el mal más grave de todos porque es mal moral, propio de la criatura racional, hija de Dios. Poco importa que sea grave o sea leve; lo cierto es que es una ofensa a Dios. Luego es un verdadero *desprecio* de la majestad infinita de Dios: una verdadera ingratitud a su bondad infinita: una verdadera resistencia a su voluntad santísima: una verdadera injuria a todas sus perfecciones: injuria, si se quiere, leve, comparada con la grave; pero siempre es en sí gravísima, porque es ofensa de Dios criador, perpetrada por su vil criatura, el hombre. El pecado venial es mal de Dios, sí, mal de Dios; mal que sobrepuja infinitamente a todos los males temporales y eternos de todas las criaturas. Un mal tan grande, que no puede cometerse aunque con él se evitase el aniquilamiento del mundo y se lograse la salvación de todas las almas. Porque estos males son males de la criatura, y el pecado es mal del criador. Mal tan grave, que todas las oraciones, penitencias, buenas obras y sacrificios de todos los santos y justos, no podrían compensar la gloria que con él se quita a Dios. Mal, en fin, tan grande, que nadie puede llegar a comprenderlo, ni bastantemente a aborrecerlo, ni dignamente a satisfacer por él. Solo Dios puede satisfacer por el pecado venial. Más desagrada a Dios un pecado venial, que le agradan todas las buenas obras de los justos: ¿Y a esto llamamos pecados leves? ¡Y nos bebemos como el agua estas iniquidades!... Oh alma, detesta todos tus pecados leves, y por nada ni por nadie de este mundo vuelvas a cometer ni uno solo.

Punto segundo. Efectos pésimos del pecado venial. –No destruye, es verdad, la amistad de Dios, pero predispone para ello, porque le imprime una mancha, que le afea su hermosura; es una úlcera, una apostema que quita la hermosura de la salud. Debilita las luces del espíritu y el fervor de la voluntad, y la tibieza se apodera del alma en la oración, en el uso de los sacramentos, en la práctica de las virtudes. Se retarda de la posesión de Dios y de la gloria eterna. La priva de las gracias extraordinarias, de las gracias de elección, de la especial y favorable providencia que tiene Dios sobre los justos y fieles servidores. La priva de muchos grados de gracia y de gloria. Un Dios menos conocido, amado, glorificado y poseído eternamente... Quita o disminuye, por su ingratitud, la liberalidad de Dios, la abundancia de gracia actual. La predispone para el pecado mortal, así como la enfermedad a la muerte, porque la repetición de culpas leves debilita el temor de Dios, hace que se encarezca la conciencia, fortalece los

apegos y malos hábitos, aviva las pasiones, da nueva fuerza al tentador, y poco a poco se cae en el pecado mortal. Porque escrito está: «el que desprecia las cosas pequeñas, presto caerá en las grandes»; (*Eccle.* XIX, 1) y «el que es injusto en lo poco, será también injusto en lo mucho». (*Luc.* XVI, 10). Se acostumbra el alma al pecado; y va formando malos hábitos, que la arrastran al pecado mortal casi sin sentir, procediendo, como por grado, de lo leve a lo grave.

Muchas veces se toma por pecado venial lo que es mortal, ya por exceder la parvedad en materia, o por añadirse una circunstancia mala. ¡Oh! ¡Cuántas veces te ha sucedido, alma mía, que de la mirada ha salido la risa, de la risa la chocarrería, de esta la palabra torpe, y de la palabra la obra mala! ¡Cuántas veces has empezado por quejarte simplemente, y de aquí has pasado a murmurar, a calumniar gravemente! ¡Cuántas de un pensamiento no desechado ha venido la tentación grave, y con ella has caído! Vigila y ora, y huye de todo pecado leve, sobre todo deliberado.

Punto tercero. Castigos del pecado venial. –Para mejor conocer, alma mía, la malicia del pecado venial, pondera los castigos que Dios ha decretado contra él, en este y en el otro mundo. Moisés y Aarón por una ligera desconfianza no entran en la tierra de promisión. María es cubierta de lepra, la mujer de Lot convertida en estatua de sal por una ligera murmuración o vana curiosidad. Los betsabitas fueron heridos de muerte, y lo mismo Ozías, por mirar o tocar indiscretamente el arca; setenta mil israelitas mueren de peste, por una vana complacencia de David en la enumeración de sus vasallos. De estas penas temporales tan graves, saca, alma mía, la acerbidad de las penas espirituales, mucho mayores que aquellas.

Mas donde se ve más la terribilidad del castigo, es en el purgatorio, en la otra vida. Entrad en aquella terribilísima cárcel de fuego. ¿Qué veis allí? Una víctima que sufre. ¿Quién es esa víctima? ¡Ay! Es un alma amiga de Dios, confirmada en su gracia, que no puede perderla ya jamás, y que desea darle un abrazo eterno en la posesión del reino de su gloria. ¿Y qué padece? Penas y tormentos de fuego que en nada difieren de los del infierno, según san Agustín y santo Tomás. Privación de la vista y posesión de Dios, que es la más horrible pena que se puede pensar.

¿Y por qué padece? Por faltas ligeras de que aquí apenas se hace caso. Por una palabra ociosa, por una mentira leve, por falta de atención en el rezo, por ligereza, por debilidad, por ignorancia, por irreflexión, por malicia si queréis, pero todo por cosa leve...

¡Oh Dios mío! Estoy horrorizada de mí misma. ¿Cómo estará mi alma ante Vos? ¡Cuántos pecados de que no hacía caso la afean! Pensamientos inútiles, palabras ociosas, murmuraciones, quejas, descuidos, flojedad, distracciones, resistencia a vuestra gracia... ¡Oh! Desde la planta del pie hasta la coronilla de mi cabeza, no tengo más que llagas por mis pecados. Perdonadme. No quiero pecar más. Ayudadme con vuestra gracia. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 3ª. *De la muerte. –¡Morirás!*

Esta sentencia, que Dios pronunció allá en el Edén, resuena en los oídos de algunas almas con fatídico acento, que las perturba y entristece. ¡Morirás! ¡Qué cosa más triste! exclama el opulento. ¡Morirás! ¡Qué amargo recuerdo! dice el que vive en regalos y deleites. ¡Morirás! ¡Oh, qué anuncio tan alegre! grita el justo. «La muerte, que yo siempre temía mucho, ahora paréceme facilísima cosa para quien sirve a Dios; porque en un momento se ve el alma libre de esta cárcel y puesta en descanso». «Los que de veras amaren a Dios, y hubieren dado de mano a las cosas de esta vida, más suavemente deben morir», observa la seráfica virgen Teresa de Jesús, «que moría porque no moría» (*Vida,* c. XXXVIII). ¿De dónde, pues, nace tanto miedo a la muerte? – Del excesivo apego a esta miserable vida, que no miramos como cárcel y destierro, sino como término de nuestras aspiraciones. Nos contrista la idea de la muerte, porque para nosotros no es mensajera de paz y descanso eterno. No amamos a Dios, y no suspiramos por su presencia y abrazo amoroso, que solo la muerte nos puede facilitar. Enredados con mil afectos desordenados a las cosas de la vida, no damos de mano a ellas, y no quisiéramos vernos privados de su posesión. ¡Infeliz condición la del corazón humano estragado por el pecado de origen! ¡Se contentaría casi con vivir muriendo siempre en este duro destierro!... ¡Tanto se rebaja amando las cosas perecederas! De ahí el recordarnos la Iglesia, como Madre que nos ama, nuestro fin, la muerte, en especial al empezar la santa Cuaresma, para que de las cenizas de la muerte saquemos alientos de vida cristiana, verdadera vida espiritual. Morirás, ¿por qué has de vivir para siempre?

Composición de lugar. Represéntate como si estuvieses a punto de expirar, con la vela en la mano.

Petición. Dios mío, dadme una santa muerte por la muerte de Jesús, María y José.

Punto primero. La muerte es cierta, inevitable... Todos hemos de morir, ricos y pobres, reyes y vasallos; cada día, cada momento te acercas a ella, aunque no quieras, aunque no pienses en ello... Morirás, sí; seas de salud robusta o delicada, cuides o descuides de tu salud... Dios tiene contados tus días desde la eternidad, y señalado el lugar, el día, hora, momento en que has de morir, y entonces morirás, quieras que no, por más afamados médicos que tengas y por más exquisitas medicinas que procures. Morirás tú y no otro en tu lugar... La muerte es incierta en cuanto a nosotros, nadie sabe el día y hora en que ha de morir, si Dios no se lo revela; nadie sabe dónde y cómo morirá... Lo único cierto que sabemos de la muerte es que la muerte vendrá como ladrón, cuando menos pienses; y que una sola vez has de morir, y que, por consiguiente, lo mismo el daño y yerro de la mala muerte que el acierto de la buena muerte, son irremediables por toda la eternidad... Dondequiera que cayere el árbol de la vida al ser cortado, allí se quedará para siempre jamás... ¡Oh temeridad espantosa en que vivo! ¡Oh falsa seguridad! Es cierto que he de morir, es cierto que no puedo pasar del momento fijado por Dios; es cierto que no tengo un solo día seguro, es cierto que una sola vez he de morir, y que si yerro este paso, para siempre seré infeliz; si lo acierto, para siempre seré bienaventurada. ¿Pues qué hago, insensata? ¿Y vivo como si fuese esto una

falsedad? ¿Dónde está mi juicio? Alma mía, prepárate para morir; es lo único que te importa el morir bien: prepárate para morir bien viviendo santamente, porque la muerte es el eco de la vida.

Punto segundo. Si ahora te intimase un ángel como a Achaz: dispón de tu casa, de tus cosas, porque vas a morir, ¿qué sentirías?, ¿qué te angustiaría? Tres cosas te darán, alma mía, tormento en la hora de la muerte si no lo remedias. Primeramente, te afligirá la memoria de los pecados pasados, de tu vida pasada en el pecado y en la tibieza y flojedad, y sin haber hecho penitencia... Todos tus pensamientos, palabras, obras, deseos y omisiones a modo de un ejército, como manada de toros, tigres y leones y otras fieras te despedazarán el corazón: «obras somos de tus manos, te gritarán, no nos dejes, te seguiremos más allá del sepulcro». Allí verás clara y distintamente todos los pecados de tu niñez, las liviandades de tu mocedad, los crímenes de toda tu vida... Allí verás una a una tus tibiezas en el servicio de Dios, las negligencias y omisiones en el cumplimiento de tus votos y de tus Reglas, el tiempo mal empleado, los sacramentos recibidos mal o sin provecho, la oración distraída o floja, tus bellos propósitos no llevados a obra, las inspiraciones esterilizadas por tu falta de correspondencia a la gracia, las mortificaciones que podías practicar, las buenas obras que podías haber hecho, los regateos con tu generoso Jesús... Querrás entonces suplir tu abandono, y una voz te gritará: «¡No hay más tiempo!» ¡Oh desengaño cruel! ¿Por qué, alma mía, no empleas mejor el tiempo? Ahora que lo tienes, ¿por qué no te enmiendas, no trabajas con todo ahínco en tu salvación y perfección?

En segundo lugar, afligirán tu alma las cosas presentes que has de abandonar. Pondera lo que sentirá al ver que se ha de apartar de todas las cosas que ama con desordenado amor. Riquezas, comodidades, casas, dignidades, oficios, regalos; padres, hermanas, parientes, amigas... Hasta de tu cuerpo te has de separar, alma mía. ¡Oh, qué dolor!... No se deja sin dolor lo que se posee con amor... Lo tercero, afligirá a tu alma el temor de la cuenta que has de dar, y el resultado de ella. Sabes de cierto que pecaste, ¿mas sabes de cierto si se te han perdonado tus pecados, si has hecho digna penitencia de ellos? El mal que temerás será el mayor que puedes temer; la sentencia, definitiva e irrevocable; la causa, dudosa; porque te consta del pecado y no de la penitencia. ¿Qué sentirás en aquella hora? Enmiéndate.

Punto tercero. Considera cómo quedará tu cuerpo después de muerto. Ven, alma mía, al sepulcro y mira tu cadáver: contempla el paradero de tu carne, por cuyo amor desordenado tantas veces te has expuesto y te expones al peligro de condenarte, o a lo menos, te apartas del camino de tu perfección... Toma tu calavera en tus manos. Mira, ¿no ves? Aquellos dos hoyos oscuros de la calavera son el lugar donde brillaban tus ojos, escollos tal vez de tu inocencia y de la del prójimo: esos pedazos roídos de carne eran tu boca y lengua, funestos instrumentos de la gula y de la liviandad; ese hervidero de gusanos era tu vientre, a quien tenías por tu Dios: todo ese saco de horrible podredumbre era tu cuerpo, ídolo de tu amor propio y sensualidad, a quien sacrificaste muchas veces tu conciencia, como víctima.

Ea, no te turbes, toma en tu mano esa calavera, palpa esos huesos negruzcos y descarnados y calcinados, revuelve esas cenizas, mira esa corrompida masa, y dime si no es locura por cosa tan asquerosa desviarte de tu último fin y abandonar a Dios. ¿No es locura emplear una religiosa tanto cuidado en regalar a este saco de inmundicias para que esté bien durante un corto tiempo, duerma blandamente, coma delicadamente, y tener en tanto olvido la bellísima alma, espiritual e inmortal, hecha a imagen y semejanza del mismo Dios? ¡Oh tierra, tierra!, oye la palabra de Dios. Nadie puede servir a dos señores: mientras no sacudas el yugo de tu carne, nunca acertarás a servir a Dios cual conviene.

Vuelve a meditar lo que pasa con la muerte en tu cuerpo, antes tan hermoso e idolatrado: ya muerto, se le acercan los moscones, escarabajos, sapos y sabandijas, y se saborean en el mal olor que despide: es su plato más sabroso; también se acercan los ratones, taladran sus vestidos o mortaja, se enredan entre el cabello, entran en la boca, y empiezan a comer la lengua, salen luego, y registran todo el cuerpo entre carne y vestido... Mientras tanto va en aumento la putrefacción, se ve pulular una muchedumbre de gusanos que van comiendo la cara, el vientre, todo el cuerpo... Ya se concluyó la comida, ya se mueren los gusanos de hambre, dejando unos huesos negruzcos, descarnados y calcinados, que con el tiempo se convertirán en polvo también. Aquí paran los regalos y liviandades del cuerpo, aquí los deleites de los sentidos, aquí las liviandades de la carne. Y por estos sucios deleites, alma mía, ¿te quieres condenar para siempre? ¿Dónde está tu juicio? ¡Oh! no ha de ser ni has de vivir así en adelante. Mortifica tu cuerpo y redúcelo a servidumbre; vive un poco de tiempo crucificada con Cristo para reinar con Él eternamente. Mortificación, penitencia; mortificación, penitencia: es la sola tabla de salvación después del naufragio de la inocencia.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4ª. ***Muerte de una mala religiosa***

Composición de lugar. Represéntate una religiosa olvidada de sus votos que lucha desesperadamente con la enfermedad, la muerte y el demonio.

Petición. Jesús, José, Teresa y María muera con vuestro amor el alma mía.

Punto primero. Cosa terribilísima es el morir, pero lo más terrible de todo es la mala muerte. ¡Morir en pecado mortal! ¡Morir enemigo de Dios y caer en sus manos! ¡Oh!, ¡es la más horrible de todas las desgracias! Entra, alma mía, en lo interior de una mala religiosa moribunda, o acércate a su cama y pregúntale: ¿Estás contenta?, ¿qué te da pena? Una mirada inquieta y feroz será toda contestación. No, no está contenta, no puede estarlo porque todo le da pena, y la perturba, inquieta, desespera. Lo pasado, lo presente, lo porvenir. Empieza ya a gustar la desesperación, rabia, furor e inquietud de los réprobos. ¿No la oyes? «¡Oh todo me da pena! Ahora me acuerdo de todos los males que he hecho; mi vida del mundo, pasada en la liviandad, en los escándalos, en el pecado, dice en su corazón: mi vida religiosa, consumida en la tibieza, en la flojedad,

en la resistencia a la gracia, en la violación de mis votos, en el quebrantamiento de mis Reglas, en la disipación y desenfreno. ¡Todo lo he perdido, y solo me resta el sepulcro! ¿De qué me aprovecha ahora el haber hecho mi propia voluntad, haber tenido todos los gustos, haberme dejado dominar de la soberbia, de la ira, de la envidia, del pecado? ¡Ay! por un breve gozar voy a caer en un eterno penar. ¡Insensata! ¡Necia de mí!" ¡Oh alma mía, aprende las lecciones que te da la muerte y no las olvides jamás, si quieres evitar tamaña desgracia! La muerte te enseña a despreciar todos los bienes de la tierra.

La muerte te enseña a despreciar todos los honores del mundo.

La muerte te enseña a huir de todos los deleites de la carne.

Vive pobre, humilde, mortificada, y nada tendrá que ver ni hacer la muerte en ti.

Punto segundo. ¡Qué pena le da lo presente! Observa cómo los dolores se aumentan, las fuerzas se agotan, las congojas son mortales, la muerte se acerca por momentos: despedirla, o detener sus pasos, no es posible; abrazarse con ella estremece y espanta... Observa cómo da a su alrededor miradas lánguidas y despechadas que aumentan su agonía. ¿Qué ve? ¡Ah! son sus obras que le gritan: ¿No nos conoces? Somos tus obras; te seguiremos doquiera que vayas. Mira a otro lado y ve al demonio que la espera, lleno de cruel satisfacción. Mira a lo alto, y ve sobre su cabeza la espada de la divina justicia desenvainada para herirle de muerte eterna; mira bajo de sí, y ve el sepulcro y el infierno, con sus fauces abiertas para tragarla; mira a su conciencia, y se ve condenada. ¿Qué hará esta alma pecadora en lance tan apretado? ¿No podrá escaparse o librarse de él con sus razones, sus lágrimas, su valimiento, sus propósitos, sus promesas? ¡Oh! nada valdrá de estas cosas en aquel apuro. Lágrimas, allí no valen; promesas y propósitos para adelante, allí no se admiten; tiempo de penitencia, allí no se da. Pasó el tiempo de misericordia, el tiempo del hombre y va a empezar el tiempo de la justicia, el tiempo de Dios, esto es, la eternidad. ¡Alma mía!, ¿no temes verte en este solemne aprieto, tú que abusas del tiempo de la misericordia de Dios? ¡Oh Dios mío, no quiero poner mi confianza en lo que no me podrá valer en aquella hora, como son riquezas, honores, placeres, y solo hacer acopio de buenas obras, mortificaciones, oraciones, observancia de mis Reglas; pues solo esto puede darme paz en aquella triste hora y salvarme!

Punto tercero. ¿Qué hará, pues, el alma pecadora? ¿Acogerse a lo futuro? Esto es lo más terrible: la eternidad. Dejar las comodidades y regalos, y todas las cosas y personas a que se tiene apego, grandísimo dolor causa: dejar el propio cuerpo que tanto se ha regalado, para que sea pasto de gusanos, durísima pena es; pero entrar en la eternidad con una conciencia manchada por el pecado mortal, ¡oh! es una aflicción que no puede tener igual. Escuchad los ayes de desesperación de la mala religiosa. «¡Ay! yo me muero, me muero, y me muero sin haber hecho una buena confesión de todos mis pecados: me muero sin haber hecho verdadera penitencia, me muero con una conciencia criminal. ¡Miserable de mí! Yo que, creyendo al demonio, esperé a esta última hora para convertirme, ahora me hace ver que no es tiempo, que no puedo acudir a la Virgen y a los santos, y al Dios de las misericordias, porque están cerradas

para mí las puertas de la misericordia. Si hubiese creído a la voz de mi conciencia, de mi ángel bueno, de mis confesores, de mis superioras, que me decían no esperase a la hora de la muerte para arrepentirme y reformar mi vida, no me vería en este trance desesperado. ¡Oh, maldito el instante en que a Dios ofendí! ¡Maldita la hora en que a mi enemigo creí! ¡Maldito el día que me dejé seducir! ¡Qué consolada me vería en estos momentos! Mas no quise, y para mí no hay remedio. No hay Dios, ni Virgen, ni ángeles, ni santos, sino demonios, desesperación, rabia, furor, infierno. Adiós, hermanas, adiós superioras, adiós Compañía santa, adiós cielo, adiós gloria; yo me voy a los infiernos; yo me condeno, y me condeno para siempre... Venid, demonios, ven Lucifer, arráncame esta alma, que es tuya, pues te la entregué; ven, Satanás, apodérate de mí, despedázame, y sepúltame contigo en el infierno para vivir y arder en tu compañía nefasta eternamente, ya que no quise la Compañía de Teresa y de Jesús, de Dios y de sus ángeles y santos. Y entre agonías y furores, y rabias y desesperación acaba esta mala religiosa sus días infelices, y su alma va a habitar la casa de la eternidad desdichada, que ella con sus malas obras se ha fabricado, y con tantos tormentos voluntariamente ha escogido.

Así acaban todas las malas religiosas, este es el fin de las almas réprobas, esta es la muerte de los que no son fieles a la gracia, y más que todo a la gracia de su vocación. Mírate, alma mía, en este espejo; ¿crees que es ficción? Puede ser para ti una triste realidad. Es verdad que todas las hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús que han muerto hasta nuestros días, todas han tenido una buena muerte; pero esta gracia, si debe dar gran confianza y aliento y consuelo a las hermanas buenas, ha de infundir gran temor a las malas, a las que no aman la observancia de sus Reglas, porque si la muerte es el eco de la vida, y el árbol siempre cae al lado a que se inclina, una mala vida, una vida inclinada al infierno, no puede acabar con la vida de los buenos. Arrepiéntete y llora. Llora día y noche tus pecados y pide siempre a Jesús, María y José y Teresa de Jesús, la gracia de una buena muerte. Muera, oh mi Jesús, María, José y Teresa de Jesús, muera mi alma la muerte de los justos, e invocando con amor vuestros dulcísimos nombres, pues desde ahora os digo y os repetiré todos los días de mi vida:

Jesús, José, Teresa y María os doy el corazón y el alma mía.

Se repite tres veces más

Día quinto

Meditación 1ª. *Muerte preciosa de la buena religiosa*

Composición de lugar. Mira a una hermana observante que muere con la sonrisa en los labios, la paz en el corazón y la tranquilidad en la conciencia.

Petición. Jesús, José, Teresa y María haced que muera en paz en vuestra Compañía.

Punto primero. Procura comprender íntima y claramente qué cosa es morir y comprenderás mejor la felicidad que experimenta en aquella hora una buena religiosa. La muerte hace en nosotros tres cosas; según *Job.* XIV: 1º. Un despojo absoluto, universal, eterno de todas las cosas, personas y bienes, hasta una desnudez extrema. 2º. Disolución del hombre, corrupción y consunción del cuerpo y eterno olvido. 3º. Tránsito del alma a la otra vida y esta eterna, feliz o infeliz, pero sumamente incierta. Esta mudanza, alma mía, a ti y a todos, ciertamente, ha de sobrevenir, pero no conoces las circunstancias en que vendrá. Estas tres cosas hacen dulcísima la muerte de la buena religiosa. Lo pasado. Podrá ser que haya cometido algunos o muchos pecados en su niñez, en su mocedad; pero de todos se ha confesado con dolor, de todos ha hecho penitencia. ¡Oh! los actos de vencimiento, de mortificación de los sentidos, de la voluntad propia, ¡qué gozo le causarán en aquella hora! las buenas obras que ha hecho, el celo por la salvación de las almas, la vida ordenada, los exámenes, la oración, la obediencia, la guarda de sus votos, y sobre todo la observancia de las Reglas, el haber correspondido a la gracia de la vocación. ¡Oh, todo inundará de gozo a su alma! Como su santa Madre Teresa de Jesús exclamará: En fin, Señor, soy hija de la Iglesia, y por lo mismo creo, espero y amo lo que ella, tan mi buena Madre, cree, espera y ama. ¿Con esto qué podrá temer ni qué cosa podrá perturbarla? Las oraciones de la Iglesia y de sus hermanas, que rodean su lecho, la confortan. La protección de sus santas madres María y Teresa de Jesús, la consuela. La vista de Cristo crucificado le infunde indecible consuelo, seguridad y paz. El demonio nada tiene que echarle en cara, porque todas sus cuentas están saldadas, sus negocios arreglados, su alma está en paz con Dios, con el prójimo y consigo misma. ¡Qué felicidad! ¿Deseas esta felicidad, hija mía? Pues arregla tu conciencia, haz las paces con Dios, con el prójimo y contigo misma por una buena y dolorosa confesión, y empieza nueva vida fervorosa, observante de todas tus reglas, y tendrás igual dicha.

Punto segundo. Nada le da pena por su estado presente. Está desapegada de todo, hasta de sí misma, pues se tiene un santo odio. ¿Y qué tiene que ver ya con ella la muerte? Nada; previa y voluntariamente se ha despojado de todo lo que la muerte le quiere y puede arrebatar. Desnuda salió del vientre de su madre, desnuda de todo afecto desordenado y de todas las criaturas volverá a ella. Es como un marinero que ve cerca del puerto, roto su bajel, o como el esclavo y prisionero que ve acercarse la hora de su libertad, y ve con gozo el término de sus trabajos. Toda su vida deseó con el apóstol ser disuelta y estar con Cristo, y se alegra con la proximidad de la muerte, porque le proporcionará este bien. Que muero porque no muero, canta al verse alargarse esta larga vida, estos duros destierros, esta cárcel y estos hierros donde el alma está metida. Sácame de aquesta muerte, mi Dios y dame la vida... Mira que muero por verte, y vivir sin Ti no puedo. Con estas ansias espera a la muerte y todo la consuela. Si mira a lo alto, Jesús su esposo la espera con los brazos abiertos; si mira a sus lados, sus ángeles y sus hermanas la animan, si mira dentro de sí, su conciencia nada le remuerde.

Hizo aquel concierto admirable con su divina Majestad: mi Amado es para mí y yo para mi Amado, y mire Él por mis cosas y yo por las suyas; por eso canta en el lecho del dolor, alborozada: «Dadme muerte, dadme vida, dad salud o enfermedad... Dadme

infierno, dadme cielo, que a todo diré que sí; pues del todo me rendí... ¿Qué mandáis, Señor, de mí? Pues vuestra soy y para Vos nací.

Punto tercero. Si mira a lo porvenir es lo que más la inunda de gozo. Ella canta: «ven muerte tan escondida, que no te sienta venir, porque el gozo de morir no me torne a dar la vida». Ella repite: Grandísimo consuelo es en esta hora el ver que voy a ser juzgada por quien tanto me ama, y por cuyo amor tanto trabajé y sufrí.

Para los santos y justos el morir es empezar a vivir para siempre; por eso mira a la muerte como un plácido sueño de niño muy amado que se duerme en el regazo de su santa y cariñosa madre la Iglesia y despierta en los brazos de su amado Padre celestial. Creo ver los bienes de mi Señor y Esposo Jesucristo en la tierra de los vivientes. Espero la resurrección de la carne y la vida perdurables.

Entretanto los ángeles le abren las puertas del cielo y le dejan entrever las delicias de la gloria y le cantan. Ven, esposa de Jesucristo a recibir la corona que el Señor te ha preparado desde la eternidad. La Virgen María la convida con su misericordia; Jesús y su Teresa la invitan con su compañía eterna y toda la Beatísima Trinidad le ofrece la mansión de la gloria. Un acto de amor más intenso, más vivo, siente en sus entrañas al oír la voz de su Esposo que por fin le dice: «Ven, esposa mía, paloma mía, amada mía, hermosa mía, ven y serás coronada por mi esposa eternamente. Pasó ya el tiempo de la prueba, del trabajo, del dolor, y te esperan las delicias del cielo. Levántate, date prisa, amiga mía, esposa mía, amada mía, y ven». Voy, Jesús, exclama, Amado mío, y rotas las ligaduras de la carne que no la permitían volar a la unión perfecta con su Esposo, vuela, empujada por un intolerable incendio de amor divino, a descansar a los brazos de su esposo Jesús para gozar en su seno de las delicias del eterno amor en el cielo. ¡Oh, qué abrazo este abrazo! ¡El último beso, qué eterno! ¡Qué gozo este gozo! La sonrisa que ha impreso el alma en el cuerpo al darle el último adiós y el último abrazo, diciéndole: *Hasta luego*, que subirás al cielo a gozar las delicias de la gloria, ha estampado en su rostro y en sus labios una sonrisa celestial que convida al amor de Dios y causa santa envidia e inspira amor y atracción, porque la muerte ha embellecido aquel cuerpo santificado por un alma santa. Así mueren los justos: preciosa es su muerte, así como la del pecador es pésima.

Así hemos visto morir a todas las hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Una de las más miedosas y tímidas me decía en aquella hora al preguntarle si alguna cosa le daba pena: –No, estoy tranquila por la misericordia de Dios. Nada temo, todos mis temores que antes de llegar a esta hora suprema tanto me atormentaron en mi vida, han desaparecido. –¿No quieres recobrar la salud? –Hágase en todo la voluntad de Dios, pero mi deseo es morir y estar con mi esposo Jesucristo. Ahora me parece estoy bien preparada. Quién sabe más adelante. –¿Confías verle? –Sí, y muy pronto, por su infinita misericordia. Ahora me parece estoy bien preparada para morir: nada me remuerde la conciencia: gozo de una grandísima paz. Deseo estar con Cristo Jesús. Déjenme ver el cielo, decía otra, porque es el camino que mi alma ha de andar. ¡Oh, cielo!, exclamaba al ponerle la cama enfrente de la ventana, ¡oh hermoso cielo! ¿Cuándo te poseeré? Pronto, si es posible... tarde, si esta, es la divina voluntad. Nunca pensé, exclamaba otra, que fuese cosa tan dulce el trago de la muerte; y conservando

casi todas las hermanas el conocimiento pleno hasta el momento de morir, han muerto con todas las señales de la muerte de los justos. Después de muertas no causan horror, miedo o repulsión, porque la muerte no ha podido hacer los estragos que en los cuerpos sujetos al pecado y a la maldición, sino que los ha respetado por ser morada templo del Espíritu Santo.

¡Oh hija mía! ¿Deseas tener esta dicha, la mayor y más grande dicha cual es una santa muerte? Pues aprende a vivir según tus Reglas. Ama la observancia de tus Reglas, hazlo todo por Jesús, María, José y Teresa de Jesús y a su mayor honra y gloria, y en la hora de la muerte te recibirán en los eternos tabernáculos en su perpetua, santa Compañía.

Mira un poco de trabajo, los bienes inmensos que reporta, y súfrelo todo, hazlo todo y solo pidas siempre por este fin: para tener una santa muerte, porque este es el don de los dones, la gracia de las gracias, sin la cual todas las gracias se te convertirán en desgracias. Buen ánimo: una noche dura tan solo la mala posada de la vida: una hora es el combate, eterno el premio. Un momento dura lo que atormenta y eternamente lo que deleita. ¡Oh Jesús mío! quiero morir santamente y por eso quiero de todas veras vivir santamente; quiero morir de amor divino, por eso quiero vivir abrasada en vuestro divino amor, porque tal es la muerte cual fue la vida. Por esto clamaré día y noche a las puertas de vuestros misericordiosos corazones: Jesús, José, Teresa y María, asistidme en vida y mi última agonía.

Jesús, José, Teresa y María, asistidme en vida y mi última agonía.

Jesús, José, Teresa y María, asistidme en vida y mi última agonía.

Jesús, José, Teresa y María, asistidme en vida y mi última agonía.

Jesús, José, Teresa y María, asistidme en vida y mi última agonía.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 2ª. *Juicio particular*

Composición de lugar. Represéntate como reo atado con cadenas ante el tribunal de Cristo Jesús.

Petición. ¡Jesús mío! no seáis mi juez, sino mi Salvador. Cuando vengáis a juzgarme no queráis condenarme.

Punto primero. Considera las personas que intervienen en este juicio, y tiembla: 1º. La persona del juez es sumamente terrible porque es sumamente sabio e infalible: todo lo sabe, todo lo ha visto; en la sentencia es firme e inmutable, ofendido e implacable; supremo, que no hay más apelación; omnipotente, a quien no se puede resistir; inmenso y presente en todas partes, del cual no te puedes evadir. Oh mientras tienes tiempo vuélvete propicio a este juez, porque es placable. Rey de majestad tremenda...

justo juez, perdóname. 2º. Examina la persona del reo. Yo misma, alma mía, seré el reo y no otra. Allí estaré atónita y confusa, desnuda y solitaria, abandonada de todos, con mis solas obras buenas o malas, gimiendo como reo. ¡Oh Dios de verdad! ¡De cuán diferente modo veré las cosas y juzgaré de ellas! ¿Qué diré entonces yo miserable, cuando apenas estará seguro el justo? 3º. Examina los acusadores. El demonio, llamado acusador de los hermanos, te acusará de todo lo que has hecho mal por tu negligencia o malicia o instigación suya; y de muchas cosas calumniándote. El ángel bueno te acusará de todo lo que hiciste u omitiste contra sus inspiraciones. 4º. Examina los testigos de mayor acepción. Estos testigos serán todas las criaturas de las cuales has abusado pecando. La divina sabiduría, que todo lo ha visto. Tu propia conciencia, que, con luz más clara que la del mediodía, te mostrará todas tus desvergüenzas y pecados. Considera cómo el alma ha de comparecer forzosamente en el tribunal de Dios. No sabemos cuándo nos llamará, pero es cierto de toda certeza que Él mismo vendrá y no tardará, y cuando llegue, inútil será decirle que espere, como se lo decimos ahora tantas veces cuando llama a las puertas de nuestro corazón y no le queremos abrir. Cuando venga a juzgarnos no nos pedirá ni aguardará nuestro permiso, sino que lo hará como juez, con autoridad absoluta, sin que valgan resistencias ni súplicas. Cuando lloran los padres o hermanos, al oír de boca del sacerdote *ha muerto,* mejor es decir: está juzgada en el tribunal de Dios. ¡Oh cuanto mejor fuera que en lugar de lamentos y lloros orasen por el alma para que sea juzgada favorablemente adorando al juez de vivos y muertos allí presente! Oh alma mía, sigue siempre ahora con docilidad la luz de tu conciencia, las inspiraciones de tu ángel bueno y entonces nada tendrás que te dé pena y gozarás de aquella seguridad que gozan todos los hijos fieles de Dios. ¡Oh, que será dulce cosa en aquel trance supremo considerar que vamos a ser juzgados por un Padre que nos ama con infinito amor!

Punto segundo. Si la muerte es el más terrible de todos los males, lo es más, sin duda, por el ejercicio que tras la muerte nos espera. Todos es necesario que seamos presentados ante el tribunal de Cristo, porque cada uno llevará su carga... todos hemos de comparecer ante el juez sapientísimo, justísimo, inexorable, rigidísimo, santísimo, Cristo Jesús, para ser juzgados y sentenciados por todo lo que hemos hecho por pensamiento, palabra, obra. Este soberano juez te acusará y te pondrá ante los ojos, Él que todo lo ha visto y oído, todo lo que hiciste y lo sujetará a un examen rigidísimo... Todo el mal que has hecho. Todo el bien que has dejado de hacer. Todo lo bueno que has hecho mal. Todo el mal que has obrado contra los mandamientos de la ley de Dios, de la Iglesia: contra Dios, contra el prójimo, contra ti misma: lo que faltaste en los pecados capitales; la violación de tus votos; el quebrantamiento de tus Reglas; todos los escándalos; los pecados ocultos propios, los pecados ajenos que se cometieron por tu culpa, y de los que nunca te acusaste, los pecados olvidados... y verás entonces en el campo de tu conciencia ¡ay!, ¡cuán grandes abominaciones! Abominaciones de toda especie: innumerables por su multitud, enormes por su gravedad, horribles por su fealdad, las cuales, como peso abrumador, te estrujarán y sofocarán. También examinarás todo el bien que has omitido. ¡Qué aterrado quedará tu corazón cuando oigas: cuenta, pesa, separa! ¡Cuenta las gracias que te he dado en el curso de tu vida... cuán innumerables son! Pesa con la balanza del santuario su peso... oh, es de valor infinito. Separa el uso del abuso... ¡Ay!, este es mucho mayor que aquel ¡Cuántas obligaciones de tu estado olvidadas! ¡Cuántos medios de salvación,

santificación y perfección despreciados! ¡Cuántas ocasiones de hacer el bien desperdiciadas! ¡Infeliz! ¡Qué responderás al juez cuando te diga: dame cuenta de tus talentos que, o los enterraste por pereza, o abusaste de ellos con ánimo perezoso! ¡Dame cuenta del tiempo que te di y lo malgastaste! ¡Dame cuenta de los pecados que podías impedir y no lo hiciste, ciegas almas que podías salvar y no lo agenciaste, de tanta santidad y méritos que podías adquirir y no lo procuraste! Oh Señor, la confusión cubre mi rostro, porque mi alma está llena de iniquidades.

Por fin examinarás todo el bien mal hecho. ¡Qué confusión entonces la tuya, alma mía! ¡Cuántas acciones buenas pasan a ser malas o por el modo con que las has hecho o por el motivo que te hizo elegirlas o por el fin al cual las encaminaste, como aquel obispo de Laodicea que se juzgaba rico y lleno de bienes, y era miserable, pobre, ciego y desnudo! ¿Quién podrá resistir el juicio de Dios? ¡Oh justo juez de las venganzas, dame el don del perdón antes del día de la cuenta y de las venganzas!

Punto tercero. Verás, por fin, alma mía, todo lo que has hecho clara y distintamente, porque Dios que escudriña los corazones con su luz, iluminará el abismo de nuestras tinieblas y manifestará los pensamientos ocultos de nuestros corazones. Aquel Dios, que todo lo tiene presente, hará perfecta anatomía de los afectos de tu corazón y separará lo precioso de lo vil sin que pueda engañársele. Allí se contarán exactamente el número de tus pecados, allí se distinguirá con claridad asombrosa sus especies, se pesará con precisión asombrosa su gravedad, y se verá con fidelidad su fealdad enorme. Dios discernirá todos tus pensamientos y deseos; las raíces de tus afectos, la falsedad de tus juicios, la vanidad de tus excusas, las hipocresías de tus intenciones, la falta de verdad y de llaneza en tu proceder. ¡Cuán mala eres, cuán buena pudieras haber sido! En una palabra todos los actos de tu vida, las ocasiones de merecer, los auxilios del cielo, las gracias de que abusaste, los sacramentos que malograste, todo, todo se te pondrá delante y lo verás con una ojeada clara y distintamente.

No valdrán excusas, tergiversaciones, razones ni ocultaciones. Dios, luz y verdad infinitas, reflejará su poder en tu alma y, todo, todo lo aclarará, lo iluminará, lo argüirá y lo juzgará y condenará. Alma mía, qué sentirás entonces tú, que siempre buscas ocultarte, fingir, engañar y mentir. ¡Qué confusión! Mas cuán sin provecho. Enmiéndate. Todo por fin se examinará sin efugio, subterfugio, ni refugio. Todas las excusas serán deshechas, cerrados todos los caminos de la misericordia. Tú misma, alma mía, te verás forzada a confesar por todas partes que eres inexcusable. No podrás alegar *ignorancia*, porque te argüirá la fe que has profesado. No podrás alegar *impotencia*, porque te desmentirán tantos auxilios y gracias despreciados. No podrás alegar *dificultad*, porque te desmentirán las palabras de Cristo: mi yugo es suave y ligero el peso mío. No podrás alegar tu edad, flaqueza, condición; porque te condenarán innumerables santos de toda edad, sexo y condición con su ejemplo de virtud, de penitencia, de mortificación, vencimiento y fortaleza.

Tu mismo ángel de guarda, como testigo irrefragable te dirá: pudiste ser santa y no quisiste: nada te faltó más que la voluntad. Tu misma conciencia te argüirá: no solo pudiste ser santa sino que debiste serlo con tantas gracias como te hallaste prevenida, y así tu perdición viene de ti toda, toda. El demonio poniéndote delante tu vida y tus

votos, tus Reglas y tu conducta te clamará: he aquí lo que has creído y lo que has hecho; he aquí tu fe y tu vida, he aquí tu ley y tus costumbres. Señor, juzgad y sentenciad que esta alma es mía, porque no ha querido ser vuestra. ¿Qué harás entonces, alma mía? Lágrimas allí no valen, promesas para adelante allí no se admiten, tiempo de penitencia allí no se da... Ahora, pues, que es tiempo, prevé este juicio terrible, procura aplacar al juez y hacértelo propicio confesando con humildad, sinceridad y dolor tu culpa, y pidiéndole perdón de todas veras. Ten piedad de mí, Señor, según tu gran misericordia, porque detesto con todo mi corazón mis pecados por ser ofensas de Vos, Bondad infinita, y propongo con vuestra gracia nunca más pecar, confesarme de todos mis pecados y hacer de ellos penitencia con la ayuda de vuestra gracia. Haz ahora aquello que quisieras haber hecho cuando mueras.

Pondera, alma mía, que una de estas tres palabras has de oír de boca del supremo juez al terminar este juicio: *Ven, espera, vete.* Ven al cielo, bendita de mi Padre a poseer el reino eterno, si mueres en gracia y nada debes satisfacer a la divina justicia. Espera en el purgatorio, si mueres en gracia y aún te resta satisfacer algo por tus culpas. Vete al infierno, maldita, que está preparado para el diablo y sus ángeles a padecer tormentos eternos, si mueres en pecado mortal. ¡Oh, alma mía! Es de fe que una de estas tres palabras debes oír infaliblemente.

¿Qué sentencia te tocará? ¿Ven, bendita o vete, maldita? ¿Cuál oirías si ahora murieses? ¿Cuál oirás? ¿Cuál te conviene oír? En tu mano está, porque el juez justísimo y sapientísimo no hará más que poner el visto bueno, o ratificar la sentencia que tú hubieres escrito con tus obras. Cada uno oirá la sentencia que se haya él mismo escrito. ¡Oh!, haz dignos frutos de penitencia, si quieres oír buena sentencia. ¡Oh!, prevé con una buena confesión este juicio rigurosísimo. Conviértete y vive vida de gracia. Haz penitencia de tus pecados, enmienda tu vida, salva tu alma, hoy es tiempo, mañana tal vez sea tarde. Muda de vida, hija mía, y observa tus Reglas y tus votos; no salgas, sobre todo, de la santa obediencia, y así cuando venga el justo juez a juzgarte, nada tendrá que condenarte. ¡Oh Jesús mío, no seas mi juez, sino mi Salvador! Recuerda ¡oh buen Jesús! que soy causa de tus padecimientos; no me pierdas en aquel día. –María, Madre de misericordia, rogad a Jesús por mí. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 3ª. *Juicio universal*

Preludio primero. Represéntate a todos los hombres reunidos en el valle de Josafat.

Preludio segundo. Dios mío, dadme el prepararme para el juicio, a fin de que cuando vengáis a juzgarme, no queráis condenarme.

Punto primero. ¿Qué precederá al juicio universal? Una confusión y estremecimiento jamás vistos. Todos los seres se llenarán de confusión y espanto. El sol y la luna y estrellas perderán su luz, y todo quedará envuelto en tinieblas. La tierra será despojada de sus galas, esto es, de sus flores, árboles y plantas. Las enfermedades se

multiplicarán, lo mismo que las hambres, pestes y guerras. La tierra se estremecerá con terremotos horribles. El mar romperá sus diques con bramidos espantosos, sembrando la desolación y la muerte por todas partes. El aire, con sus rayos y truenos, estremecerá a los montes, y los hombres se secarán de temor y espanto. El anticristo, bestia sangrienta y el más cruel de los tiranos, levantará la persecución más horrible, y obrará tales portentos, que aun a los mismos elegidos seduciría, si no fuese por abreviarse el tiempo de su imperio. Y cuando los hombres, libertados de este diluvio de males estén algo seguros, verán venir un diluvio de fuego que todo lo abrasará en un momento. Ciudades con sus riquezas, palacios con sus preciosidades, jardines con sus deliciosas flores, todos los monumentos, en fin, del orgullo y de la vanidad humana serán reducidos a pavesas. Este es el fin de todo lo criado, de sus riquezas, pompas y desvaríos. Cuando la vida se haya extinguido de sobre la haz de la tierra, y el mundo no sea más que un vasto cementerio, una espantosa soledad, polvo y cenizas, resonará por todos los ámbitos de la tierra la voz del ángel que dirá: Levantaos muertos y venid a juicio. Y el cielo, y el purgatorio y los abismos del infierno restituirán las almas, que resucitarán con sus cuerpos gloriosos o condenados, según su estado. ¡Contempla cómo se dirigen al valle de Josafat! ¡Qué hileras tan largas! ¡Qué alegres y hermosos unos!, ¡qué tristes y asquerosos los otros! Allí llegan los ángeles y, como el buen pastor, separan los cabritos o réprobos, de los corderos o justos. ¿A qué lado estarás, alma mía? ¡Oh separación espantosa, cruel y eterna!

Entonces aparecerá en los aires, precedido de su sagrado estandarte de la cruz que hará llorar a todas las gentes, a los justos de gozo por haberla abrazado, y a los pecadores de ira por haberla desechado, Jesucristo, juez de vivos y muertos, con inmenso resplandor y gloria y majestad, entre atronadores aplausos de los buenos, y desesperados gritos y alaridos de los malos. ¡Qué gozo para los buenos y humildes, y pobres y mortificados por Cristo! ¡Qué despecho, qué rabia, qué humillación para los malos y potentados y ricos y señores del mundo! Caín, Jezabel, Juliano, Judas, Lutero y sus secuaces, el rico Epulón, ¡qué no dieran por verse al lado del inocente Abel, de la humilde Ester, del piadoso san Enrique, del modesto san Luis! ¡Oh juez soberano! ¿Qué efectos causará vuestra vista en mi alma? ¿Qué será de mí en aquel día? ¿Seré confundido con los hipócritas y escandalosos, con todos los pecadores, o me veré a vuestra derecha con gozo? ¡Oh Jesús! os ruego de ahora para entonces que no seáis mi juez, sino mi Salvador, mi Jesús, mi amor.

Punto segundo. ¿Qué sucederá en el acto del juicio universal? Reunidos todos los hombres en el valle de Josafat, y puestos todos los malos a la izquierda y los buenos a la derecha del soberano juez, que estará sentado en un trono de inmensa gloria, se seguirá el examen de las conciencias. ¡Qué gloria y qué gozo para los humildes y justos! ¡Qué ignominia y desesperación para los soberbios y pecadores!

1º Se manifestarán todas las cosas. Se abrirán los libros: Libro general de la sabiduría de Dios, libro especial de la propia conciencia. En estos todos leerán los pecados mortales y veniales, los propios y ajenos, los ocultos y públicos. Se recitarán las palabras de la profesión de cada uno, y todo se exigirá según ella. Se exigirá el uso y fruto de los dones, talentos y beneficios. A quien más se dio, más se exigirá. Dos clases de personas padecerán allí especial tormento y confusión y vergüenza, y serán los

hipócritas y los escandalosos. Por ti soy perdido, exclamarán los que fueron escandalizados. He aquí el hombre con toda su desnudez y vergüenza, con todos sus pecados ocultos y trampas y ficciones.

Se *echará* en cara por los demonios todos los pecados: día, hora, lugar...

Se *echará* en cara por los ángeles que trabajaron en vano para curar a Babilonia.

Se *echará* en cara por los superiores patronos: los consejos, avisos y correcciones que les dieron.

¿Por ventura yo os habré de acusar también?

Se *echará* en cara por la conciencia, todo, todo lo oculto y público. Se *echará* en cara por el mismo juez, que todo lo ha visto; que todo lo sabe.

Comparación con otros. Que menos gracias recibieron y más hicieron.

Comparación con los infieles.

Comparación con los pecadores que se convirtieron.

Comparación con los seglares que mejor vivieron que los religiosos.

Comparación con otras hermanas que con los mismos medios fueron mejores. ¡Oh! miserable pecadora, ¿qué responderás a todas estas cosas? ¿Cómo sufrirás el rostro airado de Cristo, tú que no puedes sufrir la reconvención de un pobre hombre?

Punto tercero. Considera la sentencia que pronunciará Cristo Jesús en favor de los buenos y contra los malos.

Sentencia en favor de los buenos, para su alabanza y consolación; sentencia contra los malos, para su confusión y desesperación; para justificación de la bondad y justicia de Dios y manifestación de su providencia.

2º. Las dos sentencias se pronunciarán públicamente. Venid, benditos; apartaos, malditos, y con sus motivos: porque tuve hambre y me disteis de comer, o no me disteis de comer. ¡Qué palabras tan diferentes! justo eres, Señor, y recto tu juicio.

3º. Cumplimiento infalible de las dos sentencias. E irán los malos al suplicio eterno; mas los justos a la vida eterna. Cada uno recibirá el premio o castigo, según hizo cuando vivía en su cuerpo.

¡Qué motivos de esperanza y fervor! ¡Qué motivos de miedo y temblor!

¿Con quién formarás parte, alma mía? Dios lo sabe. ¡Qué diferentes sentencias, alma mía! Al oír su sentencia los réprobos bramarán de coraje y de despecho, y entre

aullidos, execraciones y desesperación, bajarán a los infiernos, llevados por los demonios, a padecer por toda la eternidad. Todas las sentinas e inmundicias del mundo se habrán reunido allí como en inmensa cloaca, y se cerrarán las puertas de aquel abismo, después de grabar la cruz sobre sus bóvedas, y arrojará el ángel del abismo su llave al mar de la eternidad; aquí se cierran los cielos, los infiernos y la eternidad. *Tempus non erit amplios.* Ya no habrá más tiempo. Los justos al oír su sentencia prorrumpirán en mil bendiciones y subirán triunfantes con Cristo a la gloria a reinar eternamente con Él. Cantemos al Señor, porque gloriosamente ha sido engrandecido: arrojó al mar del olvido de la eternidad al demonio y a todos sus secuaces. Gloria a Dios en las alturas*, hosanna in excelsis* al Santo, Santo, Santo, Señor Dios de los ejércitos. Gloria, alabanza, bendición y acción de gracias, honor, por los siglos de los siglos. Amén. Este será el final de la escena más grandiosa y terrible del mundo y de todos los siglos; así acabará el triunfo final de Dios sobre el hombre, de la justicia sobre la iniquidad, de la verdad sobre la mentira, del justo sobre el pecador. ¡Pero, qué victoria: decisiva, completa, gloriosa, eterna!

¡Alma mía!, tú que no puedes sufrir una tempestad, ¿cómo presenciarás esta escena de la ira grande de Dios?

Dos propósitos muy firmes has de sacar de esta meditación, hija mía.

1º. De confesar siempre bien todos tus pecados, y no callar ninguno por vergüenza, porque si ahora te da vergüenza de confesarlos al ministro de Dios que sabes no puede a nadie revelarlos, ¿qué será en aquel día haberlos de confesar delante de todo el mundo y sin provecho? Al contrario, si ahora los confiesas bien, todos tus pecados quedarán entonces perdonados, encubiertos y borrados. No calles jamás ningún pecado mortal en la confesión.

2º. Propósito de ser en todo muy verdadera y ejemplar, porque el hipócrita y el escandaloso serán los que padecerán allí más universal confusión y vergüenza. Sé, pues, verdadera delante de Dios y del prójimo, y procura en todo dar buen ejemplo, y así en aquel día, día de la ira de Dios, día grande y sobremanera amargo, estarás muy alegre y gozosa a la derecha del Señor cantando sus alabanzas y sus glorias.

Coloquio con Cristo: Justo juez de la venganza, perdóname antes de que vengas a juzgarme.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4ª. ***Del hijo pródigo***

Preludio primero. Represéntate al hijo pródigo que vuelve lloroso a su padre después de tantos extravíos.

Preludio segundo. Padre, dadme conversión y perdón perfectos de mis pasados extravíos.

Punto primero. ¿Por qué deja la casa de su buen padre el hijo pródigo? Porque es joven: porque se deja arrastrar de las desordenadas pasiones de su juventud. La juventud es la edad de las ilusiones: ilusiones de felicidad y dicha; ilusiones de honor y de gloria; ilusiones de placeres y deleites; ilusiones de independencia, de libertad, de desenfreno. ¿No son estas, alma mía, las causas de tu perdición y de los deslices y pecados de tu juventud? Te dejaste llevar de las ilusiones del mundo, del deseo de los placeres de la independencia; por esto como el hijo pródigo tomaste la hacienda que te dio tu buen Padre celestial y la malgastaste toda, viviendo disolutamente.

Padre, dame la parte de herencia que me corresponde. Esto hiciste tú, alma mía, cuando dejaste a Dios para servir al mundo; pediste la porción de tu herencia, dispusiste libremente de ti y de todas tus cosas, como si no fueses propiedad de Dios, que te ha criado y comprado con el precio de su sangre; dispusiste de tu cuerpo y de tu alma, como si hubiese algún momento que no fueses de Dios y fueses dueña absoluta de ti misma. ¡Qué ingratitud! ¡Qué injusticia! ¡Qué locura! Pocos días después se marchó a un país lejano. Temía el recuerdo, los remordimientos, las amonestaciones de los amigos, tal vez la presencia de su padre, y para entregarse con más desahogo y libertad a sus pasiones, se va lejos, muy lejos de la vista de su padre. ¿No hiciste tú también esto, alma mía, para pecar? La oración, frecuencia de sacramentos, prácticas piadosas, las buenas compañías, la vista y el encuentro con los sacerdotes, los remordimientos, el recuerdo de las cosas santas, todo lo has temido, y has huido tan lejos de ti y de tu Dios cuanto te ha sido posible, por temor de que el recuerdo de Dios y su gracia viniesen a buscarte y te forzasen a volver, a pesar tuyo, a tu casa, a tu Padre, a tu Dios. ¡Infeliz! Y allí malversó todo cuanto tenía viviendo disolutamente. Esto es lo que a ti te ha sucedido. ¡Cuántos tesoros de gracias! la gracia bautismal o de la inocencia, la amistad de Dios, todos tus méritos, santas inspiraciones, virtudes, rectitud del corazón, delicadeza de conciencia, buenas inclinaciones, educación, talento, la razón, la fe, la religión. Todo lo has prostituido y por eso te hallas ahora en la suma indigencia, suma esclavitud, suma degradación. El mundo es esta región de la indigencia, del hambre; hambre insaciable de las pasiones que de continuo gritan: *daca, daca,* más, más, y nada basta para saciar el vacío profundo que dejan en el alma, atormentada de la sed de felicidad, que en vano mendiga de las criaturas, porque solo pueden darle disgustos, turbación, aflicción, remordimientos, pesares, miseria, nada, pues nada son. Esclavitud suma, pues por lo que uno peca, por aquello mismo es atormentado. Su orgullo, independencia y libertad le impulsaron a sacudir el yugo de su bondadoso padre, y se ve sujeto a un amo duro e insensible, sujeto a los oficios más bajos, confundido con los más viles esclavos. Este es tu retrato, alma mía. Esclava has sido pecando, no de un solo tirano, sino de muchos; esclava del demonio, que reina en tu corazón, en tu alma, en tu imaginación, en tus sentidos; esclava del mundo, de sus caprichos, de sus exigencias, de sus juicios, de sus ingratitudes, de sus injusticias; esclava de tus pasiones que te exigen a cada instante el sacrificio de tu conciencia, de tu dignidad, de tu paz, de tu sosiego, de tu felicidad; esclava de tus malos hábitos que se burlan de los esfuerzos de la gracia, de las reflexiones de la razón, de los remordimientos de la conciencia.

Degradación suma; guarda animales inmundos; envidia sus alimentos. ¡Oh alma mía, qué envilecimiento el del pecador! Envidia la felicidad de las bestias, quisiera no tener otra ley que el instinto, peor mil veces que ellas. *Homo cum in honore esset, non intelexit; comparatus est jumentis insipientibus et similis lactus est illis* (*Pslm.* XLVIII, 13). El hombre cuando estaba en honor, no lo entendió; ha sido comparado a las bestias insensatas y se ha hecho semejante a ellas.

Punto segundo. Considera *qué* hace volver al hijo pródigo a su casa y *cómo* vuelve a ella.

La desgracia del pródigo es el principio de su conversión, reconoce el valor de las aflicciones. El hambre retorna al que la saciedad le hizo marchar. La reflexión, la meditación de su estado lamentable presente, comparado con su antigua felicidad, le obliga a volver a Dios. Vuelto en sí, «¡cuántos criados hay, exclama, en la casa de mi padre que tienen pan en abundancia, y yo aquí me muero de hambre!» ¡Qué vida y vida! ¡Qué diferencia de mi alma a mi alma! ¡Cuán feliz era en mi inocencia! ¡Qué tranquilos discurrían los días! ¡Qué felices mis años! ¡Qué alegría en mi conciencia! ¡Qué paz y contentamiento en mi corazón! Mas ¡ay! al pecar, ¡qué remordimientos, qué penas, qué angustias, qué muerte! *Vexatio dat intellectum.*

¿Cómo vuelve? Con una noble resolución: *Surgam et ibo ad patrem.* Me levantaré e iré a mi padre; y lo dice y lo hace. ¿Cómo vuelve? Apenas puede andar, macilento, escuálido, andrajoso. No es aquel mancebo gallardo, sino un pordiosero haraposo. No le detiene el qué dirán, ni el sacrificio de la humillación. No lo deja para más adelante. *Surgam.* ¡Qué ejemplo de una verdadera conversión! ¿Cómo vuelve? Compungido, arrepentido, contrito, confesando su pecado. Iré a mi padre y le diré: padre, he pecado contra el cielo y contra ti. Sea este el primer paso de tu conversión sincera. Marcha a buscar a tu confesor, y postrada a sus pies dile, como a ministro de Jesucristo: Padre, he pecado contra el cielo por mis escándalos, contra Vos por las maldades secretas de mi corazón. Yo no soy digna de ser llamada hija vuestra, feliz seré si me contáis en el número de vuestros siervos.

Punto tercero. ¿Cómo es recibido por su padre el hijo pródigo? Cuando aún estaba lejos lo vio su padre, y se enterneció de compasión. Considera, alma mía, la misericordia de tu Padre celestial. Al levantarse en tu pecho el arrepentimiento, te mira Dios con misericordia. Se olvida de nuestra ingratitud, de nuestra rebeldía, de nuestras resistencias, de nuestros desprecios, de nuestra obstinación, de nuestra malicia, para acordarse tan solo de su misericordia, de nuestra desgracia, de nuestro arrepentimiento.

Mira cómo corre el Padre al encuentro de su hijo arrepentido y le estrecha entre sus brazos y le besa. ¿A quién no conmueve la voluntad del Padre? Debería esperar a su hijo, debería dejar que se postrase a sus pies, debería esperar que le pidiese perdón, y aún así debería hacerle esperar y darle penitencia. Mas no se lo sufre su corazón a tal Padre, y se olvida de todo, y él corre al encuentro de sus hijos; les ofrece el perdón antes de pedírselo; no permite siquiera que os postréis a sus pies, os abraza, os besa,

os estrecha contra su sacratísimo Corazón. Así da besos, no azotes, tal Padre a su hijo. Y a vista de esto os pregunto: ¿qué lugar queda aquí a la desesperación?

Pondera cómo no le da ninguna reprensión por lo pasado, ninguna prueba para el porvenir, ningún tiempo de dilación, sino que al momento le restituye en su gracia y amistad y en las prerrogativas de su clase. Al volverte a su amistad, te da el Señor todo lo que el pecado te había robado, y te lo da al momento. Nuestro Padre no sabe lo que es hacer esperar su perdón. Con la gracia os da la inocencia, la paz, los méritos, los derechos al cielo, toda vuestra dignidad como hombre y como cristiano, y todo en un solo instante. Amigo de Dios lo seré ahora, si quiero. Por esto dice el padre: enseguida traed la mejor ropa y vestidle, y ponedle anillo en el dedo, traed el ternero cebado, comamos y hagamos convite, porque mi hijo estaba muerto y ha resucitado, perdido y se ha encontrado. Así convida el buen Padre a los justos y a los ángeles a que se regocijen por nuestra espiritual resurrección; quiere que el día de nuestra conversión sea un día de fiesta para toda la familia, esto es para la Iglesia. ¿Cómo, pues, a vista de esto diferimos volver a los brazos de nuestro Padre y consolar su corazón?

Oh Padre mío, perdonadme y dadme misericordia y perdón. No quiero pecar más. Me pesa de todo mi corazón de haberos ofendido. Quiero hoy mismo hacer una buena confesión de todos mis pecados.

María, Madre de pecadores, rogad a Jesús por mí, que he sido peor que el hijo pródigo, pues él no tenía madre, y yo con tener a vos, Madre tan buena, la más buena de todas, no obstante dejé la casa paterna, y no quise oír vuestra cariñosa voz y lágrimas, oh Madre mía, Madre de Dolores. Rogad a Jesús por mí, para que me perdone y me admita otra vez a su amistad y gracia. Y Vos, oh Jesús mío, oídme, pues os digo con todo mi corazón:

Alma de Cristo, santifícame, Cuerpo de Cristo, etc.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación supernumeraria. ***De la gloria del cielo***

Bueno será aquí hacer la meditación de la gloria por muchas razones: 1º. Porque las cosas opuestas resultan más vistas juntas; y así para conocer mejor la malicia del pecado y cobrar más horror al infierno, muy bueno es meditar lo que vale, lo que perdemos pecando o yendo al infierno; 2º. Porque da grande ánimo y aliento al alma pecadora para salir de su mal estado la vista de la felicidad del cielo; y 3º. Para emprender una nueva vida es de lo más a propósito avivar y fortalecer la esperanza con premio tan precioso.

Composición de lugar. Ver con la imaginación una ciudad la más hermosa donde Dios descubre la magnificencia de sus glorias a sus fieles servidores y los hace perfectamente felices.

Petición. Dios y Señor mío, imprimid, grabad en mi alma un conocimiento tan perfecto de la gloria, que me mueva a despreciar todos los bienes de la tierra por conseguir los del cielo.

Punto primero. Así como el infierno es el lugar de todos los tormentos, así la gloria es el lugar de todas las delicias. Y como el Señor es más largo en premiar que en castigar, así en el cielo preparó más exquisitos deleites para premiar a los que le sirven que tormentos para castigar a los culpables. Porque si en esta tierra que es morada de bestias y mansión de buenos y malos, destierro y valle de lágrimas, Dios amontonó tantas cosas bellas y buenas para nuestro recreo, comodidad y regalo, ¿qué habrá hecho en su reino de gloria? ¡Oh! en el cielo todo es grande, todo es hermoso, todo magnífico, todo inefable, sobre toda ponderación, porque está allí su trono, su corte; descubre y se deja ver toda su magnificencia a todos los bienaventurados.

El lugar. Es una ciudad cuyas plazas y calles son de oro purísimo, de plata finísima, y millones de millones de veces mayor que todo el mundo; sus edificios están fabricados con diamantes, rubíes, esmeraldas, y toda clase de piedras preciosas: por sus prados, vestidos de flores eternas, corren ríos de leche y miel, amenísimos jardines circuyen sus muros de alabastro, con frutos los más variados y exquisitos que se pueden desear. Músicas las más delicadas y suaves, brisas purísimas embalsamadas de los más ricos perfumes, torrentes de delicias celestiales y santas por todas partes; orden y armonía perfectas reinan allí como en su propio centro; luz, claridad y resplandores sempiternas que da el Cordero de Dios con su mirada apacible, la alumbran noche y día. ¡Oh! todo esto y mucho más que el ojo no vio, ni el oído oyó, ni el corazón humano deseó, tiene aparejado Dios para sus escogidos en el paraíso de la gloria, porque el paraíso es la obra maestra de la magnificencia de todo un Dios; la joya de más valía comprada con el precio infinito de la sangre del Hijo de Dios; el punto donde se reúnen con admirable concierto todos los bienes sin mezcla alguna de males. ¡Oh paraíso! ¡Oh dulce patria! mi corazón desfallece al contemplar la hermosura de tus tabernáculos. ¡Oh casa mía! ¿Cuándo te poseeré? Oh hermoso cielo, ¿cuándo, dejado este valle de lágrimas, gozaré de tus delicias?

Figuraos esta ciudad, poblada de innumerables habitantes todos santísimos, nobilísimos, inmortales, sapientísimos, virtuosos, hermosísimos, afables, cariñosos, corteses y dotados de las mayores cualidades en grado superlativo, sin ningún vicio ni defecto, que todos son príncipes coronados y riquísimos.

Figuraos que esta ciudad está gobernada por un rey y una reina que aventajan inmensamente en bondad y sabiduría y gracias a todos sus súbditos, y que no tienen otro empeño que hacer felices a sus vasallos, ¿no es verdad que todos envidiaríamos la suerte de estos vasallos? Pues, hija mía, con un poco que te animes, puedes tú ser ciudadano noble de esta ciudad, que es la ciudad de Dios, la celestial Jerusalén. Si quieres, puedes ser princesa en este reino. ¿No ves el trono, la palma y la corona que tienes allí reservada y te ofrecen Jesús y su Teresa para formar en su Compañía eterna? ¿Te gusta ser reina y llevar corona? Pues mira, hija mía, solo una condición se te exige, y es que quieras de todas veras ir allá, y para eso que seas buena acá, cumpliendo tus santas y suaves Reglas. ¿Puede darse cosa más fácil? ¡Ay! Si cosa

dificilísima se te exigiese, deberías hacerlo para lograr tanto bien; ¿cuánto más cosa tan fácil y con tan amorosa condición? Ama a Dios y a tu prójimo en el tiempo, y no dudes que le amarás y gozarás en el cielo por toda la eternidad.

Punto segundo. Los cuerpos y la compañía. Pondera, hija mía, cómo todos los cuerpos serán revestidos de los cuatro dotes gloriosos: de claridad, sutileza, agilidad, impasibilidad. Por la claridad resplandecerán más que muchos soles; por la impasibilidad estarán libres de todo dolor y de la muerte; por la agilidad irán y volarán a todas partes con increíble velocidad, sin que nada les sea estorbo; por la sutileza serán como los ángeles, espiritualizados, sin tener necesidad de comer, ni de dormir ni de ninguna otra cosa corporal. Pero lo que será más maravilloso en este estado, es que a pesar de estar los cuerpos revestidos y dotados de las cualidades de espíritu, conservarán, para su mayor completa felicidad, enteros todos los sentidos y potencias materiales para ser premiados en ella, así como los réprobos castigados. ¡Oh! ¡cómo se recrearán los ojos de los bienaventurados viendo la longura, anchura e inmensidad de aquellos hermosísimos cielos, los coros de bellísimas vírgenes y confesores, los ejércitos de los esforzados mártires, la multitud innumerable de patriarcas y profetas, de justos y de bienaventurados! ¿Qué será contemplar los innumerables espíritus de ángeles, querubines y serafines? ¿Y sobre todo la hermosura incomparable de María y de Cristo su Hijo? María, embeleso de los escogidos, forma coro aparte en la gloria y arrebata la mirada de todos los bienaventurados ¡María nuestra Madre amabilísima, María hermosísima, María graciosísima sobre toda ponderación, contemplada cara a cara, a placer, sin cansancio ni interrupción! ¡Oh! aunque no hubiese otra felicidad en el cielo, por ella sola podrían dar por bien empleadas, todas las penitencias los anacoretas, sus tormentos los mártires, los justos todos sus trabajos y dolores. Ver el rostro bellísimo de María, contemplar sus ojos misericordiosos y graciosísimos que tantas veces hemos pedido los volviese a nosotros en este destierro, admirar toda su persona amabilísima, colmada de todas las gracias, adornada de todas las perfecciones, gozar de su compañía agradabilísima, participar de sus caricias, de sus sonrisas todas celestiales y divinas, y esto por toda la eternidad... parece no puede caber mayor dicha a un débil mortal. No obstante, no es esta aún toda la felicidad que pueden experimentar nuestros sentidos. El colmo será cuando María nos muestre, como se lo pedimos tantas veces, a Jesús fruto bendito de su vientre: entonces, sí, con la vista clara de la humanidad gloriosa de Cristo quedarán hartos nuestros sentidos; porque así como Cristo en cuanto Dios es nuestro último fin y perfecta felicidad del alma, Cristo como hombre es el último fin y acabada felicidad de los sentidos de nuestro cuerpo. Ver a Cristo, el más hermoso de los hijos de los hombres; contemplar a Cristo, tesoro de la sabiduría de Dios, admirar a Cristo, plenitud de todos los dones de Dios, gozar de la presencia clara y real de Cristo, virtud de Dios, sacia a todos los sentidos, y nada más tienen que desear. Solo porque acá en la tierra la santa Madre vio algo del rostro amoroso, apacible y piadoso de Cristo, quedó tan fuera de sí, que asegura que todos los trabajos de esta vida se podían sufrir hasta la fin del mundo por solo gozar un instante de tan deliciosa vista, ¿qué será verla en el cielo y no solo sus manos o rostro glorioso, sino toda su persona o humanidad sacratísima, y no por un instante, sino por toda la eternidad? Aquellos ojos divinos que brillan más que mil soles y que aun andando en este cuerpo mortal arrebataban las turbas en su seguimiento y convertían a Pedro perjuro, y a la Magdalena pecadora y a Mateo

publicano; aquellas manos purísimas que fabricaron los cielos y pasaron por el mundo derramando a todos beneficios; aquellos pies santísimos que anunciaron la buena nueva al mundo y se cansaron en busca del pecador y de los cuales brotan ríos caudalosos de gracias; aquel rostro hermosísimo que resplandece con la claridad de Dios, y aquella lengua dulcísima que serenaba las tempestades del alma y las de los elementos, aquel cuerpo benditísimo hecho por el Espíritu Santo de la sangre purísima de María, del cual salían resplandores de gloria, mostrándose en todo Él la gloria y la virtud de la divinidad; aquel pecho florido y amorosísimo del cual bullen y salen mares inmensos de dulzuras y amor; aquella sacratísima cabeza coronada de refulgentes estrellas; aquellos sus cándidos y rubicundos cabellos, que en doradas madejas adornan su majestuosa frente; aquella humanidad santísima, obra la más perfecta de la omnipotencia de Dios; aquel dulcísimo Salvador mío, y Jesús mío, todo amabilísimo, todo deseabilísimo... ¡Oh! visto cara a cara, sin enigmas, ni reserva, a placer, sin interrupción ni cortapisa, ha de derramar torrentes de dulzura inefables en los sentidos de nuestro cuerpo, que le han de tener en un continuo éxtasis o elevamiento, saciado en todos sus deseos. ¡Oh hija mía! reflexiona seriamente aquí que esta vida tan deliciosa será premio de los ojos modestos, no de los livianos, mortifica pues tu vista con la esperanza de ver a Cristo y a los bienaventurados.

El oído oirá muy discretas conversaciones de los santos y ángeles del cielo, abrasados todos en amor de Dios; oirá armonías inexplicables de aquellas músicas del cielo y cantares de los ángeles; y sobre todo la voz suavísima y dulcísima de María (que es el ruiseñor del paraíso) que repetirá su *Magnificat* sin cesar, formando coro con ella todos los bienaventurados.

El olfato percibirá olores suavísimos, que manarán de los cuerpos de los bienaventurados, y de los prados de flores eternas vestidos del paraíso.

El gusto será regalado por Dios, sin necesidad de comer ni beber, con todos los más exquisitos sabores.

El tacto, penetrados todos los miembros de suavidades y regalos tan divinos, gozará en abundancia de deleites celestiales. Todos mis apetitos ¡oh Señor! serán saciados al aparecer tu gloria, y al ser inundados y hartados con la abundancia de tu paz, de tu casa y de tu felicidad, ya nada más tendrán que desear.

¡Oh patria mía! ¡Casa mía! ¡Paraíso mío! ¡Cielo mío! ¡Mi alma desfallece al contemplar la grandeza y felicidad de tu gloria! Allí, en el cielo, tengo a mi Padre que es Dios; allí en el cielo, tengo a mi Esposo que es Cristo; allí en el cielo, tengo a mis Madres María y Teresa de Jesús; allí tengo a mis hermanos que son los ángeles y santos... ¡Y yo entretanto estoy detenida en mi destierro; desterrada andas, alma mía, hasta que te reciban en tu casa! ¿Cómo puedes fuera de ella ser feliz? ¡Oh María y Teresa de Jesús, mis buenas y amabilísimas Madres! ¡Bien sabéis que una hija no puede ser feliz, y gime y llora mientras está ausente de su buena madre!... Lloraré, pues, mi muerte ya, y lamentaré mi vida, en tanto que detenida por mis pecados está. ¡Oh mi Dios! ¿Cuándo será, cuando yo diga de veras que muero porque no muero? Yo no estoy bien acá, me añoro... y quiero ir al cielo a ver mis padres y hermanos, mi Esposo, mi Dios. Oh Jesús,

oh María, oh Teresa de Jesús hacedme santa y llevadme al cielo, pronto si es posible; tarde, si así conviene. Al cielo, al cielo, al cielo, alma mía.

Punto tercero. Mas toda la gloria del cielo, por el lugar y compañía de los escogidos, es nada comparada con la gloria esencial del alma, que consiste en gozar de Dios para siempre. Veremos, amaremos, alabaremos a Dios, sin límites, cara a cara, eternamente. He ahí la felicidad eterna. Ver a Dios claramente, y ver en Él, como en un diamante o espejo muy mayor que todo el mundo, los misterios de la Trinidad, Encarnación, Eucaristía y demás; ver en Él los secretos admirables y caminos de su adorable providencia, la fuerza de los elementos, el giro de los astros, la influencia de los planetas, las verdades de todas las ciencias y artes. Ver en la divina esencia, con una vista clara, simple y eterna todas las cosas pasadas y que están por venir en el orden de la naturaleza y de la gracia. ¡Amar a Dios sin límites, esto es, cuanto se puede amar, hartándose con este amor, y deseando hartarse, teniendo cuanto puede tener, gozando cuanto puede gozar! ¿Qué más puede desear el alma? De Dios vive endiosada, de Dios vive enamorada, en Dios vive absorta, sumergida, engolfada. ¡Dios mío, exclama, y todas mis cosas! y quedará hecha un Dios por participación (*Pslm.* 81) Quien a Dios tiene, nada le falta. Solo Dios basta. Sí, entonces experimentará y comprenderá el alma toda la verdad y profundidad de esta sentencia. Solo Dios basta, porque Él solo puede llenar los senos inmensos de su corazón. Solo Dios basta, porque solo Dios tiene en sí todo lo que podemos desear y necesitamos para ser totalmente felices. Y esta visión clara y perfecta de Dios, de su esencia, de sus atributos y perfecciones, hace al alma prorrumpir en un cántico de alabanza, de bendición y de paz por toda la eternidad. Cuanto más ve, más ama; cuanto más ama, más se goza; y cuanto más conoce, ama y goza de Dios, más le alaba y refina sus cánticos de amor. ¡Ay! allí en aquella región del orden, de la armonía, de la luz, del amor y de la paz, paréceme ver el alma glorificada, como un pajarillo que revolotea feliz en la región purísima y serena del cielo cantando las alabanzas de Dios sin cesar. –Paréceme el alma en aquella región como un pez en medio del océano, que cuanto más anda más aguas descubre, y más feliz se halla y parece no halla nunca las orillas.

SEGUNDA SEMANA

Advertencia

Hasta aquí hemos gritado con todas nuestras fuerzas: Muera el pecado, y como su consecuencia inmediata: Viva Jesús; porque hemos meditado en la primera sección las cosas que nos apartan de nuestro último fin, que son los pecados, arrepintiéndonos de ellos, confesándolos, y en la segunda sección nos hemos solidado y confirmado más y más en nuestro propósito de arrepentimiento y enmienda, y hemos repetido con nuevos bríos: *Muera el pecado*.

Limpios ya de nuestros pecados, con la conciencia tranquila, y con el propósito firme de no pecar más en nuestro corazón, hora es ya de que nuestra alma purificada, que

tanto ha penado en estos días, dé con todas sus fuerzas un grito de *Viva Jesús*, y empiece a ver cómo emprende, prosigue y adelanta con todo ahínco en el camino de la virtud y perfección, amando a Dios sobre todas las cosas con todo el corazón, con toda el alma, y con todas sus fuerzas, y al prójimo como a nosotros mismos por amor de Dios. Hemos resuelto servir a Dios otra vez, de cuyo servicio nos apartamos pecando, y servirle como fuere de su agrado, en el estado de vida que hemos elegido y grado de perfección en que el Señor quiere que le sirvamos. Mas como por el pecado original quedó ciega nuestra alma, no sabemos el camino que hemos de seguir, ni el modo; por esto necesitamos un guía a quien sigamos y un modelo o ejemplar a quien imitemos. El Hijo de Dios hecho hombre, camino, verdad y vida (*San Juan,* XIV) de las almas es el guía en el camino por donde hemos de andar, y el ejemplar de la vida que debemos imitar. A este fin se ordenan todas las meditaciones de la segunda y tercera semana; porque las meditaciones de la 2ª, disponen a la elección o reformación del propio estado, y la 3ª, a arraigar y aumentar los propósitos de la 2ª, para mejor disponer a la caridad de la última o cuarta semana.

Mas para seguir a Cristo es menester conocerlo, y como es la luz del mundo, luz que ilumina a todo hombre que viene a este mundo, fácil nos será adquirir este conocimiento de Cristo en el que está cifrada la vida eterna, si se lo pedimos de corazón, y meditamos seriamente los misterios de su vida, pasión y muerte.

Las meditaciones de la conquista del reino de Cristo y de su Encarnación, en las cuales nos hemos de excitar a propósitos generales de seguirle, nos ayudarán mucho a esto. Las otras nos moverán más a propósitos particulares, primero a los más fáciles y suaves, después a los más ásperos y difíciles, hasta que el alma desengañada de todas veras, escoja o reforme su estado de vida en un todo conforme al divino beneplácito y grite con todo su corazón y en todas las cosas: Viva Jesús. Soy toda de Jesús. Todo por Jesús; y se transforme en otro Cristo sobre la tierra, que es lo más sublime de la perfección y la meta de los santos ejercicios, pudiendo decir con el apóstol: Vivo yo, mas no yo, sino Cristo es el que vive en mí. Además, esta meditación todas las hijas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús deben hacerla con gran fervor, pues además de la grandísima excelencia e importancia que tiene en sí, tiene otra especialísima para las hijas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús. Pues todas saben que la Compañía de Santa Teresa nació al calor de unos santos ejercicios espirituales, que es hija del Corazón de Jesús pues en su día se fundó, y que su fin, como lo dice la 1.11 de sus Reglas, es no solo atender con todo ahínco a la propia salvación y perfección, sino celar con sumo interés la mayor honra de Cristo Jesús por todo el mundo, extendiendo el reinado de su conocimiento y amor por los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio.

Debe tener como dicho a sí: Mirarás mi honra como verdadera esposa mía, porque mi honra es tu honra y la tuya mía. Extender con sumo interés por todo el mundo el reinado del conocimiento y amor de Cristo Jesús, orando, enseñando y sacrificándose, ¿no es por ventura trabajar de un modo el más eficaz en la conquista de su reino? ¿No es procurar restaurar eficazmente en Cristo Jesús todas las cosas? ¿No es mirar su honra como verdaderas esposas, y como cosa propia? Ved, pues, cómo puede decirse con toda verdad que de aquí nació la idea de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, y

que toda su perfección, su espíritu, sus miras están en ella encerradas, como en su raíz o germen. Todos los cristianos en general somos revestidos de Cristo, según el apóstol (*Gál.* 3), y el mismo nombre de cristiano quiere decir discípulo de Cristo. Mas los religiosos, y en especial las hijas que formáis la Compañía de Santa Teresa de Jesús, debéis seguir a Cristo Jesús, imitar a Cristo Jesús con la mayor perfección posible en todo. Porque, si debéis procurar con todo ahínco ser las primeras en extender el reinado del conocimiento y amor de Cristo Jesús en medio de un mundo perverso y corrompido; si en las hermanas de la Compañía el vestido, ademanes, miradas, modales, palabras y acciones, todo, en una palabra, debe clamar: Viva Jesús, soy de Jesús, amemos a Jesús, todo por Jesús; si debéis embalsamar el mundo con el buen olor de Cristo Jesús, como vuestra Madre, Maestra y capitana santa Teresa de Jesús, como os mandan vuestras Reglas, para que la vida de Cristo Jesús se manifieste siempre en vosotras (*2 Cor.* IV), y podáis decir con toda verdad a todo el mundo, pero en especial a las niñas a quienes educáis, como el apóstol: Sed imitadores míos, como yo lo soy de Cristo (*1 Cor*. IV); es evidente que debéis ser de los soldados más animosos y valerosos que trabajen por la conquista de su reino. Por lo mismo debéis hacer siempre y con gran fervor y atención esta meditación importantísima para las hijas de la Compañía de la heroína española santa Teresa de Jesús, ya que en ella está trazada vuestra imagen, vuestro plan, vuestro espíritu, vuestra obra de celo.

Para mejor aprovechar en esta importantísima meditación, que es el fundamento particular de esta 2.1 y 3.1 semanas, pondera estas verdades y grábalas en tu corazón. Pondera las dotes o cualidades excelentísimas que adornan a este caudillo, para enamorarte y estimarle sobre todos.

Primero considera ¿quién es el que te convida a esta conquista? Nuestro Dios y Señor y Rey Jesucristo: Rey nuestro por derecho de creación, por derecho natural; Rey nuestro por derecho de conquista; Rey nuestro por derecho de compra; Rey nuestro por derecho de donación y de herencia; Rey nuestro por derecho de elección. ¿Cómo, pues, podremos rehusar seguirle e imitarle, si por tantos y tan sagrados títulos estamos forzados, obligados a su servicio y vasallaje? Rey cuyo reino no tendrá fin; cuya realeza no es prestada, sino esencial; que no necesita su persona de palillos de romero seco que son las postizas excelencias con que se adornan otros. La victoria es cierta: el triunfo gloriosísimo, la corona inmortal.

¿A qué empresa nos convida? A la más noble, más honrosa, más grande y más divina. Esto es, a glorificar a Dios, destruyendo el reino del pecado; y a salvar las almas, librándolas de la cautividad del pecado, o mejor, no permitiendo que caigan en él, por los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio. Los enemigos son el mundo, demonio y nuestra hija de Eva. Las armas la fe, oración, la confianza en Él, paciencia, caridad y celo. Los compañeros que nos da en esta empresa son los más ilustres héroes del mundo: apóstoles, mártires, confesores, todos los santos y justos. Él irá delante siempre con el ejemplo. Nunca nos dirá haced, sino hagamos. Un momento de combate, una eternidad por recompensa.

¿Qué condición nos impone? Luchar como Él, padecer con Él y menos que Él, participar de una astilla pequeñita de su pesada cruz por un momento para participar de su gloria

eterna; pero esto es fácil porque Él mismo nos allana el camino al auxiliarnos con su gracia, y movernos con su ejemplo y el de innumerables almas que nos dicen para enardecernos en esta empresa, ¿no podrás tú lo que nosotros pudimos? Mi yugo es suave, nos clama, y ligero el peso mío. Venid a mí que yo os reforzaré y consolaré. ¿Quién no se anima con esto?

Dotes del Rey. Rey no terreno, sino celestial; no humano, sino divino; no por elección, sino por naturaleza; no solo de los hombres, sino también de todos los ángeles. Este es el único título de infinitos que tiene, que quiso brillase sobre su cruz. Jesús Rey. Yo soy Rey, soy constituido Rey por Dios.

Rey de reyes, y Señor de todos los que tienen señorío: a cuyo solo nombre doblan la rodilla los cielos, la tierra y los infiernos.

Rey Jesucristo, es bondad y amor infinitos. Rey Jesucristo, es sabiduría y verdad infinitas. Rey Hijo Unigénito de Dios, criador de cielos y tierra, Salvador de todo el mundo que reúne en su persona todas las virtudes, perfecciones y gracias que se pueden imaginar y desear.

Rey en el que están encerrados todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios. Rey que tiene un nombre que nadie puede salvarse sino por Él. Gracias infinitas te doy, oh Padre eterno, por habernos dado tan grande y tal Rey. Yo le reconozco por tal, y de todo mi corazón le adoro. Tú mismo eres mi Rey y mi Dios. En ti venceré a mis enemigos y despreciaré todos mis adversarios.

Servirle. Servir a Cristo es reinar o ser rey con Él. Servir a Cristo es ser otros dioses sobre la tierra; servir a Cristo es ser amigos, hijos del mismo Dios y herederos de su gloria. ¿Puede apetecerse servicio más honroso? Oh Señor mío Jesucristo, Rey de mi alma, ¿qué cosa más justa que servirte a Ti, Rey de reyes y Señor de todos los señores? ¿Por ventura no pertenezco toda a Ti? ¿Por ventura no lo he recibido todo de Ti? ¿Por ventura no lo temo y espero todo de Ti? ¿Por ventura puedo yo algo, y soy y puedo valer algo sin Ti? Siervo tuyo soy, pues, Señor mío y Rey mío Jesucristo, e hijo de tu esclava la Virgen María. Sírvate yo siempre y haz de mí lo que quisieras. Solo deseo me enseñes a cumplir tu voluntad y el camino por donde debo andar para complacerte. Porque ,¿qué cosa más alegre y gloriosa que servirte a Ti, mi Rey y mi Padre, que tienes entrañas compasivas y escoges siempre para Ti lo más desabrido y amargo y para tus siervos lo más dulce? No obstante, loco y desalentado repetí con tus enemigos, rompiendo tu yugo suave y sacudiendo tu carga ligera: No te serviré. Mas hoy, Dios mío, recoge a este tu hijo pródigo que desde hoy te promete seguir a dondequiera que vayas aunque sea hasta la cruz y el martirio. Dame tan solo tu amor y gracia siempre, que esta me basta. Amén.

2º. ¿A quiénes llama o invita a ayudarle tan gran Rey en esta empresa nobilísima y divinísima? A todos *Dei enim coadjutores sumus,* porque a todos quiere hacer partícipes de su gloria y de su reino, que solo puede dar a los que legítimamente pelean por Él. A todos llama, a nadie rechaza. No mira que sean ricos ni pobres, ni sabios ni ignorantes, ni poderosos ni débiles, ni nobles ni plebeyos, solo aprecia y tan

solo les exige a sus soldados el querer, porque en esta conquista el querer es poder. Si quieres, dice el Señor. Esta es la primera o única disposición de sus vasallos: que quieran, de todas veras, trabajar en la conquista de su reino, que quieran seguirle. Con esta voluntad la victoria es cierta, porque dice: tened confianza, yo he vencido al mundo (*Jon* XVI). Después de la victoria es cierto y les promete el mayor premio: El que me sirviere, mi Padre le honorificará (*Jon* XII), y este premio es igual al suyo, porque donde yo estoy, allí estará mi ministro (*Jon*. XIII). Yo os he dado ejemplo, para que hagáis como yo he hecho (*Jon*. XIII), porque no es el siervo mayor que su Señor: bástale sea como su Señor (*Mat.* X). Pregúntale, alma mía, a tu Rey y Señor mío Jesucristo, ¿también a mí me queréis por vasallo? ¿También queréis que os sirva, que os ayude en la conquista de vuestro reino? si soy una frágil y débil doncella, ¿qué cosa buena puedo yo hacer? Mas si en algo puedo serviros, mi Señor, mi Rey y mi Dios, yo me ofrezco y quiero, y es mi determinada voluntad y lo pido y suplico, que quiero ser la primera en el mundo en conocerme y conoceros, en amaros siempre y haceros conocer y amar por todos los corazones por los apostolados de la oración, enseñanza y sacrificio, conforme en todo a vuestra santísima voluntad. Amén.

3º. El deber de servir a Dios era el fundamento de la primera semana. El deber de seguir a Cristo, de imitar a Cristo es el fundamento, la piedra angular de la segunda. Nadie puede entrar en el cielo sin servir a Dios; y nadie tampoco podrá entrar en el cielo sin imitar a Cristo. Yo soy la puerta, dice Cristo, el principio y el fin y nadie va a mi Padre, que está en los cielos, si no es por Mí. A estas verdades se debe añadir lo que enseña san Pablo cuando dice:

A los que Dios tiene previsto, los predestinó también para que se hiciesen conformes a la imagen de su hijo Cristo Jesús (*Rom.* VIII**,** 29).

Para contarse, pues, en el número de los escogidos es necesario que sea conforme a la imagen de Jesucristo, y ninguno puede ser conforme a Cristo si no le imita. Luego, alma mía, debes sacar de aquí como consecuencia cierta, que te es necesario imitar a Cristo aquí en la tierra si quieres reinar con Él en el cielo.

Día sexto

Meditación 1ª. *Conquista del Reino de Cristo*

Composición de lugar. Ver con la vista imaginativa sinagogas, villas y castillos por donde Cristo nuestro Señor predicaba.

Petición. Os pido gracia, Señor mío Jesucristo, para que no sea sordo a vuestro llamamiento, mas presto y diligente para cumplir vuestra santísima voluntad.

Punto primero. Ponte delante de ti un rey humano, alma mía, elegido de mano de Dios nuestro Señor, a quien hacen reverencia y obedecen todos los príncipes y todos los

hombres cristianos. ¡Qué gran rey y señor este! ¿Quién no le deseará servir y se honrará con el título de su vasallo?

Punto segundo. Mira, alma mía, cómo este rey habla a todos los suyos diciendo: Mi voluntad es de conquistar toda la tierra de infieles; por tanto, quien quisiere venir conmigo ha de ser contento de comer como yo, y así de beber y vestir; asimismo ha de trabajar como yo en el día y vigilar en la noche, porque así después tenga parte conmigo en la victoria, como la ha tenido en los trabajos.

Punto tercero. Considera, alma mía, qué deben responder los buenos súbditos a rey tan liberal y tan humano; y por consiguiente si alguno no aceptase la petición de tal rey, cuánto sería digno de ser vituperado por todo el mundo y tenido por perverso caballero.

Aplica ahora, alma mía, el sobredicho ejemplo del rey temporal a Cristo nuestro Señor conforme a los tres puntos dichos.

1º. Si tal vocación consideramos del rey temporal a sus súbditos, ¿cuánto es cosa más digna de consideración ver a Cristo nuestro Señor, Rey eterno, y delante de Él todo el universo mundo, al cual, y a cada uno en particular llama y dice: Mi voluntad es de conquistar todo el mundo y todos los enemigos, y así entrar en la gloria de mi Padre: por tanto, quien quiere venir conmigo ha de trabajar conmigo, porque siguiéndome en la pena, también me siga en la gloria...

2º. Considera, alma mía, cómo todos los que tengan juicio y razón, ofrecerán todas sus personas al trabajo.

3º. Y los que más se quieran afectar y señalar en todo servicio de su Rey eterno y Señor universal, no solamente ofrecerán sus personas al trabajo; más aún, haciendo contra su propia sensualidad y contra su amor carnal y mundano, harán oblaciones de mayor estima y de mayor momento diciendo:

Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda delante de vuestra infinita bondad, y delante de vuestra Madre gloriosa y de todos los santos y santas de la corte celestial, que yo quiero y deseo, y es mi determinación deliberada, solo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros en pasar todas las injurias y todo vituperio y toda pobreza, así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima Majestad elegir y recibir en tal vida y estado. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 2ª. *Conquista del Reino de Cristo en la Compañía de Santa Teresa de Jesús*

Composición de lugar. La misma parábola. Petición. Conocimiento de Cristo y gracia eficaz para seguirle lo más cerca posible.

Punto primero. Considera a Cristo Rey inmortal y de todos los siglos, a quien deben estar totalmente sujetas todas las criaturas, que se te presenta delante de ti y te dice: hija mía, yo he bajado del cielo, me he vestido de vuestra carne, me he sujetado a vuestras miserias menos al pecado, compadecido de vuestra perdición, pues quiero salvar todas las almas y llevarlas al cielo. Quiero que me ayudes en esta empresa divinísima y nobilísima; el trabajo será poco, yo siempre iré delante y te ayudaré: trabajos tendremos pero venceremos; la victoria es segura, el premio es un reino eterno, una palma, una corona, un cetro, un trono eterno de gloria. ¿Quién no se anima con estas palabras?

Mas atiende, hija mía. Yo, Rey inmortal de todos los siglos y de todas las gentes, he escogido una Reina de cielos y tierra, de todos los ángeles y hombres, a quien todos deben reverenciar, amar, servir y alabar a mi ejemplo, y esta es mi Madre Inmaculada, la Santísima Virgen María.

Mas como este reinado se extiende a todos los pueblos y naciones, a todos los lugares, a todas las gentes y a todos los siglos, al lado de mi incomparable Madre y Reina María Inmaculada, he escogido y nombrado y elegido otras capitanas invencibles que puedan trasmitiros mis órdenes y mi voluntad soberana con toda fidelidad, facilitándoos mi seguimiento e imitación. Y tú tienes señalada a la gran celadora de mi honra y nueva Débora de la gracia santa Teresa de Jesús, para que, militando bajo sus inmediatas órdenes, sigas mejor a mi Madre María y a Mí, Rey de cielo y tierra. ¿Te gusta la elección? ¿Te agrada militar bajo la bandera inmaculada de la sin par heroína española santa Teresa de Jesús? ¿Te complacerá recibir por ella las órdenes que son las mías? ¿Sí? Pues escucha su arenga, sigue sus mandatos, sus insinuaciones que te consigne de palabra y por escrito, y nada temas; porque con esto, esto es, siguiendo a Teresa de Jesús, estás cierta que sigues y agradas a Jesús de Teresa, porque yo ya sé que no dirá, ni querrá, ni moverá cosa, si no es conforme a mi santo agrado. Tengo en ella toda mi confianza. Es esforzada, animosa, varonil, invencible. No es nada mujer, ni lo parece sino en el sexo. Mi honra es su honra, y la suya mía; óyela, y sigue su voz y sus enseñanzas con docilidad, con fidelidad, con constancia hasta la muerte, y te daré un trono de gloria inmortal, y te admitiré a nuestra compañía eterna. ¿Quién no se anima a seguir a Teresa de Jesús, oyendo a Jesús de Teresa?

Pues aún le dice más: Te doy todos mis méritos, etc. Todo lo que me pidas te lo concederé si no hubiese criado el cielo, etc., etc.

Punto segundo. Oigamos a la gran Teresa que os dice: hijas mías, estoy encargada por mi esposo Jesús de mirar su honra como cosa propia, porque mi honra es su honra y la suya mía. Esta confianza, este encargo, que no lo ha merecido otra Santa, lo gané con mis grandes trabajos y deseos en extender el reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo, pues todo mi afán y todo mi empeño fue y es que Jesús sea conocido y amado de todos y glorificado su nombre, y salvadas las almas. ¿Queréis ayudarme en esta divina empresa? Yo iré siempre delante de vosotras y con mi palabra y mi ejemplo os alentaré a la victoria del mundo, demonio y de vosotras mismas. Hemos de ganar innumerables almas para Cristo. No hemos de ser nada mujeres ni parecerlo, sino tan

varoniles que espantemos a los hombres. ¿No veis, hijas de mi corazón, cómo se está ardiendo el mundo y quieren tornar a sentenciar a Cristo y quieren poner su Iglesia por el suelo, deshacer todos los templos, perder todas las almas, matar a todos los sacerdotes? ¿Qué habéis hecho por Cristo? ¿Qué hacéis? ¿Qué podéis, qué debéis hacer por Cristo? Tenemos tres armas que nadie nos las puede arrebatar si no queremos, y que si sabemos manejarlas bien, la victoria es segura, la derrota de Satanás y de sus secuaces será indefectible. Podemos siempre orar, enseñar, sacrificarnos por Jesús y con esto el reino de Cristo no tendrá fin en las almas. Satanás y sus satélites serán humillados a vuestras plantas. ¿Lo dudáis? ¡Oh, no es posible! Sería preciso no tener fe. Todo lo puede la oración. No hay males incurables mientras podamos orar. Este es el apostolado más fácil, más universal, más fecundo, más eficaz de salvación y regeneración del mundo. ¿Y quién nos puede impedir el orar en todo lugar y tiempo? Basta querer.

Enseñar con el ejemplo, con la palabra. Como Jesús que empezó primero a obrar y después a enseñar. Así vosotras; primero hacer que decir; obrar que enseñar; practicar que predicar: obras y palabras, y así la palabra es eficaz. Nadie puede resistirla. ¡Oh mis hijas, cuán gozosa estoy y contenta con la Compañía, porque habéis satisfecho con ella uno de los deseos más vehementes de mi animoso y celoso corazón, pues ya en vida estaba tan ansiosa de salvar almas y tan amiga de ello, que no solo en cada ciudad, sino en cada aldea y villa de España deseaba se fundasen colegios para la educación cristiana de las doncellas! Pues ¿cuánto más gozosa he de estar ahora con vuestra obra, viendo que la Compañía quiere hacer esto, no solo por España sino por todo el mundo? ¡Cuánto más me ha de ser grata esta obra en estos malaventurados tiempos en que toda la multitud sigue a Satanás, y a Cristo lo dejan solo, y no halla apenas de quién se fiar! Trabajos, y grandísimos, habréis en esta empresa nobilísima y divinísima, pero venceréis. Tened una santa osadía, que Dios ayuda a los fuertes. Quien se anima Dios le esfuerza. Jesús y su Teresa son amigos, hijas mías, de ánimas animosas como vayan con humildad y ninguna confianza de sí. Ninguna de estas almas queda enana en el camino de la virtud. ¿De qué temes seguir a Cristo, extendiendo el reinado de su conocimiento y amor por todo el mundo? Si Dios está con nosotras, ¿quién contra nosotras? Nadie que no lleve las manos a la cabeza. ¿Quién nos separará de nuestro esposo Jesucristo? Nadie ni nada si nosotras no queremos, porque todo lo podéis en Dios que os conforta, en Dios que es fiel, y que no permitirá jamás que seáis probadas sobre vuestras fuerzas. Mas si alguna es medrosa y cobarde, que se retire, vuélvase a su casa, no siente plaza en mi Compañía, porque desertará, o yo la licenciaré, yo la expulsaré a la primera batalla. El alma encapotada o acorralada, el alma arrinconada o tullida, los corazones pusilánimes o apocados, los corazones pequeños o apretados marchen a su casa, y vivan entre el polvo y telarañas del olvido retirados en el cuartel de ignominia de los cobardes.

Mis hijas todas han de trabajar con todo ahínco y constantemente por ser almas reales, ánimas animosas y esforzadas, que defiendan siempre como nobles caballeros, amazonas cristianas, la mayor honra de su Rey y esposo, Cristo Jesús, con las armas de la oración, enseñanza y sacrificio y juren vencer o morir en esta divinísima y nobilísima empresa. Madre mía de mi alma, santa Teresa de Jesús, invicta heroína española, propongo y quiero con la ayuda de la divina gracia, ser hija vuestra de las más

animosas para que, estando más cerca de vos en los trabajos, lo esté también en la gloria.

Punto tercero. Pondera, alma mía, y reflexiona seriamente el amor de predilección, de preferencia que Cristo te ha mostrado al llamarte y elegirte para ser de su Compañía y de Teresa. ¿Cuántas jóvenes hay mejores que tú en el mundo? ¿Cuántas que si hubiesen sido llamadas, hubiesen correspondido mejor que tú? ¿Cuántas que si hubiesen sido elegidas, hubiesen sido más agradecidas que tú? Y no obstante Cristo, previendo esto, a ellas dejó y a ti escogió y llamó. ¡Cuánto te ama el buen Jesús, y tú cuán poco! Cómo sin pensarlo has sido llamada a la Compañía de Santa Teresa de Jesús, sin saber lo que hacías, sin darte cuenta de la grandeza y trascendencia de este llamamiento... recuerda y recapacita las luces, toques interiores, afectos santos y toda la serie de tu vocación y da por ello gracias de corazón a Jesús y a su Teresa.

Mira cómo desde que has sido llamada a la Compañía no ha cesado todos los días de llamarte interiormente, reprenderte, otras veces invitándote y apremiándote a que le sigas lo más de cerca posible. En el noviciado, en el tiempo de estudios, al ejercer el apostolado de la enseñanza, en tus oficios, todos los años en los santos ejercicios, en la renovación de votos, en el día de retiro y siempre, le prometiste la enmienda de la vida y seguirle más de cerca por la práctica y observancia de tus Reglas y de tus votos. Mas ¡ay, cuán mal cumpliste tan nobles propósitos, cuán escasamente, cuán tardíamente, cuán perezosamente, flojamente! ¡Cuán distante estás de ser regla viva, de la perfección que te exige la Compañía y que tú has prometido tantas veces!

Dios mío, Rey mío, me pesa de mi mala conducta, y me confundo de mi inconstancia y flaqueza para todo lo bueno, para todo lo santo. Yo os pido perdón y gracia para enmendarme de veras y seguiros e imitaros con todas las veras de mi corazón. No me falte vuestra gracia, pues con Vos todo lo puedo, mas sin Vos nada.

Mas ¡cuánta ha sido vuestra dignación y longanimidad, Jesús mío! Podíais echarme y expulsarme con razón de vuestra Compañía como a tantas otras, como a sierva inútil, como soldado cobarde, como discípula indócil; mas hasta hoy me habéis sufrido y conservado en vuestra santa casa y Compañía y me concedéis de nuevo estos días de santos ejercicios, y me llamáis otra vez a que de una vez me determine a ser santa, a ser toda vuestra, a que trabaje con todo ahínco por ser regla viva, por extender el reinado de vuestro conocimiento y amor por todo el mundo.

Con grande ánimo y voluntad yo me entrego del todo a Vos, Señor mío y Rey mío Jesucristo, y quitados todos los regateos y tacañerías, propongo serviros, amaros e imitaros con tal cuidado y fervor, que pueda decir con verdad:

Vivo sin vivir en mí,
Y tan alta vida espero,
Que muero porque no muero.

Y en prueba de esta mi resolución renuevo mis votos, yo N. N.

Aquí se concluye con la Renovación de los Votos.

Meditación 3ª. ***De la Encarnación de Cristo Jesús***

Trae a la memoria, alma mía, cómo las tres divinas Personas miraban toda la planicie o redondez de todo el mundo llena de hombres. Y cómo viendo que todos descendían al infierno, se determina en su eternidad, que la segunda Persona se haga hombre para salvar al género humano, y así venida la plenitud de los tiempos, envía al ángel san Gabriel a nuestra Señora.

Composición de lugar. Aquí será ver la grande capacidad de la redondez del mundo, en la cual están tantas y tan diversas gentes asimismo después, viendo particularmente la casa y aposentos de nuestra Señora, en la ciudad de Nazaret, en la provincia de Galilea.

Petición. Dios mío y Señor mío Jesucristo, os pido conocimiento interno de Vos, que por mí os habéis hecho hombre, para que más os ame y os siga.

Punto primero. Considera, alma mía, la grandeza inestimable de gracias que la Santísima Trinidad concedió a la humanidad de Cristo nuestro Señor al encarnarse. Diole el ser divino uniéndola con la divina Persona, de manera que podemos con verdad decir, que aquel hombre es Dios, Hijo de Dios, que ha de ser adorado como Dios en los cielos, y en la tierra y en los abismos. Pondera cómo esta es gracia infinita, ya por la dádiva que en ella se da, que es el ser Dios, como por la manera con que se da, que es la más estrecha que se puede imaginar, esto es, por vía de unión personal. ¡Oh alma mía! ¡Cuánto amor y reverencia debes a Cristo por ser Hijo de Dios! ¿Cómo has cumplido estos deberes de amor y adoración para con Él?

Considera además, alma mía, cómo se dio a este nuevo hombre Cristo Jesús, que fuese Padre universal y cabeza de todos los hombres, para que en todos ellos, como cabeza espiritual, influyese su virtud: de manera que en cuanto Dios, es igual al Padre y al Espíritu Santo, y en cuanto hombre, es príncipe y cabeza de todos los hombres. Por esto se le dio gracia infinita, para que de Él, como de una fuente de gracia y mar de santidad, la reciban todos los hombres: y no solo por ser mayor la gracia en Él que en todos los hombres, sino por ser santificador de todos los hombres, de quien la han de recibir todos los que hubieren de ser santos... Diósele juntamente otra gracia particular para la perfección y santificación de su vida, la cual también se puede llamar infinita, porque nada se le puede añadir... Diósele por fin todas las gracias *gratis datas* de hacer milagros y maravillas, cuantas quisiere, y diéronsele todas en sumo grado y en suma perfección. ¡Oh alma mía! ¡Cuánto te has de gozar al ver enriquecida así tu cabeza, y tu hermano mayor, tu primogénito, que al fin, su gloria es tu gloria, como de todos!. Gózome con vuestras excelencias, hermano mío, y os pido me hagáis participante de ellas y a mis hermanos ahora y en la gloria.

Pondera por fin, alma mía, cómo sobre todas las gracias fuele dada al alma de Cristo, en aquel punto, que viese luego la divina esencia, y conociese claramente la majestad

y gloria del Verbo con quien estaba hipostáticamente unida, y así viéndola, fuese bienaventurada y llena de tanta gloria, cuanta tiene hoy a la diestra del Padre... Pues cuando aquella ánima santa de Cristo, en aquel dichoso punto que fue criada, abriese los ojos, y se viese tal como acabamos de decir, y conociese de cuyas manos le venía tanto bien, y se hallase con el principado de todas las criaturas, y viese arrodilladas ante sí todas las jerarquías del cielo, que como dice san Pablo (*Heb.* 1**,** 6), le adoraron, pondera alma mía, si es posible decir, ¿con qué amor amaría esta tal ánima al que así la había glorificado? ¿Con qué deseo codiciaría que se le ofreciese ocasión en que pudiese agradar y servir a tal dador? ¡Oh ánima mía!, no hay lenguas de querubines, ni de serafines que puedan declarar esto. Adóralo y admíralo tú en silencio.

Punto segundo. Considera, alma mía, la raíz del amor inmenso que nos tiene Cristo, y cómo el amor que nos tiene es sobre todo conocimiento y sentido *(San Pablo).* Porque las fuentes de donde nace son sobre todo sentimiento y encarecimiento. Porque no se funda ni estriba en la perfección y hermosura y méritos de los hombres, que son criaturas tan bajas e imperfectas según el cuerpo, y según el alma un vaso de maldad. Además de que aquel divino amador no es ciego ni apasionado, ni menos antojadizo, y no podía poner su amor en criatura tan fea y que tan poco lo merecía… Fúndase, pues, este amor de Cristo nuestro Señor para con los hombres en el que su eterno Padre le tiene a Él, y en los beneficios tan excelentes con que le había obligado; porque siendo tantos y tan ilustres los dones que este Señor, en cuanto hombre, había recibido de su Padre, y tanto el amor y el agradecimiento que le tenía, por su respeto y obediencia amó a los hombres sobre toda ciencia y encarecimiento.

Como vio Cristo que la voluntad de Dios era salvar al género humano, que estaba perdido por la culpa de un hombre, y que de este negocio Él se había de encargar por la honra y obediencia suya, y que había de hacer y padecer todo lo que para esto fuese necesario, su ánima tan deseosa de agradar al eterno Padre, así que lo conoció se revolvió hacia los hombres para amarlos y abrazarlos, por la obediencia de su Padre, con un linaje de amor tan subido que no se puede explicar. No, alma mía, no hay lengua ni virtud criada que pueda declarar esto, porque así como de parte de Dios hubo suma comunicación de sus bienes, así de parte de Cristo nuestro Señor hubo suma correspondencia, agradecimiento y amor.

¡Cuán firmes son los estribos del amor que nos tiene Dios! Tú nos amas, oh buen Jesús, porque tu Padre lo quiere y te lo manda, y tu Padre nos perdona, y nos da todo bien, porque Tú se lo suplicas. ¿Quién, pues, no te amará y no esperará en Ti, dador de todo bien, oh gran amador del linaje humano?

Punto tercero. De esta suma comunicación de bienes de parte de Dios al alma de Cristo y del sumo reconocimiento salió, como de una fuente inmensa aquel grande y caudaloso río de amor que derramó el Salvador sobre todos los hombres, porque los miraba como suyos, por ser cosa dada su eterno Padre. *Omnia mihi tradita sunt a Patre meo... Misereor super turbas*.

No ruego, dice el Señor, por el mundo, sino por estos discípulos que tú me diste, porque son cosa tuya y tú me los encomendaste, *quia tui sunt*.

Y no solo nació de esta fuente el amor a los hombres, sino el que tuvo a los dolores y afrentas y a las demás pasiones que convenían para el bien y remedio de los hombres. Con un bautismo tengo que ser bautizado y cómo vivo en estrechura hasta que venga la hora en que se ejecute, exclamaba Jesús. De aquí nació aquella fiesta gloriosa de los ramos con que quiso ser recibido en Jerusalén cuando entraba a padecer, para enseñar al mundo la alegría de su corazón y que con aplauso y cercado de rosas y de flores subía al tálamo de la cruz. Alegrose como gigante para correr su carrera. ¡Oh amor divino que saliste de Dios y volviste a Dios! Porque no amaste al hombre por el hombre, sino por Dios. ¿Quién habrá que se pueda esconder de tu calor y defenderse de tu amor? Porque tu caridad es tan encendida y abrasada, que hace fuerza a los corazones. *Charitas Christi urget nos*.

¡Sin duda que mucho más amaste que padeciste, Jesús mío, y mucho mayor amor te queda encerrado en el corazón de lo que mostraste por defuera en tus llagas! ¡Oh ánima mía! toma ahora alas y sube desde este escalón (del amor de san Pablo y san Andrés a la cruz) hasta las entrañas y corazón de Cristo, y mira cuánto mayores serán los deseos de padecer de Cristo que los de estos sus siervos, pues tanto mayor era su gracia y su caridad.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4. ***Contemplación del Nacimiento de Cristo Jesús***

Primer preámbulo. Es la historia. Y será aquí cómo desde Nazaret salieron nuestra Señora, grávida casi de nueve meses, asentada en un asna, y José y una ancila, o criada, llevando un buey para ir a Belén a pagar el tributo que el César echó en todas aquellas tierras.

Segundo preámbulo o composición de lugar. Y será aquí con la vista imaginativa ver el camino desde Nazaret a Belén, considerando la longura, la anchura, y si llano, o si por valles o cuestas sea el tal camino: asimismo mirando el lugar o espelunca o cueva del nacimiento, cuán grande, cuán pequeño, cuán bajo, cuán alto y cómo estaba aparejado.

El tercero será esta petición o esta otra oración: Padre eterno, dadme conocimiento interno de mi Señor Jesucristo, que por mí se ha hecho hombre, para que más le ame y le siga.

Punto primero. Es ver las personas: es a saber, a nuestra Señora, a san José y a la ancila y al Niño Jesús, después de ser nacido, haciéndome yo una pobrecita y esclavita indigna, mirándolos, contemplándolos y sirviéndolos en sus necesidades, como si presente me hallase, con todo acatamiento y reverencia posible, y después reflexionar sobre mí mismo para sacar algún provecho.

Punto segundo. Mirar y considerar lo que hacen, así como el caminar y trabajar, es para que el Señor sea nacido en suma pobreza; y a cabo de tantos trabajos, de hambre, de sed, de calor y de frío, de injurias y afrentas para morir en cruz; y todo esto por mí: después, reflexionando, sacar provecho espiritual. ¡Cuántos desprecios y fatigas en este viaje experimentan María y José!... y todo lo sufren con paciencia por Jesús. Míralos atareados limpiando la cueva donde ha de nacer el Hijo de Dios... Ayúdales, ofrécete a lo menos a su servicio. Contempla la sencillez, diligencia y adoración y homenajes de los sencillos pastores: la dureza de los betlemitas, la obediencia, pobreza y humildad de Jesús.

Punto tercero. Mira, alma mía, cómo Cristo ya busca probar al Padre su amor, abrazando para sí lo más pobre, humilde y mortificativo. Siempre le hallarás así en todos los pasos de su vida: abrazado con la pobreza, humildad, mortificación. Jesús mío pobre, humilde, y mortificado. Si te hubiese consultado a ti, ¿se te hubiera podido ocurrir jamás el señalar para lugar de su nacimiento un pueblecito, una cueva, un pesebre, en el corazón del invierno, pobre, humilde, mortificado? Pues Dios lo quiere, y Jesús lo acepta con todo su corazón. Ya empieza, aunque a sorbos, a tomar estos tragos. ¡Él que hubiera querido desde el primer instante un atracón! Mas ¡ay! que en todo regula su deseo con la voluntad de su Padre. *Ego quoe placita sunt ei, facio semper.* Hazlo tú siempre así también, regula todos tus actos, mortificaciones y deseos por la obediencia, y siempre agradarás a tu Padre celestial. Amén.

¡Oh Niño mío Jesús adorado!, cuanto más vil y pobrecito te veo en ese pesebre, tanto eres más precioso y rico para mi corazón. Ámeos yo siempre sobre todas las cosas, y haced de mí lo que quisiereis, oh Jesús, María y José. Amén.

Acabar con un coloquio a la Trinidad, a al Verbo encarnado, o a María, y Paternoster.

Día séptimo

Meditación 1ª. *Contemplación sobre la Encarnación y Nacimiento*

Después de la oración preparatoria y de los tres preámbulos, aprovecha el pasar de los cinco sentidos de la imaginación por la primera y segunda contemplación, de la manera siguiente:

Punto primero. El primer punto es ver las personas con la vista imaginativa, meditando y contemplando en particular sus circunstancias y sacando algún provecho de la vista... ¡Cuán hermoso es el Niño Jesús!, ¡cuán pobre, cuán humilde, cuán mortificado! Y todo esto por mi amor. Mira cómo sonríe y extiende a ti los brazos... ¡Qué rostro tan modesto el de María, qué dulzura, qué humildad, qué recogimiento inspira! El bondadoso san José ¡cuán humilde y confuso está!... ¡Cómo se admiran los ángeles al ver a Dios en un pesebre! ¡Qué alegres y alborozados andan los sencillos pastores!... ¡Qué duros e indiferentes los betlemitas y todos los hombres por su Salvador! ¡Qué pobre es la cueva!... ¡Qué groseros los pañales! ¡Qué frío tan intenso! ¡Qué pajas tan desabridas!... ¡Oh Niño mío Jesús adorado! Cuanto más pobre y humilde y mortificado

te veo por mi amor tanto más amable y amado eres de mí corazón. Oh María, oh José, viva yo siempre pobre, humilde y mortificada pata probar a mi Jesús mi amor. Desapegue siempre mi corazón de las criaturas, y busque y halle a Jesús y viva siempre por amor y gracia en mí corazón. Amén.

Punto segundo. Oír con el oído lo que hablan o pueden hablar y reflexionando en mí misma, sacar de ello algún provecho. ¡Cuán diferentes son las conversaciones de los extranjeros que van a Belén, de las de María y José! Aquellos hablan cosas de la tierra... María y José del cielo... ¡Cómo se animan, a vista de la negativa de hospedaje de los betlemitas, a entrar en la cueva destartalada y morada de bestias! porque dicen: esta es la voluntad de Dios, aquí quiere nacer el Hijo de Dios. Hagamos su voluntad.

¡Qué palabras tan regaladas dirían al Niño Jesús, María y José! ¡Hijo mío, amor mío y Dios mío! Yo te adoro y te amo con todo mi corazón; yo te adoro y te amo por los que no quieren conocerte, amarte y adorarte y servirte... Oye los coloquios de Cristo con su eterno Padre... Oye las palabras que te dirige a ti, para que le ames y te entregues sin reserva a su servicio y amor... Oye las palabras de los ángeles a los pastores: Os anuncio un grande gozo, que lo será para todo el pueblo, porque hoy os ha nacido el Salvador en la ciudad de David. Oye el cantar de los ángeles: Gloria a Dios en las alturas y paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.

Oye las palabras de los pastores entre sí: Vayamos a Belén y veamos la palabra que se nos ha dicho y vinieron con gran prisa y tornaron glorificando y alabando al Señor... Oye las conversaciones sencillas con María y José y los requiebros del corazón que echan al Niño Jesús, y cómo acepta estas expresiones fieles de su fe, de admiración y cariño... ¡Oh alma!, si tú supieses imitarles y conversar con Jesús con humildad y sencillez de corazón, ¡cuántas cosas hablaría a tu alma ingrata, orgullosa y ruin! Enmiéndate, porque con los sencillos y humildes es tan solo su sabrosa conversación.

Punto tercero. Oler y gustar con el olfato y con el gusto la infinita suavidad y dulzura de la divinidad, del ánima y de sus virtudes y de todo, según fuere la persona que se contempla, reflexionando en sí mismo y sacando provecho de ello.

Gustar interiormente las amarguras del Niño Dios, al verse así despreciado por los hombres, a quienes venía a salvar, las amarguras del corazón de María y de José al ver al Hijo de Dios en tanto abandono de parte de los hombres... la paz de su alma... y su alegría al verle hecho Dios con nosotros por nuestro amor.

Aspirar el perfume de sus virtudes, todas celestiales y divinas. ¡Oh, esta cueva sabe a cielo, pues hay en ella un pedazo de cielo, el lirio de los valles y la flor del campo purísima, escondida, como la violeta, a las miradas de los hombres altivos, y que regala a los sencillos con su celestial olor; Jesús, María, José: solo sus nombres derraman balsámico perfume del cielo; ¿qué será sus personas?

Tacto. Besar con profundo respeto las pajas del pesebre, las paredes de la cueva, el suelo del establo; pedir permiso a María y a José para tocar los pañales. ¡Oh, si fuese digna de tocar al Niño, tenerlo en mis brazos, acallarlo.... besarle sus piececitos! Mas

¡ay! soy pecadora, y solo merezco estar allí con el jumento y el buey, a quienes me he asemejado por el pecado, para hacerle compañía. Quiero vivir pobre, humilde y mortificada, por vuestro amor. Jesús misericordioso, tened compasión de mí. Haced que os ame y os siga con todo mi corazón.

Alma de Cristo, santifícame,
Cuerpo de Cristo, etc.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 2ª. *De la huida, en destierro, a Egipto*

Composición de lugar. Traer los cinco sentidos del ánima o de la imaginación sobre la huida a Egipto de la Sagrada Familia, los preparativos que hicieron, la hora de emprender el viaje, el camino, los peligros, etc.

Petición. Dadme, oh Padre eterno, conocimiento interno de mi Señor Jesucristo fugitivo por mí a Egipto, para que más le ame y le siga.

Punto primero. Considera, alma mía, en este paso de la vida de tu Maestro y modelo Jesucristo un ejemplar perfectísimo de obediencia, que te puede muchísimo aprovechar en la práctica. Considera las circunstancias de esta huida, y verás cuán difíciles y desabridas debían de ser para Cristo.

¿En qué obedece Cristo? En dejar su *patria*, donde podían hallar José y María grande ayuda en su pobreza, entre parientes y conocidos, alivio en sus penas y socorro en sus necesidades más fácilmente; mas es voluntad de Dios, y la deja.

¿En qué obedece Cristo? En ir *a Egipto,* país idólatra, enemigo de los judíos, sin saber su idioma, sus usos y costumbres; mas es voluntad de su Padre celestial y va a Egipto.

¿En qué obedece Cristo? En emprender el viaje en el tiempo y hora más incómoda. Era invierno, el tiempo muy frío; la hora más intempestiva de la noche; debían andar por caminos desconocidos, ásperos, en un viaje larguísimo, con mil peligros de ladrones, de las inclemencias, sin ningún alivio que aligerase tantas incomodidades: mas es voluntad de Dios, y va a Egipto.

¿En qué obedece Cristo? En *el modo* de ir a Egipto. Por el modo duro de la partida, porque había de ser en seguida, sin dar tiempo a despedirse de parientes y amigos, ni hacer grandes provisiones, de noche, interrumpiendo el sueño; sin saber ni indicarles siquiera el camino, ni saber el tiempo en que habían de volver, ni cuánto tiempo debían estar allí entre tan mala gente. Permaneced allí en país desconocido y extranjero, e idólatra y enemigo, hasta que yo te diga... Este fue todo el consuelo que se les dio, y así permanecieron allí hasta la muerte de Herodes, esto es, siete años cabales... Mas es voluntad de Dios, y obedece Jesús.

¿Pueden darse circunstancias más difíciles y amargas para la huida a un destierro? ¿Qué son y pueden ser todos los trabajos que podemos experimentar al dejar alguna vez, de grado o por fuerza, nuestra patria, comparados con los que experimentaron el Hijo de Dios y sus padres María y José? ¡Oh alma mía, cuánto tienes que aprender aquí de Jesús y de la Sagrada Familia para tu guía y consuelo en los viajes que la obediencia te mande! Nunca, por cierto, serán tan pesados ni tendrás que ofrecer tantos sacrificios a tu Dios, tú, pobrecilla pecadora. Aprende, pues, a obedecer.

¡Oh Padre eterno! No puede ser más el discípulo que su maestro, ni el siervo más que su Señor. ¿Cómo, pues, podré quejarme yo de vuestras santas y sabias disposiciones, si algunas veces la obediencia, o la necesidad, o la persecución me obligan a dejar mi patria? Cierto que nunca podrán ser tan difíciles como aquellas a que sujetáis al Santo de los santos, a vuestro Hijo amadísimo y a sus padres santísimos, María y José! ¿Cómo pues yo, pecador que merecía ser desterrado al lugar de los tormentos, osaré quejarme de vuestras paternales y adorables disposiciones?

Oh Dios mío, revolvedme aquí o allí, que a todo diré que sí. ¿Qué mandáis, Señor, de mí?

Punto segundo. Considera cómo obedece el Hijo de Dios en cosa tan ardua en sí y por las circunstancias que la acompañan, y aún descubrirás mejor la perfección altísima de la obediencia de Cristo. Porque Cristo obedece *prontamente;* porque si el ángel mandó a san José que tomase al Niño Jesús y a su Madre y se fuese a Egipto, añade el Evangelista que levantándose de *noche,* fue a Egipto. Oír el mandato y cumplirlo, todo fue una misma cosa: esto es, bastole oír la voz de Dios su Padre, su mandato, y obedecerlo al momento. *Huye a Egipto,* y a Egipto huyó el Hijo de Dios. ¿Es así tu obediencia, obedeces prontamente, sin dilaciones?

Obedece Cristo *ciegamente.* No examinó el precepto, no murmuró, ni se quejó, ni lo reprobó, por más razones que había para oponerse a su pronta ejecución. Era Dios y se le manda huir, y huye.

Era Hijo de Dios y su Padre podía libertarle; o calmando el furor de Herodes, o dándole muerte, u ocultándolo. Podía huir al país de los Magos que le adoraron y le amaban; podía señalárseles la ruta del camino difícil y desconocido; podía decírseles el tiempo de su regreso; mas de nada se cuidan, nada interrogan, ningún reparo exponen, nada de esto piensan; a todas estas razones humanas cierran los ojos para ver solo la voluntad de Dios que manda. Dios lo quiere así, y esto les basta, y así huyen, y huyen de noche, y huyen precipitadamente. ¡Oh virtud santa de la obediencia! ¡Cuán admirable eres a mi corazón, pues así te veo practicada por el Hijo de Dios! ¡Oh Jesús mío, obedeceré como Vos, no solo pronta y ciegamente, sino también alegremente!

Sin tedio ni tristeza obedece Cristo, sin mendigar viático de los poderosos, ni buscar consuelo en las criaturas, ni ayuda entre sus parientes; con ánimo gozoso y placentero emprendió la huida o camino que se le ordenaba; con voluntad pronta y alegre, porque se le daba ocasión de probar el amor a su Padre celestial. ¡Oh alma! ¿Lo haces tú así cuando se te cambia de lugar, de colegio, de clases, de oficios? ¿Muestras

inquietud, turbación, o tristeza? ¿Te quejas y muestras tu pesar y quejas a tus hermanas? ¡Oh, que no sabes lo que es imitar a Cristo fugitivo a Egipto obedeciendo prontamente, ciegamente, alegremente! Hace la voluntad de su Padre celestial. Dios lo quiere de este modo; pues esto le basta.

¡Oh cuánto confunde el ejemplo de Cristo nuestro modo de obedecer! ¡Cuántas quejas, o tristezas, o perturbaciones no experimentamos al mandarnos a un lugar, a un oficio que no nos gusta! ¡Cuántos reparos ponemos a veces a las órdenes de nuestra superiora! ¡Oh, cómo desconfiamos de la bondad de Dios y no nos entregamos sin reserva a su providencia paternal! ¡Por esto somos infelices!

Punto tercero. Considera, alma mía, las razones o verdades que deben moverte a seguir e imitar la obediencia de Cristo. Dos son principalmente. 1ª. Es la voluntad de Dios la ordenación o disposición de mi superiora. 2ª. El lugar donde me envía mi superiora es el mejor para mi provecho. *Toda ordenación de tu superiora es la voluntad de Dios. Todo se hace, excepto el pecado, y todo nos sucede, ordenándolo y queriéndolo Dios nuestro Señor. Todas las cosas cooperan al bien de los que aman a Dios. No podrá dañarte ninguna adversidad, si no te domina la iniquidad.* Graba bien en tu corazón estas verdades, alma mía, y vivirás siempre en la abundancia de la paz y del gozo de tu Señor Dios. Sí, lo que dispone, ordena o manda mí superiora es voluntad de Dios. Porque aunque tu superiora te ordene o mande alguna cosa, mal informada, o apasionada, no obstante, es la voluntad de Dios que yo haga lo que me ordena. Porque si es una verdad demostrada en el santo Evangelio que no cae un cabello de tu cabeza, ni una hoja del árbol, ni un ave de lo alto, sin el próvido consejo de tu Padre celestial, con mayor motivo debo creer que su providencia paternal se extiende a lo que es más, esto es, a todo lo que se relaciona con la perfección y la paz del alma, y más sobre todo del alma religiosa Esto enseñan todos los teólogos y predican y practican todos los santos. Todo sucede, menos el pecado, ordenándolo y queriéndolo Dios. El pecado lo permite, no lo quiere nuestro Señor; pero sí que quiere los buenos efectos que del pecado se siguen. No quiso la venta de José, pero quiso su partida a Egipto: detestó su falsa acusación, pero quiso su cautiverio, pues de allí le vinieron inmensos bienes. Dios no quiso la malicia de los judíos en la muerte de su Hijo, pero quiso su muerte para redención del mundo. Así, Dios no quiere, sino aborrece y castigará la falsa delación, la falta de afecto, la intención torcida, la credulidad de tus superiores, por lo cual te envían a este o a aquel lugar, te dan o te quitan este u el otro oficio o cargo; pero no obstante todo esto, quiere Dios que tú vayas a aquel lugar, aceptes o dejes aquel cargo u oficio. Dios lo quiere todo, lo ordena todo para tu bien. Dios sabe todo lo que te conviene. Puede hacer todo lo que te conviene, quiere hacerlo. Y nota bien, alma pusilánime, miedosa, o desconfiada, que Dios no solo permite todas estas cosas, sino las quiere para tu mayor bien, que es el segundo estímulo de tu obediencia. Porque Dios, que nada ignora, sabe cuál es el lugar y oficio más acomodado para tu salud espiritual, y aun corporal, y siendo omnipotente, te lo puede dar; y siendo tu Padre amantísimo de tu bien, te lo quiere dar. Porque este buen Padre es solícito en extremo de tu bien, y te lleva en su seno con más ternura y amor que una madre cuida del hijo único de sus entrañas, y te cuida como a la niña de sus ojos, y ha mandado a sus ángeles que te lleven en sus manos para que no tropieces en tus caminos. Luego, pues, no te daría aquel lugar u ocupación tu Padre celestial, si no fuere para tu provecho.

¡Oh alma cavilosa y desconfiada, hieres, hieres a tu Padre celestial en la niña de sus ojos cuando desconfías de su bondad y dudas de su amor!

Además, piensa siempre que, sobre la malicia de los hombres está la providencia de Dios, y que jamás podrá dañarte ninguna adversidad, si no te domina ninguna iniquidad. Otra verdad muy consoladora es que para los que aman a Dios, todas las cosas cooperan a su bien, hasta los mismos pecados, como dice la glosa, pues sirven de mayor estímulo para amar a Dios, según dice el santo Evangelio; que aquel a quien más se perdona más ama. ¿Qué puedes temer, pues? Solo una cosa: el pecado, porque ella sola te puede dañar. Teme al pecado. Teme a Dios, y Dios hará siempre tu voluntad y oirá tu deprecación y cumplirá los deseos de tu corazón. ¡Oh alma mía! A vista de estas verdades haz un propósito serio, formal y eficaz de entregarte en brazos de la divina providencia, y nada te turbe, nada te espante, y todo por Jesús, y adelante, y venga lo que venga; nada te espante. No pedir nada, no desear nada, no rehusar nada de estas cosas indiferentes. Procura con todo ahínco, pues importa sobremanera para tu paz, procura estar indiferente para todo el mundo, para todas las regiones, para todas las provincias, para todos los colegios, para todos los lugares, habitaciones, oficios, personas, hermanas, niñas, superioras de toda la Compañía. Dile y pídele tan solo a tu Señor y Padre con tu santa Madre: Sírvate yo siempre, Dios mío, en todo lugar, oficio y tiempo, y haz de mí lo que quisieres. Eres mi Padre que me amas y cuidas de mi bien; pues esto me basta para vivir en paz siempre, ya que Tú sabes mejor que nadie y que yo misma lo que más me conviene para mí felicidad temporal y eterna. Si así no lo hago, Dios mío, temo tu castigo, no sea que en aquel lugar, oficio o cargo que yo imprudentemente me he buscado, permitas que, retirada tu providencia especial, las enfermedades me aflijan, las tentaciones me perturben y caiga en ellas gravemente, y me pierda para siempre, porque donde yo me busco y me hallo, de allí os retiráis Vos. Sírvate, pues, Dios mío, siempre y en todas las cosas, y haz de mí lo que quisieres. Haz de mí como sabes y quieres, porque sé que tú me amas, y puedes, y sabes, y quieres proveer, en todo lo próspero y adverso, a mi mayor bien.

¡Oh Dios mío! Mi firme propósito es estar indiferente a todo; no pedir nada, no desear nada, no rehusar nada de las cosas criadas. Porque creo, Dios mío, que tu providencia lo gobierna todo y alcanza de fin a fin con fortaleza, y lo dispone con suavidad, y nada hay oculto a tus ojos; tú sabes lo que más me conviene. Creo, Dios mío, que tú me puedes conceder todo lo que me conviene, porque puedes todo lo que quieres. Creo, Dios mío, que tú quieres darme y me darás siempre todo lo que conviene, porque eres mi Padre. Basta, Señor, de resistencias a tu voluntad y a tu querer santísimos, basta de exponerme a perderme para siempre, huyendo de tus disposiciones. En todo lo que me suceda, próspero o adverso, siempre miraré tu mano paternal, no la malicia o ignorancia de las criaturas. No me des lo que yo quiero y deseo, si tu voluntad no lo quiere, porque más me amas tú a mí y mayor cuidado tienes, que yo mismo de mí. Sírvate yo siempre, Padre mío, y haz de mí lo que quisieres. *Si quieres que me esté holgando*, etc., etc.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 3ª. *De la subida de Jesús al Templo*

Composición de lugar. Represéntate a Cristo Jesús adolescente, entre los doctores, hallado por su Madre, y oye sus palabras.

Petición. Jesús mío, dadme la gracia de que desapegado del todo mi corazón de la carne y sangre, solo me ocupe en las cosas de vuestro servicio.

Punto primero. Jesús a los doce años, sube a Jerusalén, al templo con sus padres, aunque su edad no le obligaba a ello, para que aprendas de este ejemplo, alma mía, que ninguna edad puede eximirse de dar gloria a Dios, que las primicias de la edad se han de consagrar a Dios, y aquel que ama, no solo cumple lo que es de obligación, sino lo que es de supererogación.

Contempla en este paso, alma mía, la modestia con que anda Cristo, tierno y gallardo jovencito; oye sus conversaciones celestiales con María y José y gusta su suavidad; huele la fragancia celestial de sus divinas virtudes; besa sus pisadas con gran respeto y devoción, y da la enhorabuena y gózate con Jesús y María.

Contempla al Padre eterno cómo mira con gozo este primer viaje de su Hijo al templo y cuánta gloria le da; cuán agradable fue asimismo a la Trinidad del cielo esta trinidad de la tierra que se dirige al templo a adorarla, y cómo hace oír su voz diciendo: este es mi Hijo muy amado en quien yo me he complacido, contempladle, admiradle, seguidle, imitadle. Considera la grandísima abnegación del afecto de Cristo para con sus padres.

1º. Sabía el disgusto gravísimo que habían de tener, y no obstante, los abandona sin merecerlo ellos, sin sospecharlo. 2º. Buscado entre los parientes y conocidos no es hallado, porque huye de la carne y sangre. 3º. Después de tres días de ser buscado, con grandísimo dolor y solicitud por sus Padres, es hallado en el templo, y responde algo duramente a su Madre, que con amor se le queja por su pérdida. *¿Por qué me buscabais?*, significando que tiene un Padre en el cielo, a quien únicamente ha de complacer, despreciando a todos los demás.

Saca de aquí, alma mía, el amor que has de tener a tus padres y parientes, y cómo has de sacrificar todos tus afectos por complacer a tu Padre celestial. Ni tus padres y parientes y amigos son más dignos de amor que lo eran los padres de Cristo, María y José; ni tienes tú más motivos para amarles que tenía Cristo; ni les profesas tan puro y subido amor como Cristo; y no obstante lo sacrifica todo al menor indicio de la voluntad de su Padre celestial. Porque quería enseñarte, alma mía, que para los que caminan a la perfección, este afecto desordenado a padres y parientes es la causa de perder la vocación y la salvación muchas veces, y para enseñarte que los enemigos del hombre son sus domésticos, enemigos tanto más peligrosos cuanto son menos sospechosos y más pegajosos, los cuales con sus palabras y consejos buscan siempre su bien, no el tuyo; buscan su conveniencia, no la gloria de Dios.

¡Oh Jesús mío! Yo os sacrifico todo mi afecto a padres, parientes y amigos; trocadlo en espiritual y santo. Amén.

Punto segundo. Considera el ejemplo que te da Cristo además, pues en estos tres días, estuvo del todo ocupado en el templo, en la oración y doctrina o enseñanza. Estaba sentado en medio de los doctores, oyéndolos y preguntándoles con admirable prudencia, de modo que todos quedaban maravillados de la sabiduría de sus preguntas y respuestas. Y por fin, en la respuesta que dio a su Madre diciéndole: *¿No sabías que yo debía ocuparme en las cosas que conciernen a mi Padre?,* da claro a entender que solo pensaba y debía pensar en procurar la gloria de Dios su Padre, y que no debía dejar pasar ninguna ocasión de lograrlo.

Aprende de aquí, alma mía, a ocuparte, como te enseña Cristo y te mandan tus Reglas, con todo ahínco, en los apostolados de la oración y enseñanza, y para ello no ceses de oír callando a los que te enseñan, y preguntar con modestia tus dudas a los sabios, pues quien sale de muchas dudas, mucho sabe. Mas no debes procurar otra cosa en los estudios, y enseñanza, y en todos los sacrificios que hagas, que la voluntad del Padre celestial, agradarle, complacerle y glorificarle, y con esto no dudes que, como el Niño Jesús, crecerás en edad, sabiduría y gracia, la cual te proporcionará en esta vida grandísima paz y méritos, y en el cielo inmensa gloria.

Punto tercero. Considera, alma mía, cómo es muy difícil conocer y muy doloroso arrancar del corazón este afecto desordenado a padres, parientes y amigos, y por lo mismo debes considerar los bienes que trae este desapego y los males que trae este apego.

Gozarás de abundancia de paz que sobrepuja a todo sentido, porque ningún afecto vicioso te perturbará.

Gozarás de trato íntimo, amigable y familiar con Dios, porque estando vacío de desordenados amores, el corazón es lleno de la abundancia de las consolaciones de Dios.

Gozarás de una providencia especial de Dios, el cual defenderá y gobernará a tu alma que se ha entregado a su providencia, con una solicitud paternal, haciendo que todas las cosas cooperen a tu bien, y saques provecho aun de la misma tentación, y seas feliz en la tierra con multiplicadas bendiciones. Esto es, tendrás una prudencia celestial, don singular de oración, constancia heroica en las adversidades, presencia admirable de ánimo en los casos repentinos, mucho fruto en las almas, grandes adelantos en el camino de la virtud y otras gracias. Pondera aquí, alma mía, cómo es locura por un deleite sensual, por un gusto bajo, vil y breve, renunciar a estas gracias y celestiales delicias. ¿Quieres perder unos diamantes y piedras preciosas por conservar ¡necia y desalentada! un trozo de vidrio, un pedazo de barro? Pues mayor es tu necedad al preferir al amor y fidelidad que debes al criador, a tu Padre celestial, el afecto a una criatura, a tus padres terrenos. Dime, alma mía, ¿no es esto lo que pasa en ti al apegar tu corazón a unas naderías y fruslerías, y niñerías y bagatelas que son polvo, ceniza, lodo, nada, pero que te roban la paz de tu corazón? Además de esto, con estos apegos experimentarás las penas siguientes. Por ser rebelde a Dios perderás inmensas gracias; te verás sujeta a gravísimas tentaciones; envejecerás en la flojedad y tibieza; sufrirás grandes adversidades y tribulaciones por las criaturas, que vengarán la repulsa que has

dado a tu Dios al negarle el sacrificio de esta afición. Dios no te tomará por instrumento de la conversión de las almas, y tus trabajos serán estériles; serás como un sepulcro blanqueado, o religiosa en apariencia, o sin espíritu verdadero; otra alma ocupará tu puesto; y los desprecios serán tu herencia, y tus mismos parientes tu deshonra o tu remordimiento.

¡Oh Jesús! dócil y de perfecta abnegación en el templo, enséñame a renunciar a todo afecto de carne y de sangre, y solo reine en mi corazón tu amor a tu persona adorable. Y todo lo ame con Jesús, por Jesús y para Jesús, y tan puro sea mi afecto, que ni aun a ti mismo, oh Jesús, ame por otra cosa, sino porque eres Jesús. Amén.

No amas tú un corazón dividido, has de ser Rey o nada de nuestro corazón, no consientas rival, porque tú solo eres el Dios de mi corazón, mi porción y mi herencia.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4ª. *Vida oculta de Cristo Jesús*

Composición de lugar. Contempla la casita de Nazaret y en ella a Jesús trabajando obediente a María y a José.

Petición. Dadme conocimiento perfecto de Jesús para más amarle y seguirle, oh María y José.

Punto primero. Jesús obedece. *Estaba sujeto a María y José*. ¿Quién y a quién? ¡Oh!, el criador a la criatura, el Señor al siervo, Dios al hombre. ¡Oh admirable obediencia! Córrete, ceniza, soberbia, polvo, nada. ¿Dios se humilla y tú te ensalzas? Si te desdeñas de imitar a otro hombre, no será indigno de ti, alma mía, seguir el ejemplo de tu Dios. Obedece a tus superioras, sean quienes fueran, pues ejemplo te da el Hijo de Dios, síguele... ¿Y en qué obedece? En los oficios humildes de casa pobre, de carpintero... ¿Cómo obedece? Prontamente, alegremente, exactamente. Y no solo por un día, sino hasta los treinta años de su edad. ¡Oh alma mía! ¿Cómo rehusarás los oficios humildes, viendo al Hijo de Dios que pasa treinta años, toda su vida, en ellos?

Si quieres asemejarte a Cristo, sea tu honra ser la primera en los oficios humildes. Cuando la soberbia, el orgullo o el amor propio se rebelen contra ti, fija tus ojos en la casita de Nazaret, y al punto se deshará la rueda de tu vanidad. ¡Jesús humilde, y yo soberbia! Jesús barriendo la tienda de carpintero, en Nazaret, aserrando maderas, cepillando tablas, encendiendo la lumbre, etc., y yo ¡orgullosa! no querré imitarle. ¿Me desdeñaré de seguirle en sus divinos ejemplos? Nadie se envilece ni se rebaja haciendo lo que hizo el Hijo de Dios por imitarle, pues le quitó este divino Señor toda vileza. ¡Oh alma mía!, comprende que vale mil veces más el vivir abyecta en la casa de Dios y en su Compañía toda la vida, que ocupar los tronos y habitar en los palacios de los reyes. Conoce, ama y sigue a Jesús, obedece al Padre, porque siempre hace lo que le agrada. Haz tú siempre lo que es justo y con recta intención, y agradarás siempre a Dios.

Punto segundo. El Hijo de Dios *ora, calla y sufre* en Nazaret. Pasaba las noches en oración. Oraba al Padre, y agenciaba con sus oraciones el negocio de la reparación del hombre, la formación de la Iglesia militante, el perdón de los pecadores; oraba y con su oración aplacaba la ira del Padre, lloraba la perdición de las almas... Oh alma mía, tú y tus pecados estuvieron presentes en esta oración... Fue propio de aquella infinita bondad haberse acordado de ti y de tu infinita maldad... Arrepiéntete y pide perdón al Padre con las lágrimas aquellas de su inocente Hijo, y en adelante procura servirle de gozo y no de dolor. *Calla* Jesús... El Verbo eterno, la palabra del Padre, calla... Calla por condenar tu locuacidad, para recomendarte el silencio... Calla, y eso que bajó del cielo para enseñar y predicar el Evangelio... Oh alma, si tú no aprendes a callar con el silencio y el ejemplo del Hijo de Dios, ¿quién te enseñará? *Sufre* con paciencia la pobreza, aun en la falta de cosas necesarias, en los trabajos y en los desprecios. No rehúses padecer, porque perderías tu alma, que solo puedes poseer por la paciencia. Admira, por fin, la humildad del Hijo de Dios hecho hombre en su vida oculta, porque amó ser desconocido, ocultó la divinidad, la sabiduría, la omnipotencia, la facultad de hacer milagros... Retirose a Nazaret, población humilde y despreciable, pues era creencia general que de allí no podía salir cosa buena... Ejercitó oficios humildes en el humilde taller de san José, amó el ser reputado por hijo de un carpintero... De ahí sacarás, alma mía, que Cristo Jesús vivió siempre pobre, humilde, obediente, mortificado. Examina ahora cómo te portas tú en estas cosas, y de ahí conocerás en lo que te asemejas al modelo de predestinados Cristo Jesús. ¿Te jactas de ingenio o saber? ¿Apeteces ser conocida, nombrada, alabada? ¿Huyes del retiro? ¿Tienes horror a las cosas viles, a los oficios humildes? ¿No buscas humillaciones, desprecios y cruz? ¡Ay! Pues teme, teme que no eres de Jesús, que tienes por tu jefe y director de espíritu al demonio. Enmiéndate y propón amar y seguir a Cristo, pobre, humilde y mortificado, para reinar con Él, rico, exaltado y glorioso en el cielo.

Punto tercero. El Niño Jesús, pues, crecía en edad, sabiduría y gracia para con Dios y con los hombres.

Podía Jesús tomar una naturaleza robusta y en edad varonil, y no quiso sino ser infante y pasar por todas las edades, para santificarlas todas y sernos ejemplo en todas... Crecía en edad y fuerzas y robustez, para llegar a la plenitud de la edad y padecer por mí las cosas más penosas. Sustentaba su cuerpo este cordero de Dios, para sacrificarlo por mis pecados y los de todo el mundo... ¡Ay de mí, cuán lejos estoy de esto! ¿Alimento mi cuerpo y sustento mi vida solo para emplearla, gastarla y consumirla en el servicio y amor de mi Jesús? ¿Regalo mi cuerpo para hacer y padecer por mi Dios cosas difíciles? Perdóname, Jesús mío, que ya me enmendaré con tu gracia, siguiendo tu ejemplo. *Crecía en* sabiduría y gracia Jesús. Aunque lleno estaba de gracia y sabiduría desde el primer instante de su concepción, no obstante aparecía dando las muestras más gallardas de estas soberanas virtudes y dones. Creces tú en edad y a la par, ¿creces en sabiduría y gracia? ¿Eres hoy más virtuosa que el año pasado? ¿O tal vez vas hacia atrás, perdiendo tiempo y aprovechamiento? ¡Infeliz de ti! Si el Señor te llama a cuenta de tus talentos y de tu vida ¿qué le responderás? ¿Crees que se contentará con que le presentes buenos, muchos y muy buenos propósitos? ¿Crees que se contentará con que le presentes muchas cosas aprendidas? ¡Oh!, yerras, yerras. Busca frutos el Señor, y no hojas ni flores; busca obras, no palabras. Acuérdate de la

higuera maldita del Evangelio, acuérdate que no entrarán en el cielo los que digan: Señor, Señor, sino los que hagan la voluntad del Padre celestial, los que cumplan sus deberes, sus obligaciones. ¿Los cumples tú? ¿Cómo? ¿Con fidelidad, con exactitud, con constancia? Pondera, por fin, cómo estas muestras gallardas de crecimiento en edad, sabiduría y virtud, las daba Jesús, no solo delante de Dios, sino también de los hombres, para juntar en todo el agrado de Dios y la edificación del prójimo. Así debes hacerlo tú, alma mía; en todas tus obras procura siempre agradar a Dios y edificar a tu prójimo, para que los que las vean glorifiquen al Padre que está en los cielos. Vanidad grandísima es intentar, con tus obras, agradar a los hombres tan solo, porque serías a la postre la criatura más desdichada, recibiendo por tus trabajos castigo eterno; mas si a Dios y a los hombres agradares a un tiempo, cosa es esta la más excelente, divina y provechosa.

Imita, pues, el ejemplo de Cristo en su vida oculta, y merecerás reinar con Él en la vida gloriosa, en la vida eterna de su gloria. Amén Jesús.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Día octavo

Meditación 1ª. ***De las dos banderas, la una de Cristo, sumo capitán y Señor nuestro; la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura***

Considerado ya el ejemplo que Cristo nuestro Señor nos ha dado para el primer estado, que es en custodia de los mandamientos, siendo él en obediencia a sus padres: y asimismo para el segundo, que es de perfección evangélica, cuando quedó en el templo, dejando a su padre adoptivo y a su madre natural por vacar en puro servicio de su Padre eternal; comenzaremos juntamente contemplando su vida, a investigar y a demandar en qué vida o estado, de nosotros se quiere servir su divina Majestad.

Y así, para alguna introducción de ello, en el primer ejercicio siguiente veremos la intención de Cristo nuestro Señor, y por el contrario la del enemigo de natura humana, y cómo nos debemos disponer para venir en perfección, en cualquier estado o vida que Dios nuestro Señor nos diere para elegir.

Primer preámbulo. Es la historia: Será aquí cómo Cristo llama y quiere a todos debajo de su bandera, y Lucifer al contrario debajo de la suya.

Composición de lugar. Será aquí ver un gran campo de toda aquella región de Jerusalén, adonde el sumo capitán general de los buenos es Cristo nuestro Señor; otro campo en región de Babilonia, donde el caudillo de los enemigos es Lucifer.

Petición. Sumo y verdadero capitán Cristo Jesús, yo os pido conocimiento de los engaños del mal caudillo, y ayuda para de ellos me guardar; y conocimiento de la vida verdadera que mostráis Vos, Rey de mi alma, y gracia para imitaros.

Esta meditación la dividiremos en tres puntos.

1º. Carácter, genio, condición y cualidades de los dos caudillos (su retrato externo e interior).

2º. Su intención...

3º. Su táctica militar (digámoslo así) para lograrlo, y la paga que por fin dan a sus secuaces.

Punto primero. Fíjate bien en los rasgos más característicos de ambos caudillos, para mejor conocerlos y así librarte de los engaños de Satanás, y seguir e imitar al verdadero capitán Cristo Jesús.

Jesús es verdad: *ego sum veritas.* Lucifer es mentira, padre de la mentira. Jesús es luz, *ego lux mundi.* Lucifer es tinieblas, *mundi rectores tenebrarum harum.* Jesús es paz, *Princeps pacis in terra pax vobis. (P. 85).* Lucifer es confusión, perturbación, desorden, *horror inhabitas.* Jesús es vida, es amor, *Deus caritas est. Ego sum vita.* Lucifer es homicida, *ab initio, mors,* odio, discordia. Jesús el más hermo*so. Speciosa forma.* Lucifer es feo, asqueroso, espantable y horrendo. Jesús manso y humilde. *Factus est in pace locus ejus. (P. 75). Ego sum mitis et humilis corde.* Lucifer es orgulloso e iracundo. *(Job. 41). Apo est Rex super omnes filios superbia nec requiem habent qui adoraverunt bestiam. (Apoc. 14).* Jesús es confianza, aliento: *confidite. Ego sum. Nolite timere.* Lucifer es *spiritus difidentiae,* desconfianza, desesperación. Jesús es delicadeza, respeto, atención. Ego *sto ad ostium. Cum magna reverencia.* Lucifer es *leo rugiens.* Jesús es alegría y gozo: *non erit tristis.* El demonio es tristeza, melancolía; *yo soy aquel infeliz que no puede amar.* Luego todo pensamiento o moción que me perturbe, es del mal espíritu. Luego todo pensamiento o moción que me desaliente en mis buenos propósitos, es del mal espíritu. Luego todo pensamiento o moción de odio, discordia o mala voluntad, es del mal espíritu. Luego todo pensamiento de orgullo es del mal espíritu. Luego toda moción o pensamiento de inquietud es del mal espíritu. Luego todo lo que no sea verdad, claridad, luz, es del mal espíritu.

Y al contrario, cuando nombro a mi Rey y Señor Cristo Jesús me represento a un hombre manso y humilde de corazón, benigno, sobrio, casto, misericordioso, eminente en toda clase de santidad y hermosura; que no acabará de romper la caña quebrada, ni apagará el lino que humea; que no es triste ni turbulento; su conversación no tiene amargura, ni fastidio su trato, sino que es bueno y todo amable, todo deseable, causador de alegría y gozo; que brilla como luz, e ilumina a los hombres de recto corazón, infundiéndoles dulcedumbre y paz. Su doctrina se resume en solas estas palabras: Niégate a ti mismo, déjalo todo, renúncialo todo, ponte en el último lugar, abstente y sufre; pero todo esto hecho con paz, con alegría, con regalo, con sosiego. ¿Quién no seguirá y amará con todo su corazón a Jesús, y no deseará militar bajo sus honrosas banderas? ¿Quién? Solo el que no tenga juicio.

Y cuando yo digo demonio, digo un ser el peor de todos, lleno de todos los malos deseos de dañar y perder; capital enemigo de la naturaleza humana, negrillo feo, asqueroso y despreciable, tiñoso, patillas, un infeliz que no puede jamás amar a Dios,

amar el bien, la verdad, y está condenado al fuego eterno del infierno. ¿Quién podrá enamorarse de él? ¡No obstante en nuestro siglo hay insensatos que le glorifican y pretenden restaurar su persona, rehabilitarla! ¡Infelices! Bien se conoce que son hijos del diablo, pues así trabajan por él, para complacerle; su suerte será la suya, fuego eterno; oremos por ellos.

«Considera, alma mía, cómo Cristo nuestro Señor, sumo y verdadero capitán, se pone en un gran campo, *Ego flos campi,* de aquella región de Jerusalén, en lugar humilde y hermoso y gracioso». «Mira cómo escoge el Señor de todo el mundo, de tantas personas, apóstoles, discípulos, etc., y a ti pecadora, y los envía por todo el mundo, esparciendo su sagrada doctrina por todos estados y condiciones de personas».

«Considera el sermón que Cristo nuestro Señor hace a todos sus siervos y amigos que a tal jornada envía, encomendándoles que a todos quieran ayudar, en traerlos primero a suma pobreza espiritual y, si su divina Majestad fuere servido y los quisiere elegir, no menos a la pobreza actual; segundo, a deseo de oprobios y menosprecios, porque de estas dos cosas se sigue la humildad; de manera que sean tres escalones: el primero, pobreza contra riqueza; el segundo, oprobio o menosprecio contra el honor mundano; el tercero, humildad contra soberbia, y de estos tres escalones induzcan a todas las otras virtudes».

Desapega tu corazón de las criaturas, y busca y hallarás a Dios. Fíjate en algunos rasgos del sumo capitán y Señor nuestro Jesucristo, y conocerás luego su genio, su carácter, su condición. Escoge para sí un gran campo en la región de Jerusalén, o visión de *paz*, en lugar *humilde*, *hermoso* y *gracioso*, bajo, como Rey de los humildes. Cristo manso y con rostro apacible, es hermosísimo. ¿Quién no querrá seguirle y gozarle?

Fíjate, alma mía, en el fin de esta guerra, en las armas que usan, y sobre todo en los rasgos más característicos de ambos caudillos, y el premio que dan a los que militan bajo su bandera. El fin es reinar sobre las voluntades de los hombres. Lucifer pretende quitarlos de la obediencia y amor de Dios y precipitarlos después al infierno (*Joan.,* 10) Cristo nuestro Señor, sumo capitán de los buenos, al contrario de Lucifer, pretende atraerlos y conservarlos en la obediencia, servicio y amor de Dios para darles paz aquí en la tierra y después aquella vida de arriba, que es la vida verdadera (*Joan.,* 10). Solo pretende la gloria de Dios y el bien de los hombres, temporal y eterno. Quiere que todos se salven y vengan al conocimiento de la verdad. La guerra se hace con solas persuasiones y movimientos interiores que excitan en los hombres, dejándoles libre el uso de su libertad.

Estos capitanes son en todo opuestos: de donde no puedo seguir y contentar a un mismo tiempo a los dos. *Nemo potest duobus dominis servire. Qui non est mecum contra me est.*

¡Oh, alma mía!, repara bien y persuádete de que siempre andas en guerra, entre enemigos encarnizados y muy astutos, y así anda siempre con gran cautela; vigila y ora, para no caer en tentación. Quien tiene enemigos, no duerme. ¡Oh, si vieses

cuántos demonios andan a tu alrededor como leones rabiosos para perderte! Ora y vigila. Vigila y ora.

Punto segundo. Considera, alma mía, la intención de cada uno de estos dos caudillos del género humano. Su fin o su intención es reinar en las voluntades de todos los hombres. Para conocer mejor la intención de Lucifer, caudillo de todos los enemigos, se ha de considerar cómo hace el llamamiento de innumerables demonios y cómo los esparce, a los unos en tal ciudad, y a los otros en otra, y así por todo el mundo, no dejando provincias, lugares, estados, ni persona alguna en particular.

Considera el sermón que les hace, y aquí se ve su intención y su táctica infernal, y cómo les amonesta para echar redes y cadenas; que primero hayan de tentar de codicia de riquezas, como suelen en general, para que más fácilmente vengan a vano honor del mundo y después a crecida soberbia. De manera que el primer escalón sea de riquezas, el segundo de honor, el tercero de soberbia, y de estos tres escalones conduce a todos los otros vicios.

Por lo dicho se ve que el demonio pretende quitar al hombre de la obediencia y amor de Dios, y precipitarlo después al infierno, inflamado en odio contra Dios, a quien pretende quitar el honor y gloria que le deben sus criaturas, y en odio contra el hombre, imagen de Dios, en quien envidia la felicidad que tiene por la gracia y está destinado a gozar en la gloria que él perdió por su culpa y por esto mueve guerra a muerte, queriendo arrastrarnos a su perdición y condenación eterna. Intenta con gran rabia la ruina de todo el género humano, y nada deja por hacer, para lanzarnos al lago de la ira de Dios. Anzuelos, soga, lazos, redes, cadenas. Todas las armas son buenas para lograr su fin infernal de destrucción y muerte eterna. ¡Y cuantas almas cada día caen en sus redes! A los avaros tienta y engaña con el cebo de las riquezas, a los soberbios engaña con el honor del mundo, a los delicados con deleites, y después caen en todos los excesos; venidos a crecida soberbia, los induce a todos los vicios. Engaños son estas cosas, porque en ellas los hace creer que hallarán su paz y felicidad, y no hay más que miseria, y dolor, y tormento. Alma mía, ¿acaso estás atada con esta liga, o prendida en alguno de estos lazos, como el pajarillo, o aprisionada en estas redes como el pez, que no lo conoce sino cuando quiere salir para romperla? Examínalo y rompe redes, lazos y cadenas, y vuela a Jesús, tu libertador y verdadero Rey.

Punto tercero. Vistos el carácter o cualidades de los caudillos, sus intentos, su táctica para ganar las almas, veamos, por fin, qué paga dan estos dos caudillos a los que se alistan a su bandera, por sus servicios. La bandera de Satanás, trapo sucio, mugriento y asqueroso, lleva escrito en sus pliegues medio ocultos para engañar mejor a sus secuaces: Muera Jesús, breve gozar, eterno penar, o mejor, breve penar y eterno penar.

La bandera de Cristo, inmaculada, blanca, hermosísima, desplegada a los cuatro vientos, dice en letras muy grandes para que todos las puedan leer y nadie se llame a engaño al sentar plaza en el campo de la verdad: Viva Jesús. Breve penar, eterno gozar, o mejor, breve gozar y eterno gozar. ¿Quién, que no sea loco, al ver el engaño de Satanás, padre de la mentira, se dejará prender en sus redes, mirando a la paga que

da, por fin, a los que siguen su bandera? ¿Quién no seguirá a Cristo, que da a sus vasallos aquí paz y después gloria eterna? Permitidme aquí, mi Rey y Señor, quejarme con vuestra enamorada esposa y celadora de vuestra honra la gran Teresa de Jesús.

«¡Qué es esto, Bien mío! ¿Qué es esto? ¿Quién da estas fuerzas? ¿Por ventura el capitán a quien siguen en esta batalla contra Vos, no es vuestro siervo, y puesto en fuego eterno? ¿Por qué se levanta contra Vos? ¿Cómo da ánimo el vencido? ¿Cómo siguen al que es tan pobre, que le echaron de las riquezas celestiales? ¿Qué puede dar quien no tiene nada para sí, sino mucha desventura? ¿Qué es este, mi Dios? ¿Qué es esto, mi criador? ¿De dónde vienen estas fuerzas contra Vos, y tanta cobardía contra el demonio? ¿Aun si Vos, príncipe mío, no favoreciérades a los vuestros? Aun si debiéramos algo a este príncipe de las tinieblas, no llevaba camino; por lo que para siempre nos tenéis guardado, y ver todos sus gozos, y prometimientos falsos y traidores. ¿Qué ha de hacer con nosotros, quien lo fue contra Vos? ¡Oh ceguedad grande, Dios mío! ¡Oh qué grande ingratitud, Rey mío! ¡Oh qué incurable locura, que sirvamos al demonio con lo que nos dais Vos, Dios mío!»

Por aquí comprenderás mejor, alma mía, por qué san Ignacio, al mal caudillo de todos los enemigos lo pinta o hace imaginar asentado en aquel gran campo de Babilonia, que quiere decir confusión, como en una grande cátedra (de soberbia) de fuego y humo (inconstancia y tinieblas) en figura horrible y espantosa (desorden, horror y espanto).

Al contrario, a Cristo Jesús, nuestro Señor sumo y verdadero capitán, nos lo pinta (hace imaginar y considerar) que se pone en un gran campo de aquella región de Jerusalén (mansión de paz) en lugar humilde, hermoso y gracioso, que son las señales para conocer al verdadero Señor y Rey de nuestras almas.

¡Oh amabilísimo Jesús! Oh Señor mío Jesucristo, Vos solo sois el verdadero capitán y caudillo y rey de las almas, porque Vos solo sois bueno, Vos solo santo, Vos solo Señor, Vos solo altísimo, que nos amáis con infinito amor y nos prometéis un reino eterno. A vos amo, y quiero siempre por mi único Rey y Señor. Quiero seguir vuestra bandera inmaculada, y única santa y gloriosa, y renuncio para siempre, una y mil veces, a Satanás, a sus obras y pompas. Así me ayude vuestra gracia para seros fiel en todos los instantes de mi vida. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 2ª. ***De los tres binarios de hombres.***

Advertencia. Por tres binarios de hombres entiende san Ignacio tres géneros o clases de hombres; pero los pone binarios, o pares, por ser número fijo y no cansado, y que denota ya muchos, porque esta parábola es expresión de lo que pasa a muchos. Es esta meditación, con la de los tres grados de humildad, como apéndice de la meditación de las dos banderas, y nos declara cuál ha de ser nuestro desapego de todas las cosas criadas y bienes del mundo, y cuál nuestro amor a Jesús, y a la cruz en que se puso, para alistarnos en sus banderas.

En la meditación de las dos banderas hemos resuelto seguir a Cristo, entregarnos a Cristo; mas en esta meditación se trata de ver si es seria, sólida, verdadera, nuestra resolución. Porque hay tres clases de servidores de Cristo: Unos que solo le dan deseos; otros que solo le dan ciertas obras, y los otros que se le dan o entregan enteramente, sin reserva. Y éstos son los verdaderos y perfectos seguidores, servidores e imitadores de Cristo.

Veamos, esto supuesto, cómo expone el Santo esta meditación importantísima, que nunca hemos de dejar por hacer.

Unos le ofrecen las bocas del árbol de su alma. Otros algunos frutos, los agusanados, los raquíticos. Otros le dan todo hojas, frutos y hasta el árbol; éstos son los generosos, los que hacen perfecta donación.

Preámbulo primero. Ponte delante tres binarios de hombres, y cada uno de ellos ha adquirido diez mil ducados, no pura o debidamente por amor de Dios; y quieren todos salvarse y hallar en paz a Dios nuestro Señor, quitando de sí la gravedad e impedimento que tienen para ello en la afección de la cosa adquirida.

Composición de lugar. Será ver aquí a ti misma, cómo estás delante de Dios nuestro Señor y de todos sus santos, para desear y conocer lo que sea más grato a la su divina bondad.

Petición. Dios mío, dadme gracia para elegir lo que sea más a gloria de vuestra divina Majestad y salud de mi ánima.

Punto primero. Considera, alma mía, el primer binario o clase de hombres que *querría quitar* el afecto a la cosa adquirida que tiene, para hallar en paz a Dios nuestro Señor, y saberse salvar; y no pone los medios hasta la hora de la muerte. Estos son los que dicen que *querrían salvarse,* pero nada hacen para lograrlo. Torpemente se engañan. Toman por voluntad una simple complacencia, una pura veleidad. Son como el enfermo que *querría* sanar, mas no quiere tomar ninguna medicina. ¡Oh! ¡Cuántos infelices pertenecen a esta clase! A ella pertenecen muchísimos cristianos respecto de su salvación; muchísimos pecadores respecto de su conversión; muchas religiosas respecto de su perfección. Querrían salvarse, querrían ser perfectos, querrían ser santos; pero sin hacer nada bueno. ¡Oh, en qué peligro tan manifiesto de perderse eternamente están los tales! Porque caerán en pecados graves, caerán en la perdición eterna, ¿Eres tú de esta clase, alma mía? Tú, distinguida con tantas gracias, ¿vas a ser maldecida como la higuera del Evangelio, o arrancada como el árbol que no da fruto? Tú, alma tibia, ¿provocas a náusea al mismo Dios? ¿Por qué no temes llenar la medida de tus iniquidades? ¿Por qué no temes la ira de Dios, la cual has provocado tanto por tu negligencia? ¡Oh buen Jesús! ¡Oh misericordiosísimo Jesús! Ten un poco más de paciencia conmigo, que ya detesto y abomino, con toda mi alma, mi tibieza, mis negligencias y el abuso de tus gracias; quiero mudar de vida, quiero de veras, quiero de todas veras ser santa y salvar mi alma. No me desampares jamás, Señor; dame tan solo tu gracia eficaz y esta me basta.

Punto segundo. La segunda clase quiere quitar el afecto, mas así le quiere quitar, que quede con la cosa adquirida, de manera que venga Dios a donde él quiere, y no se determina a dejarla para ir a Dios, aunque fuese el mejor estado para él. Considera, alma mía, que esta clase *quiere de veras* aspirar a la perfección; pero no de *todas veras, esto* es, no con voluntad universal y magnánima. Estos tales aplican *algunos* medios según su afecto y gusto, pero no todos los necesarios, ni tal vez, los más oportunos o conducentes para alcanzar el fin de su salvación y perfección. Así es que no alcanzan su fin, ni lo intentan, o procuran con bastante eficacia. Son los regañones, cicateros, sisadores, escasos, raquíticos con Dios. Son muchos los cristianos y religiosos de esta clase, y muchas veces están en más peligro que los primeros, porque como estos nada hacen, fácilmente se les convence de que no quieren seriamente. Estos cicateros quieren que Dios quiera lo que ellos quieren y como ellos quieren, esto es, que se haga la voluntad divina, mas haciendo la suya propia. Son unos enfermos que quieren sanar, pero tomando las medicinas a su gusto nada de desagradable, nada de amargo, nada de mortificativo, nada o muy poco de sacrificio. Tienen voluntad a *medias.* Vivirán siempre infelices estos tales; no están seguros de salvarse. En su seno anida una víbora, que mientras duerma, no les dañará; pero al despertar, les herirá de muerte. Esta víbora son las pasiones no domadas, que mientras no se las hostigue duermen tranquilas, mas si se las toca con una ofensa, con un desprecio, con un desaire o cosa que no agrade, se levanta un tumulto espantoso, un tormento inexplicable que les hace caer en el pecado o les pone en grandísimo peligro de caer en él. Esto explica, alma mía, tantas caídas inesperadas, tantas apostasías, tantos crímenes y escándalos, por gentes que parecían y se creían ser unos santos. Son como el pedernal, que mientras no se les hiere, sus pasiones no sacan chispas de fuego de ignominia. Son como estanques de fondo sucio, que al revolver el agua, se enturbia. Estas almas, hija mía, pasarán su vida sin hacer ningún progreso en la perfección, ningún adelanto en las sólidas virtudes. Porque resisten a Dios, soberano dueño de todos los corazones, y no es posible que Dios admita a su unión a un alma que no se le dé sin reserva. Oh Jesús mío, Rey de mi corazón y de todos mis afectos, soy una insensata, una estúpida, sin juicio ni razón. Quisiera ser humilde, sin sufrir desprecio; ser obediente, sin tener que cumplir ninguna orden pesada; ser caritativa y mansa, sin soportar malos tratamientos; quisiera ser santa, mas sin padecer; quisiera ser perfecta, sin vencerme ni hacerme violencia. ¿No es esto oponerme a vuestra doctrina y ejemplo? ¿Por ventura, hay un santo en el cielo sin haber padecido, siguiendo vuestras huellas sangrientas? ¿Por ventura los que siguen el vicio no padecen humillaciones, desprecios y cruces más pesadas que vuestros siervos? ¿Puede burlar alguien vuestro decreto? ¡Oh buen Jesús!, ya que necesariamente he de padecer siguiendo la virtud o el vicio, y nadie puede evitar este trabajo, quiero hacer de la necesidad virtud, quiero padecer por la virtud, por el cielo, por Vos y con Vos, para reinar eternamente con Vos. Porque escrito está: si padecemos con Cristo, con Cristo seremos glorificados y reinaremos en la bienaventuranza eterna.

Punto tercero. Considera, alma mía, cómo la tercera clase de hombres quiere quitar el afecto, mas así le quiere quitar, que también no le tiene afección a tener la cosa adquirida, o no la tener; sino quiere solamente quererla o no quererla, según que Dios nuestro Señor le pondrá en voluntad y a la tal persona le parecerá mejor para servicio

y alabanza de su divina Majestad y entretanto quiere hacer cuenta que todo lo deja en afecto, poniendo fuerza de no querer aquello, ni otra cosa ninguna, si no le moviere solo el servicio de Dios nuestro Señor: de manera que el deseo de mejor poder servir a Dios nuestro Señor le mueva a tomar la cosa o dejarla.

Los que pertenecen a esta clase, alma mía, son almas reales, magnánimas y generosas perfectamente con Dios, y con las cosas de su servicio; las que *quieren de todas veras* su salvación y perfección: quieren hacer y padecer lo que Dios quiere y del modo que Él quiere; y con todo ahínco trabajan en su salvación y perfección. Son enfermos que quieren de todas veras curar, y así, admiten el hierro y el cauterio, y la purga amarga, y todo lo que se les indica para su salud. ¿Eres tú una de éstas, alma mía? ¡Ay cuán pocas son! Mas reflexiona, alma mía, que solo estas almas llegan infaliblemente a la perfección. Solo estas almas llegan con toda certeza a la verdadera unión con Dios. Solo estas almas reciben gracias muy subidas y gozan de los castos abrazos del esposo celestial, teniendo ya en vida un ensayo de aquella vida de arriba, que es la vida verdadera. Tú eres llamada a esta perfección, alma mía. A ti te da el Señor vocación para llegar aquí. ¡Ay de ti si la desprecias! Porque estas gracias que te habían de elevar a un grado grande de gloria, te precipitarían, por tu abuso de ellas, a lo más profundo del infierno. No hay medio, hija mía. Una hija de la Compañía de Santa Teresa de Jesús ha de ser un serafín en el cielo, o un tizón en lo más bajo del infierno. No hay un estado medio para ti. Sublimada te has de ver en un altísimo lugar en el cielo, o despeñada y sepultada en lo más profundo de los abismos de los infiernos. ¿Dónde vivirás o morirás eternamente? Yo no lo sé. ¡Oh pensamiento espantosísimo! ¡No lo sé!

¡Oh Dios mío!, yo me entrego sin reserva a Vos. Más quiero vivir y morir en pretender y esperar la vida eterna, que poseer todas las criaturas y todos sus bienes, que se han de acabar. No me desamparéis, Señor, porque en Vos solo espero, a Vos solo amo y deseo; no sea confundida mi esperanza: sírvaos yo siempre y haced de mí lo que quisiereis.

Vuestra soy, para Vos nací. ¿Qué queréis, Señor, de mí?

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 3ª. *Preparación de Cristo a la vida pública. –Bautismo. –Soledad. –Ayuno. –Tentaciones*

Preludio primero. Historia.

Preludio segundo. Cristo es bautizado, se retira a la soledad, ayuna y es tentado.

Preludio tercero. Contempla los cielos abiertos y al Padre eterno que te dice: Este es mi Hijo muy amado, en quien me he complacido: oídle.

Punto primero. Cristo, antes de salir a la vida pública, se prepara para nuestro ejemplo. Y, aunque era santo e impecable, quiere ser bautizado, entre los pecadores y

publicanos, por san Juan, para enseñarnos que el que ha de purificar a los demás, ha de estar él muy limpio por la penitencia.

Admira la humildad de Cristo, y la obediencia de san Juan que bautiza a Cristo, debiendo ser bautizado por este. Mira cómo se abren los cielos, y el Padre eterno envía al Espíritu Santo en forma de paloma, y hace oír su voz que dice: «Este es mi Hijo muy amado en quien me he complacido: oídle a Él». ¡Cómo Dios ensalza a los que se humillan! ¡Cómo premia la penitencia, la humildad y la obediencia, tres virtudes que disponen para la vida apostólica! Pídelas al Señor por intercesión de san Juan. Considera además cómo Cristo, luego después de ser bautizado, lleno del Espíritu Santo, se retiró del Jordán a la soledad para evitar los aplausos, para gustar el don celestial, para mostrarnos que los dones interiores son más preciosos que los exteriores. Y se retiró guiado, no por propio querer, sino por impulso del Espíritu Santo, al desierto, a la soledad, para que aprendas esta virtud tan necesaria a todos los que trabajan en bien de las almas, porque en la soledad es donde Dios habla al corazón y les comunica su Espíritu para comunicarlo a los demás.

Pondera la vida de Cristo en el desierto. Guarda absoluto silencio, soledad perfecta, su conversación toda era con el cielo, y a esta oración unía una perfecta vigilancia, un ayuno continuo, rigidísimo, para mostrarnos que por aquí ha de empezar la mortificación de la carne, la adquisición de las virtudes, y que es la abstinencia sobremanera necesaria a los que empiezan, para satisfacer por los pecados, para sujetar la carne, para extirpar los vicios y domar las pasiones. A este ayuno rigurosísimo (pues en los cuarenta días nada comió ni bebió Cristo) se añadía la habitación al sereno, el descanso sobre la tierra, la exposición a todas las incomodidades del sol y del cielo, la vigilia perpetua. Aprende de aquí, alma mía, antes de salir a enseñar a tus prójimos con la palabra y el ejemplo, a prepararte como Cristo, con el espíritu de soledad, de oración y de mortificación o austeridad de vida, para que tu apostolado sea provechoso para tu alma en primer lugar, y para las almas que el Señor te confiare. Ama y procura la soledad, la oración y la mortificación, y salvarás tu alma sin ningún peligro, salvando otras muchas.

Punto segundo. Considera, alma mía, cómo Cristo fue llevado al desierto además, para ser tentado por el diablo, esto es, para provocarle al combate; para que con su ejemplo fuese delante para recibir y vencer las tentaciones; para compadecerse de los tentados, para merecernos la gracia de resistir a las tentaciones. Por todo esto convino que Cristo fuese tentado. Porque, aunque es verdad que Dios nuestro Señor a nadie tienta, sino que permite tan solo que sus hijos y demás sean tentados, jamás no obstante permite que sean tentados sobre sus fuerzas; porque Dios es fiel, que nos hace sacar provecho de la tentación y nos da fuerzas para poder resistir (*1Cor.* X) según el apóstol, y esta consideración nos debe servir de gran consuelo y esfuerzo en nuestras tentaciones, sabiendo que nuestro buen Padre celestial conoce lo que podemos, y nos ama, y por lo mismo no pondrá sobre nosotros más peso de tribulación de lo que podamos sobrellevar con su auxilio.

Repara cómo Cristo fue tentado y lo fue por Satanás. Si, pues, el demonio se atrevió a tentar a Cristo, ¿cuánto más se atreverá a sus discípulos? Si a Cristo se atrevió a tentar

en la soledad, después de un riguroso ayuno, ¿cuánto más a nosotros, que no tenemos tanta virtud? Bien dijo el Espíritu Santo: Que la vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra; para que nadie se duerma en una falsa seguridad, y se crea que está libre de tentaciones. No, es un error funesto, y de funestas consecuencias puede ser para ti, alma mía. Mira que no hay lugar seguro, ni persona libre de tentaciones, y el creer lo contrario es ir en mala tentación. Al contrario, cuanto con más empeño te resuelvas a servir a Dios, más has de preparar tu alma para la tentación (*Eccle*. 2), porque el manjar escogido y más apetecido de Satanás es la persona que más se consagra a salvar almas con sus trabajos.

Pondera cómo el demonio no se acercó a tentar a Cristo cuando hacía una vida común, sino cuando le vio en el desierto ayunando y mortificándose día y noche y por tanto tiempo. Entonces sí, al verlo solo y con el hambre creyó la ocasión oportuna para tentarle; pero mira cómo para tentar se viste de forma ajena para no ser conocido, y cómo trata de desfigurar la verdad halagando, adulando.

Si eres hijo de Dios, le dice a Cristo el muy ladino... Oh alma mía, si no quieres cegarte voluntariamente, siempre reconocerás la cola serpentina del demonio si examinas el principio, medio, o fin de la tentación. No te hagas boba. Ora, ayuna o mortifícate y reconocerás al diablo y huirá de ti.

Punto tercero. Considera, alma mía, las tentaciones que sufre Cristo y cómo las resiste y las vence, para que tomes ejemplo y le imites en materia tan práctica, tan frecuente, tan importante o necesaria por las terribles consecuencias que puede reportar a tu alma eternamente. 1º. Previene ya las tentaciones con sus contrarios. 2º. Resiste prontamente, sin demora; obsta a los principios, prudentemente, sin turbación; fuertemente, sin temor; con constancia, sin cesar. Emplea la palabra de Dios. 3º. Vencido con esto, el diablo se apartó de Él hasta otra vez, para enseñarnos que aunque resistamos con fortaleza y con fe al diablo y huya de nosotros, no obstante no debemos dormirnos en una falsa seguridad ni ensoberbecernos con nuestro triunfo, sino prepararnos con oración y vigilancia y gran desconfianza de nosotros mismos para la otra tentación, que no tardará en venir, y será a la hora menos pensada, para que siempre obremos nuestra salvación con temor y temblor, y clamemos al cielo sin cesar: No nos dejes caer en la tentación, Padre mío, mas líbranos de mal. Amén.

Pondera las tres clases de tentaciones que sufre Cristo, y cómo las vence para tu provecho. La primera tentación es de gula: la más baja, grosera o sensual sobre todas; para quien tiene hambre, la más fuerte; y esta se vence con el desprecio. La segunda es de vanagloria, bajo la especie de bien y confianza en Dios, y se vence descubriendo la ilusión. La tercera es de avaricia y ambición, que es servidumbre de ídolos. «Todo esto te daré si cayendo me adorares». Esta se vence con abierta indignación. «Vete detrás, Satanás; porque escrito está: Adorarás a tu Señor Dios, y a Él solo servirás». Mira el fruto que reportó Cristo de la victoria de sus tentaciones para animarte a resistir y vencerlas. «He aquí que los ángeles se acercaron y servían a Cristo». También se acercarán a ti los ángeles y te servirán, si sirves a Dios y sales victorioso de las tentaciones, porque si ellos te ayudan y te esfuerzan en la tentación, se gozarán en tu triunfo, porque les imitas en la fidelidad del combate y en el servicio de Dios. ¡Oh alma

mía, no estás sola en la tentación ni dejada a tus solas fuerzas! Basta que quieras vencer y que con humildad te acerques a Cristo pidiéndole su socorro, e invoques con confianza a tus santos ángeles, para que jamás seas vencida. Mira al cielo, alma mía. Un día, una hora, un momento durará la pelea, mas eterno será el premio de tu victoria. Si quieres reinar con Cristo, has de padecer con Él. No lo dudes. O vencer o morir eternamente.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4ª. *Conducta de Jesús con su Padre celestial*

Composición de lugar. Contempla a Jesús que rodeado de los apóstoles te dice: yo siempre hago lo que es del agrado de mi Padre.

Petición. Señor, enséñame a hacer tu santísima voluntad en todas las cosas.

Punto primero. Jesús hace siempre lo que quiere y agrada a su Padre celestial. El único móvil y el único fin de Jesús en todas las cosas es hacer la voluntad de su Padre. Bajé del cielo, dice, no por hacer mí voluntad, sino la voluntad de mi Padre que me envió al mundo... Todos sus pensamientos y deseos, todas sus palabras y obras, todos sus trabajos y dolores, todo lo dirige a este fin: no busco mi gloria, sino la de mi Padre. Yo siempre hago lo que es del agrado de mi Padre. Este es todo su afán, su descanso, su alimento, hacer la voluntad de su Padre: y tan solo reconoce por hermano y hermana y madre al que hace la voluntad de su Padre que está en los cielos. Desde el vientre de su madre, y antes aun, se ofreció Jesús a padecer por los hombres y morir en una cruz, porque conoció que era esta la voluntad de su Padre. «Aquí estoy, dijo, envíame, Padre mío, al mundo a padecer para salvarle, supuesto que esta es tu voluntad». Tú no has querido sacrificios ni oblaciones, tampoco pediste holocausto ni víctima por el pecado; pero está escrito al principio de la ley, que haga tu voluntad, y tu ley está en medio de mi corazón. Eso he deseado siempre, Dios mío, y eso estará siempre grabado en mi corazón. ¿Puedes tú, alma mía, asegurar otro tanto? ¿Es tu comida, tu deseo, tu guía, tu agrado, buscar, conocer y hacer la voluntad de Dios en todas las cosas? Para esto ten presentes estas tres verdades que Jesús enseñó a una sierva suya y esposa, esto es: 1º. Que nada se hace sino por la voluntad de Dios. 2º. Dios siempre hace lo que es mejor, según las leyes de su sabiduría. 3º. Dios siempre hace lo que más nos conviene a nosotros, según su bondad y el amor infinito que nos tiene.

Punto segundo. Jesús hace no solo lo *que quiere* su Padre, sino del *modo* que Él lo quiere. ¿Es voluntad de su Padre que se encarne en el seno de una virgen, que nazca en humilde cueva, que viva pobremente, que muera en una cruz? Pues todo lo acepta gustoso, y lo cumple fielmente, alegremente, exactamente. Es decir, en todo lo que hace, y padece Jesucristo en su vida mortal, no busca que se haga su voluntad, sino la de su Padre en el lugar, tiempo, modo y manera por Él *ab eterno* prescritos. Porque no es enviado sino a las ovejas perdidas de Israel, no sale del pequeño y oscuro rincón de Judea, deja para sus apóstoles y discípulos la conversión del mundo, la predicación en

Atenas y Roma, y solo vencido de la grandísima importunidad de la cananea, despacha su súplica.

Porque es voluntad de su Padre celestial, da un disgusto de muerte a sus padres de la tierra, quedándose en el templo sin advertírselo.

Porque es voluntad de su Padre celestial, se sujeta a la ley como un pecador, santifica los sábados, celebra la Pascua, es bautizado con los pecadores, bebe el cáliz de la pasión, a pesar de oponérsele sus mismos discípulos.

Por más que su celo le mueva a convertir almas, a dar a conocer a su Padre; por más que sus parientes le insten para que se manifieste al mundo, Jesús responde meramente: todavía no es llegado mi tiempo. Y a pesar de que su corazón, en su infinito amor a las almas, deseaba vivísimamente ser bautizado con un bautismo de sangre, y padecía agonías y congojas hasta lograrlo, no lo consintió hasta que llegó la hora, y dijo a sus perseguidores: Esta es vuestra hora. ¡Qué amor a la voluntad de su Padre! ¡Qué exactísima observancia de ella hasta en los más mínimos detalles! ¿Lo haces tú así, alma mía? ¿Cuántos hurtos cometes contra la voluntad de Dios? ¡Cómo vas regateando su cumplimiento, si no en las cosas, a lo menos en el modo de hacerlas! Por eso no tienes paz. Oh Jesús mío, vuestra soy, para Vos nací, ¿qué queréis, Señor, de mí? Decid, dulce amor, decid, ¿qué mandáis hacer de mí?

Punto tercero. Jesús cumple exactamente sus deberes con su Padre celestial. Le adora Jesús a su Padre, le reverencia, le ama, le sirve. Mírale postrado orando a su Padre celestial. Óyele hablando siempre con gran respeto de Él, e inculcando su conocimiento y amor a las gentes. Mira cómo le ama conformando siempre en todas las cosas su voluntad a la de Él.

Mira cómo le alaba, y procura que otros le alaben, da gracias, pide, suplica para mover a otros hombres a su amor y servicio. Mira cómo le sirve en todo, sin apartarse ni eximirse del cumplimiento de la ley.

Por eso puede exclamar con verdad al morir: *Consumatum est.* Todo está consumado, porque he hecho todo lo que de mí está escrito, y prescrito en el libro de la vida.

¿Lo haces tú así, alma mía? ¿Adoras, reverencias, amas, alabas, das gracias, temes a tan gran Dios y suprema Majestad, a tan bondadoso Padre, a tan dadivoso Señor y bienhechor? ¡Oh Jesús mío, apenas he cumplido en ningún instante de mi vida mis deberes de adoración, reverencia, amor y temor a mi Dios! ¡Cuán mala he sido! Mirad al rostro de vuestro hijo Jesús, y por su observancia tened compasión de mí, perdonadme, salvadme.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación supernumeraria. *Tentaciones de Jesús.*

Preludio primero. Mira a Jesús en la soledad del desierto, ayunando y orando, preparándose así para la vida apostólica.

Preludio segundo. Jesús mío, haced que os imite en la oración y penitencia para vencer al tentador.

Punto primero. Cristo Jesús, que venía a ser el modelo de todos los estados, debía serlo en especial de los varones apostólicos, de las almas que tratan de imitarle más de cerca en la salvación y santificación de las almas, por esto antes de salir al mundo a ejercer su misión después de confundirse con los pecadores al recibir el Bautismo, con un acto de humildad profundísima, se va al desierto, a orar y ayunar, para significarnos que el espíritu de soledad, de oración y de mortificación o austeridad es el espíritu que han de procurar poseer más y mejor sus servidores y coadjutores. Solitario está Jesús de alma y de cuerpo, absoluto silencio guarda; oraba de día y de noche, por ti, alma mía, por todos los que trabajan en la salud del prójimo. Oraba y vigilaba; lo cual después nos había de encomendar para vencer las tentaciones. Ayunaba rigurosa y largamente. Quiso ayunar, porque así como la perdición del hombre entró por la gula, su salud empezase por la abstinencia; para satisfacer por los pecados, para sujetar la carne, para reprimir los vicios, domar las pasiones, elevar la mente a Dios y cultivar las virtudes.

Pondera cómo Satanás no tentó a Cristo mientras hacía vida común, sino cuando le vio tanto tiempo en el desierto, ayunando tan rigurosamente día y noche. Entonces es cuando le acomete, a la primera ocasión que lo ve solo, hambriento, y se oculta bajo otra forma para no ser conocido, halagando, adulando: *si eres hijo de Dios.* Oh alma mía, si miras el principio, el medio y el fin de la tentación, lo conocerás siempre, si no quieres cegarte, en su cola de serpiente.

Aprende de aquí, alma mía, a prepararte para salir a ejercer tu apostolado de enseñanza, con el silencio, soledad, oración, vigilancia y mortificación. Así tus obras serán fructuosas para tu alma y para el prójimo, y te salvarás salvando a muchas almas.

Punto segundo. Considera, alma mía, que Jesús permite ser tentado para con su ejemplo, prepararnos a recibir y vencer las tentaciones, para compadecerse de los tentados, para merecernos gracias, para resistir y vencer. Porque aunque Dios no tienta, permite no obstante que seamos tentados, para probar nuestra fidelidad y aumentar nuestro mérito; pero jamás permite que seamos tentados sobre nuestras fuerzas, porque Dios es fiel, sino que hace que de la tentación saquemos mayor provecho. Además, con sus tentaciones te enseña el buen Jesús, alma mía, a que no te entregues a una falsa seguridad, pues si a Cristo se atrevió el demonio a tentar, ¿cómo no se atreverá a tentarte a ti, débil criatura? Si la vida del hombre sobre la tierra es una continua guerra, ¿cuánto más lo será la vida de los que tienen por fin extender el reino de Jesucristo en las almas por todo el mundo? ¡Oh alma mía!, al resolverte a formar parte de la Compañía de Santa Teresa de Jesús, prepara tu alma para la tentación.

Pondera las tres tentaciones que sufre Cristo, propias de todos los que se dan a la vida apostólica. La 1ª es tentación de gula y de sensualidad, con pretexto de necesidad. Y

esta tentación se vence con el desprecio. La 2ª tentación es de vanagloria, bajo la especie de bien y de confianza en Dios; y esta tentación se vence descubriendo la ilusión del demonio. La 3ª tentación es de avaricia y ambición, que es servidumbre de los ídolos. (*Ep.* 5) Todo esto te daré si cayendo me adorares (*Mat.* 4). Esta tentación se rechaza con abierta indignación. Vete atrás, Satanás, porque escrito está: Adorarás a tu Señor y Dios y a Él solo servirás. Gula, vanagloria, avaricia, ambición: He ahí, alma mía, los lazos y cadenas, los cebos con que Satanás prende a todas las almas, pues de aquí las despeña a todos los otros vicios, de los cuales aquellos son como la madre que los engendra, y cría, y aviva y fortalece. Oh alma mía, tú que caminas a la perfección, guárdate del demonio goloso. Guárdate de las saetas y dardos de la vanidad, que aunque livianamente vuelan, no hieren livianamente. Guárdate de la avaricia y ambición, que arrastran a la perdición eterna. Sé humilde, modesta, mortificada, y burlarás todas las asechanzas de Satanás.

Punto tercero. Mira el *modo* de vencer las tentaciones, que te enseña tu Maestro Cristo Jesús. Primero se prepara de antemano para vencer las tentaciones y se arma con las armas más eficaces para vencerlas: soledad, silencio, oración, mortificación, que son los contrarios de las tentaciones. Mira cómo resiste sin demora, en seguida, oponiéndose a ella desde el principio; prudentemente sin turbación, fuertemente sin temor, constantemente sin cesar. Usa Cristo de la palabra de Dios para vencer al tentador, pues son las mejores y más límpidas piedras las que se cogen del torrente de las divinas letras para derrocar al soberbio gigante Goliat. Yo escondí en mi corazón tus palabras para no pecar contra ti. Con estas armas bien templadas venció Cristo a Satanás, y mereció que, vencido el diablo, se apartase de él hasta el tiempo prefijado; para enseñarte, que aunque seas prudente y fuerte y resistas con la fe al diablo y huya de ti, no huye para siempre sino que volverá a la batalla, a la carga mientras dure la vida, para que no te entorpezcas o ensoberbezcas. Mas sobre todos estos modos y medios de vencer la tentación, alma mía, el más eficaz y provechoso de todos es que saques de ella motivos e incendios de amor divino, esto es, que te sirva de despertador y espuela para amar más a Dios y unirte con Él. Porque si el fin de toda tentación que te da el demonio, es apartarte del amor de Dios, de la unión con Dios, que se logra por el amor, claro está que tu enemigo no ha de querer servirte para más amar a Dios y unirte con Él con aquello mismo que endereza a apartarte de Él. Es el juego del burlador burlado, que el demonio en su orgullo no ha de poder sufrir. Di pues, alma mía, cuando te veas tentada: Viva Jesús mi amor. Os amo, Jesús mío, con todo mi corazón, sobre todas las cosas. Os amo, Jesús mío; aumentad mi amor. Viva Jesús mi amor; muera el pecado traidor. Y así merecerás que los ángeles te sirvan como a Cristo Jesús y te introduzcan después en los eternos tabernáculos a recibir la corona de los que pelean varonilmente hasta el fin. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Día noveno

Meditación 1ª. *Conducta de Jesús con el prójimo y consigo mismo*

Preludio primero. Represéntate a Cristo discurriendo por las ciudades, villas y aldeas de Judea, enseñando el reino de los cielos a las turbas, y que te dice: Mira y haz según el modelo.

Petición. Jesús mío, dame gracia de imitarte con fidelidad.

Punto primero. Considera la conducta de Cristo Jesús con el prójimo, e imítale. Dos virtudes sobresalen en todas las acciones de nuestro divino Salvador, Cristo Jesús, la humildad y la mansedumbre o caridad; por eso nos clama: aprended de Mí que soy manso y humilde de corazón. Mira cómo sus conversaciones eran raras, cortas y todas atentas, corteses y espirituales; prefiere siempre el silencio, la oración, la soledad, al bullicio y trato con las gentes, si la necesidad no le obliga a ello.

Tres clases de personas distingue en su trato. Los inocentes, los sencillos, los pobres, los pecadores convertidos, y los pecadores endurecidos o hipócritas. A los inocentes, como a los niños, los abraza, los acaricia, los bendice, los regala. Dejad, dice, que vengan a mí estos niños, y no se lo estorbéis, porque de ellos es el reino de los cielos; y amenaza con penas eternas a los que los escandalicen. A san Juan, el más joven e inocente de los discípulos, llámale el discípulo amado, y lo deja reclinar sobre su pecho en la última cena, y le descubre los secretos de su corazón y del porvenir, y le confía el cuidado de su santísima Madre. A los pobres evangeliza, a los ignorantes y al pueblo acoge con bondad marcada y especial predilección. Jamás echó en cara a los pecadores arrepentidos sus pecados: al contrario los distinguió con muestras especiales de amor de predilección. Testigo Pedro perjuro, a quien nombra su vicario y lugarteniente en la Iglesia. Testigo Zaqueo, con quien se convida a comer en su casa; testigo Mateo el publicano, llamado al apostolado; testigos la Samaritana, la mujer adúltera, a quienes perdona; testigo sobre todos la Magdalena pecadora a la cual admite a su compañía, la defiende de sus acusadores, la admite al pie de la cruz y es de las primeras a quienes se aparece después de resucitado. ¿Quién no se animará con este ejemplo y pondrá especial cariño en los parvulitos y pequeñuelos, que son las almas inocentes más amadas de Cristo? ¿Quién no buscará contentar a Cristo trayendo a sus pies a muchas almas convertidas? ¿Quién se desdeñará del trato y comunicación con los sencillos, los pobres, los rudos del pueblo, viendo a Cristo cómo les distingue y les prefiere en su amor?

Punto segundo. Mira por otra parte cómo sufre y sobrelleva con dulzura e igualdad de ánimo el odio y las persecuciones y calumnias de los escribas y fariseos, las groserías y rusticidad de sus discípulos, que todo lo entendían al revés; los indignos tratos de sus parientes, que querían atarlo como loco.

A pesar de tantos enemigos e ingratos pasó Jesús por el mundo haciendo bien a todos, curando toda clase de dolencias... Todo lo hizo bien, exclamaban alborozadas las turbas al ver sus prodigios: porque dio oídos a los sordos y habla a los mudos.

Nunca se le vio hablar a Cristo cosas vanas, impertinentes y curiosas, sino del reino de Dios, del valor del alma humana y de la importancia de su salvación; de la obligación suprema o máxima de amar a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a nosotros

mismos; de la necesidad de negarnos a nosotros mismos y de vencernos para ser sus discípulos, y de la bienaventuranza de los que padecen persecución por la justicia, de los pobres, de los que lloran: contrario todo a los prejuicios de los mundanos. No obstante, el mansísimo y humildísimo Jesús tuvo palabras duras, durísimas, solo para una clase de gentes, y estos fueron los escribas y fariseos hipócritas. A estos llegó a llamar raza de víboras, sepulcros blanqueados, hijos del diablo, porque ni ellos entraban por sus pecados de malicia en el reino de los cielos, ni dejaban entrar a otras almas buenas o bien dispuestas, que sin sus escándalos, perversas doctrinas, o malos ejemplos, hubieran entrado en dicho reino. A estos desenmascaró siempre, les echó en cara de continuo su perversidad y malicia, y les presentaba delante del pueblo como doctores pérfidos, de los cuales, si se podía seguir la doctrina cuando predicaban la ley verdadera de Dios, no debía seguírseles en sus malos ejemplos. Haced lo que os dicen por su autoridad, más no hagáis lo que hacen por su perversidad, les decía el Señor. Vienen con piel de oveja, mas dentro son lobos rapaces. Huid de ellos, pues por sus frutos los conoceréis. ¿Has merecido tú algunas veces estos reproches de Cristo por falta de verdad, de sinceridad, de bondad? Examínate y enmiéndate.

Punto tercero. Contempla, alma mía, la conducta de Cristo, o cómo se porta consigo mismo en el exterior e interior. Jesucristo, siempre de ánimo igual, dejaba reflejarse en su exterior la grandeza de su alma, la paz de su hermoso corazón, y bullir en él su amor. ¡Qué sencillez en sus vestidos! ¡Qué modestia en sus miradas! ¡Qué finura en sus modales! ¡Qué delicadeza en sus avisos! ¡Qué miramientos en su conducta! ¡Qué circunspección en su trato! ¡Qué gravedad en su andar y en todos sus movimientos! ¡Qué serenidad en su semblante! ¡Qué dulzura y suavidad en todas sus palabras! Oh, es el hombre Dios que todo lo hizo bien, que pasó por el mundo haciendo bien a todos, el más hermoso entre los hijos de los hombres, el Amado y amador de las almas, cándido y rubicundo, escogido entre millares, que roba las miradas y los afectos de todos los corazones que le ven o le oyen y les obliga a ir en su seguimiento olvidados de sí, de sus naturales necesidades. «He aquí mi siervo, yo estaré con él: mi escogido, en quien se complace el alma mía: sobre él he derramado mi espíritu; él mostrará la justicia a las naciones». *«Mansísimo y modesto* no voceará, ni será aceptador de personas»: no se oirá en las calles su voz. «No será melancólico *su aspecto,* ni turbulento, mientras establecerá en la tierra la justicia: y de él esperarán la ley divina las islas». (*Isai.* XLII*,* 1, 2, 4).

Penetremos en el Corazón de Cristo, donde está encerrada toda su gloria. ¡Qué pureza de intención en todas sus obras! ¡Qué conformidad tan perfecta con la voluntad de su Padre celestial! ¡Qué caridad tan divina con todos los hombres! ¡Qué celo tan encendido de la gloria de Dios! ¡Qué celo tan perfecto de la salvación de las almas! ¡Qué paz tan profunda en medio de las mayores contradicciones, cuando querían apedrearle, le llamaban endemoniado, glotón, embaucador de las gentes, revoltoso! ¡Qué calma y tranquilidad tan admirable cuando confundía las argucias de los escribas y fariseos, o echaba a latigazos a los mercaderes del templo! ¡Qué desapego de las alabanzas de los hombres cuando, arrebatadas de entusiasmo, exclamaban las turbas: jamás hombre alguno habló así! ¡Qué desasimiento de los honores y dignidades cuando huye al desierto al saber que le querían elegir rey, y llora en la pomposa entrada de Jerusalén! ¡Qué amor a la oscuridad al prohibir que se publiquen sus

beneficios milagrosos! ¡Qué pobreza tan excesiva, pues no tiene un bocado de pan, ni una piedra donde recline su cabeza! ¡Qué vida de ayunos, privaciones, fatigas, vigilias, trabajos de cruz y martirio continuos! No obstante, Cristo Jesús siempre se muestra jovial y alegre, siempre con una misma igualdad de ánimo que anima a sus discípulos, confunde a sus enemigos, y desarma a sus calumniadores. Era el Hijo unigénito del eterno Padre, igual a Él en poder, dignidad y alteza, y no obstante oculta su sabiduría, sus virtudes divinas y su ciencia aparece a los ojos del mundo como el hijo del carpintero de Nazaret, de donde (según decía) no podía salir cosa buena. ¡Cómo confunde una conducta tan divina la nuestra, floja, imperfecta y desarreglada! Si cristiano quiere decir otro Cristo, ¿en qué rasgos nos asemejamos a Él? ¿Por ventura, no debemos más bien llamarnos anticristianos? Pon delante de tan divino modelo el desorden de tu vida y de tus operaciones, y confúndete, y enmiéndate.

¡Oh mi Jesús! Dame un corazón como el tuyo, un exterior modesto y concertado como el tuyo, un trato como el tuyo, para ser semejante a tu imagen en vida, atraerte miles de corazones, salvarte innumerables almas y gozar de tu vista y compañía por toda la eternidad.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 2ª. *De los tres grados de humildad*

Composición de lugar. Represéntate a Cristo Jesús que te dice: Aprende de Mí que soy manso y humilde de corazón.

Petición. Dame, Jesús, la renuncia total de mí mismo, para seguirte mejor.

Punto primero. El primer grado de humildad es que así me abaje y así me humille cuanto en mí sea posible, para que en todo obedezca a la ley de Dios nuestro Señor, de tal suerte, que aunque me hiciesen señora de todas las cosas criadas en este mundo, ni por la propia vida temporal, no sea en deliberar de quebrantar un mandamiento, ya sea divino o humano, que me obligue a pecado mortal. Esto es, debo sufrirlo todo, debo perderlo todo, antes que pecar mortalmente. Este grado de humildad es absolutamente necesario para tu salud eterna, alma mía. Debes estar dispuesta a perderlo todo, a sacrificarlo todo, y negarte en todo, antes que ofender a Dios gravemente. Porque, ¿de qué te aprovecharía ganar todo el mundo, si a la postre perdieses tu alma? ¿En qué podrán dañarte todos los tormentos, dolores, trabajos, dolencias y desprecios, si por fin salvas tu alma? ¿De qué le sirven ahora al rico Epulón sus riquezas y placeres mientras se halla atormentado en aquellas eternas llamas? ¿Qué mal padece Lázaro ahora en el cielo, después que tanto padeció en la tierra? ¡Oh alma mía! Solo hay un mal que temer, y este es el pecado; solo hay un solo verdadero mal, sumo mal, que es el pecado, porque nos priva del sumo Bien eterno, que es lo único que hemos de apetecer. Llora por otro lado la pléyade innumerable de mártires de todo sexo, edad y condición que renunciaron a todas las cosas, incluso la vida, antes que caer en el pecado... Pondera los tormentos que sufrieron por no cometer pecado: unos fueron apedreados, otros aserrados, otros quemados vivos y probados con mil

tormentos y murieron a filo de espada. Y tú, ¿qué has hecho para evitar el pecado? ¿Qué haces? ¿Qué piensas hacer? ¿Estás ya en este grado de humildad, necesario absolutamente para salvarte? ¡Oh Dios mío!, basta de ingratitud; primero morir que pecar; primero morir que ofenderos. Viva Jesús mi amor, muera el pecado. ¿Estás dispuesta y resuelta y preparada a perder la fama, los bienes, la salud y la vida, antes que pecar mortalmente? ¿Qué dices? Si con una culpa grave consiguieras grandes riquezas y dignidades, todas las riquezas y dignidades del mundo, ¿pecarías mortalmente? ¿Si estuvieras enferma, tullida y en grave peligro de muerte o te amenazasen con grandes tormentos, pecarías mortalmente? ¿Te hallas tan firme que estés resuelta a padecer todos los males y perder todos los bienes de este mundo, antes que cometer un pecado mortal? ¿Qué dices? Pues ten por cierto que si no ardes con odio implacable al pecado, y no te espantas, más que de la vista del demonio, de las ocasiones de pecar, nada has hecho en el servicio de Dios; nada en la imitación de Cristo; nada en la tan recomendada indiferencia; nada en el deseo de la perfección, nada de fruto en estos santos ejercicios. Examina tu horror y tu odio implacable al pecado, avívalo y consérvalo, y toma los medios más eficaces para evitarlo.

Punto segundo. El segundo grado de humildad es más perfecto que el primero, y consiste en que yo me halle en tal punto que no quiero ni me afecto más a tener riqueza que pobreza; a querer honor, que deshonor, o desear vida larga, que corta, siendo igual servicio de Dios, nuestro Señor y salud de mi ánima; y con esto, que por todo lo criado, ni porque la vida me quitaren, no sea en deliberar de hacer un pecado venial.

Esto es, debo sufrirlo todo, perderlo todo, antes que cometer un pecado venial. De modo que debo preferir vivir pobre, despreciado y afligido, con Cristo pobre y humillado y abatido, que cometer un solo pecado venial, aunque con este pecado pudiera gozar de todas las riquezas, honores y placeres. La razón y la fe, alma mía, te dictan que te has de hallar indiferente respecto de las criaturas, porque no son más que medios para alcanzar tu último fin, y por consiguiente en perfecto equilibrio e indiferencia, para no hacer fin del medio. Y cometer un pecado venial por huir de algún mal o trabajo, o alcanzar algún bien, es faltar a la justa y razonada indiferencia en que debes hallarte acerca de aquellas cosas que esencialmente son medios. Además, debe apartarte del pecado venial su malicia que es enorme: 1º. Porque después del pecado mortal es el mayor mal de este mundo. 2º. Porque Dios lo aborrece con odio increíble, y lo castiga con horrendos castigos en este mundo y en el otro. 3º. Porque afea la hermosura del alma, entibia el fervor de la caridad y dispone para el pecado grave. 4º. Porque muchos santos han preferido la muerte al pecado venial. De todo lo cual debes concluir, alma mía, que debes evitar el pecado venial y no cometerlo, ni por alcanzar todos los bienes de este mundo, ni para evitar todos los males.

Reflexiona aquí, alma mía, cuánto es el horror que tienes al pecado leve. Dime, ¿estás dispuesta a sufrir toda clase de enfermedades, infamias, pobreza, muerte, antes que cometer una falta leve? ¿Consentirías, por ejemplo, en mentir para obtener muchas riquezas, grandes honores y deleites? ¿Es para mí igual ser despreciado que alabado; tener abundancia que pobreza; vivir sano que morir enfermo? ¿Qué respondo? ¡Ay alma mía! ¿Dónde, dime, dónde está tu virtud? Pues mira, que este, solo es el segundo

grado y fruto de la primera semana. Humíllate a lo menos, y no presumas de ti, pues tan ruin eres y tan falta de virtudes. Dios mío y fortaleza mía, ayudadme contra mi inconstancia y flaqueza. Quiero morir antes que daros el menor disgusto. Viva Jesús mi amor, muera el pecado traidor. Húndase el mundo antes que ofender a mi Dios.

Punto tercero. El tercer grado de humildad altísima, a cuya consideración desaparecen los dos precedentes, está en que siendo igual alabanza y gloria de la Divina Majestad, esto es, que aunque me fuera igualmente fácil salvarme con honores y riquezas que con pobreza y desprecios; por imitar y parecer más, actualmente, a Cristo nuestro Señor, quiero y elijo más pobreza con Cristo pobre que riqueza; oprobios con Cristo lleno de ellos, que honores; y desear más ser estimado por vano y loco por Cristo, que primero fue tenido por tal, que por sabio ni prudente en este mundo. Este tercer grado es el fruto más precioso de la segunda semana, de las meditaciones del Reino de Cristo y de las dos banderas. Esta es virtud heroica que imita con la mayor perfección a Cristo, el cual por nuestro amor eligió el camino de la pobreza, de las humillaciones, de los dolores y desprecios, porque habiéndosele propuesto gozo, se abrazó con la cruz, despreciando la confusión. ¿Qué? ¿Será posible que el Rey de reyes y Santo de los santos se haya hecho por nuestra causa varón de dolores, oprobio de los hombres y abyección de la plebe, menesteroso y pobre sin tener donde reclinar la cabeza; y tú mujercilla pecadora, gusano vil, pasas los días en regalos y te hinchas de soberbia? Sabes, alma mía, que los honores, deleites y riquezas son redes y cadenas con que el demonio arrastra y precipita los mortales a su ruina eterna, y los desprecios, dolores y pobreza son alas que levantan al cielo, ¿y no querrás abrazarlos? Si un cristiano es otro Cristo, ¿por qué rehúsas vestirte con su librea? Oh, si corriese por nuestras venas una gota de sangre generosa, ¡cómo nos inflamaríamos en ardientes deseos de imitar a nuestro divino modelo Jesucristo!

Supongamos que un capitán, amado de sus soldados, avanzara el primero hasta las murallas del enemigo, ¿quedaría algún soldado en el ejército que no le siguiese? ¿Y solo los cristianos no seguiremos a nuestro capitán Cristo Jesús? Lejos de vosotras, hijas de la gran Teresa de Jesús, nueva Débora, tal cobardía. Subamos con generosidad al tercer grado de humildad, como en general lo prometimos en la meditación del Reino de Cristo, y después en particular en la de las dos banderas.

Ánimo pues. Ya hemos comenzado no se debe volver atrás, ni conviene dejar el camino emprendido. Ea, hermanas, vayamos juntas formando Compañía: Jesús estará con nosotros. Ya que es nuestro capitán y guía, Él será nuestro ayudador. Mirad a nuestro Rey, que va delante de nosotros y peleará por nosotros. Sigámosle varonilmente: nadie tenga miedo a los peligros: estemos preparadas a morir valerosamente en la pelea: no haya ninguna cobarde, vendamos cara la vida y no echemos un borrón sobre nuestra gloria, huyendo de la cruz. Viva, viva para siempre nuestro Rey Cristo Jesús. ¡Oh alma mía! si llegas a este tercer grado de humildad, tu felicidad será semejante a la de los bienaventurados, porque ninguna cosa de este mundo podrá perturbarte. Vestirás como Cristo, te alimentarás como Cristo, gozarás como Cristo, serás el paraíso de Cristo y las delicias de su corazón por la unión más perfecta, y serás instrumento aptísimo para promover la mayor gloria de Dios por todo el mundo. Aquí hallarás el camino más seguro para ir al cielo, y te verás libre de miles de peligros; aquí está la

senda más breve y el mejor atajo para la perfección: aquí está la mina de méritos inapreciables: aquí el sábado espiritual y la pascua perpetua del alma, porque hace lo que Dios quiere y tan solo como Él lo quiere, y dejadas todas las cosas por Dios, recibe ya acá el cien doblado y espera poseer la vida eterna.

¡Oh Dios de bondad! ¡Qué tesoro está escondido en este tercer grado de humildad! ¿Qué gracias os daré por habérmelo hecho conocer y amar? Abrazo con singularísimo afecto, Jesús mío, los desprecios, trabajos y la pobreza porque son partecillas de tu cruz, santificadas y divinizadas por Ti. No ha de ser el discípulo más que el maestro, ni el siervo más que el Señor. Pues, ¿cómo, Dios mío, siendo Vos el Maestro y Señor, no he de seguiros en la pobreza, humillaciones y cruz? Lejos de mí el gloriarme sino en la cruz de mi Señor Jesucristo. En adelante, sí, Jesús mío, la pobreza será mi tesoro, el desprecio mi honra, las aflicciones mi placer, con ellos me desposaré: el dolor, pobreza, y desprecio serán mi riquísimo dote.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 3ª. *Entrada solemne de Jesucristo en Jerusalén.*

Composición de lugar. Contempla a tu Rey Cristo Jesús haciendo su entrada solemne en la ciudad de Jerusalén sentado sobre un pollino.

Petición. Jesús, Rey mío, dadme a conocer y sentir vuestros sentimientos y revestirme de ellos en este paso.

Punto primero. Considera, alma mía, cómo tu Rey Cristo Jesús, cinco días antes de morir clavado en el madero de la cruz, quiso hacer su entrada triunfal en Jerusalén, para cumplir la voluntad de su Padre celestial, expresa en las profecías, para la gloria de su Padre, para consuelo de sus escogidos, y para su propia abyección e ignominia. Por esto, al dirigirse desde Efrén a Jerusalén, acelera el paso, y pasa delante de sus discípulos con estupor de los mismos, porque el amor es aguijón que hace correr al cumplimiento de la obediencia. He aquí que subimos a Jerusalén, les dice, y allí se cumplirán todas las cosas que están escritas por los profetas del Hijo del hombre, porque será entregado a los príncipes de los sacerdotes y a los escribas y estos le condenarán a muerte y le entregarán a los gentiles para que escarnezcan de Él y le azoten y crucifiquen, y al tercer día resucitará.

Pondera aquí, alma mía, que una sola vez quiso admitir Cristo Jesús los aplausos y honras del mundo, y esta vez fue para que fuese mayor su afrenta y su deshonra e ignominia, para darnos a comprender que es cosa honrosa y gloriosa padecer trabajos y desprecios por cumplir la voluntad divina, y que no debemos arredrarnos ni desistir de nuestros buenos propósitos, aunque se nos presenten muchos a nuestro paso.

Punto segundo. ¿Cómo entra Jesús en Jerusalén? Al estar cerca de la ciudad envía Jesús a dos de sus discípulos a un lugar que se hallaba enfrente, con el encargo de que le traigan un asna con su pollino que allí estaban atados, y colocando los discípulos sus

capas sobre el jumentillo, le hicieron sentar a Jesús sobre él, y con esta humildad, mansedumbre y pobreza entra en la ciudad. Pondera el bajo aprecio y estima en que has de tener todas las honras mundanas y todas las pompas del siglo, y lo mucho que has de apreciar la humildad, la mansedumbre y la pobreza, porque éstas son las libreas de los criados del Rey de la gloria, Cristo Jesús y con ellas se han de vestir al parecer en su presencia, si quieren que los reconozca por suyos. ¿Andas tú así vestida?

Reflexiona cómo llegando Cristo Jesús cerca de la ciudad, a deshora, y por inspiración del cielo, salieron a recibirle un tropel de gentes, de hombres y niños, de los cuales unos cortaban ramos de los árboles, otros extendían en el suelo sus vestiduras, otros llevaban palmas en las manos en señal de triunfo y todos entonaban, llenos de inexplicable gozo, himnos de alabanza diciendo: *Bendito el que viene en nombre del Señor: Hosanna al Hijo de David, Hosanna en las alturas.* ¡Cómo honra el Padre celestial a su Hijo! Así Dios exalta a los humildes.

Pondera la devoción de esta gente sencilla, que se quita sus vestidos y los tiende en el suelo, en señal de reverencia, para que Cristo nuestro Señor los pise. Arroja tú, con el mismo espíritu de fe pura y tierna devoción, todas tus cosas y todos tus afectos a los pies de Cristo, para que los santifique y los haga suyos, y asociándote en espíritu a tan devota procesión clama de lo íntimo de tu alma, sobre todo al recibir en tu pecho a Cristo en persona, en la Comunión: Bendito el que viene en el nombre del Señor. Hosanna, gloria, loor, alabanza y acción de gracias le sean dadas en el cielo, en la tierra y en los abismos por los siglos de los siglos. Amén.

Punto tercero. Jesús llora amargamente sobre Jerusalén. Considera las causas de este llanto, porque admira en tan gran pompa mezclar el llanto, y nos enseña cuán poco debían pegarse las alabanzas a su corazón. Llora Cristo por el mal que había de venir a los réprobos, de los cuales era figura Jerusalén. Llora por los pecados que había de cometer quitando la vida al mismo autor de la vida. Llora por los castigos que habían de venir sobre Jerusalén a causa de este deicidio. Llora porque en la ingrata y obstinada Jerusalén estaba representada la ciudad del pecado y de los pecadores, que es este mundo, y la Jerusalén terrena, donde están mezclados pecadores y justos, y mirando los pecados de los malos, y los castigos que por ellos habían de venir, lloraba sobre ellos, y por consiguiente lloraba sobre tus pecados, pues los tenía presentes.

¡Oh, cuán grave mal es el pecado, pues obliga a llorar al mismo Hijo de Dios en medio de tan gran regocijo! Yo lo detesto, Jesús mío, con todo mi corazón.

Pondera cómo Jesús apostrofó a Jerusalén en medio de su llanto diciendo: «¡Ah, si conocieses tú en este día las cosas que son para tu paz y ahora te están escondidas! Mas serás cercada de tus enemigos, y apretada por todas partes y echada por tierra, sin dejar en ti piedra sobre piedra, porque no conociste el tiempo de tu visita». ¡Oh alma mía!, aquí tienes tu retrato. La causa principal de tu perdición ha sido siempre el no conocer tus miserias y por consiguiente el no llorarlas, ni detestarlas ni acudir a Jesús, salud de las almas, para que las remedie con su bondad y misericordia, que te ofrece graciosamente. ¡Ay de ti, si no conoces la visita de tu Salvador! ¡Sobre ti vendrán los castigos que Jesús, llorando, anuncia al alma ingrata! Si resistes a su gracia,

si desoyes los llamamientos de su misericordioso amor, tus enemigos, te cercarán, te derribarán, sin dejar en pie ninguna virtud sólida. ¡Oh piadosísimo Jesús! Caigan esas lágrimas sobre mi alma pecadora, y límpienla, ablándenla y, purificada, abrásenla en vuestro amor. No me reservéis para el fuego de vuestra ira como a la Jerusalén deicida, sino para cantar vuestras misericordias eternamente en el cielo. Amén.

Contempla, por fin, cómo Jesús se dirige al templo a dar gracias a su Padre. Sanó muchos ciegos y cojos y los niños renovaron el cántico *Hosanna al Hijo de David,* y al anochecer, cansado de trabajar, se vuelve a Betania, porque cansado de predicar y hacer maravillas, siendo ya tarde, miraba a todos, por ver si alguien le convidaba y hospedaba en su casa, y nadie lo hizo por temor de los fariseos, y así se volvió ayuno con sus apóstoles a Betania, que distaba dos mil pasos de Jerusalén. ¡Cuánta es, Jesús mío, vuestra generosidad y misericordia con nosotros, y cuán grande nuestra cortedad y tacañería para con Vos! ¡Cuán poco hay que fiar de los hombres, pues tan presto se mudan y por respetos y temor humanos desamparan por la tarde al que habían recibido con tanto regocijo por la mañana! ¡Oh Jesús mío, no permitáis que yo sea del número de estos cobardes e ingratos que así os abandonan: Hosanna, bendito el que viene en nombre del Señor!

Vuestra soy, para Vos nací.
¿Qué mandáis hacer de mí?

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4ª. *Contemplación desde la cena al huerto inclusive.*

Preludio primero. La historia: Cristo como guerrero y vencedor poderoso vence en este paso a los tres apetitos capitales: riquezas, honores, deleites.

Preludio segundo. Ver el lugar: o considerar el camino desde el monte Sión al valle de Josafat, y asimismo el huerto, si ancho, si largo, si de una manera, si de otra. Ver a Cristo postrado, orando con gran reverencia y goteando su divino rostro de sudor de sangre, al través de los pálidos reflejos de la luna, en la gruta de Getsemaní.

Preludio tercero. Petición: Padre mío, yo os demando dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna de tanta pena que Cristo pasó por mí.

Punto primero. Después que Cristo ejercitó su profundísima humildad lavando los pies de sus discípulos, y su infinita caridad instituyendo y dándoles el sacramento de la Eucaristía, hízoles aquel admirable sermón, que fue como su testamento, en el cual les recomendó: 1º su amor y la observancia de sus preceptos, 2º la mutua caridad, 3º el deseo y cuidado de la oración, 4º la confianza en Dios y en Él, en las apreturas y adversidades, y la promesa del Espíritu Santo. ¡Cuánto ama a los suyos Cristo y cómo se cuida de su salvación aun en su pasión! Y después de decir el himno, y añadir una larga y ferviente oración al Padre, en la que pide su glorificación y la de Él; y ruega por

sus discípulos y por todos los que han de creer en Él para que los santifique en la verdad, y los preserve de todo mal, y los conserve en la unidad y santidad, para que todos conozcan que le ha enviado su Padre, y que conozcan su amor y le glorifiquen y se salven; se dirige en compañía de sus discípulos, como Padre en medio de sus hijos, al huerto, con ánimo invicto, mostrando que se ofrece de su voluntad a padecer, por obediencia al Padre y amor a los hombres; deja a los ocho discípulos a su ingreso, encargándoles que vigilen y oren, y con sus tres discípulos más amados Pedro, Juan y Santiago, se interna en él más, y arrancándose de ellos cuanto era un tiro de piedra y encargándoles que velasen y orasen, empieza en el huerto su oración y su sudor de sangre y agonía terribilísima. Como Cristo sabía que la pena mayor de este mundo es la tristeza interior causada por alguna cosa espiritual o temporal, Cristo quiso sufrir esta tristeza sin ninguna consolación, para padecer más, para padecer todas las penas interiores que se encuentran en el camino de la perfección, y para darnos ejemplo de paciencia y penitencia, y mostrarnos el remedio contra aquella. Y como sus enemigos no podían llegar a su alma, Él mismo quiso espontáneamente padecer esta tristeza y penas interiores para gloria del Padre y nuestra salud y enseñanza. Contempla a Cristo como víctima. Esfuérzate, alma mía, para penetrar hasta lo íntimo del Corazón de Jesús en su agonía en Getsemaní. Está solo, y así admitirá mejor tu ruin compañía. Cuatro, como pasiones diversas, nota el Evangelio en este paso: temor, tristeza, tedio, agonía, que estaban en el apetito superior e inferior.

1º. El temor fue del cúmulo inmenso de todos los dolores y tormentos que debía padecer luego en su cuerpo natural en el decurso de su pasión: los cuales los sintió todos juntamente y de una sola vez. Temió Cristo, además, por todos los dolores que había de padecer su cuerpo místico: la Virgen, los apóstoles, mártires, todos los fieles, en una palabra, que eran sus miembros y Él, como cabeza, los presentía.

2º. La tristeza fue inmensa por todas estas cosas y además por todos los pecados de todos los hombres, que tenía presentes, hasta el fin del mundo.

3º. El tedio, que añade cierta pureza de dolor a la tristeza, por la condenación de Judas, por la reprobación y devastación de su pueblo, por la condenación de tantos fieles, por la ingratitud de los hombres, por el poco fruto que daría su preciosa sangre derramada con tanta abundancia, cuando una sola gota bastaba para redimir mil mundos. ¡Oh! su infinito amor y presciencia son las dos espadas que aumentan indeciblemente sus penas.

4º. La agonía fue la lucha, el combate entre la parte inferior que huía el padecer, y la parte superior que lo apetecía, las cuales con mutuo conflicto agravaban el dolor. ¡Oh! Mira como se entraban ejércitos de pecados y culpas y faltas por el alma santísima de Cristo, y todos tomaban asiento en ella hasta que por todos y cada uno padeciese. ¡Cuán grande es su agonía y su dolor! En tropel entraban de todas partes y de todos los siglos, y los tuyos también. Todos, todos y cada uno de tus pecados y faltas atormentaron el alma purísima de Cristo, y ofreció su sangre por tu perdón.

¡Oh alma mía! ¿Cuánto horror debes tener a cometer el pecado y al desorden de tu alma, viendo a Cristo impecable, que solo por salir fiador de nuestros pecados y verse cubierto con el manto de pecador, así agonizó?

Su alma purísima y santísima rehuía natural, instintivamente, el verse cubierto, vestido con la corona ignominiosa de todos los pecados del mundo; mas como era voluntad del Padre, la admite. *Y puso sobre Él las iniquidades de todos nosotros.* Y al verse cubierto con este manto sucio, asqueroso, abominable, palideció, agonizó.

La naturaleza tenía horror a la muerte, la gracia exigía este sacrificio. La vista de Dios ultrajado y de tantas almas réprobas aumentaban su agonía. El temor de una muerte la más cruel e ignominiosa le movía a no beber el cáliz de la pasión; el celo de la honra del Padre, su voluntad santísima, el amor a los hombres, le fuerzan a aceptarla, y de este combate horrible nace su agonía y sudor de sangre.

Pondera la magnitud de este dolor, de estas penas interiores de Cristo en este paso, porque: 1º. Cristo fue lleno de estas pasiones dolorosas en todas las potencias de su alma.

2º. Excluyó todo gozo, todo deleite y consuelo de la divinidad o visión beatífica que redundaba en el alma de un modo sensible; para aumentar y agravar de esta suerte sus penas con un milagro.

3º. Fue suma esta tristeza, mayor que todo dolor corporal, porque fue espiritual: mayor que toda pena espiritual, honesta o torpe moralmente. Porque fue sobrenatural; mayor que toda pena sobrenatural, como que era la causa meritoria y ejemplar de aquella. Fue además de todos los pecados pasados, presentes y futuros claramente conocidos, por un amor sumo y gracia sobremanera intensa. Por eso se dice que es grande como el mar su quebranto, y si muchos penitentes han muerto, roto el corazón de dolor por la contrición de sus pecados, ¿qué hubiese debido suceder al Corazón de Cristo, si la divinidad no hubiese sostenido su vida para más padecer? ¡Oh alma mía!, esta es la fuente del verdadero dolor de los pecados; este es el modelo del corazón contrito; y este dolor es el que debes excitar en ti en la confesión activa y pasiva. Corazón de Jesús puesto en agonía, comunicad vuestro dolor al alma mía.

Punto segundo. ¿Qué hace, cómo se conduce Cristo en esta tristeza mortal? No la rehúye ni busca evitarla, no mendiga consuelos humanos, nada cambia de su modo de obrar, porque iba según su costumbre al Monte de los Olivos. A sus tres discípulos más amados, Pedro, Juan y Santiago, descubre su tristeza, no para consuelo, sino para su enseñanza. Triste está mi alma, les dice, hasta la muerte. Esperaos aquí, y velad conmigo. Y al arrancarse de su compañía les añade: «Sentaos aquí, mientras voy allí, a orar».

Aquí, tienes, alma mía, un modelo en tus penas. ¿Qué debes hacer? Conformarte con lo que Dios quiere, permanecer firme en tus propósitos, despreciar los consuelos humanos, descubrir tus penas a quien debes, recomendarte a las oraciones de los demás, acogerte a la oración. ¡Oh si lo haces! ¡Cuán meritorias serán tus penas! ¡Cuán

confortada quedarás en ellas! Atiende a la oración de Cristo y de ella aprenderás el modo de orar provechosamente. Busca Cristo, en primer lugar, la soledad para orar, pues, se aparta hasta de sus tres más amados discípulos, como cosa de un tiro de piedra. Lo hace con gran reverencia y humildad, pues, arrodillado, se postra con el rostro sobre la tierra. Es su oración llena de confianza. Padre, Padre mío, exclama, todas las cosas te son posibles. Repite la misma oración... Lección de heroica constancia. Entrado en agonía, redoblaba su oración. Mira con qué fervor y perseverancia, pues pasa tres horas orando. ¿Oras tú como Cristo?... ¿Es reverente, humilde, confiada, perseverante tu oración? ¿No? Por eso tus oraciones no son aceptas a Dios.

Pondera cómo en la primera parte de su oración expone Cristo su deseo, ineficaz por cierto. Sí es posible, Padre mío, dice, pase de mí este cáliz. En la segunda parte de la oración corrige este su deseo y añade, resignándose completamente a la voluntad de su Padre: «No se haga empero mi voluntad, sino la tuya. No lo que yo quiero, Padre mío, no como yo lo quiero, sino como Tú». ¡Qué ejemplo, alma mía, te da Cristo al orar en este paso! Así debes portarte con Dios en la oración: primero debes exponer tu deseo a Dios, proponerle tus repugnancias, pedirle el remedio... pero siempre debes concluir por resignarte enteramente y en todas las cosas a su divino beneplácito. «No lo que yo quiero, ni como yo lo quiero, sino como Tú, Padre mío, quieres, hágase». Una, dos y tres veces interrumpe su oración y visita Cristo a sus discípulos, para enseñarnos que debemos dejar a Dios por Dios, para bien del prójimo, y volvernos luego a la oración.

Mira la solicitud y amor de Cristo y la fragilidad humana en este paso, porque mientras Cristo excita o despierta a sus discípulos, los increpa, les echa en cara su somnolencia, especialmente a Pedro cuando le dice: *¿Simón, duermes? ¿No habéis podido ni siquiera una hora velar conmigo?* Callan y vuelven a dormirse, mientras Cristo ora, y prolonga su oración en su agonía y sudor de sangre.

¡Oh alma mía! aprende a tratar a las almas débiles y frágiles con dulzura, no con dureza, y a atender a tus súbditos, cuando están tristes, a ejemplo de Cristo. Dios te consolará y confortará en este caso; porque escrito está: Con la misma medida que midiereis seréis medidos. Juicio sin misericordia para aquel que no la tuvo con sus hermanos.

Punto tercero. Apareció a Cristo, estando en esta oración, un ángel del cielo, que le confortaba. Este es el fruto de la verdadera oración y resignación. Gabriel, fortaleza de Dios, ministro del Verbo encarnado, se le aparece a Cristo, no consolándole, sino confortándole, proponiendo la necesidad de padecer por obediencia, para gloria de su Padre y del mismo Cristo, para la salvación que tomó a su cargo del género humano, para satisfacer por los pecados... Todas estas cosas, aunque Cristo las conocía perfectamente, las recibe y oye humildemente de su criatura, de parte de su Padre celestial. Aprende de aquí, alma mía, en tus penas y desolaciones a buscar en las criaturas, no consuelo, sino fortaleza; no desdeñes el socorro de tus inferiores que te aconsejan lo que es recto y que te confirman en tus buenos propósitos; y lo mismo procura hacer con tu prójimo cuando está triste y desolado.

El efecto de esta celestial confortación fue aquella agonía prolija en la oración, la cual en la desolación se debe alargar más. En ella, con tanta violencia venció Cristo y subyugó todos los movimientos del alma que le apartaban de padecer, que superó completamente todas las repugnancias de la naturaleza y las venció perfectamente. Esto es lo que debes hacer tú en la oración: proponerte todas las cosas que te repugnan, e impugnarlas y vencerlas totalmente con tu vigilancia y esfuerzo y, sobre todo, por la gracia de Dios.

Pondera, por fin, alma mía, cómo de esta tristeza mortal y agonía de muerte, hízose el sudor de Cristo, como de gotas de sangre que corrían hasta la tierra. ¡Oh prodigio jamás oído! ¡Cuánta violencia y esfuerzo fueron necesarios para que brotase de todos los miembros de Cristo este sudor sanguíneo! ¡Cuán grande su abundancia, para correr hilo a hilo no gota a gota, hasta el suelo! ¿Quién podrá con esto medir la cualidad e inmensidad de la agonía de Cristo? Resiste tú así al pecado, alma mía, hasta derramar tu sangre, pues el pecado fue la causa única de la agonía y sudor de sangre de Cristo. Pondera, por fin, los efectos admirables de esta oración de Cristo. De la oración se levanta vencedor y anima con la palabra y el ejemplo a sus discípulos diciéndoles: «Levantaos, vamos, he aquí que se acerca el que me ha de entregar». Y después de decir a Judas, por ver si le convertía su perfidia: «Amigo, ¿a qué has venido? Judas, ¿con un ósculo entregas al Hijo del hombre?» Después de preguntarles a las turbas: «¿A quién buscáis?» Y al responderle: «A Jesús Nazareno». Decirles: «Yo soy», y hacerles volver atrás, y caer en tierra, se dejó prender, dio licencia a sus perseguidores diciéndoles: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas». Se acercaron entonces, echaron mano sobre Jesús y lo prendieron y ataron como a un ladrón. Entonces todos los discípulos de Jesús abandonándole huyeron. ¡Cuánta es la fragilidad humana! ¿Dónde están los que decían poco antes: Vamos nosotros y muramos con Él? (*Joan.* XI). Oh Jesús puesto en agonía, acepta, Señor, mi ruin compañía, y dame gracia para conservarla toda mi vida.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Día décimo

Meditación 1ª. *Penas exteriores de Cristo*

Preludio primero. Representaos a Cristo en el huerto, en el tribunal de Caifás, de Pilatos, palacio de Herodes, en el pretorio y camino del Calvario.

Preludio segundo. Padre mío, dadme dolor con Cristo doloroso, quebranto con Cristo quebrantado, lágrimas, pena interna, esforzándome en entristecerme y dolerme de tanto dolor y de tanto padecer de Cristo nuestro Señor que por mí pasó, por mis pecados.

Punto primero. Jesucristo víctima. Considera a Cristo como una víctima desollada por la fiera pésima del pecado, de suerte que no tiene parte que no esté llagada, ni cosa en que no haya sufrido.

Los dolores de Cristo fueron universales, sin exceptuar ninguna parte de su cuerpo. Mira a Cristo, alma mía, registra todos sus miembros, y verás cómo desde la planta de los pies hasta la coronilla de su cabeza, no hay parte que esté sana: todas están llagadas. Su cabeza taladrada, coronada de espinas; sus cabellos mesados, los ojos y el rostro nublados de sangre y salivazos; sus mejillas amoratadas por las bofetadas; la boca atormentada con la sed y amargada con la hiel; la barba cruelmente arrancada; sus carnes, nervios, espaldas, vientre, pecho, costados, descarnados sin piedad; el cutis rajado y roto, las venas y las arterias rotas; los músculos desnudos de sus fibras; las carnes desgarradas hasta vérsele los huesos; manos y pies traspasados con crueles clavos... Le vimos, dijo el profeta, y ni figura ni aspecto de hombre tenía, oprobio de los hombres y abyección de la plebe: varón de dolores, herido por la mano de Dios y humillado.

Los dolores de Cristo fueron sin ningún alivio. Pidió una poca de agua en su hora última de agonía, y diéronle vinagre mezclado con hiel. Este fue todo el alivio que recibió durante su pasión acerbísima de parte de los hombres ingratos. ¿Por ventura tú también has abrevado a Cristo paciente con hiel y vinagre de tus pecados e ingratitudes, alma mía? Los dolores de Cristo fueron los más crueles, los mayores que el hombre puede sufrir: porque su cuerpo, formado por el Espíritu Santo, era sumamente delicado, y porque los sufrió en las partes más sensibles. Pondera el tormento de los azotes, la coronación de espinas, la crucifixión de pies y manos... ¿Puede darse mayor dolor? Y todo esto por mí. Ha sido cubierto de llagas por nuestras iniquidades y como quebrantado por nuestros crímenes. El castigo que debía procurarnos la paz ha venido a caer sobre Él, y hemos sido curados por sus cardenales.

Punto segundo. ¿Qué padece? En su libertad, pues le atan como facineroso. Padece de parte de sus amigos. Uno de los apóstoles le vende a sus enemigos, otro le niega, por tres veces a la voz de una criada, y todos le abandonan en la hora del peligro.

Padece en su reputación falsas imputaciones y calumnias. A un alma noble y sincera nada la hiere tanto como el imputarle delitos falsos, que ni siquiera ha soñado cometer. Oye en los tribunales donde se acusa a Cristo, impecable: Es un hombre dado al vino, dicen falsos testigos; glotón, que come con los publicanos y pecadores; está dominado de un orgullo intolerable, pues que se hace proclamar como Dios; quiere destruir el templo de Jerusalén; esparce una doctrina impía y subversiva entre el pueblo; es un hechicero y obra milagros en virtud del demonio; un seductor, que maquina astutamente la ruina del pueblo; que se hace Rey y prohíbe pagar el tributo al César; un impostor, sedicioso e impío, blasfemo, reo de muerte.

Padece en su honor escarnios y burlas. En el tribunal de Caifás se le da una cruel bofetada, como culpable de irreverencia para con el sumo pontífice. Le vendan los ojos los soldados, le hieren por turno y claman: Profetiza, Cristo, y di quien te ha herido. Se le declara fatuo y mentecato en la corte de Herodes y se le viste una vestidura blanca, y como loco anda por las calles de Jerusalén entre las burlas e irrisiones de un pueblo ebrio de furor.

En el tribunal de Pilatos es puesto en paralelo con Barrabás, facineroso, y el pueblo prefiere a este, y pide la crucifixión de Cristo. En el pretorio la chusma de los soldados le cubre con andrajos de púrpura, le coronan de espinas, le ponen una caña en las manos, y por irrisión se postran delante de Él, saludándole y diciéndole: Dios te salve, Rey de los judíos, pero después le arrojaban salivas asquerosas a su rostro y le daban bofetadas. Y mientras los cielos y los ángeles del cielo lloran a la vista de este espectáculo sangriento, el pueblo se divierte con Él, y ríe y se burla. Y Jesús calla...

Mas la sentencia de muerte fue la mayor ignominia de Jesús, porque Barrabás, facineroso, sedicioso y homicida es preferido a Jesús inocente e impecable, y que solo había hecho beneficios al pueblo de Israel. Viva Barrabás, clama aquel pueblo ebrio de furor, y muera Cristo. ¿Y cómo ha de morir Cristo? Con la muerte más ignominiosa y dolorosa, esto es, crucificado. Y aún más: para que todos reconozcan que Jesús es el mayor malhechor, muere crucificado en medio de dos asesinos. Así lo quiso el pueblo, así lo anunció Pilato. Así fue conducido a la muerte Jesús, entre el gozo festivo de los sumos sacerdotes, entre las blasfemias de los escribas y fariseos, y entre los insultos más soeces de un pueblo desenfrenado y envilecido.

Punto tercero. Pondera, alma mía, *cómo* sufre Jesús todos estos dolores, tormentos, injurias, ignominias y penas.

El real profeta nos enseña cómo soportó Cristo tales ignominias y ultrajes y oprobios. Me hice semejante a un sordo que no oye, y a un mudo que no abre su boca y no halla qué replicar (*P.* XXXVII, 14). ¡Oh qué portentosa humildad se esconde bajo de este silencio! Aprende, alma mía, a despreciar la opinión y estimación de los hombres. ¿Qué importa el desprecio de los hombres, si tienes la aprobación de Dios? Los que me alaban, mientras Vos me vituperáis, ¿me salvarán por ventura, cuando Vos me condenéis? *(San Agustín)*

Calla, pues, Jesús, y en silencio y sin quejarse ni defenderse, sufre tantas penas.

Jesús tolera sus penas con mansedumbre inalterable. A pesar de las irrisiones, befas, insultos, blasfemias, provocaciones, improperios, escarnios, sarcasmos... Jesús no se aíra, sufre con paciencia.

Jesús tolera con increíble fortaleza y deseos de padecer más. Esto se ve en su sed, y en la sentidísima queja a su Padre: ¿Por qué me habéis abandonado? Esto es, como si quisiera decir: ¡Oh Padre!, ¿por qué no me dais fuerzas para vivir más y para padecer más por vuestro amor y por amor de los hombres? Así se lo podría probar mejor. ¡Oh pacientísimo Jesús!, ¿aún no estáis harto de oprobios y sufrimientos?

¿De quiénes padeció? De todos. Los judíos le procuraron la muerte con suma injusticia; los gentiles se la dieron con suma crueldad; los sacerdotes y letrados sobornaron a las turbas con gran furor; los príncipes avivaban la llama de la ira popular con sumo encono, y el pueblo todo pidió su sangre y su muerte en cruz con suma rabia, con gritos desaforados. Los suyos lo vendieron o le abandonaron, y su Madre benditísima, que le fue siempre fiel, acrecentaba con su vista su tormento, pues no podía ayudarle.

Y hasta el eterno Padre, que podía volver por Él, no quiso; cosa que le echaron en cara sus perseguidores y que le obligó a exclamar: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado? Padeció de parte de los letrados y ancianos, de los pontífices y sacerdotes, de los magistrados y jueces, que a la vista del pueblo, era la gente más granada en virtud y sabiduría.

¿Qué padeció? Suma pobreza. Así como no tuvo casa ni una cueva para nacer, no tuvo cama en que morir, ni almohada donde reclinar la cabeza, ni sábana en que ser envuelto, ni lienzo con que cubrir su desnudez, ni sepulcro donde ser enterrado, ni una gota de agua para apagar la sed. Sus vestidos se los repartieron los soldados ya antes de expirar, y echaron suertes sobre su túnica. ¿Puede darse mayor pobreza y desnudez? ¡Oh! no es posible.

Y todo esto ¿por qué lo padece Jesús? Por mí, por mis pecados, por mi amor. ¿Y tú qué has hecho, vil pecadora, qué haces, qué piensas y debes hacer para probar tu amor? Propón y enmiéndate de tus vicios y faltas para consolar al buen Jesús. ¡Oh buen Jesús crucificado! Escribe y graba en mi corazón tu amor y tu dolor. Tu amor para despreciar por Ti todo otro amor; y tu dolor para sufrir por Ti todo dolor. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 2ª. *Amor con que padece Jesús*

Punto primero. Yo he venido a traer fuego a la tierra, esto es, a encender las almas en el fuego del divino amor, y no tengo otro deseo sino que ardan en este fuego divino. Yo deseo ser bautizado con el bautismo de mi propia sangre, y ¡cuánta es mi angustia hasta que se perfeccione! (*Luc.* XII, 5). Sabiendo Jesús que era llegada la hora... habiendo amado a los suyos, los amó hasta el fin (*Joan* XIII). Yo he deseado con un deseo ardiente comer esta Pascua con vosotros. (*Luc.* XII, 15). Tengo sed. Con estas y otras palabras manifestaba Jesús el encendidísimo deseo que tenía de padecer por el hombre. Y lo que deseaba lo cumplió.

Considera la excelencia de este amor. Bastaba un suspiro para redimir al hombre, pero no bastaba para probarnos su exceso de amor. Porque nos amó, nos lavó de nuestros pecados con su sangre. ¿Por qué, Jesús mío, habéis querido sufrir tanto por mí? ¿Quién soy yo para que hayáis querido comprar a tan grande precio mi amor? Atended y ved si hay dolor como mi dolor, y por consiguiente si hay amor como mi amor.

Jesús me ha amado, y se ha entregado a la muerte por mí, porque de tal suerte me ama, como amó a todo el mundo. Vos, Jesús mío, habéis hecho por mí solo, sin habéroslo yo rogado.

Pondera, alma mía, que es tan grande este amor, que estaba y está dispuesto el buen Jesús a morir tantas veces cuantas son las almas condenadas, si todas fuesen capaces de redención. ¡Oh buen Jesús! ¡Oh amorosísimo Jesús! ¡Oh bien el más amable de todos los bienes! ¿Por qué os amamos tan poco? ¿Por ventura no sois digno de ser

amado con infinito amor? ¡Ah! Hacednos conocer a todos lo que Vos habéis padecido por cada uno de nosotros, el amor que nos profesáis, el deseo que tenéis de ser amado, los hermosos títulos que tenéis a nuestro amor. ¡Daos a conocer a todos los hombres, Jesús mío amabilísimo! ¡Haceos dulcemente amar por todos y en especial por mí, que tanto os debo amar y tan poco os he amado!

Punto segundo. Considera cómo Jesús se nombra a sí mismo el buen Pastor que da su vida por sus ovejas; y cómo no se halla en el mundo otro como Él. Los otros pastores dan la muerte a sus ovejas para conservar su vida, mas Jesús, Pastor mío amantísimo, habéis querido dar vuestra vida divina por la de vuestras amadas ovejas... Y yo soy ¡oh dicha inefable!, una de estas ovejas. ¡Cuánta confianza y amor debo tener en esta preciosa sangre!

El esclavo peca, y Jesús, Señor, paga la pena por sus pecados. ¡Oh sangre de Jesús!, tú eres mi esperanza. He sido comprado con el precio de vuestra sangre; por consiguiente no soy mío, sino todo de Vos. No puedo amar más que a Vos. Yo he cometido la culpa, y Vos habéis pagado la pena. ¿Qué os importaba, Jesús mío, que mi alma se perdiera, que fuéramos castigados como merecíamos? ¿Para librar de la muerte a unos esclavos infieles e ingratos, Vos Señor, habéis querido morir en una afrentosa cruz? ¡Oh milagro! ¡Oh gracia! ¡Oh exceso de amor, que jamás os podremos agradecer!

Quiso Jesús ser maldito sobre la cruz, para que nosotros fuésemos benditos en su reino.

Quiso ser abandonado en los tormentos de la cruz hasta de su eterno Padre, para que nosotros no quedáramos en nuestros pecados. ¡Oh prodigio de misericordia! ¡Oh dignación excesiva de vuestro amor para con los hombres!

Jesús nos amó y nos lavó de nuestros pecados con su sangre. Hizo un baño de salud con su sangre para limpiarnos de nuestras suciedades. Oh buen Jesús, ¿qué habéis hecho? ¿Hasta dónde ha llegado el exceso de vuestro amor y de vuestro dolor?

Ámeos con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, y nadie ni nada sea capaz de separarme de vuestro amor, ¡oh mi Amor crucificado!

Punto tercero. Considera el exceso de amor de Jesús, con el exceso de sus trabajos, de su dolor. Bastaba para redimir no un mundo, sino infinitos mundos, un suspiro, una lágrima, una oración de Jesucristo. ¿Por qué pues, prefirió tantas penas y una muerte tan cruel, que solo el dolor que sintió separó de su cuerpo el alma de Jesús? Mas, si bastaba una oración de Jesús para salvarnos, no bastaba para mostrarnos el amor que Dios nos tiene. Como no había otro medio más propio para mostrarnos el inmenso amor que nos tiene, escogió tan grande dolor. Esta es la prueba más grande de su amor. Padeciendo Jesucristo por nuestro amor ha pagado a Dios más de lo que exigía la reparación de la ofensa del género humano. Quiso Jesús padecer mucho, con el fin de imponer al hombre una grande obligación de amarle. ¿Qué mayor prueba de amor puede dar un amigo que la de dar su vida por el amigo? Pero Jesús ha hecho más: ha dado su vida por nosotros, sus enemigos, sus rebeldes hombrecillos e ingratos

gusanillos. La causa de padecer tanto Jesús, fue para atraer nuestros corazones a su amor, a la vista de pruebas tan grandes de amor, porque en su pasión conocemos el grande amor que nos tiene.

Exceso de dolor y exceso de amor es vuestra pasión, oh Jesucristo, porque me habéis amado más que a Vos mismo, pues por salvarme a mí habéis querido dar vuestra vida, vida infinitamente más preciosa que la de todos los hombres y ángeles y santos.

Jesús mío, sois pródigo de Vos mismo por mi amor, pues no solo habéis dado vuestros bienes, sino a Vos mismo, por rescatar al hombre perdido. Tanto habéis amado a unos miserables gusanillos, que por ellos habéis querido morir en una cruz. En la ley antigua podía dudar el hombre si Dios le amaba con ternura, más después de haberle visto clavado en cruz, derramar toda su sangre y morir, ya no puede dudar ni de la ternura, ni del inmenso amor que le profesa. El secreto amor de su corazón se descubre por los agujeros de las llagas de su cuerpo.

Los gentiles tenían por increíble necedad o locura el predicarles a Jesús Dios, crucificado por el amor del hombre. Mas la fe nos enseña que la Sabiduría eterna, el Hijo único de Dios hecho hombre, padeció, fue crucificado y murió por amor del hombre. Parece, en verdad, este exceso de dolor una locura de amor: mas el amor no tiene modo en demostrarse. Sois, Jesús mío, loco de amor, porque habéis querido morir por mí, gusano vil e ingrato, cuyos pecados y perfidias conocíais ya de antemano. Si Vos sois loco de amor por mí, ¡oh mi Dios!, ¿cómo yo no soy loca de amor por Vos?... ¡Oh azotes! ¡Oh espinas! ¡Oh clavos! ¡Oh cruz! ¡Oh llagas! ¡Oh muerte! ¡Oh dolores de mi Jesús! Hacecito de mirra seréis para mí: y moraréis siempre en mi pecho, y os amaré con todo mi corazón. No quiero vivir sino por Vos, ni padecer sino por Vos, ni pensar sino en Vos, ni obrar sino por Vos, ni quiero otra recompensa, ni otro premio más que a Vos, Jesús, mi Dios, en vida, en la muerte y por toda la eternidad. Crucificada viviré con Cristo, muerta al mundo y al pecado, y solo viviré por Jesús, con Jesús, para Jesús. ¡Oh María, Madre de Jesús y mía! Ayudadme a amar y hacer amar a vuestro hijo Jesús. ¡Oh Teresa, esposa de Jesús, ayudadme a ser toda de Jesús!

Escribe, Señor, tus llagas en mi corazón, para leer en ellas siempre tu dolor y tu amor: tu dolor para sufrir por Ti todo dolor: tu amor para menospreciar por Ti todo amor. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 3ª. ***Cristo crucificado. –Amor a Jesús crucificado. –Amemos a Jesús crucificado. –Contemplación***

Preludio primero. Ved a Jesús, clavado en cruz en medio de dos ladrones, que os dice: Atended y ved si hay dolor semejante a mi dolor.

Preludio segundo. Dadme un verdadero dolor de mis pecados, Jesús mío, y un verdadero amor a Vos.

Punto primero. Contempla, alma mía, las personas. Junto a la cruz, a la Madre de Jesús, María, al discípulo amado, san Juan, a la penitente Magdalena, a las devotas mujeres, ¡con qué dolor y con qué amor!... Cerca de la cruz contempla a una muchedumbre innumerable de extranjeros y habitantes de Jerusalén, unos movidos de curiosidad, otros de compasión, la mayor parte de odio... Los soldados romanos, los fariseos y escribas, los príncipes de los sacerdotes, que insultan al Hijo de Dios, están rebosando de gozo porque han logrado sus perversos deseos... Mira los dos ladrones malhechores crucificados... contempla los meneos y visajes y gestos de irrisión... Lejos de la cruz a los amigos y conocidos, que están mirando lo que pasa a su amado Jesús. En la cruz contempla a nuestro Señor como víctima de propiciación, con la cabeza coronada de espinas, los ojos oscurecidos por la sangre, los brazos extendidos, las manos y pies desgarrados con agudos clavos, el cuerpo destrozado por los azotes, de modo que pueden contarse todos sus huesos...; todos aumentan su dolor, su amargura, su tristeza. ¡Oh Jesús mío crucificado! ¡Cuánto os ha costado el hacerme comprender lo mucho que me amáis! Y yo, ingrata ¿cómo he correspondido a este llamamiento? ¡Oh Jesús mío! Hablan y oyen hablar de vuestra pasión, como si fuese una fábula o se tratase de una persona desconocida e indiferente. ¿Cómo es eso? Me amó Jesús y se entregó a la muerte por mí. ¡Oh alma mía! ¡Oh hombres! ¿Por qué no amáis a Jesucristo? ¿Decidme qué más podía hacer nuestro Redentor para movernos a amar que morir anegado en un mar de dolores y desprecios? Si el más vil de los hombres hubiese padecido por mí los tormentos que Cristo padeció, ¿podría dejar de amarle? Mas ¡ay de mí! infeliz, solo os he pagado vuestro amor con disgustos y desprecios. Considera, alma mía, que aquel varón de dolores clavado en infame madero, es nuestro Dios único y verdadero, y que está allí padeciendo y muriendo solo por nuestro amor. ¿Pues por qué no le amamos?

¡Hermosas llamas de amor! Vosotras que en el monte de los amantes consumís la vida de mi Salvador, venid y consumid en mí todos los afectos terrenos. Haced que siempre arda y me consuma en amor de mi Dios.

¡Oh Salvador mío! ¡Oh Redentor mío! Vos no me habéis negado la sangre ni la vida, ¿y yo os negaré mi amor? ¡Oh, no es posible! ¡Oh Redentor mío! Vos os habéis entregado todo a mí, ¿cómo os podré negar cosa alguna?

Oh Jesús mío sacrificado en la cruz por mi amor, si no me hubieseis amado tanto, no sería tan grande vuestra aflicción.

Oh Jesús mío, clavado en la cruz, saturado de ignominias y de oprobios, decidme, ¿por qué padecéis tanto? –Todo lo padezco por tu amor.

Oh Jesús mío crucificado; sí, yo quiero amaros con todo mi corazón, con toda mi alma, con todas mis fuerzas, porque si no amo a Vos, ¿a quién amaré, mi Dios? ¿A quién amaré, si no amo a un Dios muerto en cruz por mi amor? ¡Oh mi amado Salvador! ¡Cuánto os cuesta mi alma, mi amor! Cuando considero lo que os cuesta mi alma, no puedo desconfiar de mi salvación.

¡Jesús mío! ¡Amor mío! Quiero amaros, tanto como os he ofendido. Os he ofendido mucho, quiero amamos mucho. ¡Oh eterno Padre! Poned los ojos en el rostro de vuestro Cristo. Mirad a vuestro Hijo moribundo sobre la cruz: mirad aquel semblante lívido; mirad aquella cabeza coronada de espinas; mirad aquellas manos traspasadas; mirad aquellas carnes despedazadas. Esta es la víctima sacrificada por mí; yo os la presento; aceptadla, tened piedad de mí; porque me amó, y me lavó de mis pecados con su sangre.

Jesús clavado en cruz, pensaba en mí: me amaba; me preparaba todas las gracias y misericordias que después me ha hecho, como si a mí solo hubiese tenido que salvar. Veíais desde la cruz las ofensas que os había de hacer; y en vez de castigarme me preparabais luces, toques amorosos y perdón. ¿Será posible Jesús mío, que después de tantas gracias vuelva a ofenderos? ¡Oh! no lo permitáis. Si no os he de amar, hacedme morir. O amar o morir. O amar o morir.

Punto segundo. Escucha, alma mía, las palabras. Las siete palabras de Cristo Jesús sobre la cruz. De Sacerdote, dirigiéndose a su Padre celestial, pidiendo perdón por sus enemigos: Perdónalos, Padre, porque no saben lo que se hacen. De redentor, al buen ladrón: Hoy estarás conmigo en el Paraíso. De Hijo y de Maestro a María: Mujer he ahí a tu hijo. Y a Juan su discípulo amado: He ahí a tu Madre. De hombre desolado: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado? De hombre paciente: Sed tengo. De perfecto redentor: Todo está consumado. Finalmente, la última, de Hijo regalado: Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu.

Palabras de María. Como la Virgen conservaba todas las cosas de su Hijo en su corazón, de creer es que al empezar su hijo Jesús las palabras del Salmo 21, seguiría con su Hijo, con voz llorosa, con amor grande y lágrimas todo el salmo. Lo mismo harían san Juan y las devotas mujeres.

Palabras de los dos malhechores crucificados. El uno blasfema: Si eres Cristo, sálvate a Ti y a nosotros. El otro le reprendía: ¿Y qué, no temes a Dios aun en el último suplicio? Nosotros, a la verdad, padecemos el castigo de nuestros crímenes, mas Cristo es inocente. Y decía a Jesús: Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.

Palabras de los escribas y príncipes de los sacerdotes: ¿Ha salvado a los otros, y a sí mismo no puede salvarse? Si es Rey de Israel, que baje de la cruz y creeremos en Él. Confía en Dios. Si Dios le ama, que lo libre, porque dijo: Yo soy el Hijo de Dios.

Palabras del pueblo, que le maldice al pasar delante de Cristo meneando la cabeza: tú que destruyes el templo de Dios y en tres días lo reedificas, baja de la cruz.

Palabras de los soldados, que al acercarse a Cristo y ofrecerle vinagre exclaman: Si eres el Rey de los judíos, sálvate a Ti mismo.

Punto tercero. Considera las obras o acciones. En María la unión con Jesús, su Hijo, sus dolores, sus amores, su paciencia, humildad. En san Juan y devotas mujeres el heroísmo de su amor, de su fidelidad, su abnegación y sacrificio.

En Jesús la suma de todas las virtudes perfectas: Humildad profundísima... muere saturado de oprobios, en el más ignominioso de los suplicios. Su pobreza extremada... muere en la más absoluta desnudez... Su sacrificio dolorosísimo... todo lo inmola: su libertad, su vida, su honor, sus afectos, su cuerpo, en el que cada parte tiene su suplicio; su alma, en la que cada potencia sufre su especial tormento.

En los dos ladrones considera: la obstinación e impenitencia en el uno; la fe, la esperanza, la caridad y contrición en el otro.

En los fariseos y sacerdotes una bárbara alegría al ver a su capital enemigo expirando en una cruz.

En el pueblo judío la indiferencia, o compasión, o un odio profundo. En los soldados una refinada crueldad... mira cómo se reparten los vestidos de la víctima a su vista, al pie de la cruz... mira cómo le ofrecen vinagre para apagar la sed de que se queja Jesús.

Coloquio y súplica. ¡Oh Jesús mío! ¡Cuánto sufrís por mi amor! ¡Cómo ocultáis la divinidad y obráis un milagro para más padecer por mi amor! ¡Cómo os entregáis en manos de vuestros enemigos cruelísimos, y dejáis desahogar su rabia en Vos, mansísimo Cordero, sin quejaros! ¡Cómo oráis, por ellos en lugar de aniquilarlos! ¿Qué he de hacer, Dios mío, por Vos, qué he de sufrir por Vos que tanto me amáis y habéis padecido por mí, vil pecador? Oh Jesús mío, yo aborrezco y detesto todos mis pecados, causa de vuestro dolor. Yo admiro vuestra bondad y sabiduría infinitas, y confío en vuestra misericordia que me perdonaréis. Os amo, Dios mío, con todo mi corazón, más que a todas las cosas, y deseo padecer con Vos para ser glorificado con Vos. Dadme, Jesús mío, que calme vuestra sed y mitigue vuestros dolores, salvándoos mi alma y otras infinitas. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación 4ª. *Resurrección de Jesucristo*

Composición de lugar. La historia misma. Ver a Cristo cómo sale del sepulcro, glorioso, vencedor de la muerte, del infierno y del pecado.

Petición. Dadme, Dios mío, fe y gozo espiritual con Vos resucitado.

Punto primero. Cristo resucitó, como el dijo, al tercer día, uniéndose el alma al cuerpo, que quedó glorificado con los dotes de agilidad, sutileza, claridad e impasibilidad o inmortalidad, y al momento, da gracias a su Padre y se le ofrece para glorificarlo en cuerpo y alma, gloriosos y unidos eternamente. El Padre manda que sea adorado por los ángeles, por los padres que sacó del limbo y por los santos, por Él y con Él resucitados.

Pondera la gloria del Salvador en su Resurrección, y cuán larga y fielmente galardona su Padre los tormentos que ha padecido su Hijo. Jesucristo había sacrificado su cuerpo. Todo él era una llaga sangrienta, no tenía figura humana; pues resucita impasible, ágil, más hermoso y resplandeciente que el sol.

Jesucristo sacrificó su honor y gloria; fue oprobio de los hombres, harto de ignominias, contado con los criminales, pisado como vil gusanillo de la tierra..., mas resucita y confunde a sus jueces y a sus enemigos; los soldados pregonan su gloria, sus discípulos atestiguan su resurrección, los ángeles y las almas rescatadas del Limbo le adoran como a su libertador y vencedor de la muerte y del infierno. Jesucristo sacrificó sus consuelos interiores en la pasión. Su alma había estado triste hasta la muerte en el huerto de Getsemaní, y en la cruz clamó: Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?... Mas pasó ya el tiempo de padecer, ya no le dominará jamás; su felicidad es perfecta, está anegado en las delicias inefables y eternas del paraíso.

Oh alma, *sursum corda;* aprende de Cristo resucitado a sufrir como Él un momento que dura la vida, el trabajo y tribulación, con paciencia, sabiendo que obrará en ti un peso eterno de gloria. Si padeces con Cristo reinarás con Él.

Aprende a sacrificar tu honra y estimación de los hombres, a imitación de Cristo, que Él sabrá devolvértela centuplicada por su amor. Aprende a sacrificar tu cuerpo por la penitencia, a ceñirlo con la mortificación de Cristo, para ser glorificado con Él, pues no puede ser el discípulo más que su maestro, ni el siervo más que su Señor.

Punto segundo. Cristo resucitó verdaderamente y se apareció. Se apareció primero a su Madre santísima y dolorosísima, pues justo era que la que más parte tuvo en los dolores de Cristo la tuviese en el gozo... Se apareció a María Magdalena y a las devotas mujeres, antes que a los mismos apóstoles, por su mayor sencillez y fervor... Se apareció a Pedro y a los apóstoles y a los discípulos, por su diligencia en encontrar a Cristo y por un exceso de su dignación y amor.

¿Cómo se aparece? Dando la paz, inundando de gozo a las almas de sus amadores. «La paz sea con vosotros. Fueron colmados de gozo los discípulos, viendo al Señor resucitado», dicen los libros santos. ¡Oh alma mía!, por ahí puedes conocer un espíritu y otro espíritu... El espíritu de Dios, que se anuncia al alma por la paz, la luz, el gozo o consuelo del alma. El espíritu del demonio, que infunde oscuridad, inquietud, hastío, desconsuelo, desaliento. ¿Qué espíritu te agita?

¿Por qué se aparece Cristo? Para afirmar la fe de sus apóstoles; para prepararlos a la persecución y a los trabajos y a los sacrificios; y disponerlos para su separación... Los mismos fines pretende Cristo al visitarte con sus luces, consuelos y gracias. ¡Oh Señor!, decía la experimentada Doctora seráfica santa Teresa de Jesús. ¡Cuán cierto es que pagáis con grandes trabajos sus servicios a vuestros servidores y con ellos los disponéis a mayores! A los que más amáis, dais mayores trabajos, y a éstos corresponde el amor.

Punto tercero. ¿Has resucitado tú con Cristo, alma mía?

Cristo resucitó verdaderamente. ¿Y tú, solo aparentemente?

Cristo resucitó perfectamente, no como el hijo de la viuda o como Lázaro, ¿y tú, has resucitado así?

Cristo resucitó perpetuamente, para nunca más morir, ¿y tú, solo por algún tiempo o para siempre?

Para conocer mejor si has resucitado verdaderamente, mira si tienes en tu espíritu las dotes del cuerpo glorioso. Mira si tienes el tercer grado de humildad que nos hace impasibles, insensibles y superiores a las riquezas, honores, placeres, y a todas las cosas que el mundo ama.

Mira si tienes la sutileza, buscando y sabiendo las cosas de arriba y rompiendo o superando todos los impedimentos de tu perfección. Mira si eres ágil por la devoción y el fervor para todo lo que sea hacer la voluntad de Dios con prontitud. Mira si gozas de claridad por tu oración y comunicación con Dios, con la abundancia de luz espiritual y práctica.

Pondera, por fin, que no basta que en estos ejercicios hayas resucitado verdaderamente, sino que, además, debes aparecer tal en tu exterior a tus hermanas, a tus prójimos. Debes manifestarte tal en todas partes, constantemente, ciertamente, en toda tu conversación y trato. Si así no obras, será sospechosa tu resurrección. Esto lo debes a Dios, por celar su gloria, al prójimo para su edificación, y a ti misma para tu consuelo y perseverancia en tus santos propósitos. ¡Oh Cristo Jesús!, dame esta perfecta renovación de mi alma, y que nunca vuelva a caer en las tinieblas del pecado, en la muerte de la culpa, para que cante tus glorias eternamente. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

Meditación supernumeraria*. Contemplación para excitar el amor de Dios*

Preludio primero. Ponte delante de Dios y de toda la corte celestial, propicia para ti.

Preludio segundo. Dios mío, dadme a conocer vuestros beneficios y vuestra bondad, sobre todo en mí, y amor inmenso para agradecerlos.

Punto primero. Considera los beneficios por los cuales Dios se ha dado a ti inmediatamente, como son la creación, conservación, redención, santificación, glorificación. Considera asimismo los beneficios particulares con que te ha distinguido su amor. Cuánto ha hecho y padecido por ti; cuánto te ha dado de sus tesoros, cuánto promete darte... Por aquí, conociendo cuánto te ama Dios, podrás conocer cuánto debes reamarle y retornarle… todo te le debes con todas tus cosas, y por muchos títulos, en especial si consideras que primeramente nos ha amado un Dios, tan grande, tanto, tan graciosamente, a nosotros tan pequeños y tales como somos. Oh Señor, con

amor grande te digo con san Ignacio: Tomad, Señor, y recibid toda mi libertad, memoria, entendimiento y voluntad, todo mi haber y poseer. Vos me lo disteis: a Vos, Señor, lo torno: todo es vuestro: disponed de ello a toda vuestra voluntad. Dadme vuestro amor y gracia, que esto me basta.

Punto segundo. Considera los beneficios por los que se comunica a ti Dios mediatamente, esto es, mediante las criaturas, que por tu amor crió y conserva, y a las cuales por esencia, presencia y potencia, está dando el ser a los elementos, a las plantas la vegetación, el sentir a los brutos, y el entender a los ángeles. Dándote estas cosas, se te da de un modo nuevo... Recibe, pues, el beneficio, mira el afecto con que te lo da, devuelve el obsequio que se te hace, teme el abuso, y con esto justifica tu alma... Reconoce que en todas las cosas existe íntimamente, y reverénciale, y ama al amante, y responde al que a ti se comunica, y presente ofrécete al presente, dale gracias por las criaturas, ofréceselas, y empléalas en su gloria y obsequio.

Punto tercero. Considera, otrosí, a Dios que obra en las criaturas por tu amor. Pues en el sol te ilumina, en la tierra te sustenta, en el fuego te calienta, en las plantas, árboles, animales y hombres te sirve, te prepara y suministra los alimentos, vestidos, habitaciones y remedios, y todo esto por amor, para que te aproveche... Reconoce, pues, y siente su amor y mira qué te exige. ¿Qué retornaré al Señor por todas las cosas que me ha dado? En verdad debes atribuir a Él todas las operaciones de los seres, referirlas a su culto y amor, y tú mismo obrar siempre por Él, con Él sin cesar.

Punto cuarto. Considera, por fin, cómo descienden a nosotros los bienes y dones espirituales del cielo, como son el poder, la ciencia y la santidad. Todas estas cosas son como unas gotitas que manan de aquel océano y fuente infinita de todo bien, por amor no solo de ellos, sino de aquellos a quienes aprovechan o pueden aprovechar... Todas estas cosas atribúyelas a Dios como autor, con amor recíproco, reconócele en ellas y reverénciale; refiérelo todo a su gloria y empléalas en el servicio de Dios, para que sea conocido y amado por todos fielmente. ¡Oh Dios mío! Yo os ofrezco cuanto tengo y soy y todas las criaturas. Dadme vuestro servicio y amor, que esto solo me hasta, porque solo Dios basta en el tiempo y en la eternidad. Amén.

Padrenuestro, Avemaría, etc.

HORAS EN SOLEDAD

Lectura espiritual, pausada y devota

Santa Teresa de Jesús al corazón de sus hijas

Ven, hija mía, a la soledad, y descansa un poco. Ven, hija mía, a un lugar desierto, y reposa tu alma. Ven, hija mía, a gozar de un sábado espiritual, y deja todas las cosas. Haz cuenta, hija mía, que solo Dios y tu alma están en este mundo siempre, pero en especial en estos días de salud, de refrigerio y de paz. Deja que los muertos entierren a sus muertos, y tú ven, y óyeme. Te veo fatigada con los afanes de la vida, inquieta,

perturbada, floja... qué sé yo. Te miro con amor y con dolor: con amor porque soy tu Madre, con dolor porque veo que has aflojado en el primitivo fervor...

Tengo muchas cosas que decirte: unas de corrección, otras de aliento, otras de paz, pero todas de amor. Soy tu Madre y te amo tanto... amo tanto a tu alma... porque sé cuánto Jesús te ama, cuánto le cuestas y cuánto me cuestas a mi amor. Te saqué del mundo, te previne con tantas bendiciones de gracias, te llamé a mi Compañía venciendo miles de obstáculos. ¿Por ventura ahora que te hallas en el puerto seguro de la religión, te perderás, hija mía, tú que saliste victoriosa en tantos combates? ¡Oh! No es posible si tú quieres, si te ayudas, si trabajas para tu santificación. Bien sabes las causas de tus males, los orígenes y principio de tu enfermedad, los remedios eficaces para curarlos. ¿Qué hacer, pues? Una sola cosa, hija mía, que está en tu mano y nadie más puede poner y hacer que tú misma, y esta cosa, la más importante y sencilla y fácil, es el *querer*. Si quieres, hija mía, de veras, de todas veras, enmendarte, enfervorizarte en estos días lo lograrás. Por Jesús y por mí no se perderá.

Hija. –Madre mía de mi alma, vuestras palabras han penetrado en lo más profundo de mi corazón. Es verdad, no soy la que debo, no soy santa, no llevo con toda honra el dictado glorioso de hija vuestra, he aflojado de mi fervor primitivo, y todo esto me ha acontecido *porque he querido.* Sí, yo lo quise, y por esto me ha venido este mal, esta languidez, preludio de la muerte. Bien sé y reconozco los toques interiores, los avisos, correcciones y gracias que el buen Jesús por vuestra intercesión ha derramado sobre mi alma. Las reconozco, mas las resistí... *no quise* vencerme*, no quise* seguir su luz, *no quise* mortificarme*, no quise* callar, sufrir y obedecer por Jesús, y... no lo hice. Mía es la culpa, toda la culpa, grandísima culpa, y por lo tanto os pido roguéis a Jesús por mí, para que en estos días del alma, volvamos a hacer las paces y jamás me separe en un punto de vuestro querer, y no busque sino a Jesús, ni amar más que a Jesús, ni sufra más que por Jesús, ni trabaje más que por Jesús y por extender el reinado de su conocimiento y amor en las almas.

A la sombra del árbol de Aquel a quien ama mi alma

Largas y retiradas conversaciones del alma con su Dios.

Recordaré sus bondades y mi ingratitud.

Recogitabo omnes annos meos in amaritudine animae meae.

Ven, alma mía, y siéntate a la sombra del árbol de tu amado Cristo Jesús, y dejados pensamientos vanos, impertinentes y frívolos, medita seriamente sus bondades y tu ingratitud.

Mírale a Cristo Jesús, cómo de criador es venido a hacerse hombre por tu amor, y tú, ingrata, no has sabido apreciar esta fineza, con la cual quería y pretendía robarte todo tu amor... Para todos has tenido amor de sobras, menos para tu Jesús.

Mírale al Amado de tu alma, cómo de vida eterna es venido a muerte temporal, y así, a morir por tus pecados, y tú, ingrata, has querido dar muerte al autor de la vida, y con tus pecados le has obligado a morir de muerte la más ignominiosa, la muerte de la cruz.

Mira a Cristo Jesús derramando su sangre divina para lavar las torpezas de tus pecados, y tú, ingrata, pisoteando esta sangre divina, has aumentado tus grandes crímenes con este tan horrendo, con tu ingratitud.

Mira cuánto tiempo te ha esperado con los brazos abiertos y derramando lágrimas y súplicas por tu amor, y tú, ingrata, no has hecho caso de sus clamores, de sus dolores y de su infinito amor.

Mira si es posible hacer más por ti, por salvar tu alma pecadora, de lo que ha hecho tu Dios y Señor, y reflexiona, ingrata, si se puede hacer menos de lo que tú has hecho para probarle tu amor.

¡De cuántos peligros me libraste de alma y de cuerpo!... En aquella ocasión hubiera perecido si no me hubieses guardado... de cuántos que yo no sé ni conozco... en aquel día, en aquella hora, apartaste de mí el mal que me hubiera sobrevenido...

¡Cuánto has abusado de la gracia! ¡Cuántos años resististe a ella! ¡Cuántas inspiraciones has inutilizado! Unas veces por cobardía, otras por pereza, otras por no vencerte, y siempre *porque quisiste*... Ingrata, ¿no lo recuerdas? Serías ya santa, grande santa, si hubieses correspondido a ella. ¡Con cuántas bendiciones de misericordia te ha prevenido el Señor Jesús! Nacida de padres católicos, en país católico, con maestras católicas. ¡Cuántas instrucciones, correcciones, castigos, para que fueses buena! Y tú, ingrata, resististe casi siempre a las misericordias de Dios.

Mira los días que iba acorde tu corazón con el de Cristo, en tu infancia o mocedad, ¿no lo recuerdas? ¡Qué feliz eras entonces! ¡Cuán tranquilos discurrían los días! ¡Cuán plácidamente pasaban los años! ¡Con cuánto gozo lo recuerda tu corazón! Mas ¡ay!, ¿por qué no duraron para siempre? Porque te juntaste con malas compañías, oíste malas conversaciones, viste grandes escándalos, leíste malos libros, asististe a malos espectáculos, te entregaste a malas diversiones y pasatiempos peligrosos, galanteos, vanidades..., dejaste la oración, los ejercicios de piedad, la frecuencia de sacramentos, las buenas lecturas, las buenas compañías, te fastidiaste de las cosas buenas y cobraste afición a las malas y feas... por esto fuiste desgraciada... Vuelve, pues, en ti, después de llorar tu desdicha, y busca otra vez a tu Señor y Padre, que te colmará de su gracia. Es tu Padre y no te desechará, si vuelves a Él con un espíritu contrito y humillado... pues para siempre has de gozar de Dios o perder tu dicha... ¿Tú, que has nacido para repisar las estrellas, te has de ver atropellada para siempre a los pies de los demonios? ¿Tú, criatura racional, criada para ser otro Dios (*Psal.* LXXXI), te has de ver en el fuego y tinieblas eternas, con llanto y crujir de dientes?... ¿Qué te aprovechará ganar todo el mundo si pierdes al cabo tu alma? (*Mat.* XVI). Esta consideración hizo santo a san Francisco Xavier. Saca de aquí resolución irrevocable de salir del atolladero de tus

pecados, tibiezas y desórdenes, y ofrécete del todo, toda sin reserva, al servicio y voluntad de Dios.

(Coloquio con Cristo Buen Pastor, que reduzca al buen camino a esta oveja descarriada y la conduzca al cielo, y me dé gracia para romper con todos los lazos y dificultades que estorban mi salvación).

Pondera, alma mía, los medios innumerables que Dios te dio para conseguir tu fin.

Unos son *naturales*, que están en ti, como las potencias de tu alma, los sentidos de tu cuerpo, con los cuales puedes conocer, amar y servir a Dios.

Otros son *medios* fuera de ti, cuales son las criaturas sensibles, que por tu amor Dios crió y conserva. Ellas te muestran las perfecciones de Dios, su amor, y te alientan en su servicio con su ejemplo, pues todas cumplen su divina voluntad. ¡Oh Señor!, todas las criaturas son limosnitas de tu amor a mi indigencia, las cuales me dicen que te ame y cumpla tu ley de amor. No me haga sorda a sus voces.

Los *medios sobrenaturales*: las Sagradas Escrituras, los milagros, los sacramentos, la gracia santificante y los auxilios del cielo: tantas ilustraciones en mi entendimiento, tantas inspiraciones y pías mociones en la voluntad, tantos buenos ejemplos, avisos y ayudas que continuamente recibimos.

Medios divinos. No solo me ha dado sus ángeles para que me guarden, sino que el mismo Dios ha querido ser mi fin, y el medio para lograr este fin, de modo que por Él mismo me dirija a Él y lo alcance. Naciendo se me dio por compañero, en la comunión en alimento, muriendo se me dio en precio y reinando en premio eterno. Yo soy el camino, y la verdad y la vida, dice el Señor. En la Eucaristía se nos da como manjar y como bebida y sacrificio cotidiano. ¿Qué más puedo exigir, para que me demuestre su amor, a tan magnífico bienhechor? ¿Qué le retornaré por tantos beneficios?

Dios, al contemplar a Cristo, ve en Él al mundo entero, porque en la mente divina Cristo es el concierto universal y la perfecta armonía de lo visible e invisible... Recapitula todas las criaturas. Formó su Iglesia, cuerpo místico de Cristo, y cada cual de nosotros es una palabra del discurso, un verso del poema, una nota del concierto, una piedra del santuario, un astro del firmamento, un rasgo de la imagen, un ciudadano de la ciudad, un miembro, en fin, del cuerpo de Jesucristo.

Mi padre siempre obra y yo obro. Y de las obras de tales manos cabe decir que son como ondas de un arroyo único, que corre incesantemente dentro y fuera de nosotros, corriente purísima de verdad, amor y luz y santidad que nos lleva y empuja al océano donde ella brotó al principio, esto es, predestinación en Cristo *ab eterno.* De aquí nace la vocación. Tres vocaciones tenemos todos los hombres: 1ª. Ser cristiano, ser santo; 2ª. Serlo en tal o cual grado; 3ª. Lograr en la Iglesia triunfante el grado que le es propio, por medio del estado que abrazare en la Iglesia militante. Esta es la vocación religiosa. Dios conoce y llama nominativamente a sus ovejas, y este llamamiento procede de la región más santa y más amorosa del corazón divino.

¿Qué es la vocación religiosa, el estado religioso?

Beneficios de la persona religiosa

Ningún señor del mundo, ningún monarca del mundo goza de los beneficios que el religioso.

Cuanto al cuerpo. ¡Cuánta caridad se tiene con él para que no le falte nada! Por más que se descuide, nada le falta ni le faltará. No tiene de qué tener ansia, antes debe estar avergonzada y corrida de ver el cuidado que Dios y sus superiores tienen de ella, teniéndose por indigna de tanto bien. ¡Cuán fuera está de los cuidados y solicitudes y disgustos que se pasan en el mundo en tener y buscar el vestir y comer para el cuerpo y sus comodidades, porque no le falte nada! ¡Cuántas inquietudes y desasosiegos experimentan con el cuidado que viven de adquirir honras y riquezas y regalarle!... Pues de todos estos cuidados está libre la religiosa, y así, agradecida al Señor Jesús y su Teresa, ponga todo su cuidado en contentarlos, dejando esos afanes e inquietudes para los que se quedaron en aquella roña pestilencial que se llama mundo.

Elección

No sea elección desordenada y oblicua, sino derecha.

En toda buena elección de nuestra parte, el ojo de nuestra intención debe ser simple, solamente mirando para lo que soy criado; es a saber, *para alabanza y servicio de Dios nuestro Señor, y salvación de mi ánima,* no ordenando ni trayendo el fin al medio, mas el medio al fin. Debemos ir *derechos a Dios, y no que Dios venga derecho a nuestras afecciones desordenadas:* no hemos de hacer del fin medio y del medio fin: no hemos de tomar primero lo que debemos tomar postrero; porque primero hemos de poner por objeto querer servir a Dios, que es el fin, y secundario tomar los medios para este fin. Así, ninguna cosa me debe mover a tomar los tales medios o a privarme de ellos, sino solo el servicio y alabanza de Dios nuestro Señor, y salud eterna de mi ánima.

Toda vocación divina es siempre pura y limpia, sin mixtión de carne, ni de otra afección alguna desordenada.

Si ha hecho alguno elección debida y ordenadamente, de cosas que están debajo de elección mudable, no hay para qué nueva elección, mas en aquella perfeccionarse cuanto pudiere.

Si la elección mudable no se ha hecho sincera y bien ordenada, entonces aprovecha hacer la elección debidamente, quien tuviese deseo que de él salgan frutos notables y muy apacibles a Dios nuestro Señor.

No debo estar más afectado ni inclinado a tomar la cosa propuesta que a dejarla, ni más a dejarla que a tomarla; mas que me halle como en medio de un peso, para seguir aquello que sintiere ser más en gloria y alabanza de Dios nuestro Señor y salvación de mi ánima.

Tres tiempos para hacer sana y buena elección

1º. Cuando Dios nuestro Señor así mueve y atrae la voluntad, que sin dubitar ni poder dubitar la tal ánima devota sigue a lo que es mostrado. Como san Pablo, san Mateo en seguir a Cristo.

2º. Cuando se toma asaz claridad y conocimiento, por experiencia de consolaciones y desolaciones y por experiencia de discreción de varios espíritus.

3º. El tercer tiempo es tranquilo, cuando el ánima no es agitada de varios espíritus, y usa de sus potencias naturales libera y tranquilamente.

Petición

Dios y Señor mío Jesucristo, os pido queráis mover mi voluntad y poner en mi ánima lo que yo debo hacer acerca de la cosa propuesta, que más vuestra alabanza y gloria sea; discurriendo bien y fielmente con mi entendimiento y eligiendo conforme a vuestra santísima y beneplácita voluntad. Amén.

Obediencia

Su mérito sobre todo, porque damos todo: árbol, voluntad y libertad.

Dificultades

1ª. *Por nuestro orgullo,* que difícilmente se sujeta, nunca le parece bien lo que mandan los demás.

2ª. *Por las superioras.* Si no saben, si no son buenas, discretas, afables, compasivas.

3ª. *Por las cosas que mandan.* Yo quisiera esto y no me lo dan, aquel lugar, aquella ocupación, oficio, etc.

Dios manda la obediencia.

Ventajas

1ª. El que obedece *está cierto que hace la voluntad de Dios*. Si un ángel, si la santa Madre bajase del cielo y a cada cosa te dijese: Esto es la voluntad de Dios, ¿no es verdad que obedecerías?

2ª. El que obedece *merece en todo* inmensamente delante de Dios: porque el mérito de todas las obras, su excelencia, se mide por la voluntad de Dios, el agrado de Dios. Dios lo quiere, es voluntad de Dios... basta. Esto es lo mejor en el cielo y en la tierra.

3ª. El que obedece *se hace santo* brevísimamente, prontamente, infaliblemente. Ser santo es cumplir la voluntad de Dios en todas las cosas; y el que obedece en todo, la cumple en todo. Dios ama con predilección a las almas obedientes; hace su voluntad; oye sus súplicas; las lleva en el seno de su providencia paternal, mejor que la más buena madre a su querido hijito, las rige, las guía, las protege y nada ni nadie las podrá dañar.

4ª. Hace impecables. Obedeced, y habréis secado las raíces, la fuente de todo pecado.

5ª. Es la única excusa aceptable delante de Dios.

Apartarte de lo que tus superioras te ordenan, es apartarte de la providencia amorosa y paternal de Dios.

Lo que ordenan tus superioras lo ordena Jesucristo. *Qui vos audit.* ¿Por ventura, Cristo puede mentir?

Sobre la malicia de los hombres y de los demonios está la providencia paternal de Dios. Es mi Padre que me ama... basta. Puede, quiere, sabe socorrerme en todo; no dudo que lo hará.

Diligentibus Deum, omnia cooperantur in bonum.

Cada vez que se falta a la obediencia, puede decir la hermana: *yo hago ahora lo que Dios quiere que no haga.*

Propósitos

1º. No hacer nada sin permiso.

2º. Estar indiferente a toda orden de la superiora, no pedir ni rehusar, etc.

3º. Mira a la superiora en lugar de Dios, creyendo firmemente que su voluntad es la de Dios.

4º. Recibe sus órdenes con reverencia, y cúmplelas con diligencia.

La mayor injuria que hacemos cada momento a nuestro Dios y Señor

Es esta: Fiamos más y tenemos más confianza en las criaturas que en el criador. Dios nos dice: *Buscad el reino de Dios, y todas las cosas se os añadirán. Pedid y recibiréis.* Si nos lo dijese un amigo fiel y honrado y rico, ¿no es verdad que viviríamos muy

confiados y acudiríamos a él sin ningún reparo? Pues ¿por qué a Dios le hacemos de peor condición que a un hombrecillo miserable, que si algo bueno tiene es porque Dios se lo ha dado? ¡Oh dureza de los corazones humanos! Si Dios tiene empeñada su palabra en Escritura Sagrada, ¿por qué no tenemos confianza en Él? Bien dijo a la santa Madre: Todo el mal nos viene de no creer o entender las Escrituras.

¿Qué es más glorioso, y digno, y mejor, recibir un pequeñuelo la comida, merienda, vestido, etc. de manos de la criada, a quien se lo da todo la Madre, o de las manos de la misma Madre? Pues el que lo renuncia todo por Dios, obliga a tan buen Padre a que se lo dé, y nada le falte, y Él cuida, rige, y nada les falta a sus servidores. *Fiat misericordia tua super nos quoemadmodum speravimus in Te.* Las santas Escrituras, el santo Evangelio, en cada una de sus páginas nos exhorta y convence a esta confianza en Dios Nuestro Padre. ¡Mas tenemos unos corazones tan apretados! Oh hijos de los hombres perversos y fementidos, ¿cuándo aprenderéis a *sentir de Dios* en bondad, y buscarlo en simplicidad de corazón? De aquí todo nuestro mal. Tratamos siempre con Dios con desconfianza, con recelo, con tacañería, con poca verdad, sinceridad y llaneza, y Dios nos lo hace sentir, porque es grande esta injuria. ¿Por ventura no es nuestro Padre? ¿Por ventura no lo ve todo, lo sabe todo, le podemos ocultar cosa alguna? ¿Por ventura tiene necesidad de nuestros bienes? ¿Por ventura no busca en todas las cosas nuestro bien, nuestra felicidad mayor, temporal y eterna? ¿Por ventura es posible hallar otro que así nos ame, y nos pueda y quiera socorrer como Él en todo peligro y necesidad? Pues ¿a qué viene esa desconfianza, recelos, regateo y cicatería con Él? ¿Cómo no se cansa y no nos desampara a todos, por niños mentecatos e incorregibles? Es paciente, porque es eterno, y es Padre eterno, si no ¿quién había de aguantarnos? ¡Tanta nobleza, generosidad, bondad, amabilidad por su parte, y tanta miseria, tacañería, ruindad, desvío, bajeza y desconfianza por la nuestra!

Amor a la Compañía de Santa Teresa de Jesús

Da pena el hacer esta conferencia. Porque no es decoroso decir a un hijo: ama a tu padre, honra a tu madre.

La Compañía de Santa Teresa de Jesús es vuestra buena y cariñosa Madre, vuestra mejor Madre, aunque pobre y humilde... luego debe ser el objeto de la tierra más amado de vuestro corazón. ¡Cuánto dicen estas líneas a los corazones bien nacidos!... Más que muchos volúmenes e innumerables sermones... La Compañía es mi buena Madre... Luego si está pobre, me hará participar de su pobreza, si rica de su riqueza, si alegre de sus alegrías, si pesarosa de sus pesares; luego yo debo ser su buena hija... ¿Cómo? honrándola, asistiéndola, consolándola. Honrándola con mis palabras y obras... asistiéndola en todos sus apuros... Si un pedacito de pan tuviese y mi Madre no tuviera, con ella compartirlo debiera, debería quitármelo de la boca para su alivio. Si se ve en alguna necesidad y puedo valerla, hacerlo sin demora.

Consolándola... el mejor consuelo que los hijos pueden dar a su Madre es verlos obedientes, sumisos, agradecidos, aprovechados... pues esto debo hacer yo con mi buena Madre... Si mi Madre está pobre, compartir con ella la pobreza; si combatida o

atribulada, asociarme a sus alegrías y pesares. Mi honra es su honra, mi felicidad es la suya. Os alegráis en sus alegrías, y lloráis en sus pesares.

La Compañía es mi Madre cariñosa; luego a ella debo mostrar especial cariño y predilección… ¿Qué sería de mí, si no fuesen las bondades y cariño de tan tierna Madre? ¿Dónde estaría hoy? ¿Qué sería de mi alma, de mi salud, de mi vida?

Yo siempre dudo de la perseverancia y salvación de las hermanas en las que no brilla ese amor tierno, constante a la Compañía: ese interés por sus cosas, como si fuesen propias... No hay cosa que tanto me satisfaga como el oír a una novicia o hermana: Parece que haya nacido en la Compañía. Me encuentro tan bien en ella... la amo tanto... nada me repugna de sus prácticas... todo lo encuentro tan bien como si fuese hecho para mí solamente, expresamente...

Cada hermana, pues, debe trabajar con todo ahínco para adquirir este espíritu, este amor.

Cada hermana, pues, debe trabajar con todo ahínco por ser miembro útil de la Compañía, buena hija de la Compañía.

La Compañía expresa su *formal compromiso* de dar a todas sus hijas sanas y enfermas vestido y manutención todos los días de su vida; esto es, atender *siempre* a las necesidades espirituales y temporales de sus fieles hijas con amor de madre prudente y solícita del mayor bien de las hijas de sus entrañas, a la mayor gloria de Jesús y de su Teresa.

Notad. Sois hijas de las entrañas de la Compañía y como a tales os ama; por eso os sufre vuestras impertinencias, niñerías y defectillos, y espera un día y otro, un año y otro vuestra enmienda, y no se cansa ni os abandona, si no es cuando vosotras la abandonáis, mostrándoos y declarándoos desobedientes o incorregibles.

Mostrad a una pobrecita niñita de dos años a varias señoras o reinas ricamente vestidas y ataviadas, y que esté entre ellas su madre pobremente vestida, y veréis que las deja a todas, de nadie hace caso más que de su madre; ¿por qué? Porque es su madre. Pues a vosotras, pobres niñas, el buen Jesús y su Teresa, vuestros padres muy amados, han querido estando en el cielo daros una buena madre en la tierra para que os ayude a ir con más seguridad allá, y sostenga vuestros pasos vacilantes y atienda y socorra vuestra debilidad y necesidades con amor de madre; y esta es la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Amadla, pues, hijas mías, como al objeto mejor de este mundo, honradla, asistidla, consoladla, y así reportaréis el premio que Dios promete a los buenos hijos, esto es, larga vida y abundantes bendiciones del cielo. Amén.

VICARIATO CAPITULAR DE LA DIÓCESIS DE BARCELONA

Por lo que a Nos toca, concedemos nuestro permiso para publicarse el libro titulado EJERCICIOS ESPIRITUALES PARA LAS HERMANAS DE LA COMPAÑÍA DE SANTA TERESA DE JESÚS, OBRA PÓSTUMA DE D. ENRIQUE DE OSSÓ, PBRO., *mediante que de nuestra orden ha sido examinada y no contiene, según la censura, cosa alguna contraria al dogma católico y a la sana moral. Imprímase esta licencia al principio o final del libro y entréguense dos ejemplares de este rubricados por el censor, en la curia de nuestro Vicariato.*

Barcelona, 15 de mayo de 1901.

EL VICARIO CAPITULAR,
Ricardo Cortés

Por mandado de su señoría,
Lic. José Mª de Ros, Pbro.
Srio. Canc.

ÍNDICE

Ejercicios espirituales para las hermanas de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Advertencias o anotaciones para sacar mucho fruto de los santos ejercicios.

Medios para hacer bien los santos ejercicios.

Del fin de los ejercicios espirituales y de todos los otros ejercicios espirituales.

Arte de san Ignacio en sus ejercicios.

Práctica de los santos ejercicios.

Antes de la meditación. –Oración preparatoria para todos los días de ejercicios.

Primer día

Principio y fundamento

Meditación 1ª. –Del fin para qué hemos sido criados.

Meditación 2ª. –Del fin de la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Meditación 3ª. –Del fin de las criaturas.

Meditación 4ª. –Importancia de la salvación de mi alma.

Meditación supernumeraria. –Del recto uso de las criaturas.

Día segundo

Meditación 1ª. –Del la indiferencia respecto a las criaturas.

Meditación 2ª. –De los pecados. –Castigo de los pecados. –Ángeles. –Adán y Eva. –Fin de estas meditaciones. –Frutos.

Meditación 3ª. –Gravedad del pecado mortal respecto de Dios. –Jesús y nosotros.

Meditación 4ª. –Proceso de los pecados propios.

Día tercero

Meditación 1ª. –Malicia especial de los pecados de las personas consagradas a Dios.

Meditación 2ª. –De la gravedad y malicia del pecado mortal en sí mismo.

Meditación 3ª. –Del infierno.

Meditación 4ª. –Remordimientos de una religiosa en el infierno.

Meditación supernumeraria. –Del infierno.

Día cuarto

Meditación 1ª. –Puertas del infierno. –Peligros y ocasiones de pecar.

Meditación 2ª. –Del pecado venial.

Meditación 3ª. –De la muerte –¡¡Morirás!!

Meditación 4ª. –Muerte de una mala religiosa.

Día quinto

Meditación 1ª. –Muerte preciosa de una buena religiosa.

Meditación 2ª. –Juicio particular.

Meditación 3ª. –Juicio universal.

Meditación 4ª. –Del hijo pródigo.

Meditación supernumeraria. –De la gloria del cielo.

Segunda semana

Advertencia.

Día sexto

Meditación 1ª. –Conquista del Reino de Cristo.

Meditación 2ª. –Conquista del Reino de Cristo en la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Meditación 3ª. –De la Encarnación de Cristo Jesús.

Meditación 4ª. –Contemplación del nacimiento de Cristo Jesús.

Día séptimo

Meditación 1ª. –Contemplación sobre la Encarnación y Nacimiento.

Meditación 2ª. –De la huida, en destierro, a Egipto.

Meditación 3ª. –De la subida de Jesús al templo.

Meditación 4ª. –Vida oculta de Cristo Jesús.

Día octavo

Meditación 1ª. –De las dos banderas, la una de Cristo, sumo capitán y Señor nuestro; la otra de Lucifer, mortal enemigo de nuestra humana natura.

Meditación 2ª. –De los tres binarios de hombres.

Meditación 3ª. –Preparación de Cristo a la vida pública. –Bautismo. –Soledad. –Ayuno. –Tentaciones.

Meditación 4ª. –Conducta de Jesús con su Padre celestial.

Meditación supernumeraria. –Tentaciones de Jesús.

Día noveno

Meditación 1ª. –Conducta de Jesús con el prójimo y consigo mismo.

Meditación 2ª. –De los tres grados de humildad.

Meditación 3ª. –Entrada solemne de Jesucristo en Jerusalén.

Meditación 4ª. –Contemplación desde la Cena al huerto inclusive.

Día décimo

Meditación 1ª. –Penas exteriores de Cristo.

Meditación 2ª. –Amor con que padece Jesús.

Meditación 3ª. –Cristo crucificado. –Amemos a Jesús crucificado. –Contemplación.

Meditación 4ª. –Resurrección de Jesucristo.

Meditación supernumeraria. –Contemplación para excitar el amor de Dios.

Horas en soledad

Lectura espiritual, pausada y devota. –Santa Teresa de Jesús al corazón de sus hijas.

A la sombra del árbol de Aquel a quien ama mi alma.

Beneficios de la persona religiosa.

Elección.

Obediencia.

La mayor injuria que hacemos cada momento a nuestro Dios y Señor.

Amor a la Compañía de Santa Teresa de Jesús.

Censura eclesiástica.